SOBREVIVIR TIENE UN PRECIO Y ALGUIEN PAGARÁ CON SANGRE

EL SECRETO DEL PACIENTE



LORETH ANNE WHITE

MOTUS

EL SECRETO DEL PACIENTE

Loreth Anne White

Traducción: Susana Sáenz

MOTUS

Título original: *The Patient's Secret*
Edición original: Amazon Publishing
Derechos gestionados por Sandra Bruna Agencia Literaria.

© 2022 Loreth Anne White

© 2022 Amazon Publishing

© 2026 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2026 Motus Thriller
www.motus-thriller.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-19767-88-2

Índice de contenido

Portadilla
Legales
PREFACIO
CÓMO TERMINA
LILY
MATTHEW
LILY
RUE
LILY
TOM
RUE
LILY
LILY
CÓMO EMPEZÓ
LILY
LILY
RUE
ARWEN
RUE
PHOEBE
LILY
LILY
RUE

LILY
TOM
VÍCTIMA DE UN SECUESTRO
RUE
ARWEN
RUE
RUE
RUE
VÍCTIMA DE UN SECUESTRO
RUE
EFECTO DOMINÓ
RUE
RUE
RUE
RUE
MATTHEW
LILY
VÍCTIMA DE UN SECUESTRO
RUE
RUE
LILY
VÍCTIMA DE UN SECUESTRO
RUE
RUE
PHOEBE
LILY
RUE
MATTHEW

RUE
TOM
HANNAH
LILY
LILY
RUE
EFECTO DOMINÓ
LILY
LILY
VÍCTIMA DE UN SECUESTRO
LILY
VÍCTIMA DE UN SECUESTRO
VÍCTIMA DE UN SECUESTRO
LILY
VÍCTIMA DE UN SECUESTRO
LILY
LILY
JOE
EFECTO DOMINÓ
MATTHEW
RUE
RUE
HANNAH
RUE
JOE
RUE
EFECTO DOMINÓ
NOTA DE LA AUTORA

Si te ha gustado esta novela...
Loreth Anne White
Manifiesto Motus

PREFACIO

La fuente que inspiró esta obra de ficción es un crimen real —atroz y estremecedor— que sucedió en una localidad tranquila de las praderas canadienses. Los hechos acontecidos ese día marcaron un hito en la historia criminal de Canadá y tuvieron amplia cobertura por parte de los medios, al igual que los subsiguientes juicios. Si bien la historia de fondo en *El secreto del paciente* se basa en algunos de los hechos reales de este crimen, la trama que se teje a su alrededor es pura ficción.

CÓMO TERMINA

Lo mejor es no resistirse al cambio que propone la carta del tarot de La Muerte. Resistirse hará que las transiciones sean más difíciles. Y dolorosas. Más bien, uno debería dejarse llevar, abrazar ese cambio necesario, verlo como un nuevo comienzo. La carta de La Muerte nos advierte sobre la necesidad de romper con el pasado para poder avanzar. La carta dice: "Suelta lo que ya no te sirve".

—Declaración de la artista.
Muerte. 36 x 48 cm. Óleo sobre tela.

El bosque está mucho más oscuro de lo que ella imaginaba. Los árboles centenarios se mecen y se curvan con el viento. La lluvia cae en oleadas sobre sus copas. El estrecho sendero del acantilado está resbaladizo por el barro. La niebla se filtra a su paso y hace rebotar el débil destello de su linterna frontal.

A toda velocidad se interna en la profundidad del bosque y siente cómo el miedo le sube por las entrañas. Tendría que haber buscado con más detenimiento su teléfono antes de salir del estudio. No tendría que haber salido a estas horas. Pero las voces dentro de su cabeza habían comenzado de nuevo, obligándola a internarse en la noche, en medio de la tormenta de verano. Está desesperada por escapar de esas voces. Pero también sabe que nunca podrá hacerlo. Ya no. El Monstruo no está ahí acechándola. No es nadie más. Está dentro de su cabeza. Es ella misma.

Clavé el cuchillo… me manché… de sangre… no pude volver a clavarlo… demasiado joven para morir… suplica… que me detenga… gorgoteaba… ya había empezado, ya no se podía detener. Había que terminarlo.

Un grito ahogado crece en su pecho. El sonido cobra vida. Perfora sus tímpanos. Las lágrimas son punzadas en sus ojos. Corre más fuerte, más rápido, ansía escapar. Su respiración se le cierra en la garganta. El pecho le estalla. Debajo del impermeable tiene la camiseta empapada en sudor.

Una imagen le atraviesa la mente: las heridas abiertas como un tajo. La gubia clavada en la cuenca del ojo. Sangre…, tanta sangre. Chorreada, salpicada por las paredes, por el techo, las lámparas, la pantalla de la televisión, la bicicleta

estática. La alfombra del pasillo empapada y pegajosa de sangre. Puede olerla ahora. Caliente. Fluida.

Lo siento. Lo siento tanto, tanto… No era yo. Ni siquiera me reconozco. Como si no fuera real, como si no fuera yo.

Ella ve el brillo de la hoja del cuchillo. Oye los gritos. Corre aún más aprisa.

Yo maté… maté… maté. No quise…

Un relámpago destella en la copa de los árboles y explota un trueno. Tropieza asustada y casi se cae. Se detiene temblando, se inclina y se pone las manos en la cadera. Inspira grandes bocanadas de aire. El corazón le golpea contra las costillas. Sus exhalaciones estallan en bocanadas fantasmagóricas bajo la luz de su linterna. El trueno vuelve a bramar y se aleja hacia el océano. No llega a ver el mar, pero puede percibir ese vacío negro bajo el acantilado a través de los árboles que están a su derecha. Y ahora que está quieta, bajo el repiqueteo de la lluvia, puede oír las olas golpeteando los guijarros en la base del acantilado de arenisca.

Todo salió muy mal.

Tenía un plan, pero se volvió en su contra. Ahora no sabe qué hacer, ni cómo siquiera seguir viviendo. Ni cuál es su objetivo.

Algo se mueve entre los árboles. Se tensa y mira hacia las siluetas del bosque a su derecha. Al moverse, la luz de su linterna titila en la niebla y las sombras se lanzan a acecharla. Traga saliva, mientras escudriña en la oscuridad, entre los troncos y los helechos a sus pies.

Vuelve a destellar un relámpago. El estrépito del trueno es casi instantáneo. La tormenta está prácticamente sobre su cabeza. La lluvia cae con fuerza y el viento agita la copa de los árboles con el rugido de un río caudaloso. Por el rabillo del ojo vislumbra una figura encapuchada entre los árboles. Luego, desparece.

Su pulso se acelera. Se le seca la boca. El pánico le muerde el estómago.

Necesita salir del bosque. Mira a su espalda el sendero recorrido. Tardaría más en volver que en seguir adelante. Si se da prisa, en unos minutos llegará a una pradera despejada sobre el acantilado. Habrá salido del bosque. Más allá de esta pradera hay un área para aparcar, y detrás hay una calle iluminada. Habrá

más luz. Más seguridad. Podrá correr hasta su casa por la calle, bajo la luz de las farolas.

Comienza a correr de nuevo. Vuelven a centellear los relámpagos. Avanza con rapidez, tropezando con raíces, resbalando en el barro. De los árboles caen piñas y pequeñas ramas como bombas. Una piña voladora casi le da en la cabeza. Se inclina. Su abrupto movimiento hace que las sombras salten y se escondan. Vuelve a detenerse. Respirando agitada, gira y otra vez ve a la figura encapuchada, acechando entre los árboles. Su rostro está oscuro, como si llevara una máscara. La niebla se espesa y la figura desaparece. El miedo le aprisiona la garganta como una garra.

Corre a toda velocidad, las piernas la impulsan hacia delante, las zapatillas de trekking resbalan. Se tambalea. Extendiendo los brazos logra recuperar el equilibrio y trata de correr aún más rápido.

El fogonazo de otro relámpago. Por un segundo, el sendero queda totalmente iluminado. Vuelve a ver al encapuchado, que ahora tiene una linterna en la mano además de la que lleva sobre la frente. Un cíclope sin rostro. Un frío le recorre el cuerpo. Se le paraliza la mente. No puede respirar, ni moverse. Él se aproxima, está cada vez más cerca. Con su linterna, ella ilumina las tiras reflectantes de sus pantalones y su chaqueta. La luz se refleja y las tiras brillan como cuchillas plateadas, como el disfraz de un esqueleto en Halloween.

"Clavé el cuchillo… me manché… de sangre". No tiene un teléfono móvil. Tampoco un arma.

De pronto, él se mueve hacia ella con rapidez. Ella sale del sendero y se interna en la espesa vegetación, entre los árboles. Avanza entre zarzas y malezas, tropieza y cae sobre troncos, rocas y raíces, agita los brazos y las ramas rebotan abofeteándola.

Él se interna entre los arbustos persiguiéndola; sus dos haces de luz abren túneles poderosos a través de la niebla, iluminando troncos, hojas y la lluvia que resplandece plateada. Vuelve a rugir un trueno. Ella gime. Las lágrimas le queman los ojos. Otra rama le corta de un latigazo la mejilla. La lluvia, o la sangre, le corren por el rostro. Lo oye. Está cada vez más cerca. Como un enorme animal, avanza aplastando ramas, cada vez más cerca. Oye su respiración. Vuelve a caer, se arrastra sobre manos y rodillas por el barro, cortándose las palmas con las zarzas y las espinas.

Vuelve a gemir, mientras se arrastra para refugiarse bajo unas ramas bajas. Apaga su linterna y trata de permanecer inmóvil. Pero la luz se acerca. Ella ve

los rayos que la buscan iluminando el suelo. Casi lo tiene encima y ella ya no soporta más.

Da un grito, sale disparada de su escondite y avanza tambaleando como un ciervo herido. De pronto ha salido de entre los árboles y se enfrenta a un vacío negro a su alrededor. Ha llegado hasta el límite del bosque. Los acantilados. El océano. Se da la vuelta, pero él está justo allí. Está perdida.

—¿Qué… qué es lo que quiere? —dice casi sin aire, con voz ronca.

Él levanta la mano con la linterna, como si fuera un arma para golpearla. Le dice algo, pero ella solo oye un rugido cada vez más intenso dentro de su cabeza. Él se abalanza sobre ella y la coge de un brazo.

Ella grita, forcejea y consigue soltarse. Ahora está justo al borde del acantilado. Jadea. Él se inclina frente a ella, preparado para cuando ella se arroje, listo para detenerla en su huida. Ella siente las piedras sueltas bajo sus pies. Está en el borde del acantilado de arenisca que se desmigaja.

Él grita, pero el estruendo del viento en los árboles y las olas más abajo se llevan sus palabras. Él vuelve a abalanzarse sobre ella y ella lo araña y le clava las uñas en la cara y el cuello, gritando. Sus dedos se enganchan en la tela, y la gorra y la capucha se caen. Con el siguiente relámpago, ella ve su rostro.

Todo en su mente se detiene.

—¿Tú?

Pero ese momento de estupor le cuesta caro. La mano de su perseguidor se eleva en el aire y le da de lleno en la sien con su linterna. Ella trastabilla, momentáneamente cegada, y siente el empujón que él le da en el pecho mientras el suelo cede bajo sus pies.

Ella se precipita hacia atrás, al vacío. Agita los brazos y se da cuenta de que está cayendo al precipicio. Un alarido sale de su pecho mientras cae y gira en espiral bajo la lluvia y el viento. Otro relámpago. El rugido del trueno se traga su grito.

Su hombro pega contra una roca. Su cuerpo rebota. Su cabeza se estrella contra otra roca más abajo. Su cuerpo vuelve a dar volteretas en el vacío y, más abajo, golpea las costillas y la cara contra un risco. Siente que se le quiebra el cuello y se le rompe la espalda. Cuando su cráneo golpea la siguiente roca en su caída hacia la playa de guijarros, su mundo entero misericordiosamente queda en blanco.

Las voces, finalmente, se callan.

LILY

AHORA
Lunes 20 de junio

HISTORIA CLÍNICA: TARRYN

Paciente, de quince años, se presenta tras haber sido arrestada por robar en una tienda. Declara que no necesita terapia, que "no está loca", pero sus padres la obligan a asistir a unas "pocas sesiones" para cumplir con la justicia restaurativa.

Ha amanecido oscuro y cargado de nubes. Sopla el viento y la lluvia corre por los ventanales de la consulta de terapia en la casa de la doctora Lily Bradley. La tormenta que se desató ayer durante la barbacoa vecinal no ha amainado. Lily teme que el viejo álamo que crece sobre el cobertizo en la esquina de su patio se venga abajo con esas intensas ráfagas de viento e impacte contra la casa. Más concretamente, contra la habitación del ático donde duerme su hijo de ocho años. Trata de no pensar en eso en este momento. Ni tampoco en por qué su esposo, Tom, salió a correr a las 5.30 de la madrugada en medio de la oscuridad de la tormenta.

Trata de no pensar en la horrenda discusión del día anterior. Ni ella ni Tom han terminado de procesar lo que sucedió ayer, ni cómo sus vidas van a cambiar a partir de ahora. Lily solo está tratando de enfocarse en cumplir con las citas de sus pacientes. Sabe que es una forma de negación. Pero la rutina es también su método de supervivencia. Ordenar sus hábitos para construirse una vida perfecta es lo que le permite a Lily tener el control sobre su mundo. Necesita la rutina. Necesita sentir que tiene todo bajo control.

Que Tom salga a correr en la oscuridad de una tormenta no es parte de las rutinas de la familia Bradley. Ella se dio cuenta de que no estaba cuando estalló un trueno y un relámpago iluminó la madrugada, y se sentó de un salto en la cama. En el destello del relámpago vio el edredón echado hacia atrás en su lado de la cama. El colchón estaba frío. Bajó las escaleras y encontró una nota sobre la encimera de la cocina.

Salí a correr para despejar la cabeza.

Lily trata de concentrarse en su trabajo, en su paciente, Tarryn Wingate, que está sentada en el sofá color avellana frente a ella. La silla de Lily es de madera y cuero suave. De diseño ergonómico. Costó una fortuna. Pero la usa al menos ocho horas al día mientras atiende a sus pacientes, así que necesita estar cómoda. Lleva unos pantalones de pinzas de lino y un jersey color crema. Un collar sencillo de perlas. Tiene el cabello rubio dorado recogido en un moño, con algunas mechas sueltas que le enmarcan el rostro. Femenina, sobria. Profesional. Elegante. Pero accesible. Sus elecciones de vestuario también son parte de su rutina, de su definición de quién es y apuntan a inspirar seguridad y, sobre todo, confianza.

La confianza es clave en la psicoterapia.

Su consulta tiene un diseño similar. Ordenado pero confortable. Un espacio seguro y cálido. Como el nombre de su institución, Terapia Los Robles, que transmite la idea de algo sólido, pero también vivo, en crecimiento, un organismo que se desarrolla y puede soportar el paso del tiempo, que tiene raíces profundas.

Hoy siente muchas cosas, salvo seguridad.

Sus raíces han quedado expuestas. Su interior está en carne viva. La aterra que su vida, todo por lo que ha trabajado con tanto esfuerzo, esté a punto de derrumbarse.

Tiene una libreta sobre su regazo. En la parte superior de la hoja ha escrito:

"Tarryn, 7.30".

—Gracias por venir tan temprano, Tarryn —dice ella.

—No es temprano para mí —responde la chica de quince años—. Le dije la vez anterior que normalmente estoy en la piscina a las cinco y media de la mañana con el equipo de natación, antes de ir a clase.

Tarryn no lleva maquillaje. Sus vaqueros son de marca, igual que su jersey. Tiene el cabello castaño, a la altura de los hombros, recogido en una coleta. Constitución atlética. Ojos claros. Todavía se comporta con hostilidad. No confía aún en Lily.

Lily esboza una leve sonrisa y no dice nada. Espera a que su joven paciente tome la iniciativa. Hay mucho que interpretar en los silencios. Y en el lenguaje corporal.

Tarryn, incómoda con el silencio de Lily, se mueve en el sofá.

—Entonces, ¿cuántas veces más tengo que volver? Ya le dije que robé ese jersey rosa y fui arrestada. Y le pedí disculpas al dueño de la tienda.

—¿Estás arrepentida, Tarryn?

Fuera está tronando. La lluvia cae azotando las ventanas. Los pensamientos de Lily regresan como un bumerán a la discusión. "¿Por qué no ha vuelto a casa todavía?". Trata de no mirar por la ventana al álamo que se mece peligrosamente en el viento. El verano pasado le dijo a Tom que debían cortarlo. Él insistió en esperar hasta que las crías mapaches que tenían allí su madriguera crecieran. La familia mapache ya está completamente desarrollada y todavía viven en el árbol.

—¿Eso importa?

—Si no estás sinceramente arrepentida, ¿por qué te disculpaste con el dueño de la tienda?

—Porque tenía que hacerlo. Como parte del programa de justicia restaurativa. —Lily asiente. Espera.

Tarryn mira hacia abajo y juguetea con el orificio cuidadosamente deshilachado de sus vaqueros de marca.

—No estoy loca —dice—. Solo no sé cómo sigue esto. O cuánto tiempo se supone que va a llevar.

—También me dijiste que tienes dinero, Tarryn, que podrías haberte comprado el jersey si hubieras querido. Pero no me has dicho por qué, en cambio, elegiste robarlo.

Tarryn levanta la mirada lentamente.

—¿Y si no quiero hablar de eso?

—Bueno, depende de ti. Podemos hablar de lo que quieras. Este es tu tiempo, tu espacio. Y ciertamente es un espacio seguro, Tarryn. Es privado. Como te dije antes, lo que digas entre estas paredes queda entre estas paredes. La confidencialidad es fundamental, lo que significa que tu relación conmigo es algo que también tú defines. De nuevo, como te expliqué en nuestra primera sesión, si te encontraras conmigo fuera del marco de la terapia, dependerá de ti si quieres incluso saludarme o no, y yo solo te seguiré la corriente.

Una sonrisa burlona se dibuja en los labios de Tarryn.

—¿Justo como me ignoró, haciendo como si no me conociera, en la piscina el otro día, cuando llevó a su hijo a la clase de natación?

—Esa fue la señal que elegiste darme, y la respeté. Algunos de mis pacientes

no quieren que se sepa que están en terapia. Otros no tienen ningún problema en que se sepa.

—Entonces, ¿en serio no le dirá a mi madre nada de lo que diga aquí?

—Como te he dicho, este tiempo es tuyo.

—Aunque sea ella quien lo paga.

—No importa quién paga. —Lily escribe en la libreta. "¿La madre? ¿Problemas de control?".

—Pero está escribiendo lo que digo.

—Son mis notas personales para la historia clínica. Si te incomoda, puedo no hacerlo.

Tarryn observa a Lily. Con desconfianza. Vuelve a retumbar un trueno. Tom ya debería haber vuelto.

—No quiero que escriba.

—De acuerdo. —Lily deja la libreta y el boli en la pequeña mesa junto a su silla—. ¿Podemos volver a por qué decidiste robar el jersey rosa a pesar de que tenías dinero para comprarlo?

Mira a su paciente con atención mientras le formula la pregunta. Ser terapeuta es como ser un detective en busca de pistas para resolver un misterio, para encontrar las razones del "motivo" de la consulta, que en este caso había sido el robo. Es lo que empuja a alguien a la terapia: la persona ha llegado a un punto de inflexión en su vida. Pero, mientras que el síntoma puede parecer obvio, el porqué de su aparición suele mantenerse oculto, incluso a los ojos del propio paciente, sepultado en lo más profundo de su inconsciente. El trabajo de Lily es sacar a la luz esas fuerzas que subyacen en el inconsciente, traerlas a la conciencia y así poder examinarlas y tratarlas.

Tarryn se mueve incómoda en el sofá.

—Sí, no es que sea pobre. Mis padres ganan una fortuna. Mucho dinero. Mi padre es socio en su bufete de abogados y tienen oficinas en muchas ciudades. Son, o sea, como el mejor bufete de derecho penal. Y mi madre es concejala y dueña de un negocio inmobiliario que fundó mi abuelo. Somos ricos. Mi madre se va a presentar como candidata a alcaldesa el año que viene.

Lily ya lo sabe, por supuesto.

Los Bradley viven en un lujoso enclave frente al mar en las afueras de Victoria, en la isla de Vancouver, a poca distancia, cruzando el estrecho Juan de Fuca, del estado de Washington en los Estados Unidos. Pero todavía es una comunidad de lazos muy estrechos. Todo el mundo conoce los asuntos de todo

el mundo. Todos están conectados entre sí de alguna manera. Trabajar como terapeuta la pone en una posición que le exige mucho equilibrio. La madre de Tarryn —la concejala Virginia Wingate— ha basado su plataforma política en la necesidad de mantener la ley, el orden y la limpieza en Story Cove. El padre de Tarryn, Sterling Wingate, es socio en el estudio Hammersmith, Wingate & Klister. Y Dianne Klister es una de las mejores amigas de Lily. Así que Lily tiene bien claro el peso de papá Wingate y sabe muy bien cómo es. También sabe que los padres de Tarryn se están divorciando.

Lily espera. Se oye el estruendo de un trueno.

Tarryn carraspea.

—Quería… ver si realmente miraban las cámaras de seguridad. Una amiga del instituto me dijo que ella se lleva cosas de ahí todo el tiempo y… —Se calla.

—¿Y?

—A mi amiga la pescaron.

—Entonces, ¿tú también querías que te pescaran?

—Eso es ridículo.

—¿Querías desafiar al sistema, entonces? ¿Ver si eras especial? ¿La que sí podía salirse con la suya?

—Está tergiversando todo. Mire…, no creo que esto funcione. Ya devolví el puto jersey, ¿de acuerdo? Ni siquiera me gustaba. Me disculpé con el gerente, como se suponía que debía hacer. —Se pone de pie con rapidez y busca su mochila.

—¿Qué fue lo que sucedió con tu amiga después de que la pillaran, Tarryn?

La adolescente duda.

—El gerente de la tienda la retuvo hasta que llegó la policía. Y luego la arrestaron. Armaron mucho escándalo. Tuvo que ir a sesiones de grupo, cumplir con un servicio a la comunidad. Y para eso tuvo que abandonar sus clases de baile. —Hace una pausa. Mira a Lily desafiante—. Los padres de Stacey no tienen el poder que tienen los míos. Su padre trabaja en un supermercado y su madre es una simple ama de casa. La madre iba siempre a las clases y a los ensayos de Stacey. Por eso Stacey no es rica, sus padres no dedican todo su tiempo a trabajar. —Tarryn se cuelga la mochila al hombro y camina hacia el perchero que está junto a la puerta. Coge su chaqueta.

—¿Cómo has venido hasta aquí hoy, Tarryn?

Vacila un instante y luego se vuelve hacia Lily.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Quería saber si tienes a alguien que venga a buscarte, ya que te marchas antes.

La mirada de la chica se enfrenta con la de Lily. Beligerante. Pero es la beligerancia que nace del miedo. De su vulnerabilidad. Está pidiendo ayuda a gritos. Pide el amor y la atención de sus padres.

—Este es un espacio seguro, Tarryn —le recuerda Lily con suavidad—. Necesito que lo entiendas. Estoy tratando de conocerte un poco más, pero no tenemos que hablar del jersey. Podemos hablar de lo que quieras. O puedes, de hecho, irte cuando quieras.

Tarryn suspira profundamente y desvía la mirada. Lily alcanza a ver el brillo de las lágrimas en los ojos de la chica.

—Mi madre —dice finalmente— me está esperando en el coche. Se… se ha cogido unas horas para traerme a la sesión de terapia.

Lily asiente.

—¿Te gustaría que tu madre se pareciera más a la de Stacey?

—¿Quiere decir pobre?

—Me refiero a si tu madre te lleva todas las mañanas a tu entrenamiento de natación, como la madre de Stacey la lleva a todos los ensayos de su clase de baile.

Tarryn la mira furiosa.

—¿Cómo vas a las clases de natación?

—Mi padre me lleva de camino a su trabajo.

—¿Espera a que termines el entrenamiento y te lleva al instituto?

—No. Cojo el autobús. Mi padre necesita irse a trabajar.

—¿Tu padre va a trabajar a las cinco y media de la mañana?

Ella esquiva la mirada y se mira las botas.

—No se llega a ser alguien sin poner el máximo esfuerzo en el trabajo.

—¿Eso dice tu padre?

—Todo el mundo lo sabe.

—¿Igual que con el entrenamiento de natación? ¿Tienes que entrenar duro antes de ir a clase?

—Yo era una esperanza olímpica. Eso dijo mi entrenador. Por eso estaba entrenando cinco mañanas por semana. Por eso me pasé viajando cada fin de semana a competiciones de natación y a las pruebas para clasificarme en las Olimpíadas.

—Acabas de decir que "eras" una esperanza olímpica. ¿Qué ha cambiado?

Lentamente, Tarryn vuelve al sofá. Con evidente desánimo, se hunde en los cojines, con la chaqueta y la mochila a cuestas.

—No pude llegar a las pruebas porque tuve que cumplir con el programa de justicia restaurativa. Y tenía que hacerlo o constaría en mis antecedentes penales. De cualquier modo —de pronto se le endurecen las facciones y su mirada se vuelve pétrea—, el entrenador tiene una nueva protegida. Más joven y más guapa.

—¿Ser más guapa te da alguna ventaja en las Olimpíadas?

La mirada de Tarryn taladra la de Lily. Cierra la boca y no responde. Lily recuerda al hombre que vio junto a Tarryn y al equipo de natación en la piscina cuando llevó a Matthew a su clase. Era un tipo grande, muy masculino y rubio. Lily lo había visto varias veces en la piscina y entrenando en el gimnasio. Un tipo con buen ojo para las mujeres.

Toma nota mental para volver al tema "entrenador".

—¿Cómo te sientes por no ser más una esperanza olímpica?

—Y… ¿cómo cree que me siento? —Se queda en silencio durante un momento—. Mi madre cree que robé a propósito para que me arrestaran. —Lily oye el ruido de la verja al cerrarse. "Es Tom. Ha regresado". Siente un nudo en el estómago. Se esfuerza por mantener la atención en Tarryn.

—¿Y eso?

—Porque soy perfeccionista y mi madre piensa que me exijo demasiado y cree que tenía miedo de no pasar las pruebas, y que entonces me saboteé a mí misma para autoexcluirme.

—¿Te parece que tiene razón?

Hace un gesto de desprecio y se le enrojecen las mejillas.

—¡Qué tontería! ¿Por qué iba a hacerlo? Mi padre me cree, que no lo hice a propósito. Quiero irme a vivir con él, pero mi madre no quiere que me exponga a su "estilo de vida". Él tenía una aventura y mi madre lo echó de casa. Pero yo no lo culpo porque mi madre es una gilipollas.

—¿Tus padres están divorciados? —Lily quiere escuchar cómo lo vive Tarryn.

—Sí, ahora están separados. Mamá dice que debo considerar este programa como una "oportunidad" —con las manos hace el gesto de las comillas— para dejar finalmente "este asunto de la natación" y concentrarme en estudiar. Así es como habla de mi sueño olímpico: "este asunto". Pero la perfeccionista es ella.

Todo el tiempo está tratando de ser "perfecta" en esta ciudad "perfecta". Estaba tan ocupada en ser perfecta que su marido la dejó por otra más perfecta.

—¿La conoces?

Tarryn traga saliva y baja la vista a la alfombra, en silencio. Finalmente dice:

—Mi madre es quien me metió en ese estúpido colegio católico. Al parecer, el colegio al que asisten tanto su hijo como su hija no es lo suficientemente bueno para mí.

Lily siente que el nudo en el estómago se aprieta aún más ante la sola mención de su hija. Sabe que Tarryn está tratando de molestarla, de provocarla. Su mente vuelve a esa terrible discusión personal sobre las chicas adolescentes durante la barbacoa de ayer.

"Céntrate".

Con su visión periférica ve que se enciende la luz del cobertizo. Con una rápida ojeada, ve la silueta de Tom. Asombrada, se da cuenta de que tiene el torso desnudo. Percibe una extraña urgencia en sus movimientos.

Haciendo un esfuerzo por mostrar calma, Lily dice:

—Bueno, ¿has mencionado que tu padre opina de manera diferente a tu madre?

La luz en el cobertizo se apaga. Lily oye que se cierra la puerta de atrás, su consulta está pegada a la casa. Es una construcción antigua. Oye a Tom subiendo las escaleras. Se mueve rápido. Raro en él. La tensión aumenta. Mira al reloj de la pared. La sesión con Tarryn está a punto de terminar.

—Mi padre me entiende. Sabe lo significa tener un sueño y tratar de cumplirlo. Es como si fuera la única persona en el mundo que me quiere.

—¿La única en todo el mundo?

Ella se frota la rodilla.

—Y el entrenador.

—Entonces…, tu entrenador… ¿es una de las únicas dos personas en el mundo que te quieren?

—Bueno, no es exactamente que me quiera. Más bien quiero decir que… yo le importaba.

—¿Le importabas? ¿Quiere decir que ya no?

Tarryn entrecierra los ojos.

—No logré clasificarme. Ahora… está ocupado. Tiene puesta su atención en los que necesitan prepararse para las competiciones nacionales. Pero él era quien siempre me llevaba a los encuentros los fines de semana fuera de la

ciudad. Los otros chicos tienen padres que los llevan, que viajan con ellos en los ferris y que pasan la noche en moteles y esas cosas. Mis padres no pueden pasar un fin de semana entero lejos del trabajo.

Lily oye una sirena en la distancia. La niebla se va espesando fuera y la lluvia todavía cae con fuerza. Tal vez ha habido un accidente en la carretera.

—Mis padres no son como los demás. Las otras madres hacen tartas para las ventas solidarias, pero mi madre… firma un cheque o lo que sea. No tiene tiempo para toda esa mierda.

La sirena es cada vez más intensa, un aullido de dolor en medio del viento y la lluvia. Lily no soporta las sirenas. La llevan hacia atrás, a un lugar oscuro. Le recuerdan un terrible momento en su niñez, cuando perdió a sus padres y a su hermano. Cuando se convirtió en huérfana. Las sirenas disparan en su cuerpo una respuesta física primaria, muy alejada de cualquier reacción mental. Es algo que no puede controlar. Como terapeuta, Lily sabe que los traumas permanecen en el cuerpo y que el cuerpo lleva la cuenta, aun si la mente no tiene una narrativa de lo ocurrido. Aun si el hecho está completamente encapsulado en el inconsciente.

Esto es, en parte, por lo que se convirtió en terapeuta: ella conoce personalmente, íntimamente, los efectos debilitantes a largo plazo que provoca el trauma en un niño y cómo pueden afectar los hechos desgarradores a un adolescente y a un adulto. Su objetivo en la vida es ayudar a otros a lidiar con la adversidad mental y demostrar que uno no debe quedar irremediablemente destruido por el horror de algunas situaciones del pasado. Su objetivo, cada hora, cada día, cada semana, cada mes y cada año, es demostrar, una y otra vez, que todos pueden elegir cambiar la narrativa y reescribir la historia. Que el pasado no debe marcar para siempre a una persona. Ni la genética. Se puede cambiar.

Es su misión en la vida. Su propósito. Y todo el mundo necesita un propósito.

Lily vuelve a mirar hacia el cobertizo, fuera. Esta vez, Tarryn la sigue con la mirada. Lily se da cuenta de que su paciente también está prestando atención a las sirenas. Se suman más sirenas. Como un coro angustiante, que sube y baja el volumen, y cada vez se oye más. En la planta de arriba se oyen golpes. A través de las paredes oye la voz de Tom que llama a su hija, Phoebe, a gritos. Su corazón late desbocado. Siente que se acalora. Vuelve a mirar el reloj de la pared. Quedan pocos minutos de sesión. Tiene que llegar hasta el final.

—Tarryn, ¿podemos…, eh…, podemos retomar algo que dijiste antes? Sobre la nueva protegida del entrenador.

—¿Se refiere a la chica nueva con "más potencial"? —Vuelve a hacer el gesto de las comillas con los dedos—. Es Sally-Ann.

Las sirenas se vuelven atronadoras. Parece como si estuvieran llegando a su casa. A Lily se le cierra la garganta. Se le eriza la piel. Casi no puede pensar.

—Entonces…, ¿cómo es? ¿Hay que ser guapa para tener potencial de nadadora olímpica?

—¿Qué?

—Antes dijiste que era más joven y más guapa.

—Por qué no se va a la mierda.

Lily parpadea. Las sirenas suenan cada vez más fuerte.

—Además, el entrenador no dijo eso en realidad. Sally-Ann me dijo que lo había dicho. Es muy probable que haya mentido. Seguro que está enamorada de él. Es cosa de imbéciles. ¿Cómo te vas a enamorar de tu entrenador y creer que con eso lograrás formar parte de la selección nacional?

Las sirenas suenan justo delante de la casa. De pronto, las luces rojas y azules se filtran por las cortinas de la estrecha ventana que da a la calle, y el brillo intermitente se refleja en las paredes y el techo de la consulta. Lily se levanta de golpe de la silla y se apresura hacia la ventana. Al descorrer las cortinas, ve que dos coches de la policía se detienen en la entrada con las luces del techo destellando. Las sirenas se apagan. Se abren las puertas de los vehículos y tres agentes uniformados salen bajo la lluvia. Las luces siguen parpadeando en silencio. Lily oye a Tom gritándole a Matthew ahora.

—Además, el entrenador está casado y no le interesan las chicas —dice Tarryn acercándose a Lily para mirar por la ventana.

El pulso de Lily se acelera. No está concentrada. Oye el sonido de la puerta de calle que se abre.

—Como si el matrimonio importara algo —dice Tarryn—. Vi al entrenador con una mujer que claramente no era su esposa y que claramente no era jovencita. La estaba besando en la parte de atrás del centro deportivo.

Lily ve a Tom corriendo hacia los policías que se acercan. Lleva un impermeable naranja —no el rojo que usa habitualmente— sobre los pantalones de entrenamiento que tienen bandas reflectantes. Tiene el pelo empapado, pegado al cráneo. Las zapatillas de trekking están totalmente embarradas.

—Dios mío, ¿ese es su marido? —dice Tarryn—. ¿Qué hace la policía en su casa?

MATTHEW

AHORA

Matthew Bradley oye el portazo de la verja de madera del jardín. Piensa que ha sido el viento.

Todavía en pijama, se arrodilla en la cama y mira por la ventana de su habitación en el ático. El ático es su espacio. Es su atalaya, su torre de control. Tiene ventanas con vistas a tres lados: al jardín, a la calle de entrada a la casa y al sendero que bordea la parcela, donde su madre reservó dos espacios para que los pacientes aparquen sus coches. Es el rey en su torre. Quien todo lo observa y lo registra. Es verano y se supone que mañana es el solsticio —el día más largo del año—, pero en esta mañana tormentosa, está más oscuro que en invierno. La niebla es espesa y la lluvia cae con fuerza. El agua chorrea por las pequeñas ventanas. Al mirar hacia fuera, ve cómo se desprende una rama del álamo. Cae en remolino en el jardín, se enreda momentáneamente en la cuerda donde se cuelga la ropa y termina cayendo al césped.

Entonces ve a su padre cruzando el jardín, en dirección al cobertizo.

Se le acelera el pulso. Se asoma un poco más a la ventana. Su padre lleva los pantalones impermeables que usa para correr y tienen bandas reflectantes, pero tiene la cabeza descubierta y el pelo todo mojado. No lleva impermeable. Matthew lo había visto claramente cuando su padre salió esa mañana con su impermeable y la linterna. Había visto el resplandor de la linterna avanzando por el sendero a través de la niebla y le pareció genial que su padre saliera con semejante tormenta. La camiseta de manga larga con la que corre su padre está empapada, pegada a su cuerpo.

La luz del cobertizo, que se activa con un sensor de movimiento, se enciende. Matthew ve con más claridad a su padre, que forcejea para abrir la puerta y mira por encima de su hombro. Parece… ¿nervioso?

Matthew se acerca tanto a la ventana que la nariz se le aplasta contra el cristal. En la parte de adelante de la camiseta de su padre ve una gran mancha

oscura. ¿Barro? Tal vez se ha caído. Su padre desaparece dentro del cobertizo. La puerta se cierra tras él. La luz del cobertizo se enciende.

Matthew frunce el ceño. Su imaginación desbordante se acelera. La mancha en la camiseta de su padre era más roja que el barro. "Como si fuera sangre".

Salta de la cama y va hacia el escritorio. Abre un cajón y saca su cámara digital. Podría usar su móvil para hacer fotos, pero algún día llegará a ser un reportero famoso. Un periodista de investigación. O un detective. O un policía encubierto. O uno de esos agentes de la policía científica que usan un mono blanco de seguridad, como en la tele, y que sacan fotos de la escena del crimen. Solo tiene ocho años y sus compañeros de la escuela piensan que es bastante raro y un poco acosador, pero a él le gusta observar a las personas cuando no se dan cuenta de que las observan. Y le gusta sacar fotos de otros chicos cuando creen que nadie los observa. Espontáneas. Una palabra nueva para él. La aprendió del señor Cody, el que vive al fondo de la calle cerca del bosque, el padre de Fiona y de Jacob. Al señor Cody también le gusta mirar y sacar fotografías, pero de pájaros. Un día le dijo a Matthew que sus fotos demostraban que tenía "verdadero talento". Que eran excelentes "tomas espontáneas" y le explicó lo que significaba la palabra. También le enseñó a Matthew algunos trucos ingeniosos con la cámara. Matthew saca sus fotos espontáneas de adultos de la vecindad y elige algunas para imprimir en su impresora, en el papel fotográfico que su madre le compró en Walmart. Las organizó en carpetas con diferentes títulos como "Patios", "Piscina", "Vecinos", "Gente en la playa", "El club de críquet", "Escenas del barco", "Centro comercial".

Él las llama "archivos de casos". Entre estas colecciones hay una de chicas en traje de baño. Amantes besándose. Gente revolviendo la basura y los cestos de reciclaje en la calle al amanecer, o paseando perros, o discutiendo. O sentados en los coches. A veces mira por las ventanas el interior de las casas. Si se acerca cuando está oscureciendo, puede ver dentro con bastante claridad, como si fueran pequeñas escenografías. Ve al viejo que se desmaya en su silla todos los días con una botella de whisky junto a él. A la señora que teje mientras sus gatos duermen acurrucados contra el respaldo del sofá. A la pareja siempre a la moda que vive al final de la calle, en la casa nueva de muchos ventanales, a la que le gusta servir copas exóticas a muchos amigos que aparentan ser interesantes. A las madres que hacen yoga mientras sus bebés las miran. A la señora de la otra calle que esconde botellas de licor en lugares extraños. Al

padre que se encuentra con la madre de otro niño en el parque. A los chicos de la escuela que beben y fuman y se besan en un claro del bosque o en la cueva de la playa de Grotto, allí abajo.

Matthew tiene todo un mapa mental de su zona, de sus habitantes y de sus actividades. A veces elige como objetivo a un sujeto en particular y lo sigue durante una semana o algo así. Reconocimiento. Luego, hará una carpeta especial para el caso de esa persona, al tiempo que tomará notas sobre los horarios y las fechas en que hace ciertas cosas. Hábitos. Patrones. Igual que el señor Cody, que podría observar y estudiar a los pájaros, o como un científico, que podría observar los hábitos de las comadrejas. Matthew es como el ojo del *National Geographic* en Story Cove, el pueblo seguro que esconde tantos secretos. Es el profeta y el guardián de esos secretos en su torre de vigilancia, en lo alto de la casa familiar de los Bradley.

Por lo general, Matthew no le cuenta a nadie lo que ve. Prefiere mantener su información segura en los compartimentos de su cerebro. Ser el único que lo sabe lo hace sentir especial. Como si tuviera un superpoder. Como si fuera un integrante de la liga de superhéroes que sobrevuelan Story Cove con un gran ojo que todo lo ve. Ocasionalmente puede compartir un detalle jugoso con Harvey Hill, que es un campeón de ajedrez y el único amigo verdadero de Matthew. Además, la madre de Matthew lo mataría si descubre que también les saca fotos a sus pacientes cada vez que entran y salen de su consultorio en la planta baja. Tampoco le ha hablado a su madre ni a su padre del Hombre de las Sombras. El Hombre de las Sombras a veces vigila la casa de los Bradley por la noche, desde la oscuridad al otro lado de la calle. Es alto y se viste todo de negro y usa una máscara bajo el casco de ciclista. El Hombre de las Sombras tiene una bicicleta con un adhesivo reflectante en el travesaño y no sabe que Matthew también lo vigila desde la ventana oscura del ático.

Matthew saca una foto de la silueta de su padre en la ventana iluminada del cobertizo. Apunta, y vuelve a disparar mientras su padre se quita la camiseta húmeda y manchada. Matthew dispara y capta la imagen de su padre con el torso desnudo. Entonces, su padre se mueve y queda fuera de su vista. La atención de Matthew se vuelve hacia la calle, al otro lado de la valla. Un coche plateado está aparcado con el motor encendido. Hay alguien dentro. También hay un resplandor sobre el césped que proviene del consultorio de su madre: debe de estar atendiendo a un paciente temprano. Alguien debe de estar esperando al paciente en el coche plateado.

Su padre sale de pronto del cobertizo y se apresura, sin camiseta, bajo la lluvia hacia la puerta de la cocina.

Se oye el portazo. Por un momento todo queda en silencio. Matthew se queda quieto y baja la cámara. Siente un poco de miedo, aunque no puede explicarse por qué. Oye a su padre que sube precipitadamente las escaleras.

—¡Phoebe! —la voz de su padre retumba en la planta alta—. ¡Levántate, hora de ir a clase!

Golpes de las puertas del armario en la habitación de sus padres. Un grifo abierto con el agua que corre. Matthew oye el ulular de las sirenas a distancia.

—¡Matthew! —llama su padre desde las escaleras que conducen ático—. ¡Hora de vestirse!

Su padre baja las escaleras pesadamente.

Las sirenas suenan cada vez más fuerte. Se acercan. Algo está pasando. De pronto, Matthew ve luces azules y rojas fuera. Se acerca rápidamente a la ventana del frente y mira hacia abajo, hacia Oak End.

Dos coches patrulla, con las luces encendidas, frenan con chirridos frente a la casa de Matthew. Le tiemblan las manos de los nervios. Apunta con su cámara fuera de la ventana y dispara mientras tres agentes de uniforme salen de los coches.

Llega otro coche marrón metalizado. También tiene luces intermitentes, pero en el interior, a lo largo de las ventanillas, no sobre el techo. Un coche sin identificación. ¡Un coche fantasma! Matthew está nervioso. Se detiene al otro lado de la calle, bajo un cerezo retorcido, exactamente donde suele apostarse el Hombre de las Sombras.

Ve a su padre caminando deprisa en dirección a los policías. Ahora sí lleva un impermeable.

De pronto, su madre sale de la casa a toda velocidad detrás de su padre.

Lo coge del brazo y su padre se vuelve para mirarla. Él le dice algo y ella se tapa la boca con la mano. Parece asustada. El rostro de su padre está extremadamente pálido. Uno de los agentes toca el brazo de su madre y parece pedirle que se aleje de su padre.

Matthew baja lentamente su cámara. Algo terrible ha sucedido.

LILY

AHORA

Lily se abriga con la chaqueta mientras sale corriendo por la puerta principal bajo la lluvia.

Una mujer con un abrigo negro baja del coche sin identificar aparcado al otro lado de la calle mientras tres policías uniformados se acercan a Tom.

Lily llega hasta donde está su marido y lo coge del brazo.

—¿Qué pasa?

Él se vuelve a mirarla. Su tez es de una palidez mortal. El miedo le clava un aguijón en el corazón.

—¿Tom? —susurra ella, mirando con preocupación a los agentes de Story Cove. Su rostro tiene una expresión grave. Ella lo agarra del brazo con más fuerza—. ¿Tom, qué está pasando?

Él baja la cabeza y le dice en voz muy baja, al oído:

—Hay un cadáver de una mujer en la playa. La encontré mientras corría.

—¿Qué?

Antes de que Tom pudiera decir algo más, uno de los oficiales le toca a Lily el brazo.

—Por favor, señora, ¿puede apartarse?

—¿Por qué? ¿Qué está pasando? —Entonces ve lo que el agente está mirando: una mancha rojiza en el cuello de Tom. ¿Sangre? Y más manchas en el dorso de sus manos. Siente que no puede respirar.

—¿Es usted quien hizo la llamada a emergencias, señor? —pregunta el agente.

—Sí. Soy Tom Bradley —dice mientras se pasa una mano temblorosa por el pelo mojado—. Salí a correr, muy temprano, por el sendero que comienza allí, al final de esta calle sin salida —señala hacia la calle— y que atraviesa todo el parque regional Spirit Forest. Salí por el otro lado del bosque en dirección a los acantilados de Garry y caminé hasta el mirador del acantilado para recobrar el

aliento y fue entonces… cuando… vi un cuerpo, en la playa de Grotto, con los pies casi dentro del agua.

Lily mira hacia donde está señalando Tom, el sendero del bosque. Las sirenas están apagadas, pero las luces continúan parpadeando en la niebla matinal. La lluvia va amainando. Los paseadores de perros se han juntado al otro lado de la calle, los vecinos salen de sus casas, otros se asoman por las ventanas. La mujer del abrigo negro se acerca a Lily y a Tom. Tiene la piel morena, facciones angulosas y labios carnosos. Lleva botas militares y una gorra negra de policía. El pelo negro ondulado está recogido en un apretado moño en la nuca. Sus ojos son oscuros e inescrutables bajo unas largas pestañas postizas.

Lily la observa. Ha visto a esta mujer negra, inconfundible, en la televisión. Es la detective de la división de homicidios que informó a la prensa en los tres casos de agresión sexual a unas mujeres que salieron a correr —una asesinada en el sendero de Elk Lake el año pasado y otras dos, brutalmente golpeadas, encontradas en el sendero de Goose el año anterior—. Todos los ataques ocurrieron en la península de Saanich, a menos de veinte minutos de la vecina ciudad de Victoria. La prensa los llamaba los ataques del "asesino de las runners". A Lily le faltan palabras para entender lo que sucede.

La detective le echa una rápida mirada a Lily y se vuelve hacia Tom.

—Detective Rulandi Duval —se presenta—. ¿Usted hizo la llamada a emergencias?

—Sí. Yo… acabo de decírselo a los otros agentes. Soy Tom Bradley. Doctor Tom Bradley. Esta es mi esposa, Lily.

Lily espera que la detective tienda la mano para saludarla, pero la agente sigue con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo y fija su atención en Tom.

—Encontré el cuerpo cuando salí a correr hoy temprano. En la playa de Grotto.

—¿Usted estaba corriendo? ¿En la playa? —Su voz es ronca, serena, medida. Sus facciones no delatan nada.

Lily siente una oleada de pánico. Nada tiene sentido. Nadie puede correr en la playa de Grotto. Es una extensión estrecha llena de piedras del tamaño de las pelotas de tenis, resbaladizas por las algas y cortantes por los crustáceos que se adhieren a las piedras. Además, está plagada de trozos de madera y troncos enormes que arrastra la marea. La playa de Grotto se extiende por debajo de unos acantilados de arenisca. Casi ni se ve cuando la marea está alta. El único

camino para bajar a la playa es desde el acantilado a través de una escalera desvencijada de madera y hierro.

—Estaba corriendo por el sendero del acantilado a través del bosque y cuando paré a recobrar el aliento la vi allá abajo, en la playa —dice Tom. Mira a Lily—. Estaba tirada, inmóvil, con los brazos y las piernas en posiciones extrañas. Parecía como si se hubiera caído del acantilado. Y estaba rodeada de… cuervos que saltaban a su alrededor. Así que bajé las escaleras y… —Se echa a llorar.

El erudito y distinguido esposo de Lily, que pertenecía al ámbito académico, llora bajo la lluvia en el jardín de su casa. En su pecho crece una sensación de horror, asco y desconcierto. De pronto se da cuenta de que la gente los observa en la calle, de que sus vecinos los están mirando en esas circunstancias. Observa un coche plateado detenido en la esquina de su calle y Oak End. Es la madre de Tarryn. La concejala Virginia Wingate, candidata a alcaldesa. Los observa con atención desde detrás del parabrisas. Virginia estaba desde antes, esperando a su hija. Debió de haber visto a Tom cuando atravesó el jardín por la verja trasera, posiblemente sin chaqueta. Tal vez notó las manchas de sangre en su cuerpo.

La mirada de Lily vuelve a Tom, que ahora viste un impermeable naranja. Un impermeable limpio e impecable que normalmente no usa porque no le gusta el color.

La detective Duval mira hacia la calle. Observa el muro sombrío que forma el bosque, con sus árboles altos meciéndose en el viento. Se vuelve rápidamente y mira hacia la casa de los Bradley.

—Y luego usted corrió de vuelta hasta su casa, hasta aquí. —No es una pregunta. Más bien una observación—. Y llamó a emergencias. Desde aquí.

—Por el amor de Dios —se impacienta Tom—. ¿Cómo pueden estar aquí parados, haciéndome preguntas, cuando ella sigue allí abajo? ¡Los cuervos carroñeros la están picoteando y devorando!

—Los forenses y todo el equipo están en camino al lugar, señor —dice la detective—. Mi compañero también está yendo hacia allí. —Señala la casa con un gesto de la barbilla—. ¿Esa es su casa?

Él se pasa la mano por la boca. Lily no puede desviar la mirada de las manchas de sangre en el dorso de la mano de su marido.

—Sí…, no llevaba el móvil. Normalmente lo llevo cuando salgo a correr, pero anoche lo dejé enchufado en la cocina. Lo suelo dejar cargando durante la

noche junto a mi cama, pero como esta vez estaba en un lugar distinto… se me olvidó.

Phoebe abre la puerta principal.

—¿Mamá? —la llama desde el umbral.

Lily percibe el pánico en la voz de su hija.

—Entra a casa, Phoebe —le grita.

—¿Qué está pasando?

—¡Entra ya!

La detective Duval observa a la hija de doce años de los Bradley con su cabello rosa y los ojos muy maquillados. Lily ve cómo la mirada de la policía va desde la casa a la placa de bronce de la puerta, que dice: "Terapia Los Robles, L. Bradley, PhD". Lily ve a esta agente de homicidios de rostro inescrutable, con sus botas militares, mirar hacia las ventanas del ático. Lily siente que se le encoge el estómago cuando ve la carita de Matthew tan pálida, mirando lo que sucede en el jardín del frente de la casa. Una rabia sorda la invade, por encima del miedo, y se convierte rápidamente en un furioso impulso protector.

Sus hijos preciosos. Su hermosa casa. Su vida perfecta. Siente que todo se está derrumbando, igual que esos acantilados arenosos que se desmoronan en el mar. La bilis le sube a la garganta. Quiere huir. También quiere defender su terreno, atrincherarse, detenerlo todo y resolverlo. Defender a su familia y su vida hasta la muerte. Porque es todo lo que tiene. Eso es todo lo que sabe en este momento.

Tiene miedo de que la investigadora se entere de lo de anoche.

La agente le dice a Tom, lentamente, como si fuera tonta, como si no le hubiera entendido la primera vez.

—Entonces, ¿usted corrió desde el acantilado, a través del bosque, hasta esta calle y entró a la casa por esta puerta principal?

—No, …entré por atrás. Por la verja del sendero.

—¿Ese sendero de allí? —La detective señala hacia donde todavía está el coche de Virginia Wingate.

¿Por qué esa mujer no sale de allí? Maldita entrometida, morbosa. Carroñeros, eso es lo que son todos los vecinos. Allí parados, mirando, con sed de algún chisme que puedan pescar y diseminar por toda la ciudad cuanto antes.

—Sí, por ese sendero —dice Tom.

—No es el camino más directo, ¿verdad?

—Es que la puerta del frente principal estaba cerrada —dice Tom—. No llevo llaves cuando corro, así que dejo la puerta de atrás sin cerrar. La de la cocina.

—Es decir que corrió por ese sendero, entró al jardín por la verja de la parte de atrás… ¿Qué hora era?

—¿No lo pueden saber por la llamada a emergencias? —La frustración de Tom le está devolviendo un poco de color a las mejillas. Se lo ve algo más erguido, con los hombros más derechos. Más a la defensiva. Combativo.

—Según usted, ¿qué hora era cuando entró a la casa e hizo esa llamada? —pregunta la detective Duval.

—Por Dios —dice entre dientes—. No lo sé. ¿Qué importancia tiene? Hay una mujer muerta en la playa.

—¿Puede ser otro caso del asesino de las runners? —pregunta rápidamente Lily, porque quiere dejar a su familia fuera de la conversación.

La mirada de la detective se posa en Lily. Ella traga saliva.

—Yo… la he visto en la tele —dice Lily—. Lleva el caso de las runners, ¿verdad? ¿Por eso la llamaron? ¿Es otro ataque a una mujer que salió a correr? ¿En la playa de Grotto esta vez?

—Voy a explicarle lo que haremos —le dice la detective Duval a Tom, haciendo completo caso omiso de Lily—. ¿Por qué no nos guía en su recorrido? Puede señalarnos por dónde corrió, por dónde salió al acantilado, en qué punto del mirador se paró y cómo vio el cuerpo por primera vez. Y luego puede mostrarnos, paso a paso, lo que hizo después. ¿De acuerdo?

—Sí, claro—dice Tom—. De acuerdo.

Lily intenta intervenir.

—Voy a buscar mi…

—Usted no puede venir, señora Bradley —dice la detective Duval.

—Doctora Bradley —la corrige Lily.

La detective Duval no le responde.

La sangre se le agolpa en los oídos mientras ve a su marido caminar calle abajo con la investigadora de homicidios y dos agentes de la policía local. El tercer policía sube a su vehículo. Habla por la radio con la puerta abierta y una pierna fuera del coche. La niebla los envuelve, esfumando los contornos como si toda la escena fuera producto de su imaginación, como si no estuviera sucediendo.

Una mujer cruza la calle corriendo hacia Lily. Es Hannah Cody, la amiga que vive en la casa al final de la calle sin salida. Hannah se acerca a Lily.

—Por Dios, ¿qué ha pasado? Oí decir que hay un cuerpo en la playa. ¿Fue Tom quien lo encontró? ¿Está todo…?

—Esa mujer es la investigadora de los casos del asesino de las runners —dice Lily en un tono monocorde que no suena como su propia voz.

Hannah la mira atenta.

—¿Creen que está relacionado con esos ataques sexuales?

—No... no lo sé. —Los ojos de Lily se llenan de lágrimas—. No sé qué pensar —dice muy despacio.

Hannah se vuelve para observar a Tom y a los policías que desaparecen al entrar al bosque.

—¿Quién es? ¿Quién es la víctima?

—No lo sé.

Hannah mira a Lily.

—Seguro que es un asesinato —dice—. Si no, ¿por qué otra razón enviarían a la división de homicidios?

RUE

AHORA

Una brisa helada sopla desde el mar mientras la detective Rulandi Duval se abre camino entre las rocas hasta donde está el cuerpo.

Dos unidades móviles de la prensa ya están aparcadas en lo alto de los acantilados de Garry, detrás del perímetro demarcado como escena del crimen por cintas amarillas que flamean en el viento. No les llevó mucho tiempo aparecer a estos carroñeros. Huelen un asesinato a un kilómetro de distancia. Más allá de los acantilados, se está juntando una pequeña multitud, residentes locales que observan cómo los forenses, enfundados en sus trajes blancos, penetran la niebla como fantasmas para recopilar pruebas en la playa.

El patólogo Fareed Gamal, del equipo forense, ya está inclinado sobre el cadáver, tomando la temperatura del hígado. Cuando el corazón se detiene, el cuerpo comienza a enfriarse a una velocidad promedio. A pesar de que la temperatura ambiente, el movimiento del aire, la ropa, las dimensiones del cuerpo, la lluvia y la postura son también variables, el *algor mortis*, el enfriamiento del cuerpo después del fallecimiento, ayuda a determinar la hora de la muerte y Fareed todavía utiliza este método.

Un fotógrafo de la policía ya ha tomado las imágenes de la mujer muerta y de la escena a su alrededor. Al aproximarse, Rue ve que la mujer lleva mallas negras, una chaqueta de un color rosa intenso y zapatillas de trekking negras con el logo blanco de la marca en los laterales. El agua del mar ya le llega a los pies, la marea está subiendo. Tendrán que moverla cuanto antes. Las extremidades de la mujer están en ángulos imposibles. Parece una muñeca rota.

—Hola —dice Rue al llegar a la escena.

Fareed levanta la vista. Rue, entonces, puede ver la cabeza de la mujer. La impresión es fuerte. El cráneo se ha abierto como una sandía, dejando a la vista la masa encefálica rosada y gris. Tiene el pelo castaño oscuro, largo hasta los hombros, mojado, enmarañado. Un charco de sangre brilla bajo el cráneo. El rostro, aplastado, irreconocible. Rue no puede siquiera saber si conserva los

ojos dentro de las órbitas ensangrentadas. Las pulgas de mar y otros insectos ya invaden las heridas abiertas. Junto a la cabeza de la mujer yace un impermeable rojo y arrugado. Está cubierto de sangre. Más sangre brilla debajo del muslo derecho de la mujer. La tela de las mallas está rasgada y deja al descubierto un gran tajo en la pierna. La tibia destrozada sobresale más abajo.

—Dios mío… —susurra Rue.

—Traumatismo masivo por objeto contundente —dice Fareed—. Del tipo que se ve en los accidentes de coche. Podría ser difícil determinar qué herida en particular le causó la muerte. —Mira hacia el acantilado que se alza tras ellos y luego se vuelve hacia Rue—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Te parece que podría ser otro ataque del asesino de las runners?

—Los servicios de emergencia tienen una alerta especial para incidentes que pudieran estar relacionados con las muertes de mujeres que hayan salido a correr —dice ella—. La policía de Story Cove vio que se trataba de una mujer con ropa de deporte, de edad y circunstancias similares a las de las otras víctimas, y nos llamaron inmediatamente.

—Pero no hay señales visibles de un ataque sexual en este caso.

Rue le echa de nuevo un vistazo al cuerpo. Las mallas no han sido bajadas.

Es una diferencia clave. Las otras estaban desnudas de la cintura para abajo.

—¿Qué puedes decirme hasta ahora?

—Bueno, es una mujer blanca. Igual que las otras. Treinta y cinco a cuarenta y cinco años. Dada la rigidez cadavérica y la temperatura del hígado, calculo que lleva muerta entre ocho y doce horas. El traumatismo masivo se corresponde con una caída desde la altura del acantilado.

Rue se muerde el labio inferior y estudia los acantilados de arenisca siempre en riesgo de desmoronarse.

—Entonces… ¿podría haber caído desde allí arriba… en algún momento durante la noche?

—Sí, calculo que ha estado aquí abajo casi toda la noche. —Comienza a recoger sus instrumentos—. Voy a poder decirte más cuando la tengamos en la mesa de autopsias. —Fareed cierra su maletín y se incorpora—. ¿Aquel es el tipo que la encontró? —pregunta con un gesto de la cabeza hacia la escalera que conduce al mirador del acantilado. Tom Bradley está allí, de pie, junto al compañero de Rue, Toshi Hara. Bradley está envuelto en una manta térmica de emergencias.

—Sí —dice ella.

—¿Y ese impermeable rojo que oculta la cara del cadáver es suyo? —Señala con su cabeza la prenda ensangrentada sobre la cabeza de la muerta.

—Es lo que dijo. Dice que la vio desde el mirador del acantilado, que bajó por las escaleras, vino hasta aquí y se arrodilló en las rocas junto al cuerpo. Y luego dice que trató de levantar el cuerpo, así —hace el gesto con las manos—, con sus brazos, en un intento por reanimarla, pero entonces se dio cuenta de que estaba muerta.

Fareed levanta las cejas y mira la cabeza deshecha de la muerta.

—¿Iba a reanimar a quién? ¿Cómo? ¿Con respiración boca a boca? Casi no se sabe dónde está la boca con semejante traumatismo.

Ella se encoge de hombros.

—Dice que entonces se quitó el impermeable, le tapó el rostro para protegerla de la lluvia y corrió a su casa para llamar y pedir ayuda.

La mirada de Fareed se cruza con la de Rue.

—Igual que las otras, que tenían la cara cubierta —dice él con calma.

—Las otras estaban tapadas con ramas y otros elementos del bosque. —Él asiente despacio—. Pero tapadas, de todos modos.

—Conservemos este dato, la cara tapada. Guárdatelo.

—Parece algo personal —dice él mirando el cadáver de nuevo—. Como si hubiera un remordimiento. Culpa. Vergüenza por lo que ha hecho. Taparles la cara de ese modo.

—La historia de Bradley no cuadra. ¿Me avisas cuando sepas cuándo puedes hacer la autopsia? Me gustaría estar presente.

—Seguro. Te llamo.

—Gracias.

—Tómalo como una cita —sonríe él—. Es la única forma de poder salir contigo.

—¿Cuántas veces tengo que recordarte que soy una mujer felizmente casada, Fareed?

—Hasta que dejes de serlo —se ríe él, y comienza a andar entre las rocas resbaladizas, con su maletín a cuestas, hacia la escalera que sube el acantilado.

Una sensación de incomodidad invade a Rue mientras observa a Fareed moverse con cuidado sobre las rocas. Por ser mujer y negra, ella ha tenido que esforzarse más que los demás para llegar hasta donde está y le gusta mantener su vida privada en privado. Nadie por nada del mundo debe conocer sus

problemas de pareja. Pero las palabras de Fareed le han puesto el dedo justo en la llaga. Demasiado.

Una gaviota grazna en el cielo y Rue vuelve a mirar hacia lo alto del acantilado. Un cuervo observa desde una rama seca que emerge de la pared rocosa. Mucho más arriba —sobre las copas de los antiguos árboles—, un aguilucho vuela en círculos. La madre naturaleza, igual que la prensa, sabe muy bien que hay carroña allí abajo.

Rue se inclina para examinar el cuerpo más de cerca. Un diminuto cangrejo morado trepa a su bota. Caen gotas de la visera de su gorra. Las piedras de la playa emiten crujidos al entrechocarse con la marea que sigue subiendo.

Mentalmente cataloga las prendas de la mujer. Las zapatillas de trekking son de una marca muy conocida. Casi nuevas. Número 39. El dibujo de la suela es intrincado, diseñado específicamente para senderos escarpados. Hay barro oscuro entre las ranuras de las suelas. Del mismo color que el barro del sendero del bosque por el que los trajo Tom Bradley. Las mallas y la chaqueta parecen impermeables por el modo en que se han formado pequeñas gotitas sobre la tela. Un logo diminuto en la manga izquierda muestra que la prenda es de una conocida marca de ropa de deporte. La chaqueta está cerrada con cremallera sobre lo que parece ser una camiseta. La mirada de Rue sube, recorriendo el cuerpo. Una cadena con una medalla de plata descansa sobre la garganta de la mujer. Con la mano enguantada, Rue corre con delicadeza el cabello enmarañado de la mujer hacia un lado para ver el colgante. El movimiento deja al descubierto un tatuaje en un lado del cuello: la imagen de una criatura mitológica con cabeza de león, cuerpo de perro o tal vez de cabra y una cola con la cabeza de una serpiente en la punta. De la boca del león salen llamaradas de fuego. Un conjunto extraño, incongruente, de partes que no encajan.

Un brillo en medio del rostro ensangrentado le llama la atención. Se inclina un poco más. Logra ver un pequeño cristal en la carne destrozada. ¿Un *piercing* en la nariz? Pero el rostro está demasiado dañado como para determinarlo con certeza.

La atención de Rue se dirige hacia las manos de la mujer. Ensangrentadas y con heridas. Varios dedos evidentemente rotos. Las uñas desgarradas. Una sustancia oscura bajo las uñas. Tres anillos plateados en la mano izquierda. Sin mover los puños de la chaqueta, Rue ve ocho pulseras de metal blanco en la muñeca izquierda. Algunas están dobladas. Lleva un reloj que no parece un reloj inteligente.

Está por meter la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta cuando nota que hay algo verde enredado entre los dedos de la mano derecha de la mujer. Se acerca y se inclina un poco más para ver mejor. Un cordón roto con pequeñas cuentas de plástico verdes y naranjas está enredado entre sus dedos. Hay algo que le resulta extrañamente familiar.

Con cuidado trata de liberar el cordón.

—Ey, jefa.

Da un salto, sobresaltada, y pierde el equilibrio. Se recupera y trata de mantenerse de pie apoyando la mano enguantada en una roca.

—Por Dios, Toshi, no me asustes de ese modo, por favor.

—No quise asustarte. —Se queda callado un momento mientras mira el cuerpo. Carraspea para aclarar la garganta—. Bradley quiere saber si puede irse a su casa. Dice que tiene una reunión importante en el campus.

—¿En el campus?

—Es profesor de Psicología en la Universidad de Kordel.

La mirada de Rue se dirige donde Tom Bradley permanece de pie, junto a las escaleras del acantilado, envuelto en la manta plateada.

—Está temblando como una hoja —dice Toshi—. Ha estado a la intemperie en la humedad y el frío desde muy temprano. Creo que está entrando en hipotermia y, además, está en estado de shock.

—Busca a alguien que lo lleve a comisaría y le dé algo caliente de beber —dice ella—. Pero primero quiero su ropa y sus zapatillas. Quiero que lo fotografíen. Y quiero que le tomen muestras de sangre. A ver si acepta darnos una muestra de su ADN mientras sigue confuso. A menos que muestre algún síntoma médico, retenedlo. Si no, llevadlo a emergencias y mantenedlo allí vigilado. Quiero volver a interrogarlo personalmente, y que se grabe. No hay forma de que Bradley haya visto el cuerpo desde donde dice que se detuvo en el mirador. No da el ángulo. Además, la visibilidad era muy mala.

—Sí, definitivamente, hay algo que no encaja en su relato.

—Quiero que piense un rato.

Mientras Toshi se aleja para ocuparse de Tom Bradley, Rue revisa el bolsillo derecho de la chaqueta rosa. Saca un pequeño llavero con un mando metálico. Hay tres llaves en la argolla. Una parece pertenecer a un viejo Volkswagen, ya que tiene las inconfundibles letras VW. Da vuelta el llavero. Su pulso se acelera al ver el logo.

Es de la taberna Red Lion. Un pub de estilo típicamente inglés situado cerca

del puerto deportivo de Story Cove.

Un recuerdo cruza la mente de Rue. Una calle oscura y húmeda. Una mujer que sale de la taberna con fachada Tudor. El viento que agita sus rizos oscuros hasta los hombros.

Su mirada vuelve al cabello ensangrentado de la mujer.

"No puede ser".

Pero otra parte de su cerebro dice: "Es ella. Tiene que ser ella. ¿Cómo no te diste cuenta antes?".

Su pulso se acelera.

Con cuidado, Rue vuelve a colocar las llaves en el bolsillo. Tienen que incorporarlas a la lista de pruebas forenses.

Revisa de nuevo el bolsillo derecho y saca un recibo de gasolina arrugado. Lo estira con cuidado. Es de la gasolinera de la calle principal de Story Cove y el pago se hizo con tarjeta de crédito.

Esto ayudará a identificar a la mujer y sus movimientos. En el bolsillo izquierdo, Rue encuentra un bálsamo labial. Y una tarjeta personal doblada.

La abre.

Tiene el logo de la Universidad de Kordel en la parte superior. En el centro aparece impreso un nombre.

Tom Bradley (PhD), Departamento de Psicología

La energía y el alivio invaden su cuerpo. ¿Tom Bradley conocía a esta mujer? El profesor ha quedado definitivamente en su punto de mira.

Y esto no tiene nada que ver con la vida personal de Rue.

LILY

AHORA

Los hijos de Lily, muy pálidos, están sentados en la cocina. Miran a su madre. Ella no sabe qué decirles. Las palabras que le gritó a Tom la noche anterior le taladran la cabeza.

"¿Cómo pudiste mentirme? ¿Traicionarme, engañarme de este modo? Nuestro matrimonio, nuestra vida entera, todo construido sobre una mentira".

El día de ayer cambió todo lo que Lily alguna vez creyó como verdadero sobre su relación con su marido, su vida, sobre ella como esposa de Tom. Y ahora esto.

Destrozada, confundida, se aferra a la encimera de la cocina para no caer. Quiere desesperadamente convencerse de que "esto" no es nada. Tom simplemente salió a correr en medio de la tormenta a las cinco y media de la madrugada y encontró una mujer muerta en la playa. Luego volvió con rastros de sangre en sus manos y cuello. Y ahora simplemente le está mostrando a una policía de homicidios que está investigando una serie de asesinatos dónde encontró el cuerpo de la mujer. Probablemente es una extraña que yace muerta en la playa de Grotto. Nadie que conozcan… De pronto, advierte las pisadas llenas de barro en las baldosas blancas que van de la puerta de la cocina a la escalera, y de allí hacia arriba. Y más huellas desde la escalera hasta la puerta de calle. No se cambió las zapatillas y, sin embargo, subió las escaleras. ¿Fue a buscar una chaqueta limpia? Porque Lily definitivamente lo vio en el cobertizo sin la camiseta y sin su acostumbrado impermeable rojo.

No puede siquiera comenzar a explorar las posibilidades que podrían desplegarse ante ella ese día. Su mirada se dirige a la encimera de la cocina. El teléfono de Tom no está allí. "Sí…, no llevaba el móvil. Normalmente lo llevo cuando salgo a correr, pero anoche lo dejé enchufado en la cocina. Lo suelo dejar cargando durante la noche junto a mi cama, pero como esta vez estaba en un lugar distinto… se me olvidó".

—¿Mamá? —pregunta Phoebe—. ¿Qué está pasando?

Lily carraspea y va hacia la nevera, evitando las miradas inquisidoras de sus hijos.

—Todo va bien. Papá se topó con una mujer herida mientras corría esta mañana y llamó a la policía. Ahora los está ayudando, mostrándoles dónde encontrarla.

—¿Está muerta? —pregunta Matthew.

A Lily se le hace un nudo en la garganta.

—No…, eh…, no lo sé. La policía va a averiguar todo lo que tengan que saber.

—¿Quién es? —pregunta Phoebe.

Lily abre mecánicamente la puerta de la nevera. Mira sin ver lo que hay dentro.

—No lo saben todavía, mi amor. Tenéis que terminar el desayuno y lavaros los dientes. —Piensa en la detective de homicidios Rulandi Duval hablando en la tele sobre el asesino de runners. Piensa en una mujer muerta en la playa. Si fue asesinada, quien haya sido anda por allí afuera—. Hoy os llevo yo al colegio.

—A mí me gusta el autobús —dice Matthew.

—Yo os llevo. Sin discusión. —Busca en la nevera el embutido y la mayonesa. Todavía le falta hacer los sándwiches. Rutina. Orden. Es lo que mantiene encajadas las partes de la vida de Lily. Continuar los hábitos es lo que también protegerá a sus hijos de cualquier cosa horrible que esté pasando. Sus hijos son su mundo. Hará lo que sea por mantenerlos a salvo. Ella sabe que es igual para Tom. Él siempre ha puesto la estabilidad familiar por encima de todo. A pesar de lo que supo sobre él la noche anterior. O tal vez eso lo acentúa aún más. Los ojos se le llenan de lágrimas mientras termina de preparar los bocadillos.

"Debo concentrarme".

Un paso cada vez y llegará adonde tiene que llegar. Mientras tanto, el simple acto de seguir adelante con sus tareas rutinarias la mantendrá entera. Eso es lo que suele decirles a los pacientes en crisis. Pero Lily sabe que puede ser más fácil identificar los problemas en las vidas de los otros que enfrentarse a los propios. Es más fácil desenterrar los secretos de sus pacientes que descorrer el velo de sus propias conductas defensivas. No quiere admitir, ni siquiera ante sí misma, lo que su obsesión por la rutina y el orden esconde en realidad.

Como dijo Carl Jung: "La gente hará cualquier cosa, por absurdo que sea,

para evitar enfrentarse a sus propias almas".

Lily sabe por sus pacientes —y por su experiencia personal— que, si bien nada es más deseable que liberarse de una aflicción, no deja de ser verdad que lo más aterrador es que te quiten tus muletas.

—Mami —dice Phoebe de nuevo—, ¿estás bien?

—Sí, por supuesto. —Se seca una lágrima de la mejilla—. ¿Prefieres sándwich de jamón o de salami?

—Ya te lo he dicho como un millón de veces —protesta Phoebe—. Ahora soy vegetariana. ¿Qué te pasa? Es como hablarle a una pared. Escuchas a tus pacientes todo el día, pero parece que nunca escuchas lo que yo te digo.

Una oleada de rabia invade a Lily. Agarra un bote de crema de cacahuete orgánica de un armario y la deja con un golpe sobre la encimera. Le cuesta abrir la tapa. La crema no tiene azúcares añadidos y no está homogeneizada, por lo que el aceite se ha separado y acumulado en la parte de arriba, en una capa viscosa. Por eso detesta hacer esos sándwiches. Primero tiene que revolver hasta integrar el aceite y se le derrama por fuera. Coge el pan y comienza a preparar los sándwiches como si tuviera puesto el piloto automático.

—¿Crees que es alguien que conocemos del vecindario? —pregunta Matthew, tomando una cucharada de cereal del bol y hablando con la boca llena.

—Tal vez no. —Lily continúa untando el pan.

—Pero podría ser alguien de Story Cove —dice Phoebe—. De hecho, es más probable que sea alguien de por aquí a que sea una persona que vino a correr desde otra parte. A mucha gente de aquí le gusta correr por la mañana. ¿A quién conocemos que le guste correr…?

—Vamos, chicos, ¿ya habéis terminado? —la interrumpe Lily mientras unta crema en otra rebanada de pan—. Tenemos que darnos prisa. Vamos a llegar tarde.

—Y quién querría llegar tarde, o romper un poco la rutina cuando papá está con la policía guiándolos en medio del bosque hasta un cadáver, ¿no es cierto, mamá? ¡Dios no lo permita!

Lily le lanza una mirada furiosa a su hija. Phoebe se la devuelve. Los ojos de la niña están delineados en negro. Usa una sombra de color violeta oscuro que hace que sus ojos parezcan dos huecos en la cara. Tiene las mejillas pálidas por el polvo compacto que Lily detesta y el cabello rosa de su hija cuelga lacio enmarcando su rostro. Un antiguo recuerdo le viene a la mente. Otra chica.

Ojos maquillados de negro. Cabello teñido de negro. Vestimenta gótica. Se le enfrían las manos. Por un instante no puede pensar. Los sonidos se alejan. El miedo le sube por la garganta.

—¿Por qué papá salió a correr con la linterna de mano en lugar de llevar la frontal? —pregunta Matthew.

Lily se sorprende.

—¿Qué dices?

—Lo vi salir de casa muy temprano esta mañana con la linterna en la mano. Y llevaba una chaqueta y una gorra, pero volvió a casa sin la chaqueta ni la gorra, y sin la linterna.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Matthew se mete una cucharada de cereales en la boca. Le cae la leche por la barbilla mientras mastica y habla a la vez—. Papi fue al cobertizo y salió luego sin la camiseta.

—¿Qué? ¿Papá estaba fuera sin camiseta? —dice Phoebe—. ¿Bajo la lluvia? —Matthew asiente, se seca la boca y aleja el bol—. Qué tontería —agrega Phoebe—. ¿Por qué haría algo semejante?

—Por supuesto que es una tontería —dice Lily cortante. Con cuidado coloca la rebanada de pan sobre el relleno del sándwich, asegurándose de que los bordes estén perfectamente alineados. Con su atención centrada en el sándwich, lo corta por la mitad mientras le dice a su hijo con suavidad—: No hiciste ninguna fotografía, ¿verdad?

—Yo…, eh…, no —responde Matthew, titubeando.

—¿Estás seguro?

Matthew titubea de nuevo, pero antes de que pueda volver a hablar, suena el timbre de la puerta de la casa como si fuera un gong. Todos se quedan inmóviles y levantan la vista.

—Es la policía de nuevo —susurra Matthew.

Lily coge un paño de cocina y se dirige a la puerta, limpiándose la crema de cacahuete de las manos. Abre la puerta.

—¡Hannah! Pensé… que era…

—Hola, querida. ¿Ya ha vuelto Tom? ¿Está bien?

—Él está bien… Escucha, Hannah, tengo mucha prisa. Tengo que preparar a los chicos para llevarlos al colegio.

—Solo vine para ofrecerte llevarlos. Llevo a Fiona y a Jacob. —Hannah señala su Mercedes, aparcado enfrente, con sus dos hijos en el interior. Lily se

da cuenta de que hay un coche patrulla detenido ahora al otro lado de la calle. Con un agente dentro que observa la casa—. Me pareció mejor que dejarlos ir caminando solos hasta el autobús con… bueno, ya sabes. —Se inclina hacia ella y baja la voz hasta convertirla en un susurro casi inaudible—. Con un asesino sexual merodeando por aquí.

—No lo sabemos todavía, Hannah. Puede haber sido un terrible accidente. Y gracias por el ofrecimiento. Será una gran ayuda. —Llama por encima de su hombro—. ¡Phoebe! ¡Matthew! Os lleva Hannah. Id a lavaros los dientes. Buscad vuestras cosas.

—¿Tom sabe quién es? —pregunta Hannah cuando los chicos suben la escalera.

A Lily se le oprime la garganta. No puede hablar, así que niega con la cabeza. Al mismo tiempo ve el móvil en la mesa del vestíbulo, bajo el espejo. Tiene una mancha roja en el auricular de cuando Tom lo cogió para llamar a emergencias. Siente náuseas. No ve la hora de que Hannah se vaya con los niños. En cuanto salen, cierra la puerta, se apoya contra ella e inspira profundamente. Se siente algo aliviada. Un poco.

El reloj del vestíbulo da la hora y el cuco sale de golpe: "¡Cucú!".

Casi se le para el corazón. Se le acelera el pulso y siente que otra vez empieza a galopar. Maldice y mira entre la persiana. El coche de Hannah ya se ha ido. El policía sigue allí. Lily está segura de que no puede ver la parte de atrás de la casa desde donde está apostado.

Se pone los zapatos, sale hacia el jardín de atrás y se dirige a toda prisa hasta el cobertizo. El sensor de movimiento de la puerta hace que la luz se encienda. Se acerca, duda, mira hacia atrás, hacia su casa. Arriba está la ventana de la habitación de Matthew. Desde allí se ve claramente la puerta del cobertizo.

La puerta no está cerrada con llave. La abre, entra lentamente y busca la luz interior. La enciende. La puerta se cierra tras ella.

Un aroma fresco a humedad y tierra penetra en su nariz.

Observa todo el interior. Está ordenado. Igual que todo en sus vidas. Las herramientas de jardinería están colgadas en la pared, ordenadas por tamaño, de menor a mayor. Bolsas de tierra negra y macetas de terracota descansan en los estantes. Bajo la ventana, un banco de trabajo. Varios cubos de basura están en fila bajo otro banco apoyado contra la pared del fondo. Lily recuerda la silueta de Tom en la ventana iluminada y la sensación de que había ido hasta el

fondo del cobertizo. Siente un nudo en el estómago mientras se abre paso en esa dirección. Retira uno de los cubos.

Dentro hay una manguera.

El siguiente cubo contiene rollos de alambre para sus plantas de tomate.

Lily abre el tercero y se queda sin aliento.

Dentro está la camiseta blanca de Tom. Se la había regalado para la Navidad pasada. Tiene un logo grande y redondo de Ocean Motion en la espalda. Está hecha un ovillo, arrugada y húmeda. Y la parte de adelante está empapada de… *sangre*.

TOM

AHORA

El flash de la cámara destella en su rostro. Tom parpadea. Está más que exhausto. Helado. Temblando.

—Señor, ¿puede volverse por favor? —le dice un agente uniformado.

Tom gira lentamente y queda de espaldas al policía. Ahora está frente al detective que lo observa sentado en una silla. El detective Toshi Hara. Un tercer policía está de pie junto a Tom con bolsas de papel para guardar pruebas.

—Extienda los brazos a ambos lados, por favor —dice el de la cámara.

Él los extiende.

Clic. Flash.

El ritmo entrecortado que crean las luces y los sonidos es como una embestida contra su cerebro. Clic. Flash. Los policías lo hacen sentir como un delincuente. No puede pensar con claridad. Las palabras de Lily retumban en su mente.

"¿Cómo pudiste mentirme? ¿Traicionarme, engañarme de este modo?".

—Solo salí a correr —dice Tom.

Le cuesta reconocer su propia voz. Todo parece irreal, como si se hubiera levantado de la cama de madrugada y hubiera salido por la puerta en medio de una tormenta en una realidad alternativa. O tal vez la tormenta comenzó hace cuatro meses. O quince años, cuando conoció a Lily. Si lo piensa bien, la tormenta que ahora se desata a su alrededor comenzó hace treinta y tres años.

Tal vez logre despertarse. Y todo vuelva a la normalidad.

Pero Tom sabe que nada podrá volver a ser normal jamás. Tal vez nunca lo fue. La normalidad es una construcción. Una historia que la gente se cuenta a sí misma. Es lo que todo el mundo hace: fingir algún tipo de normalidad. Esos relatos que la gente se cuenta a sí misma son la única realidad que conocen los humanos. Tom es perfectamente consciente de esto. También su esposa, terapeuta.

—Por favor, vuélvase de nuevo, señor —dice el policía con la cámara. Tom

mira al fotógrafo.

—¿Puede extender las manos hacia mí con las palmas hacia arriba? —Tom obedece.

Clic. Flash.

—Palmas hacia abajo, por favor.

Clic. Flash.

Tom observa los rastros de sangre en su piel. La sangre de ella.

—¿Puede quitarse la chaqueta y la camiseta, por favor? —dice el policía con la cámara.

Tom se quita la chaqueta. El tercer policía sostiene abierta una de las bolsas para pruebas. Tom deja caer su chaqueta allí dentro, luego se quita la camiseta por encima de la cabeza. Es la que se puso limpia cuando subió a su habitación en su casa. Tom pone la camiseta en otra bolsa de papel que sostienen junto a él. No puede parar de temblar. Le castañetean los dientes. No sabe si es por el frío o por la conmoción. Tal vez por las dos razones.

Clic. Flash.

—Vuélvase.

Ahora queda frente al detective Toshi Hara de nuevo.

Clic. Flash.

Hara está sentado en silencio, atento. El rostro impávido. Cara de póquer, típica de policía. No tiene ni un gramo de grasa de más. Delgado y malvado. Tiene el pelo espeso, negro y brillante, con un corte impecable. La piel es clara, lisa y sin imperfecciones. Lleva una camisa blanca bien planchada y una corbata color borgoña. Sus pantalones son entallados y calza zapatos de cuero marrones. A la moda. Nada que ver con el detective curtido y desaliñado de las series de televisión. Es difícil adivinar su edad. Tal vez esté cerca de los treinta. Tom imagina que el detective Hara es soltero y vive en un apartamento de diseño ultramoderno. Pequeño, pero muy por encima de lo que el salario normal de un policía podría permitir. Tom presiente que Toshi Hara es ambicioso. Seguro que sale con mujeres espléndidas.

Clic. Flash.

—¿Puede bajar la barbilla para que podamos ver bien la parte posterior de su cuello?

Tom baja la barbilla. La cámara se acerca por detrás. Clic. Flash. El policía toma más fotos de las profundas marcas de rasguños que tiene en un lado del cuello. Otra, de los restos de sangre en el otro lado del cuello.

—Quítese los pantalones y el calzado, por favor.

Tom se pone tenso. Mira al detective Hara, que asiente.

—No tengo que hacer esto, ¿verdad? —dice Tom.

—Usted tocó el cuerpo —dice Hara—. Declaró que la cogió en brazos. Así. —Hace el mismo gesto de acunar el cuerpo que Tom les mostró a los policías antes.

—Sí, pero eso es…

—Por eso necesitamos su ropa, señor. Tenemos que entender qué le sucedió a la mujer que usted encontró muerta. Las pruebas de su cuerpo se pueden haber transferido a usted. Podría haber algún indicio que nos ayudara a encontrar quién le hizo esto a ella. Usted querrá saberlo, ¿no?

—¿Ustedes… no creen que haya sido un accidente?

—Estamos considerando todas las opciones.

Tom se siente atrapado. Claustrofóbico, de pronto. Le echa un rápido vistazo a la puerta.

—Le daremos algo seco para vestirse en cuanto terminemos con esto —dice Hara—. Y luego le daremos una bebida caliente. ¿Le parece bien?

—Necesito hacer una llamada.

—Muy bien, no hay problema. Puede hacerla. Si primero nos da sus pantalones, su ropa interior, sus calcetines y las zapatillas, por favor —dice Hara.

Tom lo mira fijamente; su mente no puede detenerse.

—¿Mi ropa interior?

—Por favor.

Tom traga saliva. Si se niega, parecerá culpable. Un hombre inocente sin duda haría todo lo posible para ayudar a la policía. Tom se quita las zapatillas. Van a parar a una bolsa de papel. Luego, los calcetines. Entonces se baja los pantalones negros de deporte, impermeables con bandas reflectantes. Se los quita. El policía que sostiene la bolsa de papel los coge con su mano enguantada. Tom inspira profundamente, se quita la ropa interior. El policía coge otra bolsa de papel. Tom está de pie, ocultando sus partes íntimas con las manos. Nunca en su vida se ha sentido así de expuesto, como… violado en su intimidad; de pie, desnudo y tiritando bajo una intensa luz fluorescente frente a tres hombres completamente vestidos, dos de ellos visiblemente armados. Hombres con el poder constitucional de quitarle la libertad, de dejarlo encerrado.

El policía con las bolsas de pruebas va hacia la mesa. Escribe el nombre de Tom en cada bolsa, junto con la hora y la fecha y la descripción de lo que hay en el interior.

Hara se incorpora. Es mucho más bajo que Tom, pero su presencia se impone.

—Solo necesitamos tomarle muestras de la sangre que tiene en el cuello y en las manos, ¿de acuerdo? —Hara se coloca un par de guantes azules de látex y toma un kit del estante. Lo abre.

Tom cierra los ojos mientras Hara toma la muestra de la sangre con hisopos. El detective mete los hisopos dentro de un tubo y se lo entrega al encargado de las pruebas, que lo etiqueta. Hara le alcanza a Tom unos pantalones de felpa azules y una sudadera a juego. Tom supone que es la ropa que les dan a los sospechosos antes de trasladarlos a una unidad de detención.

—Disculpe, pero no tenemos calzado para darle. Esto le servirá. —Hara le entrega a Tom un par de cubrezapatos, de los que se usan para acercarse a la escena del crimen.

Tom los mira fijamente.

—Ah, una cosa más —dice Hara—. ¿Nos podría dar una muestra de su ADN?

—¿Qué?

—Una muestra de ADN. Un simple y rápido hisopado del interior de su mejilla. Nos servirá para eliminar cualquier ADN suyo que pudiera haber quedado en la escena.

Tom mira a Hara intensamente. Su pulso se acelera. Siente una oleada de terror. Lo están arrinconando. Trata de tragar saliva, pero tiene la garganta cerrada. Si se niega, alimentará las sospechas. Las cosas se pueden poner peores para él. Piensa en por qué salió a correr esa mañana. Piensa en lo que sucedió ayer y en la discusión con Lily. Piensa en lo que sucedió en la barbacoa en casa de los Cody y se aclara la garganta.

—Por supuesto.

Hara se coloca un par nuevo de guantes de látex, busca otro kit en el estante. Lo abre.

—Siéntese.

Tom se sienta en la silla que le acercan.

—Abra la boca, por favor.

Tom abre la boca.

—Un poco más.

Él obedece. Hara introduce el hisopo en su boca y raspa el interior de la mejilla. Es una intrusión física, la mano enguantada de este hombre y el hisopo moviéndose dentro de su boca.

Hara retira el hisopo, lo inserta en el tubo, lo sella y se lo alcanza al policía que recoge las pruebas, que vuelve a registrar los datos de Tom y la hora. El policía se retira con el ADN de Tom, las muestras de sangre y las bolsas de papel que contienen su ropa y sus zapatillas. El de la cámara también sale de la habitación.

Hara sonríe y extiende su brazo hacia la puerta abierta.

—Ahora puede hacer esa llamada si lo desea.

—Es que… no tengo mi móvil —dice Tom.

—Le podemos ofrecer un teléfono. Venga por aquí, señor.

Tom sigue al detective Hara a una habitación blanca sin ventanas. Dentro hay una mesa baja frente a un pequeño sofá, un sillón y una silla con ruedas. Tom mira hacia el techo. Una cámara situada en una esquina lo vigila.

—Espere aquí, por favor —dice Hara, y cierra la puerta. Tom tiene ganas de vomitar.

RUE

AHORA

La niebla se filtra entre las viejas coníferas mientras Rue camina lentamente de regreso por el sendero que atraviesa el parque regional Spirit Forest. Examina cuidadosamente el terreno a medida que avanza. El agua gotea por todas partes y sus botas chapotean en el barro. Se ha establecido un perímetro policial y los técnicos forenses trabajan rastrillando la zona en el acantilado, encima del lugar donde se encontró el cadáver de la mujer.

Los árboles que circundan la zona son monstruosos. Se alzan como los arcos de una catedral sobre el estrecho sendero, ahogando la luz del exterior. La vegetación del sotobosque es densa, con arbustos de fresas, enormes helechos y garrotes del diablo cubiertos de espinas pequeñas y afiladas.

—Por aquí —grita uno de los técnicos que está esperando a Rue sendero arriba. Cuando llega hasta él, le señala un área donde la vegetación está aplastada y rota a un lado de la senda que usan los corredores.

—Las huellas fuera del sendero en este lugar coinciden con las zapatillas Nike del treinta y nueve de la mujer muerta —dice, cuidando de que Rue no pise sobre las huellas—. A partir de aquí las huellas se dirigen al bosque. —Le señala unas partes más hundidas en el suelo con su bastón de rastreo mientras ella lo sigue—. Quien llevase las Nike parece haberse desplazado en un patrón errático hasta el borde del acantilado, y luego por allí.

Señala con su bastón un área pisoteada y con ramas partidas. Pequeños cortes en las ramas muestran gotas de savia fresca.

—¿Solo un par de huellas? —pregunta Rue.

—Tres pares.

Ella lo mira con intensidad.

—¿Tres?

—Venga, se lo enseñaré. Tenga cuidado de mantenerse detrás de mí.

—¿Todo ha sido debidamente marcado y fotografiado?

—Sí. Y se han hecho las impresiones.

Conduce a Rue a la profundidad del denso sotobosque y señala más huellas en el barro oscuro. Rue se inclina entre los arbustos para examinar las marcas.

—Esas formas triangulares —dice señalando— ¿son las huellas hechas por el dibujo de las zapatillas Nike de la mujer?

—Afirmativo. Apuesto a que las muestras de barro en el dibujo de las suelas de la mujer coinciden con las muestras de suelo que hemos tomado aquí arriba y en el borde del acantilado. Hay un segundo juego de huellas dejadas por alguien que parece abandonar el sendero e ir tras ella dentro de la zona de arbustos. ¿Lo ve allí?

Rue se acerca y aparta hacia un lado las ramas de fresas. Estudia con atención el suelo donde el técnico se lo señala.

—Esta huella es realmente clara —dice él—. Un patrón en zigzag en la suela. De la talla cuarenta y cuatro.

Rue estudia la huella.

—¿De hombre? —pregunta.

—Definitivamente de alguien más grande y más pesado que quien llevase las Nike. Pies más anchos.

Rue piensa en Tom Bradley. Toshi ya tendrá sus zapatillas en su poder.

—Estas huellas más grandes con el diseño en zigzag se superponen con las huellas de las Nike en algunos lugares, lo que indica que quien las haya hecho iba tras ella. El patrón de impresión de las huellas de la mujer sugiere que se movía rápido, incluso corriendo en algunos tramos, cayéndose, por momentos arrastrándose sobre las manos y las rodillas. La persona que iba tras ella se movía de forma más metódica.

"La presa y el cazador", piensa Rue mientras estudia las huellas. Una que huye, otro —u otra— que se toma su tiempo.

—¿Y ambas huellas conducen hasta el borde del acantilado? —pregunta.

—Se lo enseño. —Lleva a Rue hacia el bosque—. Como le dije, ella abandonó el sendero principal y al parecer corrió de modo errático, sin una dirección clara. Aquí se cayó.

—Señala el lugar—. Avanzó con las rodillas. ¿Ve allí las huellas de las manos bajo estas hojas? ¿Las marcas de las rodillas? Después se levantó y volvió a correr. Se volvió a caer. Y entonces se arrastró hasta estos garrotes del diablo. —Le muestra a Rue una zona con estas plantas de aspecto prehistórico con hojas grandes como platos. Tienen una altura de más de un metro—. *Oplopanax horridus* —dice—. Terrible. Más vale no caer en un lugar así. Tanto los tallos

como las hojas están cubiertas de unas espinas finas y frágiles que penetran la piel con facilidad. Son tóxicas y pueden causar graves reacciones alérgicas en algunas personas. Si aquí es donde cayó la mujer, encontrará pruebas de esas espinas en su cuerpo y en su ropa.

—¿Y dónde está el tercer par de huellas? —pregunta Rue.

El técnico la guía hasta llegar muy cerca del borde del acantilado.

—El tercer par de huellas viene desde el noroeste, a lo largo de lo que parece ser un pequeño sendero de vida silvestre. Aparecen y luego van paralelas a las otras dos huellas de allí. —Señala con su bastón.

Rue vuelve a ponerse en cuclillas y estudia el nuevo juego de huellas.

—Estas parecen ser de botas.

—Sí. Número cuarenta y tres. Quien las haya hecho llegó a la escena después de los otros dos individuos. —Acompaña a Rue hasta el borde del acantilado —. Signos de lucha, marcas aquí en el suelo. Hay piedras y rocas que están más sueltas. Rastros de sangre en las hojas de los arbustos aplastados y en las flores silvestres. Y un poco más de sangre por allá. —Sus miradas se encuentran—. Y los técnicos encontraron una linterna frontal y una gorra.

—¿Dónde?

Lleva a Rue hasta donde están los elementos hallados en un sector de piedras junto al borde del acantilado. Los han delimitado con cinta amarilla. Ella se pone en cuclillas y observa la gorra negra.

Tiene el logo dorado de la Universidad de Kordel sobre la visera. Recuerda la tarjeta que encontró en el bolsillo de la mujer muerta.

Tom Bradley (PhD), Departamento de Psicología

La linterna frontal es de la marca Petzl. Azul y blanca, con una tira para ajustar en los mismos colores.

—Deberíamos poder obtener ADN de la gorra, y posiblemente de la tira de la linterna —dice el técnico—. También está esto. —Hace un gesto hacia otra zona demarcada con cintas amarillas.

Rue se acerca al lugar. El técnico está señalando unas pequeñas cuentas de plástico. Verde intenso y naranja sobre el suelo oscuro. A Rue se le cierra el estómago cuando recuerda ese hilo de cuentas cortado entre los dedos destrozados de la mujer.

Rue asiente, respira profundamente y se pone de pie. Se dirige hacia el borde del acantilado y mira hacia abajo con precaución. Siente el vértigo en el

estómago. Está justo encima de donde se encuentra el cuerpo. La mirada de Rue se dirige ahora hacia el océano. La niebla todavía oculta el mar. En un día claro, desde este lugar de observación, se podrían ver las cumbres nevadas de las montañas Olímpicas en los Estados Unidos. Se vuelve lentamente y observa el muro que forman los árboles del bosque a su espalda.

Si tanto la mujer como su agresor estaban usando linternas frontales, debe de haber estado muy oscuro. Tormentoso. Con niebla.

A juzgar por las huellas y las marcas, alguien persiguió a la mujer fuera del sendero y hacia el acantilado. Quien la siguió luchó con ella cerca del borde. Dada la huella de sangre, uno de los dos resultó herido, posiblemente durante el forcejeo. Entonces, la mujer cayó por el acantilado. La gorra y la linterna frontal podrían haberse caído durante el forcejeo. Y la víctima tal vez arrancó el collar de cuentas verdes y naranjas de su atacante, ya que el hilo roto había quedado enredado entre sus dedos.

Pero ¿y la tercera persona?

—Necesitamos un dron —dice Rue, buscando su móvil en el bolsillo—. Necesitamos revisar la pared del acantilado para ver si hay alguna otra prueba, lo que sea que pueda haberse desprendido del cuerpo en la caída.

Hace la llamada.

LILY

AHORA

Tal vez no sea sangre la mancha en la camiseta de su marido, aunque otra parte del cerebro de Lily sabe que sí lo es. Por alguna razón, Tom escondió su camiseta aquí antes de llamar a la policía. También les mintió sobre el teléfono.

Aunque Lily está tratando de aceptar la terrible realidad que se va desvelando, su mente se agita tratando de encontrar alternativas para explicarla. Explicaciones más cómodas.

"La gente hará cualquier cosa, por absurda que sea, para evitar enfrentarse a sus propias almas".

Fuera sopla el viento y hojas y ramas golpetean contra el techo de chapa. Se tensa al pensar en la concejala Virginia Wingate, que estaba aparcada frente a la verja de atrás, en la calle lateral, esperando a Tarryn. Piensa en lo que pudo haber visto Matthew desde arriba. Piensa en el policía sentado en su vehículo vigilando su casa.

Lily mete la mano en el cubo y se detiene. Huellas digitales. No debe dejar sus propias huellas en la sangre de esa camiseta. Mira alrededor del cobertizo. Ve sus guantes de jardinería, amarillos con pequeñas flores rosadas. Se los pone, coge una bolsa de basura de jardín. Saca del cubo la camiseta de Tom y con cuidado la deja caer en la bolsa.

¿Y ahora qué? ¿Qué está tratando de hacer? Oye otra sirena a lo lejos. Siente pánico en la boca del estómago. Deprisa se quita los guantes, los mete en la bolsa de basura con la camiseta ensangrentada de su marido y abre la puerta del cobertizo. Se asoma al exterior y observa la casa de su vecino más próximo. Nadie está mirando desde las ventanas. Entra deprisa en su casa por la puerta de la cocina. Por un momento se queda parada, con la bolsa en la mano, con la mente en blanco.

Suena un golpe en la ventana del comedor. Lily ahoga un grito, se gira y suelta la bolsa. Se cae al suelo y se abre, dejando a la vista la camiseta

ensangrentada mientras ella mira hacia la ventana. Hay un hombre fuera. El hombre vuelve a llamar a la ventana mientras murmura algo.

Lily tarda unos segundos en reconocer a su paciente: Garth Quinlan, bombero, casado y padre de tres hijos. Garth le señala el reloj. "Mierda". Lily mira el suyo. Ha perdido la noción del tiempo. Olvidó por completo su sesión con él.

Le hace señas para que espere unos segundos, se inclina y mete nuevamente la camiseta en la bolsa. Lily duda, luego la empuja con el pie bajo la mesa del comedor. Se pasa la mano por el rostro tratando de recomponerse, se alisa el cabello, respira profundamente y se dirige a abrir la puerta de atrás. El corazón le late alocado.

—Llamé al timbre de su consultorio —dice Garth—. Y también llamé a la puerta. Pero no hubo respuesta. Intenté llamarla por teléfono, pero me saltó el contestador. Entonces volví a mi camioneta y vi por encima de la valla que las luces del cobertizo estaban encendidas, y la vi a usted entrando en la casa por la puerta de atrás, así que volví por aquí.

Lily siente que le explota el pecho de rabia, otro mecanismo para abordar situaciones estresantes. La rabia supera al miedo, así que Lily se aferra a ella y redobla la apuesta. Eso le permite recuperar el control. Vuelve a ser la doctora Bradley. Y la doctora Bradley tiene sus reglas. Los pacientes no pueden entrometerse en su vida privada. En su familia. Y este lado de la casa es estrictamente privado. Siempre lo deja en claro con cada paciente desde el principio. Pero siempre hay uno o dos pacientes que tratan de pasar los límites, que intentan entrar en su espacio personal por diversas razones, que tratan de saber más sobre ella y sobre su familia. Garth no debería haberse metido en su *área privada* y se lo hace saber.

—Lo siento, Garth —dice ella cortante—. Tenía intención de cancelar la cita. Pero surgió algo terriblemente importante. Una emergencia. Por favor, no vuelva a pasar jamás por esta entrada.

Él la mira intensamente. Hay algo extraño en su expresión.

—¿Qué tipo de emergencia? —pregunta lentamente.

—Una emergencia familiar. Realmente lo lamento. Le pido disculpas. Lo llamaré para reprogramar…

—¿Eso es sangre?

—¿Qué?

—Sangre.

—¿Do… dónde?

—En sus manos y en su cara.

Lily baja la vista y se observa las manos. Con horror se ve los dedos rojos. Debe de haberse manchado cuando metió de nuevo la camiseta en la bolsa. Ya no tenía los guantes puestos.

—En la cara también.

Se da cuenta de que debe de haberse manchado cuando se tocó la cara y se alisó el pelo.

—¿Hay alguna persona herida? —pregunta Garth—. ¿Esa fue la emergencia?

El teléfono fijo comienza a sonar en la sala.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunta él.

El teléfono suena y suena. Dos llamadas más y saltará el contestador.

—Tengo que atender…, le llamaré para una nueva cita. —Lily cierra la puerta en la cara de Garth y corre al teléfono. Descuelga el auricular en el último instante. Cuando contesta, ve su reflejo en el espejo del vestíbulo, que muestra rastros de sangre en su mejilla y en los dedos que sostienen el teléfono. "Sangre de la mujer muerta". Por un momento se queda sin habla.

—¿Lily? —La voz de Tom la devuelve de un golpe a la realidad.

—Por Dios, Tom. ¿Dónde estás? ¿Qué está pasando?

—Lily, estoy… en la comisaría. Necesito…

—¿En la comisaría? ¿Qué comisaría?

—En la del centro.

Ella observa en el espejo su rostro pálido, manchado con la sangre de la camiseta de su marido, que ahora está bajo la mesa del comedor.

—¿Lily?

—Sí —dice ella débilmente.

—Necesito que hagas algo. ¿Estás escuchando? Necesito a Dianne. Habla con Dianne.

—¿Dianne?

—Dianne Klister.

Su amiga Dianne. La famosa y exclusiva abogada penalista. ¿No acababa ella de pensar en Dianne? Sí, cuando Tarryn le contó a Lily que su padre era socio de la misma firma que Dianne. Hammersmith, Wingate & Klister.

Su mente retrocede como en una espiral hasta el día en que se quedó con Dianne en el hotel Ocean Bay para tomar algo. Cuando Lily recibió una extraña nota, se vio obligada a confesarle a Dianne que alguien la estaba

siguiendo, vigilando, una especie de acosador, y Dianne la miró como si estuviera loca.

—Lily, ¿estás allí? ¿Me estás escuchando?

Ella siente como si tuviera el cerebro embadurnado de una jalea pastosa. No puede hacerlo funcionar.

—¿Necesitas un abogado penalista? —Su voz sale ronca.

—Por Dios, sí, Lily. La policía está interrogándome en relación con la muerte de esa mujer. Me metieron en una especie de sala de interrogatorio y se han llevado toda mi ropa. Todo se está enrareciendo. Necesito que me asesoren. Y que me traigas algo de ropa.

La mirada de Lily busca la mesa del comedor; la bolsa con la camiseta de Tom sigue allí abajo.

—¿Se llevaron tu ropa?

—Sí.

—¿Por qué? Quiero decir… ¿por qué no creen que fue un accidente?

—No puedo hablar… Hay cámaras aquí dentro y este no es mi teléfono. Solo trae a Dianne a la comisaría y tráeme una muda de ropa.

—¿Quién… quién era ella, Tom? ¿A quién encontraste en la playa?

En ese momento se corta la comunicación.

LILY

AHORA

Lily llama a la oficina de Dianne. Mientras espera que la atiendan, su atención se centra en las fotos enmarcadas de la familia en la pared del vestíbulo. Su favorita es una bella foto de los cuatro en Aruba, riendo al sol en una playa de arena blanca bordeada por un mar turquesa. Otra imagen muestra a Lily y a Tom en un exclusivo *glamping* en Clayoquot Sound, donde fueron a celebrar un aniversario de su boda. Están abrazados, sonriendo. La emoción le nubla la visión. En otra foto están los cuatro en un safari en Botsuana. La tomó el guía el día que vieron tres de los "grandes cinco" de África: un rinoceronte con su cría, una manada de elefantes y un leopardo sobre un árbol con su presa.

—Estudio de Dianne Klister, ¿en qué puedo servirle?

—Hola… ¿Puedo hablar con Dianne? —tartamudea Lily volviendo a la realidad.

—La señora Klister no está disponible en este momento. ¿Quisiera dejarle un…?

Lily corta la comunicación. Con los dedos temblorosos marca otro número: el móvil de Dianne. Su mirada vuelve a posarse en las fotos mientras espera. Observa otra imagen tomada en ese viaje a África. Están ella, Tom, Matthew y Phoebe esperando para abordar una embarcación para ir a observar tiburones en KwaZulu-Natal, con el oleaje golpeando el muelle en la distancia.

—¿Lily? —Se oye la voz de Dianne.

—Hola, eh…, yo…

—¿Lily? ¿Estás bien?

—Parece como si tuvieras puesto el altavoz —dice Lily—. ¿Hay alguien más escuchando?

—Estoy en el coche, conduciendo. Estoy sola. ¿Qué pasa? Tienes una voz rara.

—Necesitamos tu ayuda, Dianne. —Lily cierra los ojos con fuerza—.

Tom…, Dios mío. — Se le quiebra la voz—. No sé cómo decírtelo. No tengo idea siquiera de qué se trata.

—De acuerdo, escúchame. Voy a detenerme. —Lily oye que Dianne aparca el coche—. De acuerdo, vamos con calma. Tienes toda mi atención. Dilo como te salga.

Lily traga saliva, se pasa la mano por la boca y entonces recuerda la sangre en sus manos. Su mirada vuelve al espejo. Se horroriza. Ahora tiene un poco de sangre de la muerta en la boca. La mirada espantada, los ojos vidriosos. Tiene el pelo revuelto después de haberse mojado en la lluvia. Esta no es ella. Se supone que ella es la mujer —madre, esposa, terapeuta— a la que sus amigas envidian por su control, por estar siempre perfectamente impecable, sin importar la ocasión. Una mujer que no tiene trapos sucios que esconder.

—¿Lily?

—Tom está en la comisaría. Lo están interrogando en relación con… una persona muerta. Encontró a una mujer muerta en la playa esta mañana, y los detectives de homicidios le están haciendo preguntas. Se llevaron su ropa, Dianne. Necesita que lo asesores. Ya. ¿Puedes ayudarnos?

Se hace un silencio pesado.

—¿En qué comisaría?

—La que está en el centro. La principal. Dianne… —Lily duda, mientras la realidad cae con la pesadez de una piedra helada en sus entrañas—. La detective es la que ha aparecido en la tele. Que investiga homicidios. La que interviene en los casos de las runners asesinadas.

—¿La sargento Rulandi Duval?

—Sí.

—Escúchame con atención. ¿Me estás escuchando, Lily? ¿Estás atenta? —El tono de Dianne ha cambiado. La amiga de Lily ahora suena cortante. Eficiencia en su máxima potencia. Una mujer totalmente diferente.

—Sí, sí, estoy escuchando.

—No le digas nada a nadie. Ni una palabra. A nadie. ¿Me entiendes? A nadie.

—De acuerdo —asiente.

—Dilo, repítelo de nuevo.

—No debo decir nada. A nadie.

—Recuérdalo. Por el bien de Tom. Por tu bien. Y métete esto en la cabeza: ni

Tom ni tú estáis obligados a responder las preguntas de la policía. Es su derecho ante la ley.

—Él no hizo nada, Dianne.

—Más allá de que Tom haya hecho algo o no, que esté siendo interrogado por policías de homicidios, que se hayan quedado con su ropa, no le va a beneficiar ante la prensa. Necesitamos pensar de inmediato cómo controlar los daños, cómo proteger su trabajo. Y tu trabajo. Y aislar a Matthew y a Phoebe.

Lily siente que la bilis le sube por la garganta.

—En primer lugar —dice Dianne escuetamente—, que alguien los recoja a la salida del colegio, preferentemente alguien de confianza que los lleve a su casa y que los mantenga alejados de las noticias por ahora. Cancela tus citas del día de hoy. Yo voy directamente a la comisaría. Mientras tanto, prepara algo de ropa para Tom. Algo elegante, respetable. Y tú, ponte presentable. Luego, ven a la comisaría. Nos encontramos allí. —Hace una pausa—. Sea lo que sea, Lily, Tom necesita tu apoyo en este momento. Tienes que ser fuerte por él y por tu familia.

—Pero si Tom no ha hecho nada malo…

—Está siendo interrogado por una detective de homicidios de alto perfil, que lleva el caso de un asesino en serie que viola salvajemente y que luego mata a golpes a mujeres que han salido a correr. Piensa en eso, Lily. En este momento, el asesino de las runners está aterrorizando a las mujeres que no se animan a salir a correr solas. Y Rulandi Duval es un pitbull que está a la defensiva. Es una mujer en una posición de poder en un ámbito tradicionalmente masculino y tiene que probar que vale. Tom y tú sois unos privilegiados. Vivís en Story Cove. Tenéis un barco. Está amarrado en un exclusivo puerto deportivo. Sois miembros de un club de campo. Tom realiza un trabajo académico en contacto con jóvenes estudiantes. Tú trabajas con gente que necesita confiar en ti y que desea que el hecho de hacer terapia permanezca en la privacidad. Duval va a hacer que paséis un mal rato solo porque puede darse ese lujo. La opinión pública tampoco os lo va a poner fácil.

Lily siente que va a vomitar. Necesita ir al baño. Tiene el estómago revuelto.

—De nuevo, Lily, no puedo decírtelo más claro: no hables con nadie, no importa lo amigable que parezca, hasta que yo entienda que hay en juego aquí. Montaremos nuestra estrategia a partir de entonces.

Dianne corta la comunicación.

Aturdida, Lily deja el teléfono. Va hacia la mesa del comedor y recupera la

bolsa con la camiseta ensangrentada. Duda. Tiene que ponerla en alguna parte. O mejor, lavarla. Rápidamente se dirige al cuarto de lavar al fondo del pasillo. Lily vacía la bolsa en la lavadora y la pone en marcha. Se comienza a llenar de agua. Agrega detergente. Observa el agua. Se está volviendo rosada mientras los guantes de jardinería y la camiseta de su marido comienzan a girar y a agitarse de un lado al otro. Entonces se da cuenta... ¿y si la policía le pregunta dónde está la camiseta que usó Tom?

"Solo estaba haciendo la colada, agente".

Sube las escaleras a la planta de arriba, junta un montón de ropa sucia de la cesta del baño. Vuelve al cuarto de lavar y agrega las otras prendas al agua jabonosa y rosada. Cierra la tapa, luego mira la bolsa de basura que se quedó tirada en el suelo del cuarto de lavar.

La recoge. Tiene rastros de la sangre en su interior. ¿Dónde ponerla?

"¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué estoy tratando de ocultar todo esto?".

Porque su marido estaba tratando de ocultarlo.

Y tenía que haber alguna buena razón. Lo primero que hizo Tom fue dejar la camiseta en el cobertizo, antes de llamar a emergencias. Cuando sepa la razón, todo tendrá sentido. Tiene que tener sentido. Ella confía en Tom, ¿o no?

Vuelve a pensar en la discusión que tuvieron y siente como un golpe físico en su cuerpo.

Ella no confía en Tom. Le mintió.

Le ha estado mintiendo durante todo su matrimonio.

Pero entonces, Lily también le ha mentido de alguna manera. O más bien, ella ha enterrado sus secretos tan profundamente que casi había olvidado que estaban allí. Era como si le pertenecieran a otra persona. Alguien que no era Lily Bradley, madre de dos niños maravillosos. Pero entonces apareció el acosador. Luego llegaron los mensajes. Entonces, los problemas de sus pacientes empezaron a ser el reflejo de los propios. Lentamente, poco a poco, Lily comenzó a desmoronarse.

Entra a la cocina con la bolsa y se detiene frente a la nevera. Alguna vez lo vio en la tele: un programa sobre crímenes reales en el que una mujer escondió una bolsa con sangre humana dentro del congelador. Pero antes le había metido carne cruda.

Lily abre con fuerza la puerta lateral de su enorme congelador. Saca tres paquetes de carne orgánica, de vacas alimentadas con pasto. Rompe los envoltorios y coloca los trozos congelados de carne en la bolsa de basura.

Aprieta bien la bolsa y la vuelve a colocar en el congelador. Echa los envoltorios que contenían la carne en el cubo de basura bajo el fregadero. Está a punto de dirigirse al piso de arriba para cambiarse cuando un movimiento del otro lado de la ventana le llama la atención.

Gira hacia la ventana con los puños crispados. Pero no hay nada. Solo ramas que se mecen en el viento. Por un momento se queda mirando las ramas, entumecida. El sonido de reloj de cuco —tic, tac, tic, tac— se filtra en su cerebro. Se vuelve a poner en acción y sube las escaleras corriendo. Abre la ducha, se quita de un tirón el jersey color crema, los elegantes pantalones de lino, la camiseta de tirantes, la ropa interior, y se sujeta el cabello. Se mete bajo el chorro de agua caliente y se restriega hasta quitarse la sangre de las manos y de la cara.

Se seca con la toalla y se viste deprisa. Vaqueros, una camiseta blanca, un jersey rosa claro. Se recoge el pelo con cuidado en la nuca y se pone brillo en los labios.

"Tiene que parecer que estás serena. Tienes control de la situación".

Pero esa mujer de mirada vidriosa que le devuelve la imagen del espejo es casi irreconocible. Busca la ropa para Tom y entonces recuerda algo. Su teléfono.

"Lo enchufé en la cocina para cargarlo".

Desenchufa el móvil de Tom enchufado junto a la cama y baja a la cocina, donde lo enchufa junto a la encimera de la cocina para que coincida con su versión. Hace una nueva recorrida por la casa y busca su bolso. El solo hecho de tener que ir a la comisaría le resulta aterrador. Siente una profunda incomodidad en presencia de la policía, algo enquistado en su inconsciente desde la niñez. Sí, sabe que la policía protege a los ciudadanos. Sí, sabe que mantiene la seguridad de pueblos como el de ella. Pero el control de la ley esta inextricablemente ligado a los horribles recuerdos de lo que le sucedió a su familia y, a pesar de que Lily es capaz de racionalizar sus miedos y ha abordado el pasado exhaustivamente en terapia, no puede dejar de sentir ese malestar. Y ahora, junto con esos miedos, se avecina el terror de una recaída a la oscuridad de su pasado.

Se dirige al armario de la entrada, saca un elegante impermeable y oye una vez más el traqueteo de la lavadora a lo lejos. Se lo pone, busca las llaves del coche y coge el bolso con la ropa para su marido. Oye un fuerte golpe en la puerta principal, seguido por el timbre. Lily se paraliza. Su pulso se acelera.

—¿Señora Bradley? ¿Puede abrir? Soy de la policía. Abra la puerta, por favor.

Un pánico ciego la domina.

CÓMO EMPEZÓ

ANTES
Miércoles 20 de abril

DOS MESES ANTES DE SU MUERTE

El acosador está de pie en las sombras bajo las ramas retorcidas de un cerezo, vigilando la casa desde el otro lado de la calle, con las manos enguantadas aferradas al manillar de su bicicleta. Está oscuro. Hace frío, a pesar de que ya es primavera. Una niebla húmeda sube por la calle desde el océano a unas manzanas de distancia, formando halos espectrales alrededor de las farolas en la acera. Las alforjas, a los lados de la bicicleta, contienen un traje de baño húmedo, una toalla, zapatillas de trekking. El aliento del acosador sale como vapor a través de los agujeros del pasamontañas que lleva debajo del casco de ciclista. Gotas de humedad ruedan por la ropa impermeable del observador, brillando cuando reflejan la luz.

Es una zona segura. Organizada. Las calles alineadas con casas de estilo tradicional, cada una con su pequeño jardín adelante. Algunas con vallas de madera. Otras sin ningún vallado. Las aceras están flanqueadas por árboles centenarios: magnolios, cerezos, robles. Story Cove. Un nombre romántico que recuerda al hombre que fundó la ciudad cerca del 1800, un inglés llamado Simon J. Story. Y la tradición inglesa continúa viva aquí, al norte de la frontera con los Estados Unidos. El espíritu británico rezuma en los pintorescos pubs, en las tiendas que venden el tradicional *fish and chips*, en el té de la tarde con *scones* y nata espesa que venden los cafés. Se palpa en el crujir de los bates de críquet en las canchas del Windsor Country Club, donde también juegan al rugby los hombres del vecindario y donde hacerse socio cuesta una pequeña fortuna, suficiente como para alimentar a un pequeño país.

A unas pocas calles, las drizas golpean contra los mástiles de los yates de un bonito puerto deportivo. Story Cove es un lugar lleno de vegetación y rosas trepadoras, un lugar donde los venados pastan en el campo de golf vecino,

donde los niños todavía ríen y juegan en las calles y donde los únicos bandidos son los mapaches que se deslizan en la oscuridad de la noche para revolver en la basura y el reciclaje que los ricos amontonan cuidadosamente.

Dada la geografía de Story Cove, situada en una península que se adentra en el mar de Salish, podría ser casi una comunidad cerrada. No hay ninguna razón para que la chusma ande por allí. Quienes entran en Story Cove viven aquí. O vienen como empleados a trabajar. Por eso el acosador se ha tomado el trabajo de aprender a pasar inadvertido.

La casa bajo vigilancia pertenece a la familia Bradley. Las paredes de la casa parecen negras en la noche, pero a la luz del día son de un color berenjena profundo, con aleros de bordes verde manzana. Una placa de bronce en la verja dice "Terapia Los Robles, L. Bradley, PhD".

El acosador se ha enterado de muchas cosas sobre los Bradley a lo largo de los meses. Y de varias maneras. Es una vida llena de rutinas, lo que significa que sus movimientos son predecibles. Eso hace las cosas mucho más fáciles.

El acosador sabe a qué clases de pilates y yoga asiste la doctora Lily Bradley, y dónde. Qué pasteles compra y qué días. Dónde se corta y tiñe el pelo. Quiénes son sus amigas, cuánto pesa, cuántas calorías intenta consumir cada día, cuál de sus amigas toma demasiado vino, con qué fiereza protege a sus hijos. El acosador sabe qué zumo orgánico prefiere el pequeño Matthew, y cuánto adora su cámara. El acosador es consciente de que Phoebe es una seguidora del estilo gótico y que el profesor Tom Bradley trabaja en la universidad y que los viernes por la tarde suele beber de más en la taberna Red Lion, donde se reúne con un grupo de académicos para la *happy hour*. A veces, Tom Bradley y sus compañeros alargan la reunión en el Club Náutico y siguen bebiendo en una de sus embarcaciones. Tom y Lily parecen tener un matrimonio perfecto. Una familia para un catálogo en este pueblo privilegiado de Story Cove. Pero es una ilusión.

Todo en la vida es una ilusión.

La gente no vive en casas tradicionales, bien pintadas, en vecindarios bonitos. No vive en apartamentos de lujosos edificios, ni en rústicas cabañas en los bosques, ni en refugios para indigentes bajo los puentes de las carreteras. La gente vive en los quince centímetros que hay entre sus dos orejas, en ese kilo y medio de grasa y proteínas que es el cerebro humano. Viven dentro de su cabeza. Allí es donde está la realidad.

Allí es donde todo ser humano construye la narrativa individual de su vida.

Allí es donde las personas se dicen a sí mismas quiénes son, qué pueden y qué no pueden ser. Y ninguna realidad puede ser igual a la de otra persona. La idea de que existe una verdad objetiva es la mayor ilusión de todas.

Y siempre, ocultos bajo esas narrativas, están los secretos. Profundos, oscuros, primarios. Todo el mundo los tiene.

"Y cuanto más se observa a alguien, más se empieza a ver cuánto se esfuerza por ocultar los secretos que lo mueven".

En la planta baja de la casa color berenjena no se han bajado aún las persianas y las luces del interior irradian como un cuadro de luz dorada en la noche. Como un escenario iluminado para ese público de un solo espectador que acecha bajo el cerezo.

Claramente, los ocupantes se sienten seguros expuestos de ese modo. Pero eso va a cambiar.

Alguien se mueve y se ve por la ventana de la cocina. El acosador se tensa. Es el marido. Alto. Moreno. Lleva vaqueros negros y un jersey negro de cuello alto. Qué académico. Qué apropiado para un profesor de Psicología que estudia los desvíos de la mente desde la distancia de su torre de marfil cubierta de hiedra. Un hombre privilegiado, nacido en la riqueza generacional. El tipo de riqueza y de cuna que protegen a las personas de tener que pagar por las cosas terribles y retorcidas que puedan llegar a hacer.

El profesor Tom Bradley tiene puestas manoplas de horno mientras lleva una fuente humeante hasta la mesa del comedor. Su esposa entra de pronto en esa escena dorada. La doctora Lily Bradley. Tan rubia, con su peinado impecable. Bonitos pechos. Caderas bien firmes, trabajadas con su exclusivo entrenador personal en el gimnasio. Lily Bradley pone una botella de vino sobre la mesa. El marido lleva el abridor.

Descorchan el vino, lo sirven. La esposa coge una copa y dice algo. Él se ríe. Ella también se ríe, echa hacia atrás su rubia cabellera y muestra la suave curvatura de su garganta.

El deseo comienza a surgir en la profundidad de las entrañas del acosador. Sus puños presionan con fuerza el manillar de la bicicleta.

La mujer se casó con alguien de nivel económico superior. Su marido le lleva quince años. Es su segunda esposa. Él es quien tiene dinero.

El deseo en las entrañas del acosador se transforma en anhelo feroz, ardiente y peligroso. Le llega al corazón. Y junto a ese deseo doloroso y crudo surge algo

más siniestro: la necesidad de destruir todo lo que vive en la casa color berenjena.

Lo que el acosador quiere de la familia Bradley… es todo.

De pronto, la mujer se queda inmóvil. Mira hacia fuera de la ventana. El acosador se pone en alerta. La mujer le dice algo a su marido, luego camina directamente hacia la ventana con su copa de vino en la mano. Ahueca la mano libre contra la ventana para escudriñar la oscuridad de la noche, y apunta directo al cerezo. El mirón se queda inmóvil, como de piedra, ni siquiera respira. La doctora Lily Bradley busca una de las cuerdas y baja las persianas.

Se acabó el show.

El acosador sonríe. Está funcionando. Lily Bradley presintió que alguien la observaba, que merodeaba por los bordes de su vida. Ha tenido un mínimo destello de conciencia.

Empieza el juego. Hora de pasar al siguiente nivel. Pero en el momento en que el acosador monta en su bicicleta, un haz de luz amarilla corta la oscuridad. La mirada del acosador se dispara hacia la ventana del ático. La cortina de la pequeña ventana de arriba está ligeramente abierta y deja ver una banda de luz. "El niño".

Los músculos del cuerpo del acosador se congelan hasta que la cortina vuelve a su lugar y la luz amarilla se apaga.

El acosador está nervioso. Siempre hay un fallo. Un fallo en todo. Así es como la luz entra. O como se va la oscuridad.

El acosador espera un poco más. El frío se le cuela en los huesos. Tiene las manos agarrotadas dentro de los guantes sobre los puños del manillar.

Sopla una brisa leve. De las ramas retorcidas caen pequeñas gotas y una ambulancia ulula en la distancia, el sonido crece y se ahoga mientras las sirenas pasan Story Cove en su ruta hacia alguna tragedia.

El acosador pedalea calle abajo: una silueta más, sombría y con casco, adentrándose en la noche suburbana.

LILY

AHORA

Lily se arma de valor y abre la puerta, esperando ver al agente uniformado del coche a patrulla aparcado enfrente.

Es un hombre con traje. De origen asiático. Atractivo e impecablemente vestido.

—Señora Bradley, soy el detective Toshi Hara. —Le muestra su identificación —. Soy de la Unidad Integrada de Homicidios y trabajo con la detective Rulandi Duval. Soy su compañero. Creo que la conoció esta mañana, ¿verdad?

Lily observa el coche de policía apostado al otro lado de la calle. Su corazón da un vuelco al darse cuenta de que hay una unidad móvil de la prensa detrás. El gran logo rojo en el lateral del vehículo dice CITV NEWS. Es como un cartel luminoso y chillón en la fachada de su casa. Siente cómo la tensión le oprime las sienes cuando cae en la cuenta de lo visible que está el nombre de su consultorio en la placa del camino de entrada a la casa. En cualquier foto que la prensa tome de su casa aparecerá el cartel de su consultorio. Con su nombre.

—¿En qué puedo ayudarlo? —Ha comenzado a temblar.

De pronto comprende que esto va mucho más allá que el hallazgo de una mujer muerta en la playa. Está disparando sus traumas infantiles, haciéndola revivir lo que sucedió cuando se presentaron los policías aquel día terrible. Empieza a sentir un zumbido en su cabeza.

La lavadora comienza a centrifugar y se oye un ruidoso traqueteo. El detective Hara mira más allá de Lily hacia el pasillo. Ella se coloca en el centro de la puerta para bloquearle la vista y se mantiene en silencio, esperando su respuesta.

—¿Ese ruido es su lavadora? —pregunta—. ¿Quiere ir a ver qué sucede?

—No funciona muy bien. Tengo que arreglarla. No hay problema. —Él la observa—. ¿Qué desea?

—Quisiera hacerle unas preguntas. Sobre esta mañana.

—Mi marido está en comisaría —dice ella.

—No quiero hablar con su marido, sino con usted. Unas pocas preguntas. Es parte del procedimiento. ¿Puedo pasar?

El ruido de la lavadora aumenta.

—Es que iba a salir. —Se cuelga el bolso al hombro, toma la bolsa con la ropa de Tom y da un paso hacia afuera, lo que obliga a Hara a retroceder. Cierra la puerta con firmeza y echa la llave—. Mi marido, Tom, me ha pedido que le lleve ropa, ya que ustedes se han quedado con la suya, y estaba a punto de salir, así que…

—¿Puede decirme dónde estuvo usted ayer, hasta hoy por la mañana? —Ella se queda paralizada.

—¿Yo?

Él sostiene la mirada de sus ojos oscuros. Espera. Lily mira hacia la unidad móvil de la prensa. Se están abriendo las puertas. Una mujer vestida con falda y un hombre con una cámara están bajando. Lily siente una enorme tensión.

—¿Me pregunta por el momento en que… la mujer… fue hallada… muerta? ¿En qué momento de ayer? —Él espera.

La reportera y el cámara están cruzando la calle. La mente de Lily va a toda velocidad. La policía le debe de haber preguntado, o irá a hacerlo, lo mismo a Tom. Ella no puede contradecirlo. Tal vez por eso la detective Duval envió a su compañero, para adelantarse a Lily e interrogarla antes de que pudiera hablar con su marido, antes de que ella y Tom acordaran una narrativa común sobre ese día y confirmaran sus respectivas coartadas.

"No puedo decírtelo más claro: no hables con nadie, no importa lo amigable que parezca, hasta que yo entienda que hay en juego aquí".

—Lo siento. —Lily pasa junto al detective Hara cuando los periodistas están ya pisando su jardín—. Dianne Klister es nuestra abogada. Puede hablar con ella. —Se apresura hacia el BMW aparcado en la entrada. Pulsa el control remoto para abrir las puertas.

—Ella es la abogada de su marido —replica Hara mientras la sigue—. No la suya. Ella va a trabajar para él, no para usted.

Lily abre con fuerza la puerta del coche y arroja los bolsos adentro. Mientras sube a su asiento, la periodista se le acerca con un micrófono y el tipo de la cámara comienza a grabar.

—¡Doctora Bradley! —grita la reportera—. ¿Por qué se han llevado a su marido a comisaría? ¿Por qué lo están interrogando los de homicidios?

Lily cierra de un portazo y arranca el motor. Alcanza a oír cómo grita la

periodista del otro lado de la ventana.

—¿Su marido conocía a la víctima, señora Bradley? ¿Se relaciona esto con los otros casos de las runners?

Lily aprieta la mandíbula, sujeta el volante con fuerza, pisa el acelerador y sale de la entrada a demasiada velocidad. Gira el volante al salir a la calle y los neumáticos rechinan por la fricción contra el asfalto. Acelera y avanza a toda velocidad por la tranquila calle sin salida. Frena de golpe ante la señal de stop. Su corazón late como un tambor. Siente sudor bajo las axilas. Respira agitada. La voz de la periodista aún resuena en su cabeza.

"¿Su marido conocía a la víctima, señora Bradley? ¿Se relaciona esto con los otros casos de las runners?".

La sigue el eco de la voz de Dianne.

"Más allá de que Tom haya hecho algo o no, que esté siendo interrogado por policías de homicidios, que se hayan quedado con su ropa, no le va a beneficiar ante la prensa".

Mientras conduce hasta la comisaría, trata de detectar cuándo fue el momento en que se dio cuenta de que algo iba mal. Fue al inicio de la primavera, cuando comenzó a sentir que la vigilaban.

Y entonces comenzaron las notas.

LILY

ANTES
Sábado 24 de abril

MENOS DE DOS MESES ANTES DE SU MUERTE

—¡Vamos chicos, es hora de irnos! —grita Lily en las escaleras.

Es domingo y Lily lleva a sus hijos a misa en la pequeña capilla de piedra cerca del mar. Va a la iglesia católica Nuestra Señora de la Paz con Phoebe y Matthew todos los domingos por la mañana. Tom solía acompañarlos, pero mientras que Lily necesita esta tradición religiosa para darle un cierre a su semana y para mantenerse conectada con su fe, su marido se ha ido alejando del culto organizado. Prefiere salir a correr los domingos. Dice que el ejercicio y el aire libre son su iglesia y que cada domingo trata siempre de incorporar algún nuevo sendero natural a su recorrido, ya sea a través del bosque, a lo largo de la playa o por alguna de las rutas de senderismo en la montaña.

Ir a misa es la forma en que Lily mantiene a sus padres y a su hermano pequeño en su corazón. Cuando Lily era pequeña, su madre y su padre solían llevarla a ella y a su hermano a la iglesia. Como terapeuta, Lily reconoce también el valor de la tradición católica de la confesión, a pesar de que sabe bien que algunos secretos no se le pueden contar al cura local que vive, compra y hace ejercicio dentro de esa misma pequeña comunidad. Al igual que es consciente de que sus pacientes no comparten con ella todos sus secretos. Sin embargo, ella tiene sus métodos para sonsacárselos. El cuerpo humano no está bien diseñado para guardar secretos. Genera un increíble estrés. Puede ser agotador. Terminan manifestándose como una conducta problemática.

Los policías también lo saben. El alivio del delincuente cuando finalmente se desmorona y confiesa es físico y visible. Los delincuentes suelen quedarse profundamente dormidos en la sala de interrogatorios una vez que han revelado su secreto.

Phoebe y Matthew bajan ruidosamente la escalera. Un enorme fastidio se

apodera de Lily cuando ve lo que su hija lleva puesto.

—Phoebe, ve a cambiarte.

—¿Por qué?

—No puedes usar eso en misa.

—¿Porque es negro? ¿Porque es gótico?

—Porque no es apropiado. Cámbiate, deprisa. Vamos a llegar tarde.

Phoebe le hace frente, mirando con ira a su madre con los ojos demasiado maquillados de negro. La tensión que explota en el interior de Lily despierta algo mucho mucho más profundo. Revive recuerdos de sus doce años, cuando su propia madre la regañó por su aspecto y la elección de su novio, y cuando su madre le prohibió volver a verlo. Se advierte a sí misma que debe bajar el tono. Debe elegir sus batallas con más cuidado. Sabe íntimamente lo mal que pueden terminar las cosas y lo vulnerable que puede ser una chica de esta edad, incluso una que aparentemente lo tiene todo, que parece llevarse bien en su hogar, que tiene padres y amigos que la quieren y que va bien en el colegio. Hasta que, de pronto, las cosas dejan de ir bien.

—De acuerdo —dice Lily—. Podemos hablar de esto más tarde. Vamos.

—No quiero ir más a la iglesia —dice Phoebe.

—Tienes que hacerlo —bromea Matthew—. O, si no, Dios te "golpiará".

—Se dice "golpeará", tonto. Papá no va. Le pregunté por qué, y me dijo que no era para él. Me dijo que puedo tomar mis propias decisiones. Francamente, creo que el budismo me convence más.

Lily se muerde la lengua y cuenta lentamente hasta diez.

—Vamos a hablar de esto cuando volvamos a casa, ¿de acuerdo? Podemos tener una charla familiar sobre el tema todos juntos, con tu padre incluido. ¿De acuerdo?

Phoebe suspira y se dirige a la puerta.

—Bueno —dice sobre su hombro.

Matthew corre detrás de su hermana mayor. Otra ráfaga de recuerdos atraviesa a Lily mientras mira las pequeñas piernas de su hijo. Por un instante no puede moverse. Esos recuerdos se aparecen cada vez con más frecuencia. Tal vez sea la edad de sus hijos. O la época del año.

O algo más siniestro.

En las últimas semanas, ha comenzado a sentir que la están vigilando. Que la acechan. Al principio fue solo una sensación, una especie de conciencia. Una

incomodidad. Luego comenzó a ver movimiento en las sombras cuando por la noche miraba por la ventana.

Y también está segura de que alguien la siguió cuando iba al supermercado y que alguien la miraba desde enfrente cuando salió del gimnasio. Alguien en bicicleta con un pasamontañas. Está muy segura de que vio la misma figura al otro lado de la calle cuando estaba en la peluquería y, de nuevo, el día en que se encontró con Hannah en el French Bakery Cafe y se sentaron en una mesa en la acera.

Lily trata de desterrar esos pensamientos mientras conduce hacia la iglesia. El mundo es bello hoy. Las calles están llenas de cerezos en flor. Pétalos rosados y blancos tapizan los coches y las calles como una nevada primaveral. Las flores estallan en los jardines y Matthew ve a un gran ciervo en el césped brillante del campo de golf.

Después de la misa, al salir de la iglesia, sopla una suave brisa del mar y, cuando se acercan al coche, Lily ve que un trozo de papel rosado ondea bajo el limpiaparabrisas.

Activa la apertura remota y hace que los niños entren en el coche antes de coger lo que supone que es una multa o algún tipo de propaganda comercial. Pero, al mismo tiempo, se siente repentinamente incómoda y sensibilizada frente al entorno.

Saca el papel del limpiaparabrisas, mira a su alrededor, a los fieles de la iglesia, para fijarse si alguien la observa. Su mirada se detiene en un hombre que está cerca de los árboles, fumando un cigarrillo. Luego, su atención se dirige a una mujer que parece estar mirándola fijamente, pero Lily pronto se da cuenta de que la mujer espera a alguien que corre hacia ella. Traga saliva y abre el papel. Se queda helada.

Impresas en negro están estas palabras:

NO PUEDES ESCONDERTE DE SATANÁS SI SATANÁS ESTÁ DENTRO DE TU CABEZA.

RUE

AHORA

Rue entra en la sala de interrogatorios con su "caja de instrumentos" y encuentra a Tom Bradley sentado en el sofá, esperándola. Vestido con la ropa de entrenar de la policía y los cubrezapatos desechables. Está pálido y entrelaza nerviosamente los dedos.

—Hola, doctor Bradley. Gracias por esperarme. —Él no responde.

Deja la caja sobre la mesa y se sienta en la silla giratoria del escritorio. Queda frente a Tom del otro lado de la mesa. Detrás de ella, en la pared, hay un tablero de corcho. Una cámara de vigilancia cerca del techo reproduce la grabación en una sala de monitoreo donde su superior y otros miembros de su equipo observan y toman notas. Ella sabe que, de vez en cuando, uno de los detectives de su equipo podría llamar a la puerta, pedirle que salga y sugerir que no prosiga en una determinada línea de interrogatorio o que siga una que, en su opinión, es mejor.

La sala de interrogatorios está diseñada para que sea cómoda. Lo último que necesitan es que, al llegar a juicio, algún abogado declare ante un jurado que se ha maltratado a un sospechoso. Eso nunca sale bien. Todo lo que el equipo de Rue está haciendo ahora es con vistas a llegar a un proceso judicial exitoso. Sin embargo, lo ideal es no ir a juicio. Siempre se prefiere una confesión y una declaración de culpabilidad.

—¿Cómo se siente? ¿Se ha recuperado del frío?

Tom dirige su mirada a la cámara. Se frota la rodilla.

—Tengo una reunión de trabajo. Necesito irme.

—Esperamos terminar pronto. —Rue presiona el botón del grabador digital y lo coloca en la mesa entre los dos—. Esta entrevista está siendo grabada. Soy la sargento Rulandi Duval. El interrogado es Tom Bradley, con domicilio en 2112 Oak End, Story Cove. —Detalla la hora y la fecha.

—¿Estoy arrestado?

—No. Es libre de retirarse y de permanecer en silencio, aunque su

cooperación sería de gran ayuda, porque hay una mujer muerta. Usted la encontró y está en la mejor posición para ayudarnos a entender lo que sucedió. ¿Puedo llamarlo Tom?

Él traga con dificultad y asiente.

La detective saca una carpeta de la caja, la abre, revisa la página de arriba y dice:

—¿Trabaja en la Universidad de Kordel?

—Sí, soy profesor en Kordel. En el Departamento de Psicología. Mi área de especialización es la psicología neuronal y psicopatología.

—Verá… —Rue frunce los labios—. La cosa está así, Tom. —Se inclina contra el respaldo de la silla, proyectando seguridad, actuando como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Hay varias cosas que no cuadran del todo en su relato de los hechos de esta mañana y nos gustaría volver sobre los detalles una vez más, solo para aclarar ciertas cuestiones.

Se oye un golpe seco en la puerta. Cuando se abre de golpe, aparece una mujer.

El pulso de Rue se acelera cuando reconoce a Dianne Klister. Una abogada penalista muy famosa en la ciudad, con gran presencia a en los medios. Klister tiene unos cuarenta y cinco años, con el pelo castaño y espeso cortado en una melena a la altura de la barbilla. Viste un traje de marca y unos zapatos de tacón que deben costar más que la Subaru Outback de Rue. Lleva un collar macizo de oro como una armadura de combate y un portafolio de cuero para el que algún cocodrilo o serpiente ofrendó su vida.

No solo tiene el doctor Bradley asesoramiento legal, sino que ha contratado a la más feroz de las abogadas penalistas de la ciudad. La gente no contrata a abogados como Klister si no tiene nada que esconder. Los honorarios de esta mujer provocarían la bancarrota de cualquier persona común y corriente, o al menos obligarían a pedir una segunda hipoteca. El hecho de que Klister se haya presentado en ese momento despierta de inmediato el interés de Rue y hace que Tom Bradley suba unos peldaños más en su calidad de persona de interés clave. Y ya no hay duda en la mente de su equipo que la mujer no tuvo un accidente en la playa de Grotto.

—Señora Klister —dice Rue.

—Sargento Duval —dice Klister, de pie en el umbral de la puerta—. Quisiera hablar con mi cliente en privado.

Rue arquea las cejas y mira a Bradley.

—Estamos repasando oficialmente el relato de Tom de los hechos de la mañana…

—En otras palabras, están viendo qué le sonsacan —la corta Klister.

—Tenemos unas preguntas pendientes acerca de la versión del doctor Bradley sobre los eventos de esta mañana —dice Rue.

—¿Y qué más tienen?

—Una gorra de la Universidad de Kordel encontrada en la escena. Y una linterna frontal. Signos de persecución y de lucha, además de huellas de sangre en lo alto del acantilado, justo encima de donde se encontró el cuerpo de la mujer.

—El operador del dron de Rue también descubrió una segunda linterna frontal en una roca sobre la pared del acantilado, junto a una gorra de color rosa intenso enganchada en una rama seca a mitad de camino de la pared del acantilado—. Y tenemos huellas en el borde del acantilado. Algunas de la marca y el tamaño del calzado de su cliente. —Esto ya estaba confirmado. Rue se detiene un momento, para dejar que sus palabras hagan su efecto y luego agrega—: Además de una tarjeta personal encontrada en el bolsillo de la chaqueta de la mujer con el nombre de su cliente impreso. Y la sangre de la mujer muerta en las manos y cuello del doctor Bradley. También, la chaqueta ensangrentada de su cliente dejada en la escena. Más un testigo que vio a su cliente entrar al jardín de su casa esta mañana con una camiseta manchada de sangre, que ya no llevaba puesta cuando llegamos a su casa a raíz de la llamada a emergencias.

Klister ni siquiera pestañea. Pero Tom Bradley se pone rígido en el sofá y sus ojos se abren como platos.

Rue agradece en silencio a Toshi que hubiera tomado la muestra de ADN de Bradley, porque ni en sueños Klister lo hubiera admitido.

Rue también envió a Toshi a interrogar a la esposa antes de que la pareja tuviera la oportunidad de coordinar sus relatos y coartadas.

—¿Están acusando a mi cliente?

—No. Estamos…

—Ven, Tom, nos vamos —dice Klister, desde la puerta.

—Debo preguntarle a su cliente dónde estuvo ayer. Si puede justificar sus movimientos desde la mañana de ayer hasta el momento en que encontró el cuerpo…

—Él no tiene nada más para decir. Vamos, Tom. —Bradley se pone de pie.

—¿Reconoció usted a la muerta, doctor Bradley? —pregunta Rue—. ¿Sabe usted quién es?

Tom atraviesa la habitación en dirección a su abogada. Rue puede ver que el profesor quiere hablar, quiere explicarse y ella maldice en silencio a Klister. Si hubiera tenido unos minutos más a solas con él, le hubiera sacado algo. Está segura.

—¿Por qué le tapó el rostro, doctor Bradley? —pregunta Rue.

—Hemos terminado aquí —dice Klister.

Pero, mientras Bradley y Klister comienzan a salir de la sala, una mujer policía los intercepta y se dirige hacia Rue.

—¿Puedo decirle algo, detective?

—¿No puede esperar? —se impacienta Rue.

—Hay un adolescente en recepción, Joe Harper. Dice que su madre está desaparecida. Vive con ella en Story Cove. En la calle Oak End, junto al sendero del bosque. Dice que las zapatillas de trekking de su madre, su gorra, el impermeable, el móvil y su linterna frontal no están en la casa. Vio a su madre por última vez en la barbacoa que hubo ayer en la calle sin salida y oyó que encontraron un cuerpo en la playa. Dice que él conoce al hombre que encontró el cuerpo. Tom Bradley es un vecino de su calle y Bradley y su esposa estaban ayer en la barbacoa.

La mirada de Rue se dirige a Bradley. Se ha puesto lívido. Bradley y su abogada intercambian una mirada intensa.

Antes de que Rue pueda hablar, Klister toma a Bradley del brazo y le dice a Rue:

—Me alegra haberla visto de nuevo, detective. —La abogada esboza una sonrisa falsa, gira y conduce a su cliente hacia afuera, con sus exclusivos tacones repiqueteando por el pasillo.

Mientras Rue observa cómo se alejan aquel tiburón legal y el profesor, le pregunta en voz baja a la agente:

—¿Cómo se llama la madre del adolescente?

—Arwen Harper. Trabajaba en Red Lion.

ARWEN

ANTES
Viernes 6 de mayo

SEIS SEMANAS ANTES DE SU MUERTE

Arwen Harper coloca una tercera carta de tarot sobre la barra de cobre del bar. Está haciendo una tirada rápida de tres cartas para la gerente de la taberna Red Lion, Dez Parry, la mujer que contrató a Arwen seis días atrás.

Es la carta de La Muerte.

—Ah, genial —dice Dez, que está sacando brillo a un vaso de cerveza. Están en un breve receso entre la comida y la *happy hour*, y después de ver la baraja de tarot que asoma del bolso de Arwen, Dez le pide a su nueva camarera que se las eche—. ¿Eso quiere decir que voy a morir?

—Por supuesto que morirás. —Arwen levanta la mirada y se encuentra con la de Dez. Sonríe suavemente—. Todos vamos a morir. Algunos antes que otros.

—Bien, entonces. —Dez deja el vaso en un estante y coge otro de la rejilla— ¿Cuál es la conclusión?

—Las cartas se interpretan en relación unas con otras y en relación contigo, y en el contexto de tu pregunta concreta —dice Arwen—. Me has dicho que tienes un dilema: no sabes si te conviene invertir tus ahorros en el pago inicial de un apartamento, porque, aunque significaría tener un techo seguro a futuro, también te sentirías atada. O si podrías usar el dinero para viajar por el mundo, pero de ese modo te quedarías sin ningún respaldo. Entonces… —Arwen separa un poco las cartas y sus anillos reflejan las luces del bar. Toca la primera carta—. Esta carta representa tu pregunta, tu situación actual. La segunda representa tus sentimientos al respecto y la tercera es el resultado.

Dez deja de sacar brillo a los vasos.

—¿Mi resultado es la carta de La Muerte?

—No es una mala carta. —Arwen sonríe—. Simboliza el final de algo, lo que

sucede en una transformación importante, el paso de un ciclo a otro. Una transformación necesaria. Es probablemente un signo de que debes liberarte de lo que ya no te sirve. O podría ser que te espera algo nuevo, como un casamiento, una oportunidad de negocio, un bebé, un gran cambio. Algo que requerirá que abandones los viejos hábitos, dejar atrás a la persona que fuiste para convertirte en una nueva. Pero si la carta sale dada vuelta, como esta, puede significar que habrá una demora, que te cuesta aceptar el cambio o adaptarte a él.

—Y esta segunda carta, El Loco, ¿representa cómo me siento por mi problema?

—El Loco es la parte de ti que se deja conducir por la senda de la vida con indiferencia, llevando su carga a cuestas como quien lleva su fardo sujeto a un palo, sin detenerse a pensar, dejando que todo fluya. Pero El Loco en relación con la primera carta que salió, El Sol, me dice que te estás cuestionando tu forma de ser actual. Quieres que tu viaje por la vida sea más significativo. El Sol aquí representa el triunfo sobre el problema en tu vida. Más control.

Dez resopla y coge otro vaso mojado.

—Trucos baratos, Arwen. Es pura charlatanería. Todo eso básicamente te lo conté yo.

—Piénsalo como una especie de terapia —Arwen ríe—. El paciente siempre sabe la respuesta. Las cartas son como la manera que tiene el terapeuta para sacar la verdad de su inconsciente. Algunas veces se usa el tarot en terapia.

—La terapia sería lo último a lo que recurriría.

Mientras Dez habla, se abren las puertas de la taberna. Arwen y Dez levantan la mirada.

Entran cuatro hombres. Uno es más alto que los demás, de pelo oscuro con unas distinguidas canas en las sienes. Atractivo. Espalda ancha. Se mueve con aire atlético, algo que contrasta con su elegante abrigo de lana, su bufanda y una bolsa de cuero colgada al hombro.

Suenan campanas en la cabeza de Arwen. Bingo. Un escalofrío de excitación le eriza la piel mientras los hombres se quitan las bufandas y le alcanzan los abrigos a la dueña. Se dirigen a la gran mesa redonda que está cerca de las ventanas junto a la chimenea.

Los humanos somos animales de costumbres y el doctor en Psicología no es una excepción. Casi justo detrás de los hombres, entra un grupo de seis mujeres, todo risas y animada conversación. Casi todas son rubias. Vestidas con

ropa cara. De mediana edad. Están aquí por la copa de vino de los viernes antes de que sus hijos y sus maridos vuelvan a casa y comience el fin de semana.

—Empieza el show —dice Dez mientras coge algunos menús y llama al barman, que está comiendo en la cocina.

—¿Te importa si yo atiendo a esos hombres? —pregunta Arwen mientras junta las cartas de tarot al compás del tintineo de sus pulseras.

—¿A los profesores de Kordel?

—Ah, ¿son de la universidad?

—Vienen todos los viernes a la *happy hour*. Puntuales como un reloj. El alto y moreno es Tom Bradley. Psicología. Ese, un poco más bajo y de pelo castaño, es Simon Cody, de Filosofía. El de rasgos asiáticos es Sandeep Gunjal. Enseña Economía. Y el flaco, pálido, calvo y de frente muy ancha, es Milton Timmons. Literatura Inglesa. —Mira a Arwen significativamente—. ¿Estás segura? No son buenos con las propinas. Esas mujeres, en cambio, son excelentes y dejan propinas muy generosas si las atiendes bien —dice Dez.

—Nunca les caigo bien a las mujeres de ese tipo.

Dez sonríe al observar el tatuaje en el cuello de Arwen, sus rizos salvajes, sus muñecas cargadas de pulseras, su falda larga, su evidente sensualidad.

—Tú te lo pierdes.

"Error. Yo gano", piensa Arwen mientras coge unos menús de la repisa y se dirige al grupo de hombres.

—Buenas tardes, caballeros. Me llamo Arwen. ¿Puedo ofrecerles algo para beber mientras miran el menú? —Sonríe mirando a cada uno de ellos a los ojos mientras les entrega los menús.

Y ahora que está cerca, los cataloga evaluando las posibilidades, mirando si tienen anillo de casados. Todos los llevan. Arwen se imagina que Simon Cody entrena con pesas y es muy vanidoso, y cree tener éxito con las mujeres. Sus manos son fuertes. Sus ojos, verdes e intensos. Los ojos de Milton Timmons, por otra parte, son tristones. El profesor de Literatura tiene dedos largos y delicados, y su amplia frente le da un aspecto intelectual. Sandeep Gunjal tiene un aura cálida, fluida, ojos sonrientes. En cuanto a la vestimenta, es el más consciente de las tendencias de la moda. Tom Bradley está conversando con sus amigos y ni siquiera la mira cuando ella le entrega el menú. Arwen lo retiene, forzándolo a que tire de él un poco. Y como ella no lo suelta de entrada, él levanta la vista y sus miradas se encuentran.

Arwen sonríe. Él le sostiene la mirada, instintivamente curioso, y Arwen nota que tiene los ojos de un azul profundo. Lleva el pelo bien cortado pero despeinado por el viento. Arwen se ríe cuando nota que tiene unos pétalos de cerezo en su cabeza.

—Tienes pétalos en el pelo —le dice—. Como si hubieras estado en una boda.

Él se ríe a su vez y se pasa la mano por la cabeza.

—Hoy el viento está arrancando las flores y desparramándolas por todas partes como una ventisca.

Arwen lo imagina caminando entre las flores arrastradas por el viento con su largo abrigo. O en la cima de un acantilado bajo un cielo tormentoso. Igual que un Heathcliff en medio del páramo, el de *Cumbres borrascosas*, un personaje digno de una mansión gótica. Siente intriga, atracción por el hecho de que él se interese por las mentes "anormales". Tom Bradley es definitivamente el más atractivo para Arwen.

Tom coge el menú y su mirada baja hasta leer la identificación con el nombre en el pecho de Arwen.

—Arwen, gracias. —Su voz es profunda y cálida. Un destello juguetón brilla en sus ojos. Bastó un instante para que se desvaneciese la imagen del esposo devoto.

"Lo siento, Lily Bradley, pero tu Tom Bradley es el típico macho con un ego deseoso de caricias y acaba de abrirme una puerta.

"Una puerta hacia su propia trampa.

"Y a tu trampa".

Arwen le devuelve una sonrisa cálida y seductora, a la vez que siente una oleada de excitación y nerviosismo por la anticipación. "El juego ha comenzado".

—¿A tus padres les gusta *El Señor de los Anillos*? —pregunta él.

—¿Cómo?

El delgado profesor interviene impostando la voz.

—"Porque yo soy Arwen, hija de Elrond, medio elfa"

—dice parodiando a los personajes de *El Señor de los Anillos*.

—Estoy un poco perdida. —Arwen hace una mueca—. Mi nombre viene por herencia materna. De origen galés. Entonces, ¿qué os sirvo, muchachos? ¿Queréis beber algo mientras decidís qué vais a comer?

Piden una selección de cervezas artesanas de barril y ella los deja conversando

en la calidez de la chimenea mientras se dirige al bar con la orden para Hank, el barman.

—Siempre empiezan por la cerveza —dice Hank mientras las va sirviendo—, pero si se entusiasman, en breve vamos a estar abriendo el whisky de malta del estante superior.

—Coloca los vasos de cerveza en la bandeja—. Viernes por la noche, puntuales como relojes, estos profesores. A veces vienen más, pero normalmente estos cuatro son el elenco estable.

—Eso había oído.

Precisamente por esa razón se presentó para el trabajo en Red Lion. El profesor Tom Bradley suele ir allí para la *happy hour*, mientras que la doctora Lily Bradley tiene la costumbre de asistir al club de lectura, o sea, compartir una noche de vino con amigas. Los Bradley equilibran sus fines de semana compensando estos hábitos de ingesta de alcohol con los de salir a correr e ir a misa los domingos. Despejan la mente y limpian su conciencia.

Los viernes por la noche, la joven Phoebe Bradley se queda en casa cuidando a su hermanito, Matthew. Phoebe se entretiene con su iPad y Matthew se encierra en el ático, mientras sus padres se dan sus caprichos.

Arwen lleva la bandeja con las bebidas hasta la mesa de los hombres.

Los viernes por la noche se le presentan a Arwen como la mejor oportunidad.

RUE

AHORA

El adolescente que espera a Rue en la recepción es alto y de ascendencia asiática.

—Me llamo Joe Harper —dice con voz temblorosa—. Mi madre está desaparecida.

Rue lo lleva a una sala con una mesa y dos sillas y cierra la puerta.

—Siéntate, Joe. Tómate tu tiempo. ¿Te puedo ofrecer algo, un vaso de agua, té, café?

Joe hace un gesto negativo con la cabeza y se sienta frente a la mesa. Le tiemblan las manos. A Rue se le parte el corazón al verlo. Tiene más o menos la edad de su hijo.

Rue toma asiento y Joe le acerca su iPhone. La pantalla muestra la imagen de una mujer.

—Esta… es una foto reciente de mi madre —dice.

Rue coge el móvil y se queda sin aliento. Siente que se le enciende la piel.

Podría ser ella, la mujer a la que Rue siguió hasta Red Lion. Nunca llegó a ver su rostro con claridad, pero hay algo perturbadoramente familiar en los rasgos de la madre de Joe Harper. Respira lenta y profundamente, aquieta su mente y después levanta la vista para ver al muchacho.

No se parece en nada a la mujer de la foto. Su madre tiene la piel muy blanca y su pelo castaño brilla con reflejos cobrizos. Ojos azul claro. Como el cielo de un día caluroso de verano. En la foto, la mujer se ríe con la cabeza echada hacia atrás. La larga y pálida columna de su garganta le recuerda a Rue el grácil cuello de un cisne. Y, tan claro como el agua, en el lado izquierdo de ese cuello de cisne, aparece el tatuaje: una criatura mitológica con cabeza de león y cola de serpiente que llamó la atención de Rue en el cuerpo de la mujer muerta. En la foto se la ve tan llena de vida, apoyada contra un árbol tumbado, con el tronco gris marchito por el tiempo. Sus rizos sueltos vuelan en el viento. Tiene

el brazo levantado lleno de pulseras. Rue amplía la imagen del rostro con los dedos en la pantalla. Ve el destello de un piercing en la nariz.

Se pregunta si Joe Harper podría ser adoptado, igual que ella lo es. Rue no se parece en nada a sus padres. Fueron necesarios años de búsqueda, de seguir pistas y dos visitas a Sudáfrica para enterarse que su madre biológica era mestiza, de ascendencia malaya, y que había crecido en Ciudad del Cabo. Su madre biológica, ya fallecida, aparentemente solo hablaba afrikáans. Todo lo que Rue sabe sobre su padre es que era negro y que vivió un tiempo cerca de Maputo en Mozambique, antigua colonia portuguesa, y que hablaba portugués y makhuwa.

—¿Y el nombre de tu madre es Arwen? —le pregunta despacio. Joe asiente y se frota la boca.

—Arwen Harper.

—¿Cuándo notaste que tu madre había desaparecido, Joe?

—No la veo desde ayer, cuando fuimos a una barbacoa en el vecindario, al otro lado de la calle, en la casa de los Cody, que viven justo enfrente de nuestra casa.

—¿Vives al final de Oak End?

—Sí, junto al sendero que conduce al parque Spirit Forest. Yo me fui de la fiesta antes que ella. No… no me sentía cómodo.

—Entonces, ¿no sabes a qué hora tu madre se fue de la fiesta?

—No… no lo sé en realidad. Tendría que haberme asegurado de que ella llegara bien a casa, y tal vez llegó bien, pero yo ya estaba en la cama. —Los ojos se le llenan de lágrimas. Se las seca con la mano—. Muchas veces trabaja en su estudio toda la noche, así que no siempre espero verla de noche. A veces también duerme en su estudio. Pero siempre desayunamos juntos, especialmente cuando voy a clase. Así es ella, su única regla, su compromiso conmigo, que estemos juntos a esa hora… —Se le quiebra la voz. Se queda mirando la mesa durante un largo rato, tratando de recomponerse—. Muchas veces no cenamos juntos, ni nos vemos durante el resto del día, pero siempre hace el esfuerzo por desayunar conmigo. Es su momento de ver cómo estoy, de asegurarse de que como bien. Lo siento… —dice mientras se seca nuevamente las lágrimas.

—Está bien. Tómate tu tiempo.

—Cuando esta mañana no apareció a desayunar, fui a buscarla al estudio y no estaba. Entonces me di cuenta de que su equipación para correr tampoco

estaba, así que imaginé que había salido a correr, lo que no era usual a esa hora un lunes por la mañana. Intenté llamarla al móvil y saltó el buzón. Entonces… oí las sirenas y vi a toda la gente en la calle, y los coches de policía en la carretera y oí que habían encontrado un cuerpo, el de una mujer, en la playa.

—¿Tu madre suele llevarse el móvil cuando sale a correr?

Él asiente.

—Especialmente cuando sale a correr sola. —Mira a Rue con intensidad. La mirada es suplicante—. ¿Es ella? ¿La mujer que encontraron en la playa es mi madre?

Rue se queda pensando en que no se encontró ningún teléfono móvil junto al cuerpo.

—No estamos seguros aún de quién es la mujer, Joe —le dice con suavidad —. ¿Tiene alguna marca de identificación que…

—El tatuaje. —Le señala el cuello—. Tiene un tatuaje en el cuello. Es una quimera. También tiene otro en la cadera. La imagen de una diosa griega, Ápate.

—Mencionaste que en tu casa no estaba la ropa de deporte que usa tu madre —le dice con cautela—. ¿Qué ropa usa normalmente cuando sale a correr?

Joe se frota los ojos con fuerza.

—Una chaqueta de un color rosa fuerte, que ella siempre dice que es fucsia. Mi madre es artista. Siempre usa nombres extravagantes para los colores. Pinta al óleo. Y… sus zapatillas son Nike. De trekking. Usa unas mallas negras.

—¿Y en la cabeza? ¿Lleva linterna? ¿Usa algún tipo de linterna?

—Una… gorra rosa a juego con la chaqueta. Y una linterna frontal marca Petzl que compró en Mountain Equipment. La lleva si fuera está oscuro.

—Entonces, ¿sale a correr cuando está oscuro?

—Bueno, al anochecer a veces, y puede oscurecer antes de que llegue a casa.

—¿De qué color es la linterna frontal?

Se lo ve asustado, los ojos vidriosos y despavoridos.

—Naranja y blanca. ¿Es ella?

Coincide con la descripción de la linterna encontrada en la pared del acantilado por el dron.

—¿Vive tu padre cerca, Joe? ¿O algún otro pariente?

—Solo somos mi madre y yo. No tengo padre. Quiero decir que nunca conocí a mi padre biológico. No sé ni su nombre ni quién era. Tuve un padrastro durante un tiempo, Peter Harper. Me adoptó cuando se casó con mi

madre. Pero se separaron hace unos años y luego Peter murió. Desde entonces, solo somos mi madre y yo.

Rue piensa en el cuerpo destrozado que vio en la playa. Una madre soltera. Este chico solo.

—¿Tu madre no tiene alguna pareja, un socio?

Joe baja la mirada y duda, como si estuviera avergonzado de algo, y luego niega con la cabeza.

—Tiene muchos amigos —dice con voz suave— que a veces se quedan por la noche, pero… —Carraspea y mira directo a Rue de nuevo—. Nadie en especial.

Rue asiente lentamente y mira al muchacho.

—¿Qué edad tienes, Joe?

—Dieciséis.

Siente un nudo en el estómago. Es dos años menor que su propio hijo. Piensa en la mujer a la que siguió hasta Red Lion y se pregunta si debería declarar un posible conflicto de intereses en este caso. Al mismo tiempo, no desea hacerlo. Necesita saber hacia dónde va todo esto; necesita controlarlo. Y todavía no tiene la certeza de que esta sea la mujer con la que estaba saliendo su marido.

Rue saca el teléfono de su bolsillo y busca una imagen. Se la muestra al adolescente.

—¿Reconoces estas llaves, Joe?

—Sí, sí, son las suyas. Tenemos una furgoneta VW. Condujimos atravesando todo Canadá para mudarnos aquí. Prácticamente vivimos dentro de esa furgoneta durante el viaje, y una vez fuimos de Estados Unidos a México, y…

—Se ahoga en llanto y no puede hablar más. Solloza en silencio.

Rue va a buscar una caja de pañuelos y una botella de agua. Vuelve y se las ofrece a Joe. Este se suena la nariz y bebe. Cuando parece un poco más calmado, Rue le muestra otra foto.

—¿Y este llavero lo reconoces?

—Es de la taberna donde trabaja —asiente Joe—. Sus cuadros… no suponen un ingreso estable. Quiero decir, ella vende su arte y esas cosas, pero eso nunca ha sido su ingreso principal, y tiene que ganar mucho dinero mientras trabaja en su proyecto especial.

—¿Qué tipo de proyecto?

Joe se queda inmóvil mirando la foto del llavero de su madre.

—¿Joe?

Levanta la vista.

—¿Qué tipo de proyecto, Joe?

—No lo sé… es un libro. No es ficción. No me quería decir de qué se trataba. Solo me dijo que era un proyecto especial y que cuando estuviera listo sería un gran cambio para nosotros. Por eso vinimos al oeste y nos mudamos aquí. Dijo que era para hacer una investigación y que le iba a llevar un tiempo conseguir toda la información que necesitaba.

—¿Cuándo llegasteis a Story Cove?

—Nos mudamos a Oak End el último día de mayo. Antes estábamos más cerca de la ciudad, en un apartamento. Llegamos a la isla a principios de marzo.

—¿Dónde vivíais antes de mudaros a la isla?

—En una ciudad llamada Oakville, en las afueras de Toronto. Mi madre trabajaba en un estudio de televisión, haciendo investigaciones y reportajes y escribiendo para varios programas.

—¿Trabajos de investigación?

—Del tipo de cámara oculta, sobre todo para programas de consumo. Trabajó en una serie para CBC en la que iba de incógnito a varios dentistas para exponer que algunos sostenían que ella debía rellenarse una caries y hacerse todo tipo de tratamientos costosos, mientras que otros decían que sus dientes estaban perfectamente bien. Una vez ayudó a desenmascarar a un estafador financiero. Otra vez fue una estafa de citas y también descubrió a una persona que estafaba a personas mayores. Trabajó en programas de crímenes reales… pero el arte, la pintura, sus cartas de tarot, dice que así es como procesa sus cosas. El arte es su terapia, un escape para ella. Lo necesita… —Se queda con la cabeza gacha sentado en silencio. Rue presiente que hay mucho más. Percibe que se trata de una madre perturbada. De un adolescente muy perdido.

—Es ella la mujer de la playa, ¿no? —pregunta despacio sin mirarla—. El cuerpo que está debajo del acantilado… es mi madre. Es mi madre.

—Joe —dice Rue—, todavía tenemos que hacer la identificación oficial, pero al parecer es tu madre.

Todo su ser se queda paralizado. No dice nada durante un largo rato.

—¿Puedo… puedo verla? Para estar seguro.

—Habrá una autopsia. Esto se hace por ley cuando hay una muerte

repentina. El informe ayudará al departamento forense y a nosotros a determinar qué le sucedió. Y entonces sí, podemos dejar que veas el cuerpo. Los forenses querrán una identificación científica, ya sea por ADN o por registros dentales. Así que sería de gran ayuda si pudieras darnos el nombre del médico o del dentista de tu madre. Y nos gustaría ir a tu casa, poder echar un vistazo y tomar algunas muestras del cepillo de pelo o del cepillo de dientes del que pueda extraerse su ADN.

—No creo que mamá haya visto a ningún médico o dentista aquí, pero hay algunas facturas médicas en casa.

—Eso nos puede ayudar. ¿Tienes a alguien con quien te puedas quedar?

—No lo sé… Tal vez con los Cody, que viven enfrente.

—De acuerdo, te diré qué haremos: mi compañero y yo te llevaremos de vuelta a tu casa. Podrás buscar esos documentos médicos para darnos y acompañarnos a recorrer tu casa: tal vez puedas señalarnos si ves algo inusual. Después podemos reunirnos con los Cody. También te pondré en contacto con alguien del servicio de asistencia a las víctimas y ellos podrán derivarte a cualquier servicio social o cualquier otra cosa que necesites. ¿Te parece bien?

Él asiente.

—¿Puedes enviarme la foto de tu madre a mi teléfono móvil?

Joe envía la imagen al móvil de Rue.

—Gracias. Le pediré a un agente que te acompañe mientras imprimo una copia de la fotografía. Vuelvo enseguida, ¿vale?

Joe asiente.

Rue se levanta y está a punto de salir de la sala cuando Joe dice:

—Oí decir que fue el doctor Bradley quien la encontró.

—¿Conoces al doctor Bradley? —dice Rue, deteniéndose, con la mano en el picaporte.

—Sí. Yo… estoy saliendo con la hija de los Bradley, con Phoebe.

PHOEBE

ANTES
Miércoles 1 de junio

DIECIOCHO DÍAS ANTES DE SU MUERTE

Phoebe Bradley lo ve por primera vez a comienzos del verano, cuando está terminando el año escolar.

Los árboles están llenos de hojas nuevas y los jardines, en flor. Es un día radiante de promesas y una cálida brisa sopla desde el mar mientras camina a la parada del autobús. Al doblar en la esquina, su atención se centra inmediatamente en el chico nuevo... ¿cómo no hacerlo?

Es alto, más alto que la mayoría que se agolpa con sus mochilas y sus libros en esa mañana agradable. Tiene el pelo negro azabache brillante. Pómulos altos y angulosos. Buen físico, pero no el del típico atleta arrogante: más bien tiene un aire estudioso y distante. Lleva el pelo corto en los lados y más largo en la parte de arriba y el flequillo casi le tapa los ojos. Con patillas cuidadas y bien recortadas. Lleva un aro en una oreja. Phoebe es fanática del manga. Está tan fascinada con el manga y el animé y la cultura que rodea ese estilo que ha comenzado a aprender japonés por su cuenta y planea empezar un curso el año que viene. Cada vez que tiene la ocasión, garabatea en estilo manga en su iPad, en trozos de papel, en cuadernos… Él es como un perfecto héroe manga. Está enamorada. A primera vista. No puede dejar de pensar en él.

—¿Quién es? —le susurra a Fiona Cody, que está en su mismo curso.

Los Cody viven al final de la calle y la madre de Fi y la de Phoebe son buenas amigas. El padre de Fi también da clase en la universidad. Simon Cody es profesor de Filosofía, y es amigo de su padre. Son varios los vecinos que trabajan en la universidad. Académicos con dinero o con "fortuna generacional", como dice su padre. Y cuando lo dice, se ríe, porque todo el mundo sabe que los profesores no ganan mucho dinero enseñando. La mayoría de los profesores y de los empleados de la universidad viven en barrios menos

elegantes en la zona norte o más cerca del campus. A esa zona su madre la llama "ecléctica".

Los Cody y los Bradley se reúnen con frecuencia a hacer barbacoas durante el verano. Y en esas largas y cálidas noches, a Simon Cody y al padre de Phoebe les gusta sentarse en el jardín alrededor del fuego y conversar durante horas mientras beben. Y luego, uno u otro, según en qué casa se hayan reunido, vuelve trastabillando por la calle, despidiéndose, riendo, hablando tan fuerte que Phoebe está segura de que despiertan a todos los vecinos que duermen.

Fi también tiene un hermano menor. Jacob. Es mucho menos molesto que Matthew. Jacob y Matthew no se llevan bien, pero en realidad Matthew no se lleva bien con casi ningún niño de su edad. Matthew y Jacob cogen dos autobuses diferentes para ir al colegio.

—Se acaba de mudar al final de la calle, frente a casa
—susurra Fi.

—¿Nuestra calle? ¿Oak End?

—Sí. —Fi mira al chico nuevo—. La casa con la cabaña y el estudio en la parte de atrás.

—¿La casa de los norteamericanos? —Todos la llaman así, "la casa de los norteamericanos", porque sus dueños viven en los Estados Unidos y rara vez están por aquí.

La casa principal está vacía la mayor parte del tiempo, pero alquilan la pequeña cabaña del jardín y el estudio adyacente durante todo el año. La cabaña ha estado vacía desde que el anciano que vivía allí sufrió un derrame cerebral y tuvo que irse a una residencia.

—¿Cuándo? —pregunta Phoebe—. ¿Cómo no me lo has contado?

—Hace poco. Son él y su madre.

—¿No tiene padre?

—Solo ellos dos. Mi padre los ayudó a meter sus cosas y mi madre les llevó un pastel de calabacín de bienvenida. Ella es una artista o una escritora, algo así.

"Artista".

Eso le atrae a Phoebe.

Se queda mirando al atractivo muchacho nuevo. Su héroe sexy de estilo manga. En su mente ya lo está dibujando y ella se agrega a esa imagen como su novia. Ella es una "chica mágica y oscura", con atuendo gótico y

temperamental, lo opuesto a una "joven mágica y dulce". No es mala, solo necesita sentirse comprendida y querida. Alguien como él.

Se imagina a sí misma con el pelo negro azabache, con un flequillo tupido sobre los ojos. No. Borra eso. Mejor, con el pelo celeste lavanda. Y raya al lado. Con un top corto de encaje negro. O… mejor aún, el pelo rosa fuerte. Sí. Eso le gusta más. Y lleva un largo abrigo sobre el top de encaje, ceñido en la cintura y abierto, con vuelo hasta las pantorrillas. Botas, tipo militar, altas hasta las rodillas, con cordones. Los faldones de su abrigo ondean detrás de ella en el viento cuando camina o corre. Mitones.

Él la mira. Phoebe se queda helada. Las imágenes en su mente se hacen trizas como cristales que se rompen. No puede respirar. Él le sostiene la mirada un poco más de lo necesario, y las mejillas de Phoebe se encienden. Él se vuelve y a ella le vuelan las mariposas en el estómago. Está nerviosa, con la boca seca.

Dos días más tarde, Fi tiene una cita temprano con el dentista y no va a coger el autobús. El asiento al lado de Phoebe está vacío cuando el joven manga sube al autobús.

Camina por el pasillo y, cuando se acerca a su sitio, le dice:

—Hola, ¿me puedo sentar aquí? ¿O está ocupado?

—No, quiero decir sí. No está ocupado. —Se sonroja y tartamudea un poco.

Su corazón, su torrente sanguíneo, su cuerpo entero se aceleran. Mira por la ventana, pero lo siente a su lado, su calidez. Su presencia. No puede ni siquiera empezar a pensar qué decirle, o incluso si debería decirle algo.

El autobús entra en la calle. El barullo de los niños se convierte en una loca cacofonía cuando alguien le tira una manzana a otro. El conductor grita para que se calmen y se queden sentados.

—Así que vives un poco más adelante, en mi misma calle —dice él. Phoebe se queda muy sorprendida. Él se ha dado cuenta.

—Sí. —Levanta la mirada para verlo.

Él la está mirando desde arriba. Es tan increíblemente perfecto. No puede creer que sea real y que esté sentado junto a ella, hablándole. Tiene la tez pálida. Sus ojos son profundos y misteriosos.

Luego de verlo por primera vez, se fue a casa después de clase y comenzó a dibujar una historieta en la que él es un capitán que lucha por las fuerzas del bien y ella es su oscura y diabólica compinche que usa la magia y no siempre es buena. Por un instante, Phoebe siente que él puede leer su mente, que ve sus imágenes secretas, sus deseos y sus sueños, y que ve la caja de tinte rosa que

piensa comprar en la farmacia el fin de semana, para teñirse tal vez el viernes siguiente, cuando sus padres la dejen al cuidado de Matthew. Quizá Fi venga a ayudarla.

—Me llamo Joe —dice él.

—Phoebe —responde ella mientras el autobús avanza dando tumbos y las voces de los niños se han vuelto un aullido.

—Pensé que tal vez estabas en una de mis clases, pero me parece que no.

Phoebe se ruboriza. Al igual que muchos otros, él cree que ella tiene unos quince años. Ya sabe que su nombre es Joe. Joe Harper. Y que está en tercero, lo que significa que tiene unos quince o dieciséis años. Ella solo tiene doce. Está en séptimo y es una de las más pequeñas de la clase en edad. Cumple los años justo en la fecha de corte. Pero Phoebe puede pasar tranquilamente por quince o dieciséis, especialmente con ayuda del maquillaje. También sabe que Joe comenzó a ir a su colegio en marzo, pero no se fijó en él hasta que no se mudó a su calle y comenzó a coger el autobús.

—¿Dónde vivías antes? —Cambia de tema para no continuar con el tema de la edad y las clases.

Él se ríe y suena un poco triste, lo que aumenta aún más el interés de Phoebe. Lo mira a los ojos y espera la respuesta.

—¿Te refieres a últimamente? Porque nos mudamos casi cada dos años.

—Qué divertido.

—No, no es divertido. No sé cómo explicarlo. Estoy un poco harto. Quería quedarme en el último lugar donde estuvimos. Una ciudad no lejos de Toronto. Me gustaba el instituto. Tenía amigos. Pero mi madre dijo que debíamos ir hacia el oeste por un trabajo que estaba haciendo. Nos mudamos a Story Cove hace muy poco. Estuvimos viviendo más cerca del centro y yo venía a clase en autobús desde allí. Pero el alquiler del apartamento era temporal y hubiéramos tenido que mudarnos después a otro más pequeño, pero mamá conoció a un tipo en su trabajo que nos ayudó a conseguir la cabaña al final de Oak End. —Se echa a reír y repite—: El final de Oak End. Parece que este es realmente el final de nuestras mudanzas. —Se queda en silencio y luego dice—: Espero que así sea. Estaría bien quedarnos por fin en un sitio.

Phoebe se ríe y se sienten bien. Están compartiendo algo íntimo.

—La cabaña tiene un estudio, que es genial como taller de arte para mi madre.

—¿Es artista? —Phoebe ya lo sabe, por supuesto.

—Bueno, no es su trabajo en realidad, pero sí. Vende algunas de sus obras.

—Entonces, ¿de qué trabaja en realidad?

—Es camarera en la taberna en la calle principal. Sirve en las mesas.

Phoebe lo mira con atención. La mayoría de las madres de sus amigos son terapeutas, abogadas, doctoras, dueñas de empresas o negocios, cafeterías, venta de lana, o bien son amas de casa que se quedan a cuidar a sus hijos y van a yoga y al spa para que les hagan masajes o para hacerse los pies y las manos. Ninguna de ellas sería jamás camarera.

Él percibe algo en el rostro de Phoebe y sonríe.

—Para mí es una "madre renacentista", que es lo mismo que decir una supermadre.

No se siente avergonzado. No tiene ninguna estúpida pretensión. Todo es increíblemente romántico. Ella ha leído sobre lo mal que lo pasan los artistas y todo eso, gente famosa que ha tenido que servir mesas hasta que consiguen una oportunidad. Su corazón se desborda. La forma en que habla de su madre es la guinda del pastel: Phoebe Bradley se ha entregado totalmente a Joe Harper.

—A mí también me encantaría ser una artista —le confiesa—. Bueno…, hago arte, pero no pinto. Más bien arte digital en mi iPad.

Él mira su regazo, donde el iPad descansa sobre una de esas novelas de fantasía larguísimas que está leyendo.

—¿Tienes algo que me puedas enseñar?

Phoebe se ruboriza. Si Joe ve sus dibujos manga, puede darse cuenta de que lo está dibujando a él. La salva la oportuna llegada al colegio y el movimiento en masa de los estudiantes por bajar del autobús.

Phoebe y Joe se unen al enjambre de chavales, abrigos, mochilas y barullo que avanzan por el pasillo para bajarse del autobús amarillo.

—Oye —la llama, dubitativo, cuando Phoebe se dirige hacia la entrada del colegio.

Ella se detiene y se vuelve. Una brisa hace volar su cabello hacia atrás. Los alumnos se separan como un mar alrededor de Phoebe y de Joe mientras siguen su camino a la entrada. Él se acerca y duda un instante:

—¿Te gustaría ir a ese la pizzería de la calle principal después de clase?

Phoebe se queda sin palabras por un momento. Tiene deberes. Más tarde tiene que cuidar a su hermano. Además, le tiene que preguntar a su madre y entonces Joe querrá saber por qué, y saldrá a la luz que solo tiene doce años.

—Trabajo allí en el turno de la tarde —le dice—. Además, es viernes. —Sonríe—. Y tengo descuento.

Ninguno de sus compañeros tiene un trabajo a media jornada ni se preocupa por los descuentos en las comidas. De pronto, siente un deseo desesperado de comer pizza.

—¿Tienen pizza vegetariana?

—Por supuesto. —Su sonrisa se agranda—. Yo también soy vegetariano. Lo mismo que mi madre.

Phoebe siente que se derrite. Todo lo que representan Joe Harper y su madre soltera que viven en la cabaña que tiene el estudio al final de la calle es exactamente lo que ella quiere para su vida.

—Claro —dice ella.

—Qué bien —dice él.

—Bueno…, me tengo que ir —dice mientras señala con un gesto de su cabeza las puertas del colegio.

—Sí, yo también. Mi primera clase es en el taller. Mecánica. Así que voy para aquel lado.

Ella sonríe, se vuelve y se dirige a las escaleras. Desde arriba, mira por encima de su hombro.

Joe la está mirando y le hace un breve saludo, que a ella le parece muy masculino y terriblemente dulce a la vez.

LILY

AHORA

Lily espera sentada en una silla de plástico en la recepción de la comisaría de policía con la bolsa con la ropa limpia sobre su regazo.

Cada vez que se abre la puerta se pone tensa pensando que es Tom. Cuando por fin se vuelve a abrir y ve a Dianne y a Tom, Lily se queda helada. Sabía que le habían quitado la ropa a su marido, pero no esperaba que tuviera ese aspecto, como un prisionero, con un chándal azul marino y calzado con cubrezapatos.

Se da cuenta demasiado tarde de que olvidó meter unos zapatos para Tom. La distrajo la llegada del detective Toshi Hara y no pensó en llevarle calzado.

Se levanta de la silla apretando con fuerza la bolsa de la ropa contra su estómago.

—¿Tom?

Tiene una palidez mortal. Una barba incipiente le ensombrece la mandíbula y está despeinado al haberse secado el pelo al aire. Se lo ve vulnerable, expuesto. Arrugado. Y lo peor de todo: avergonzado. Y asustado, lo que la llena de miedo.

Sus miradas se encuentran y Lily también percibe algo más profundo y mucho más complejo en sus ojos. Su atención pasa ahora a Dianne. Su amiga, por el contrario, se ve impecable, erguida, los hombros rectos, la barbilla alta y en sus ojos… ¿fastidio?

Lily conoce a Dianne desde hace catorce años, cuando se encontraron en el gimnasio y supieron que tenían el mismo entrenador personal. En esa época, Lily y Tom acababan de casarse y mudarse a su casa en Story Cove, y Lily se estaba preparando para abrir su consultorio.

Lily siempre ha podido confiar en Dianne, la mujer con quien bebe un poco más de la cuenta en el hotel Ocean Bay, con vistas al mar. Pero, en este momento, Dianne Klister parece una extraña y Lily se da cuenta de que está viendo a su amiga desplegando todo su personaje profesional por primera vez.

Y debe admitir que se la ve absolutamente formidable, tal como la prensa siempre la ha retratado. Las palabras del detective Toshi Hara vuelven a su mente.

"Ella es la abogada de su marido, señora Bradley. No la suya. Va a defenderlo a él, no a usted".

Lily recuerda las confidencias que le hizo a Dianne la última vez que estuvieron tomando una copa juntas en el Ocean Bay y se le hiela la sangre.

—¿Va… va todo bien? —pregunta Lily. No, no va bien.. Claramente, nada va bien.

Dianne le responde, algo cortante.

—Hablaremos más tarde. ¿Esa es la ropa de Tom? —Señala con la barbilla hacia la bolsa que Lily aprieta en sus manos.

—Hay unidades móviles de la prensa y periodistas en la puerta de la comisaría —dice Lily mientras le alcanza la bolsa a Tom—. Y también en la de nuestra casa.

—Ve a cambiarte al baño —le dice Dianne a Tom—. Hay un baño de hombres al final del pasillo. Hablaré con alguien para ver si puedo sacaros por la entrada trasera del sótano. De allí se sale a una calle lateral. Voy a pedir un coche para que nos recoja allí.

Mientras Tom va al baño de hombres con la bolsa, ella busca su móvil en el bolso.

Cuando vuelve tiene un aspecto un poco más normal, aparte de los cubrezapatos, que lo obligan a arrastrar los pies. Un agente uniformado los conduce a través de la recepción hasta una escalera. Bajan a toda prisa por allí. Dianne los guía hasta el garaje subterráneo y de allí a un callejón lleno de contenedores de basura. Lily coge a Tom de la mano. Tiene la piel seca, fría. Parecen dos fugitivos mientras esperan bajo la llovizna al conductor de Dianne.

Un sedán negro con cristales tintados se detiene. Dianne le indica a Lily y a Tom que suban en la parte de atrás y ella lo hace en el asiento del copiloto.

El conductor tiene gafas y un rostro inexpresivo. Sube la rampa y dobla en una calle lateral detrás de la comisaría. Los limpiaparabrisas rechinan mientras cae la llovizna. Doblan por una calle más ancha, donde Lily ve con alivio que no hay unidades móviles de la prensa ni periodistas. Se dirigen hacia Oak End, furtivos en su pequeña ciudad, y Lily siente como si hubieran entrado en una realidad alternativa.

—Han identificado el cuerpo —le dice Tom despacio.

Sus ojos se dirigen al rostro de Tom. La mirada de él es como un golpe directo al estómago.

—Es Arwen Harper —continúa él.

Lily se queda con la boca abierta. Dianne se vuelve bruscamente en su asiento para mirarlos y dice cortante:

—Hablaremos luego.

Se hace un enorme silencio. El corazón de Lily late desbocado. Transitan calles familiares; sin embargo, todo parece distinto. El relato —la verdadera realidad de sus vidas— ha cambiado. Un recuerdo llena su mente. Oye la voz de Arwen en su cabeza.

"¿Acaso crees que lo conoces? ¿Crees que uno puede realmente conocer a su pareja? Él ha sabido todo el tiempo lo que eres…".

Lily suelta la mano de su marido y se separa de él. Le arden los ojos.

El vehículo gira y entra en Oak End. Ahora Lily ve las unidades móviles de la prensa, a las que se les ha sumado una furgoneta con el logo de una emisora de radio. Todas aparcadas frente a su casa. Un poco más adelante, un sedán azul oscuro está aparcado bajo el cerezo. Tiene unos paragolpes robustos que lo delatan como un coche policial sin identificar. Lily sospecha que la policía podría estar vigilándolos hasta que el caso se resuelva. Hasta que uno de ellos —ya sea ella o Tom— dé un paso en falso.

—A ver —dice Dianne mirando hacia atrás—, cuando salgamos del coche, mirad al frente y entrad directamente en casa. Cogeos de la mano. No digáis nada. —Ella percibe sus miradas—. Cuando digo nada es nada. A nadie. Ni siquiera a vuestros hijos ni a vuestros vecinos. En este momento no tenéis amigos, ¿entendido? No quiero que os digáis nada delante de mí tampoco; de otro modo, perderéis los privilegios conyugales que podríais tener si esto llega a juicio.

Lily aprieta la mandíbula.

El sedán se detiene en la entrada para coches de la casa. Los periodistas, que hasta ese momento se protegían de la lluvia, salen apresuradamente de sus vehículos y llegan corriendo con micrófonos en la mano. Flashes de cámaras. Lily, Tom y Dianne salen del coche y se dirigen hacia la puerta de entrada. Lily y Tom van cogidos firmemente de la mano.

—¿Señora Klister? Señora Klister, ¿está usted defendiendo al profesor Bradley? ¿Han presentado cargos contra él? Profesor Bradley, ¿conocía usted a la víctima? Doctora Bradley, ¿la víctima era su paciente?

Dianne se vuelve para enfrentar a la jauría.

—Esto es propiedad privada. Si ponen un pie dentro, les aseguro que a sus jefes no les harán ninguna gracia las medidas legales que voy a tomar.

Otro flash de una cámara. En cuanto entran y cierran la puerta, Lily mira a su marido.

—¿Arwen? Por el amor de Dios, Tom. ¿Cómo… cómo pudo pasar esto?

—¡Dímelo tú! ¿Puedes explicármelo? —le grita Tom.

—¿Crees que yo sé lo que ha pasado? Qué cojones…

—Lily… —la interrumpe Dianne mientras toca con su mano de uñas impecables el brazo de Lily—. ¿Puedes dejarme a solas con Tom? Necesito consultarle algo en privado.

—¿Por qué en privado? —pregunta Lily.

—Necesitamos repasar unas cosas —dice Dianne—. En privado.

La mente de Lily da vueltas.

—No lo comprendo. ¿Por qué no puedo quedarme?

—Es mejor que tú y Tom no discutáis nada frente a mí.

—Es mi mujer, por Dios, Dianne —interrumpe Tom—. Lily y tú son amigas. Tú eres nuestra abogada.

—Soy tu abogada, Tom.

Lily mira intensamente a Dianne. Un frío helado recorre sus entrañas.

—¿Qué quisiste decir con "si esto llega a juicio", Dianne? No hay ninguna posibilidad de que presenten cargos contra Tom…, ¿no es cierto?

—Déjame hablar con Tom. Y veamos qué tiene la detective para parecer tan segura, ¿de acuerdo? Y así podremos responder a eso. No importa lo que alguien haya hecho, no es nuestra tarea probar la inocencia de Tom. Es la policía la que debe probar su culpabilidad. Tendrán que presentar pruebas irrefutables, más allá de cualquier duda razonable, de que él hizo algo. Y dado que Tom no ha sido imputado, claramente no las tienen en este momento.

Lily se queda con la boca abierta.

—No puedo… no puedo creer que esté sucediendo esto —susurra.

Mira a Tom. Piensa en su camiseta ensangrentada. La mentira que le dijo a la detective Duval sobre su teléfono. Piensa en la barbacoa y en la terrible discusión en la caseta de la piscina, y en la pelea demoledora que tuvieron cuando llegaron a su casa. Se siente sin fuerzas.

—¿Por qué no puedes ser abogada de los dos? —pregunta despacio.

—Si esto termina en un juicio, Lily, el fiscal puede citarte a declarar contra tu

marido. En este momento, todo lo que Tom te haya dicho en privado podría estar protegido por el privilegio conyugal, pero lo demás forma parte de las reglas del juego. Es una regla anticuada, pero útil. De todos modos, si Tom te confesara algo frente a mí, ese privilegio desaparece.

—Yo no he hecho nada —dice Tom.

—¿Y yo necesito un abogado? —dice Lily.

Dianne la mira y Lily sabe que su amiga está recordando las confidencias que compartieron entre un martini y
otro: las sospechas que Lily tenía sobre Tom. Es bien consciente de la preocupación que siente Dianne por lo que su amiga percibía como una creciente paranoia de Lily. O una psicosis, incluso. Lily se pregunta si Dianne podría llegar a usar alguna de esas confidencias contra ella para defender a Tom, o solo para demostrar al jurado que otra persona además de Tom tenía un motivo, o la oportunidad, o los medios para asesinar a Arwen Harper. Alguien que podría ser emocional o mentalmente inestable. Y algo peor. Podría incluso descubrir cosas más graves: la firma de Dianne utiliza detectives muy sofisticados.

—Podría ser una buena idea estar preparados, por si acaso —dice Dianne—. Puedo recomendarte a alguien si lo deseas. O si prefieres, puedo encontrar a otra persona para Tom y yo representarte a ti. Pero quien está siendo investigado por la policía por asesinato es Tom, Lily, no tú.

Lily mira fijamente a su amiga. Su compañera íntima de copas, a quien le ha revelado sus secretos. ¿Será capaz de traicionarla solo para ganar? Lily ya sabe la respuesta. Dianne es un tiburón asesino en busca de casos que se conviertan en casos mediáticos. Quiere precisamente esos casos que se ventilan en los medios y en la tribuna pública; cuanto más grande sea la controversia que se genere, mejor. Hará lo que sea para no perder. Dianne es su reputación. Dianne no sabe ser otra cosa. Nunca se le ocurrió a Lily que ella podría terminar del lado equivocado en el camino trazado por su amiga.

Antes de que Tom lleve a Dianne hacia el escritorio, Lily lo coge del brazo y lo aparta hacia un lado. Le susurra al oído:

—Hagas lo que hagas, Tom, digas lo que digas, recuerda siempre a los niños. Hazlo por ellos. No se merecen todo esto. —Le mantiene firme la mirada y el recuerdo de la pelea palpita entre ellos.

Él toma el rostro de Lily entre sus manos. Su mirada llega hasta el fondo de sus ojos.

—Te quiero —susurra—. Siempre te he querido. Todo va a salir bien. Por favor, confía en mí.

Pero lo único en lo que Lily puede pensar ahora es en cómo ha destrozado Tom su confianza.

LILY

ANTES
Viernes 20 de mayo

CUATRO SEMANAS ANTES DE SU MUERTE

Lily se encuentra con Diane en la mesa en la que suelen sentarse en la terraza que da a la piscina, con el océano de fondo. Es viernes, pero el club de lectura se canceló porque Hannah tiene otro compromiso y los demás aprovecharon para postergar la reunión. Como Lily considera que la noche del viernes es un tiempo que se reserva para ella misma, llamó a Dianne para sugerirle ir a tomar un par de copas. O tres.

—Yo ya he empezado —sonríe Dianne, sosteniendo una copa de martini medio vacía mientras Lily cuelga su bolso en el respaldo de la silla y se sienta.

Un camarero llega al instante con una nueva ronda y un plato de ostras frescas.

—Me tomé la libertad de pedir para ti también —dice Dianne, mientras desdobla una servilleta de lino blanco y el camarero coloca el martini frente a Lily.

Lily bebe con avidez.

—Te ves muy satisfecha contigo misma esta noche. ¿A qué se debe? —Bebe un trago generoso, sintiendo cómo el alcohol le quema el pecho.

—He ganado un caso importante.

—¡Enhorabuena! Brindemos. —Lily levanta su copa—. No he visto nada en las noticias.

—Lo verás mañana —dice Dianne, mientras alcanza un gajo de limón.

—¿Tiene que ver con ese ejecutivo de la televisión? ¿Al que acusaron de violar a seis mujeres?

Dianne sonríe y asiente mientras exprime el limón sobre las ostras al natural.

—Salió el veredicto. Inocente. —Desliza la ostra en su boca y sorbe el jugo de la concha.

—Pero es un puto culpable. —Lily baja su copa y mira a su amiga.

—Fue el fiscal el que metió la pata. Yo no tuve nada que ver. Ey, no me mires así; por esa razón me pagan millonadas: por hacer que se cumpla la ley. —Vuelve a beber y se reclina en la silla—. No soy un árbitro de la moral. Me limito a trabajar cumpliendo con la ley.

—¿Hay algo que no estarías dispuesta a hacer por el solo hecho de ganar, Dianne?

—No.

—¿Nunca te sientes, cómo decirlo…, sucia?

—A ver, amiga, no trates de analizarme. Deja eso para tu consultorio. Además, todos tenemos un lado oscuro. Hasta tú lo tienes. —Le señala el martini a Lily.

Lily ríe, pero internamente sabe que es una risa impostada. La luz ha cambiado. La brisa es más fría. Busca su jersey. Mientras se lo pone alrededor de los hombros aprovecha el momento para fijarse en los otros clientes sentados en las mesas de la terraza. La sensación de que la vigilan la está poniendo nerviosa y en estado constante de alerta. Un hombre bajo la pérgola le llama la atención. Una columna lo tapa parcialmente. Está solo. Pelo oscuro. Gafas oscuras. Chaqueta oscura.

Su atención vuelve a Dianne pero la sensación de ser observada le sube como una oleada helada desde el estómago. Su mente vuelve a la nota que le dejaron en el parabrisas a la salida de la iglesia.

"No puedes esconderte de Satanás si Satanás está dentro de tu cabeza".

La nota era real. No se la había imaginado. No está paranoica. Tal vez debería contárselo a Tom. Le aterra hacerlo porque, entonces, él empezará a preguntar por qué las palabras de la nota la perturban tanto, por qué son tan poderosas.

—Dime, ¿cómo está Tom? —pregunta Dianne, como si le leyera el pensamiento.

Lily no puede detener las palabras que le salen de la boca.

—Me parece… que está teniendo una aventura. —Tal vez lo dice para distraer la atención de Dianne, pero, una vez que las pronuncia, las palabras se quedan flotando en el aire como algo tangible y Lily se da cuenta de hasta qué punto esa idea le está carcomiendo la cabeza.

—¿Qué? —Dianne deja su copa sobre la mesa.

Las mejillas de Lily arden.

—No sé por qué lo he dicho. Olvídalo. —Busca su copa y se bebe de dos

grandes tragos todo lo que queda del martini. Levanta la mano y le hace señas al camarero para que traiga otra ronda. Dianne continúa mirándola.

—¿Qué te hace pensar eso, Lily?

—Son… solo pequeños indicios.

—¿Quieres decir que estás medio paranoica?

—No. Quiero decir que Tom sale a correr cada vez más tiempo durante los fines de semana. Y se va cada vez más lejos. Llega hasta los senderos de Elk Lake. También se queda hasta muy tarde los viernes por la noche; de la taberna se va al Club Náutico. He olido perfume en su camisa. Lo veo distante… Y Hannah me contó que el sábado pasado, cuando conducía cerca de los acantilados, vio a Tom corriendo junto a una mujer de pelo oscuro. Cuando le pregunté sobre cómo le había ido ese día en su entrenamiento, dijo que había sido como siempre, nada diferente. —Llega la nueva ronda de martinis y Lily se apresura para beber—. Está cuidando mucho su apariencia. Nuevas camisas. Pasa más tiempo entrenando con pesas. Usa una loción para después de afeitarse. Ese tipo de cosas.

—No parece ser nada más que una crisis de la mediana edad. ¿Cuántos años tiene Tom ahora? ¿No va a cumplir sesenta el año que viene? Es un acontecimiento que a mí también me afectaría.

Lily se encoge de hombros y se fuerza a mostrar una sonrisa falsa.

—Probablemente solo sea producto de mi imaginación.

—¿Por qué no se lo preguntas directamente, Lily?

—Tal vez porque temo que me diga que es verdad.

Dianne se sirve otra ostra.

—Y si te dijera que sí, ¿qué harías?

—Seguramente la mataría—dice Lily mientras bebe y mira hacia el mar.

Dianne no sonríe, porque hay algo en la forma en que las palabras salieron de la boca de Lily, cierto tono, que hace que parezca que lo dice en serio.

—Si me pasara a mí —dice Dianne, despacio, reclinándose en su respaldo—, yo le pagaría con la misma moneda. Tendría una aventura.

—No soy tú. —Lily busca su copa y termina su segundo martini. Las copas son fuertes y se empieza a sentir mareada, con una sensación de irrealidad—. He invertido demasiado en mi matrimonio y en mis hijos para hacer eso. —Siente una oleada de emoción que le cierra la garganta—. La verdad es que si me ha sido infiel, me sentiría destrozada. Me gusta mi vida tal como es, Dianne. O como creía que era. Me parece que he sido horriblemente engreída

en los últimos años, porque empecé a creer que nuestro matrimonio, nuestra familia, todo era bastante perfecto. —Hace una pausa—. No tienes ni idea de lo duro que he trabajado para que así fuera. —Su voz se apaga—. Ni idea.

Se acerca el camarero con dos martinis más.

—No hemos pedido —le dice Lily al camarero, que empieza a colocar las copas en la mesa.

—Son de parte del caballero que está bajo la pérgola —contesta el camarero. Deja un sobre blanco junto a las copas—. Y envía una nota.

Lily se da la vuelta en su silla. El hombre que vio antes se ha ido.

Su pulso comienza a agitarse.

—¿Qué hombre? —le pregunta mientras el camarero se marcha—. ¿Dónde está?

Pero el camarero desaparece tras las puertas de cristal del restaurante.

Dianne coge el sobre, lo abre y saca una tarjeta blanca con solo una línea escrita.

A Lily se le reseca la boca. Piensa en la nota que le dejaron en el parabrisas cuando fue a la iglesia.

—¿Qué dice? —exige Lily. Dianne frunce el ceño. Se la enseña.

Disfruta las copas. De parte de alguien que lo sabe.

Lily arranca la tarjeta de las manos de Dianne. Está escrita a máquina. En la esquina inferior derecha, la tarjeta tiene un relieve. Lily pasa el pulgar por el grabado. Tiene la forma de la cabeza de una cabra. Una cabra de grandes cuernos. En el medio de la frente hay un pentáculo: una estrella de cinco puntas. Comienza a sentir un zumbido en la cabeza. No puede respirar.

"No puedes esconderte de Satanás si Satanás está dentro de tu cabeza".

—¿Lily? —La voz de Dianne suena distante, como dentro de un largo túnel —. ¡Lily!

Ella se despabila y trata de centrarse. Siente la bilis en la garganta, mientras los recuerdos le atraviesan el cerebro como los fragmentos de un espejo roto. Trata de espantarlos, pero toda su mente es como un caleidoscopio de imágenes rotas en una casa invadida por un carnaval del horror.

—¿Estás bien, Lily? ¿Te sientes mal? —Dianne le ha puesto la mano en el brazo—. Lily, mírame. Concéntrate. ¿Qué pasa? ¿Qué te ha molestado?

—Eso… eso es el signo de Bafomet —dice con voz ronca.

—¿De qué?

—El relieve. Tiene la forma de Bafomet, la cabra sabática. Un ídolo pagano mezclado con el satanismo.

Lily se levanta, coge la tarjeta y corre por la terraza con sus tacones altos. Entra al restaurante por las puertas correderas de cristal. Va hacia la derecha y luego a la izquierda buscando al camarero que le entregó la nota. No lo ve. Detiene a una camarera.

—El camarero que nos atendió en la mesa, la que está allá, cerca de la piscina —señala a través de las puertas de cristal con mano temblorosa—. ¿Dónde está?

La empleada se asusta por la ansiedad en la voz de Lily.

—Se ha marchado, ha terminado su turno. ¿Puedo ayudarla? —Pero Lily ya se ha marchado en dirección al bar.

—¿Quién ha hecho esto? —le grita al barman dejando de un golpe la tarjeta sobre el mostrador.

Él se acerca, mira la tarjeta. Frunce el ceño.

—¿Quién hizo qué? —pregunta.

—¿Quién acaba de ordenar dos martinis y pidió que los llevasen con esta tarjeta a aquella mesa de allá? —dice Lily, señalando la mesa.

—Ah, sí. —El barman mira alrededor del bar buscando a alguien—. No lo veo. El señor se debe de haber ido.

—¿Qué aspecto tenía?

—Estaba ocupado…, realmente no lo miré bien. Estatura mediana. Pelo oscuro. Cara delgada. Chaqueta negra, vaqueros negros. Discúlpeme. —Se va a atender a un cliente al otro extremo de la barra.

Lily lo ve alejarse.

Dianne llega apresurada con el bolso de Lily. Se lo da y la rodea con el brazo. Con suavidad, Dianne atraviesa con Lily el restaurante hasta la puerta principal del hotel. Cuando no ve a nadie alrededor le dice despacio:

—Ey, ¿qué te ha pasado?

La mirada de Lily baja hasta la tarjeta que aún aprieta entre sus dedos.

"¿Qué juego enfermizo es este? Es que… si hay alguien que lo sabe, podría destruirlo todo: mi familia, mi matrimonio, mi vida. Todo".

—Lily, háblame. ¿Qué fue lo que te asustó?

—Alguien imprimió el texto en una tarjeta, vino aquí y nos invitó a una copa. Fue premeditado.

—Mira, debes calmarte. No es más que una nota de un tipo que ha invitado a una copa a dos mujeres que probablemente le pareció que no habían tenido un buen revolcón en meses.

—¿Y cómo podría saber que no hemos tenido sexo en meses?

—Ay, querida…, ¿es esto parte de por qué crees que Tom está viendo a otra mujer? Crees que ha perdido interés en ti.

Los ojos de Lily se llenan de lágrimas. Se las enjuga.

—Es culpa mía…, no tengo ganas de sexo en este momento, y no sé qué es lo que me pasa. Y pienso que lo estoy empujando a buscarlo en otra parte.

—Ven aquí. —Dianne la abraza. Huele a perfume caro y a vodka y un leve olor a pescado por las ostras. Acaricia el pelo de Lily, se lo acomoda y estudia los ojos de su amiga.

—No estás bien, amiga mía. Y estás un poco borracha. Tú y yo, las dos. ¿Qué te parece si planeamos una escapada de nuestras familias para ir a un spa en las próximas semanas? Podremos hablar de muchas cosas. Hacerlo de verdad. Me puedes contar lo que está pasando entre tú y Tom. O… ¿has pensado consultar a un profesional?

—¿Te refieres a hacer terapia?

—Hasta los terapeutas necesitan terapia, ¿no? Tú eres la primera en decirlo siempre. ¿No es acaso un requisito para mantener tu habilitación profesional debido al impacto emocional del trabajo que haces? Puede ser que estés pasando por un período de agotamiento, con toda esa gente trasladándote sus problemas cada día. Apuesto a que necesitas un descanso, los traumas de los demás te están afectando. Hay un límite a lo que una persona puede absorber.

Lily rehúye la mirada de Dianne y respira hondo. Tal vez se está volviendo loca. Pero la nota en la iglesia era real. Y esta nota en su mano con un símbolo satánico también es real. Y junto a las palabras "De parte de alguien que lo sabe".

—Estoy bien. De verdad. Es solo que… yo… Tienes razón. Solo es estrés. Los problemas de mis pacientes me están afectando. Hablaré con alguien.

Dianne frunce el ceño.

—Está todo bien. Estoy bien. De verdad. —Lily busca su teléfono en el bolso —. Necesito llamar a un taxi. ¿Quieres que llame otro para ti?

—Tengo al chófer esperando a la vuelta. —Dianne busca su teléfono y envía un mensaje a su chófer.

El coche de Dianne llega primero. Duda.

—¿Seguro que estás bien? —Lily fuerza una sonrisa.

—Por supuesto. —Hace un gesto señalándose la cabeza—. Demasiados martinis un poco fuertes y demasiados pacientes un poco locos, eso es todo. Solo necesito un descanso.

—Dianne no parece muy segura—. Vete, vete —dice Lily—. No voy a salir a matar a nadie. Vete. Estoy bien.

Mientras el coche de Dianne se va, Lily se maldice a sí misma:

"¿Matar a alguien? ¿Qué coño me ha poseído para que acabe diciendo semejante disparate?".

Llega el taxi y Lily se monta.

—¿Me puede llevar a Oak End 2112, por favor?

Mientras el taxi avanza por la rotonda de entrada al hotel, su teléfono suena con un mensaje entrante. Es un texto de Tom. Lo lee.

Voy a llegar tarde hoy. No me esperes despierta.

Ella responde rápido.

Volviendo a casa después de unas copas con Dianne.

Duda, luego escribe algo más.

¿Vas a la happy hour del Club Náutico?

Envía el mensaje.

Espera.

Unos momentos después entra la respuesta.

Probablemente. No me esperes despierta.

Lily reclina la cabeza y siente que la angustia se le expande como un doloroso globo en su pecho. Ahora está más convencida que nunca de que Tom está saliendo con alguien. Es un mal presentimiento que va creciendo. Igual que la sensación de que la vigilan. "Las intuiciones nunca deben ser desestimadas", piensa Lily. La terapeuta que hay en ella sabe que la intuición es un fenómeno muy real. A veces los seres humanos perciben señales ínfimas, pequeños signos subliminales que la mente consciente ni siquiera registra.

Rápidamente escribe otro mensaje a Tom.

¿Con quién?

La respuesta le llega al instante.

Los de siempre.

Ella escribe:

¿Solo tus colegas?

No recibe respuesta. Cuando el taxi llega frente a la casa de los Bradley, el mensaje que Lily le envió a su marido sigue apareciendo como no leído.

RUE

AHORA

Rue mira por el espejo retrovisor a Joe Harper, sentado en el asiento trasero del coche. Toshi va en el asiento del copiloto. Llevan a Joe de vuelta a su casa en Oak End.

Joe está inmóvil, mirando por la ventana.

—¿Me dijiste que estabas algo así como "saliendo" con Phoebe Bradley? —dice Rue cuando gira fijándose en las indicaciones del GPS.

—Bueno, somos amigos —Joe carraspea—. Buenos amigos. Pero desde hace poco. La conocí cuando nos mudamos a Oak End.

—¿Y eso cuándo fue? —pregunta Rue.

—El último día de mayo.

—Es decir, hace unas tres semanas —dice Toshi.

—Supongo.

—¿Conoces al resto de la familia? —pregunta Rue.

—Fui una vez a su casa, donde vi por primera vez a la señora Bradley, al pasar. —Hace un gesto con la mano y dice—: Casi me echa de su casa.

—¿Por qué? —pregunta Toshi.

Joe se queda en silencio un momento.

—Cree que soy demasiado mayor para Phoebe. La señora Bradley se enfadó por eso. Phoebe me lo contó después.

—¿Y tu madre? ¿Los conoce bien a los Bradley? —pregunta Rue.

Silencio en el asiento de atrás. Rue mira otra vez por el espejo retrovisor.

—¿Joe?

Él se seca las lágrimas.

—Puede que Phoebe tenga solo doce años, pero es más madura, en muchos sentidos, que las chicas de mi clase. Ella… —la voz se le entrecorta de la emoción— me entiende; en cambio, ni mi madre ni la de Phoebe nos entienden. La señora Bradley trató de prohibirle a Phoebe que me viera, lo que

solo logró que ella se volviera más rebelde. Mi madre y la señora Bradley tuvieron una fuerte discusión por este tema.

—¿Cuándo? —pregunta Rue.

—Ayer, en la barbacoa, en casa de los Cody. Supongo… supongo que igualmente se va a saber que tuvieron una fuerte discusión en la caseta de la piscina de los Cody anoche. Varias personas las oyeron y el señor Bradley y el señor Cody tuvieron que intervenir para sujetarlas, y se oían los gritos. Todo el mundo se quedó hablando de eso.

Rue y Toshi intercambian miradas.

—¿Y estás seguro de que la pelea fue por ti y por Phoebe? —pregunta Rue.

—Phoebe me mandó un mensaje cuando llegó a casa
—duda Joe—. Me dijo que cree que eso fue lo que inició la pelea. Sus padres seguían discutiendo en su casa.

—¿Te dijo Phoebe por qué otro tema discutían? —pregunta Rue. Él niega con la cabeza.

—Dijiste que te fuiste de la barbacoa temprano, Joe. ¿Fue después de la pelea? —pregunta Toshi.

—Justo después. El señor Bradley se llevó a su mujer a su casa. Phoebe me contó que su padre volvió a buscarlos, a ella y a Matthew, poco después. Los demás chavales estaban todos en una sala de juegos en el sótano, en la casa principal, jugando al billar y escuchando música fuerte y esas cosas, cuando fue la pelea. Le dije a mi madre que debíamos irnos y ella me dijo que ni loca dejaría que esa "psicóloga" le estropeara la fiesta. Y mamá estaba… Había bebido más de la cuenta y quería seguir bebiendo. La mayoría de los adultos de la fiesta ya estaban bastante pasados de copas para entonces.

—Entonces, te fuiste sin tu madre —dice Rue.

—Sí, yo estaba enfadado con ella. Me… hizo pasar vergüenza. Se comportó como una idiota.

—¿Y no volviste a verla? —dice Toshi.

Los ojos se le llenan de lágrimas y niega con la cabeza.

—Debería haber insistido para que volviera conmigo a casa.

—No es tu obligación cuidar a tu madre, Joe —dice Rue mientras gira para entrar en Oak End.

—Sí lo es, en algún sentido —dice Joe—. Así ha sido porque… mi madre a veces necesita alguien que la cuide. Ella… se emborracha, se droga. Hace cosas estúpidas.

Rue entra a la rotonda al final de Oak End, la calle sin salida, y se detiene frente a la dirección que le había indicado al GPS.

—¿Esta es tu casa?

—Sí —dice Joe.

Rue detiene el vehículo y todos se bajan. Ha dejado de llover. El cielo se despeja y la brisa vuelve a ser cálida. Rue puede oler el mar. Están exactamente junto al sendero por donde Tom Bradley la condujo hacia el bosque esta mañana. Rue contempla la entrada del sendero, mientras pone la muerte en el contexto de la presumible identificación que ahora tienen. Arwen Harper. Y el hecho de que la mujer muerta viviera justo aquí y que hubiera discutido con la esposa del hombre que encontró su cuerpo. Y que su hijo estuviera saliendo con la hija de ese hombre, para colmo, una menor.

—¿Esa es la casa de los Cody? —pregunta Toshi, señalando una vivienda de dos plantas al otro lado de la rotonda.

—Sí —dice Joe.

La atención de Rue se posa en la casa. Una figura se mueve frente a la ventana del ático. Luego, con la misma rapidez, desaparece. Rue tiene una extraña intuición mientras observa la ventana. Ha aprendido a confiar en su instinto.

Siguen a Joe a través de la verja en el lateral de la parcela y Rue alcanza a ver una antigua furgoneta VW pintada con enormes copos de nieve blancos aparcada bajo un tejadillo. Tiene matrícula de Ontario.

—¿Esta es la camioneta en la que tú y tu madre vinisteis hasta aquí, al oeste, Joe? —pregunta ella.

—Sí. La entrada a la cabaña está junto a la casa principal, por aquí. —Joe los conduce a lo largo del estrecho camino bordeado de rosales.

Rue echa una mirada atrás por encima de su hombro. La figura ha vuelto a aparecer en la ventana del ático al otro lado de la calle, pero permanece de pie, justo al lado de la ventana, mirándolos, como si no quisiera que notaran su presencia.

LILY

AHORA

—¿Qué le dijiste a Dianne? —Lily le pregunta a Tom.

Ella y Tom están frente a frente en la cocina. Sus hijos todavía están en el colegio y Dianne acaba de irse. Las unidades móviles están fuera y el coche de la policía vigila al otro lado de la calle.

Su marido la taladra con la mirada. La tensión es fría, densa y sobrevuela como si tuviera presencia física.

Lentamente, con calma y cuidado, Tom dice:

—Le dije que yo… que nosotros… conocíamos a Arwen. Que vivía al final de la calle, que trabajaba en Red Lion, que era una camarera habitual de la *happy hour* y que Phoebe era muy amiga de su hijo. —Hace una pausa—. Le conté que anoche hubo una discusión en casa de los Cody.

Ella lo mira fijamente. Paralizada.

—Los policías iban a averiguarlo, Lily. Dianne no necesita sorpresas. También le conté que estuve contigo todo el día de ayer, salvo cuando fuiste a misa con los chicos y yo salí a correr. Luego nos fuimos todos a la barbacoa. Le dije que habíamos vuelto juntos a casa, que bebimos un poco de más, que luego tomaste una pastilla para dormir y te fuiste a la cama y que yo volví a casa de los Cody a buscar a los niños. Luego me fui a la cama. —Deja de mirarla a los ojos.

—¿Y qué más? ¿Qué más te preguntó?

—Me preguntó si estaba seguro de que tú habías tomado una pastilla para dormir.

—¿Qué quieres decir?

—Quería saber si estaba seguro de que tú te habías quedado totalmente dormida por la medicación.

—Le dijiste que sí, ¿verdad?

—Sí. —Traga con dificultad y asiente—. Le dije que estabas profundamente dormida.

—Tom…, ¿eso fue lo que les dijiste a los detectives?

—No les dije nada. Dianne está viendo si podemos usarte como mi coartada.

El uso de "nosotros" para referirse a ellos en lugar de "tú" para hablar de ella es un puñetazo en el estómago. Lentamente, Lily dice:

—Si yo estaba completamente dormida, podrían argumentar que no habría notado tu ausencia en caso de que hubieras salido de casa.

—Yo estuve durmiendo todo el tiempo —responde él—. Bebí demasiado. —Tampoco… hubiera notado si tú te hubieras levantado y hubieras salido la casa.

Lily lo mira con intensidad.

—No puedo creer que esto esté sucediendo.

Tom se toca el cuello, las marcas de arañazos rojas e inflamadas.

—¿Te preguntaron algo de eso?

—Le dije a Dianne que eran producto de haber tenido sexo muy intenso. Tú y yo.

Lily siente náuseas. Se apoya en una de las banquetas, pensando en que le dijo a Dianne que ella y Tom no tenían relaciones desde hacía un tiempo. Se vuelve y cierra los ojos.

—¿Por qué le dijiste eso?

—Me salió así. Me asusté. Ya lo he dicho. Si ahora me retracto, parecerá que también le miento sobre otras cosas.

—¿Por qué escondiste tu camiseta en el cobertizo, Tom? ¿Por qué estaba llena de sangre? La vi y la lavé, ¿sabes?

—Encontré el cuerpo tirado en la playa —traga saliva—, totalmente destrozado, y caí de rodillas. Quise levantarla, traté de resucitarla, pero estaba muerta. Así que corrí a casa y cuando llegué me di cuenta de que no podía entrar así, cubierto con su sangre. No podía pensar bien. Estaba en shock.

—Entonces, ¿supiste que era ella cuando la viste?

—No… no sé, en un primer momento bloqueé esa posibilidad en mi mente.

—¿Dónde está tu impermeable rojo?

—Me lo quité para taparle la cara.

Lily maldice por lo bajo y se restriega el rostro.

—Y tu linterna. Matthew te vio, ¿sabes? Te vio salir con una linterna y tu impermeable y se dio cuenta que volviste sin ellos.

—Se me cayó cuando volví corriendo a casa. Entre los arbustos, en alguna parte, y ya había suficiente luz como para correr sin linterna, así que seguí.

—Así que dejaste tu impermeable, perdiste tu linterna, corriste hasta casa con una camiseta ensangrentada y en el camino te cruzaste con Virginia Wingate, que estaba sentada en su coche frente a casa, abriste el cobertizo, entraste, escondiste tu camiseta llena de sangre en un cubo de basura, subiste las escaleras corriendo con el torso desnudo y las zapatillas llenas de barro y te pusiste una camiseta limpia y una chaqueta antes de hablar con la policía —dice ella sosteniéndole la mirada.

Silencio.

—¿Por qué les mentiste sobre tu teléfono, que lo habías dejado cargando en la cocina?

Tom deja caer el rostro y se frota la incipiente barba.

—Tenía resaca. Todavía estaba confundido. Después de verla así… me quedé alterado…, en shock. Tuve miedo, ¿de acuerdo? Por lo que había pasado anoche en la caseta de la piscina. Me di cuenta cuando la policía me preguntó por qué estaba llamando a emergencias desde mi casa.

—Por Dios, Tom. ¿No te das cuenta de la mala pinta que tiene todo esto?

—¿Y tú? ¿Por qué lavaste mi camiseta, Lily?

Ella lo mira furiosa.

—¿Por qué? —repite Tom.

—Porque tú estabas tratando de ocultarla, por eso. Yo también me asusté. No sabía qué hacer. Había un policía frente a la casa, y me preocupó que viniera y la encontrara. Te vi entrar al cobertizo y… me asusté, Tom. No sé qué pensar.

—¿Acaso crees que yo la maté? ¿Crees que pude haberla asesinado?

Silencio.

Tom empieza a maldecir violentamente, se pasa las manos por el pelo; luego se detiene como si se hubiera dado cuenta de algo y dice con calma.

—Dime, por la vida de nuestros hijos, Lily. ¿Saliste de casa cuando yo me quedé dormido?

El corazón de Lily se acelera. Se le eriza la piel. Mira a su esposo fijamente.

—¿Saliste? —Ella desvía la mirada—. ¿Lily?

Lily inspira profundamente y vuelve a mirar a Tom.

—Somos nuestra coartada mutua, recuérdalo. Estuvimos aquí juntos toda la noche.

Algo cambia en el rostro de Tom. Asiente lentamente y su boca se endurece. Lily comprende lo que pasa por la mente de su marido y se le revuelve el estómago.

—Honestamente, Tom, no crees que sea capaz de hacer algo así, ¿verdad? Por favor, dime que no.

—Ya no sé más qué creer, Lily —dice, con los ojos cargados de consternación.

La desconfianza, la sospecha, crece entre ellos como algo espeso, tangible, cambiante e invasivo y Lily sabe que sus vidas nunca volverán a ser como antes. El día en que Arwen Harper llegó a la ciudad con su furgoneta VW azul con los copos de nieve pintados de blanco y su hijo de dieciséis años en el asiento del copiloto fue el día en que todo comenzó a cambiar. Fue el principio del fin.

—Lo que sea que cada uno de nosotros piense, Tom
—dice ella con calma—, o lo que sea que cada uno haya hecho alguna vez…

—Yo no hice nada —dice él.

—Da igual. Pase lo que pase ahora, tenemos que proteger a los niños. —Ella le sostiene la mirada—. ¿Me entiendes? ¿Podemos estar de acuerdo en esa única cosa? ¿Puedes prometerme que haremos lo que sea para proteger a Phoebe y a Matthew? ¿Trataremos de mantener a nuestra familia indemne?

—Tal vez ya no sea posible, Lily —responde Tom en voz tan baja que casi no puede oírlo.

—Tenemos que hacerlo, Tom.

TOM

ENTONCES
Viernes 20 de mayo

CUATRO SEMANAS ANTES SU MUERTE

Con frecuencia, hay un instante decisivo que define la trasgresión, y por lo general es casi imperceptible. Ya sea que se trate de un contacto visual durante una fracción de segundo más, una respuesta a un mensaje de texto provocador, o salir de la taberna para prolongar la noche en otro lugar cuando ya has bebido demasiado. Y una vez que se cruza esa línea delgada, casi invisible, es como un avión cuando despega. Ya no hay otra alternativa más que levantar vuelo. O estrellarse. En cierto modo, Tom sabe que está acercándose a ese momento, cuando Arwen acepta la sugerencia de Milton de ir todos a la embarcación de Simon en el puerto deportivo a tomar una copa.

—¿Y tú, Tom? —pregunta Simon, mientras todos se ponen sus abrigos una vez que la *happy hour* de Red Lion ya se ha extendido todo lo posible y avanza hacia el territorio de una noche de borrachera.

Él duda.

—¡Vente, Tom! —dice Arwen mientras ajusta el cinturón de su abrigo.

Esta noche sale antes de su trabajo. Aceptó la invitación de Simon y su sonrisa es brillante; sus ojos se encienden con la promesa de diversión. Tom mira a Simon y piensa en Lily, que ha quedado con Dianne a tomar unas copas en el Ocean Bay. Lily probablemente llegará tarde. Y Tom siente un repentino ataque de celos y rivalidad cuando Simon pone su mano con familiaridad en la parte baja de la espalda de Arwen mientras salen por la puerta de la taberna.

Coge su teléfono y escribe rápidamente un mensaje:

Voy a llegar tarde hoy. No me esperes despierta.

La respuesta de Lily entra al instante.

Volviendo a casa después de unas copas con Dianne. ¿Vas a la happy hour del Club

Náutico?

Tom levanta la vista de su teléfono y mira la puerta por la que Arwen salió con Simon. Escribe:

Probablemente. No me esperes despierta.

Suena la entrada de un mensaje:

¿Con quién?

Él escribe:

Los de siempre.

Se mete el teléfono en el bolsillo y se apresura a seguir a los demás, que se dirigen hacia el muelle con Arwen, con la falda y los rizos ondeando al viento.

El aire es fresco. Las nubes pasan deprisa ocultando las estrellas y una luna llena se eleva sobre el agua. Las flores brillan bajo las farolas de la calle y los pétalos tapizan como una alfombra las aceras y los techos de los coches.

Mientras se apresura para alcanzar al grupo, siente que se le empieza a despejar la cabeza. Se acuerda del domingo, dos semanas atrás, cuando salió a correr y se topó, cerca de los acantilados, con Arwen, que también estaba corriendo. Se rieron sobre cómo se habían conocido la noche anterior en Red Lion, donde ella trabajaba desde hacía solo una semana. Corrieron juntos un tramo. Respiraban fuerte, en perfecta sintonía. Se sintió bien.

Demasiado bien.

Porque el último domingo se aseguró de correr exactamente a la misma hora, con la esperanza de volver a encontrarla. Y así fue. Allí estaba ella, en el mirador de los acantilados de Garry, estirando los brazos, con las mejillas rosadas. Corrieron juntos por la calle que conduce a Manfred Hill y juntos esprintaron por el sendero zigzagueante hacia la cima, donde se rieron, recuperaron el aliento y se maravillaron con las vistas.

La imagen de Lily se cuela en su mente.

Tom se detiene. Piensa en sus hijos. Su familia. Lo que significa Lily en su vida. En la solidez de su vínculo. Respira una profunda bocanada de aire y llega corriendo hasta el grupo.

—Tíos, lo dejo para otro día. La próxima vez os acompaño.

Tratan de persuadirlo, pero Tom les da las buenas noches y baja por la calle. Su casa no queda lejos de allí y él disfruta la caminata. Se siente bien por haber rechazado la propuesta.

Un segundo más tarde oye pasos a sus espaldas.

—¡Tom! Espérame.

—¿Arwen?

—Creo que tuviste la mejor idea. ¿Vamos juntos?

—No sabía que vivías por aquí. Creí que me habías dicho que venías en tu furgoneta hasta el acantilado para correr los domingos… y que vivías más cerca de la ciudad.

—Así es. Mi autobús para por allá. A dos calles.

—¿No vienes en tu furgoneta a trabajar?

—Está en el taller. Había problema con la transmisión. —Sonríe.

La luz de la farola ilumina su garganta. Suave, blanca. Su tatuaje se mueve como si la bestia estuviera viva. Una ráfaga de viento le mueve los rizos. Él siente una punzada caliente de deseo en el estómago.

—Puedo llamar a un taxi —le ofrece.

—Por Dios, Tom. Parece que harías cualquier cosa con tal de no pasear conmigo esta noche.

Se hace un vibrante silencio entre los dos. Caen algunos pétalos más.

—Claro que no. —Su voz suena decidida.

—Además, la verdad es que me gusta ir en autobús. Especialmente de noche, ver a gente tan diversa. La humanidad adquiere una crudeza atractiva cuanto más tarde se hace. Es una fuente de inspiración para mi arte.

Tom la estudia un momento. Sus ojos se iluminan bajo la luz reflejada. Vuelve a sentir esa incómoda pero deliciosa punzada de deseo. Carraspea y comienza a caminar. Ella acompasa su andar al de él. En su último encuentro, cuando corrían, él le dijo que vivía en Oak End, justo al otro lado del parque Spirit Forest.

—¿No has visto ya demasiados ejemplares de esa "humanidad" un viernes por la noche en Red Lion? —le pregunta.

Ella se echa a reír. Es un sonido burbujeante —sí, pensó en esa palabra, *burbujeante*— que surge de su pecho. Es contagioso. Piensa que está borracho. Es cómodo caminar junto a ella. Sus pasos son largos y flexibles. Es como si estuviera corriendo a su lado. Su larga falda bohemia, el tintineo de sus pulseras de vez en cuando. Esa camarera adivina, de espíritu libre. Ella es todo lo que su

vida ha dejado de ser. Exuda energía, volatilidad. La vida de Tom, en cambio, es pura rutina. En realidad, está atrapado en el aburrimiento.

Sus pensamientos vuelven al sexo. Reprime su deseo.

Sin embargo, hay algo en Arwen Harper que Tom no puede reprimir. Lo ha enganchado en algún lugar profundo. Tom había visto las cicatrices en sus muñecas. Sospecha que esa es la razón por la que lleva tantas pulseras. Para ocultar esas marcas. O tal vez para atraer la mirada hacia ellas. Esto intriga al psicólogo que hay en Tom, al estudioso de los desvíos de la mente humana, al defensor de la salud mental. Y despierta una compasión innata en él.

Arwen, una mujer bella y sexy, también ha halagado el lado más básico de Tom, un hombre que envejece y cuya mujer no desea tener sexo por razones que Tom todavía trata de entender.

—Cuando era niña me encantaba caminar por todas partes —dice ella—. Vivía en un pequeño pueblo en el campo. —Hace una pausa—. Un pueblo seguro. Al menos alguna vez lo fue.

—¿Dónde te criaste?

—En mi primera infancia, a las afueras de Medicine Hat.

Tom siente que su pecho se contrae.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde? —Intenta que su tono suene natural, pero percibe alguna nota falsa en su voz.

—¿Conoces la zona? —Ella lo observa.

Algo dentro de Tom le dice que tenga cuidado.

—No, la verdad es que no.

—En un pequeño lugar llamado Glenn Dennig.

Tom se queda helado. Un recuerdo comienza a penetrar su mente.

—¿Lo conoces? —pregunta ella.

—Lo he oído nombrar.

Ella se queda en silencio mientras caminan, como esperando que él le explique qué había oído sobre Glenn Dennig, ese diminuto pueblo en medio del campo.

En cambio, él dice:

—¿Así que queda lejos…? Quiero decir, ¿es largo el recorrido del autobús hasta tu casa?

—Está en la calle principal de la ciudad, así que no tarda mucho. Y no es una casa. Es un apartamento diminuto donde vivimos con un grupo de estudiantes universitarios muy ruidosos que tenemos como vecinos.

—¿Vivimos?

—Tengo un hijo.

—Ah…, no lo sabía —dice Tom sorprendido.

—¿Por qué habrías de saberlo? Nunca te lo he dicho. Se llama Joe, tiene dieciséis años.

—¿Estás…? ¿El padre vive aquí? Quiero decir…

—Estoy sola. —Se hace un silencio—. Soy viuda, Tom.

—Arwen, lo lamento mucho. ¿Cuándo…?

—Hace solo dos años. Cáncer. De todos modos, nos habíamos separado poco antes de que se enfermara. Así que… —Su voz se apaga embargada por la emoción del recuerdo. Carraspea—. Supongo que eso precipitó nuestra mudanza hacia aquí, hacia el oeste. Para que Joe y yo empezáramos de nuevo. —Comienza a caminar de nuevo y él se apresura a seguirla, a mantener el ritmo, porque su andar se ha acelerado con aquella súbita emoción.

—Tal vez fue una mala idea —dice cortante—. Al menos para Joe. Está en una edad…, un momento difícil y de transformaciones, en el que parece necesitar a los amigos que dejó, sentir que pertenece a un lugar, tener una sensación de hogar como la que había comenzado a experimentar. A veces creo que me tiene un rencor cada vez más grande. Especialmente ahora que nos echan de la casa.

—¿Os echan, en serio?

—No voy a bromear con eso.

Es la primera vez que ve esta faceta de Arwen. Su faceta real, supone. El resto es la fachada. Aparecer como un espíritu libre le cuesta mucho en realidad. Es lo opuesto a criar un hijo en el ambiente estable de un hogar.

—Estoy buscando un nuevo lugar para vivir. Vi algo ayer por el que tal vez me decida. Es horrible, desgraciadamente, pero es todo lo que he podido encontrar por ahora. Un sótano con ventanas muy altas, como en las celdas de las prisiones. Huele a humedad. Y es incluso más pequeño que lo que tenemos ahora. —Suelta una risa forzada—. El rencor de Joe será aún mayor. Pero los alquileres están imposibles. Cuando llegamos, yo estaba en lista de espera para alquilar un apartamento en la calle principal de Story Cove, muy cerca de la taberna, por eso cogí el trabajo allí. Por eso matriculé a Joe en el distrito escolar de Story Cove, pero la reserva no salió adelante.

Llegan a la esquina en la que deberán separar sus caminos. La luz de la luna se filtra entre los árboles.

—Aquí sigo mi camino, la parada del autobús queda a pocos metros —dice Arwen—. ¿Te veo la semana que viene?

—No me lo perdería.

Ella duda, luego dice:

—Buenas noches, Tom.

Tom se despide, pero cuando ella se está alejando, la llama.

—¿Arwen? —Ella se detiene—. Hay un lugar que está disponible para alquilar al final de nuestra calle. Es…

—No, Tom, no hay manera de que pueda ajustarse a mi presupuesto. ¿Oak End? Gracias por las buenas intenciones…

—Es una cabaña, en un jardín, y tiene un estudio.

Arwen inclina su rostro. La luz de la luna le ilumina la mejilla.

—Se acaba de desocupar —dice él—. Es que el anciano que vivía allí tuvo un derrame cerebral la semana pasada y lo internaron en un geriátrico. Conozco a los propietarios bastante bien, viven fuera del país y básicamente no piden alquiler, solo algo testimonial y que, a cambio, vigilen la propiedad, controlen que el servicio de jardinería vaya y cumpla y que el sistema de seguridad de la casa principal siga funcionando. Si… Quiero decir, yo estaría encantado de pagarlo si te ayudara. Por tu hijo.

Ella abre la boca, y la vuelve a cerrar. Desvía la mirada. La emoción le nubla la vista. Sin mirarlo le dice con suavidad:

—¿Es la cabaña frente a la casa de Simon?

La sorpresa golpea a Tom en el estómago. La confusión se apodera de su mente.

—Eh…, sí, esa. ¿La conoces?

—Simon me dijo que creía que pronto se desocuparía. Pero creo que no conoce a los propietarios.

Tom la mira fijamente. Su mente rebobina. A su memoria llegan imágenes recientes: Simon tocando el brazo de Arwen, Simon despidiéndose después de una noche en la taberna, Simón acercándose demasiado a Arwen para decirle algo al oído, la mano de Arwen en el hombro de Simon mientras se ríe sobre algo que le dijo.

¿Lo están usando?

¿Acaba de ofrecerse a instalar a la amante de Simon frente a su casa, el lugar más conveniente para que su amigo se acueste con la camarera bajo las narices de su esposa y sus hijos?

“Por Dios, Tom, frena”.

Arwen se acerca y le toca el brazo. Él siente una sensación extraña en el pecho.

—De ninguna manera podría aceptar tu dinero, pero te agradezco la generosidad, Tom. Y si puedes hablar con los propietarios… No puedo decirte cuánto significaría eso para mí. Y para Joe. Especialmente para Joe. Para él, porque estaría cerca del colegio, y para mí, porque podría ir andando a mi trabajo en la taberna.

“Y para Simon”.

La dinámica ha cambiado. Una mujer se ha interpuesto entre ellos.

El atractivo de la *happy hour* de los viernes se torna algo más perverso. Siente que la promesa de pasarlo bien con sus amigos se le escurre entre los dedos. Tom intuye que hay una grieta en la estructura que sostiene su amistad con Simon y los demás. La dinámica ha cambiado. Se ha metido una mujer entre ellos.

Y él está instalándola en su calle.

—Los llamaré mañana —dice.

Ella se pone de puntillas y le da un beso ligero en la mejilla. Él siente el suave roce de sus labios en la piel.

—Gracias —susurra cerca de su oído, demasiado cerca, porque le provoca un escalofrío que le recorre la espalda y siente que los pantalones comprimen su erección. De pronto no se siente a gusto consigo mismo.

Ella da un paso atrás.

—¿Nos vemos quizás en el acantilado este domingo? Simon dice que él también irá a correr.

—Claro. Por supuesto.

—Buenas noches, Tom—. Lo saluda con la mano y desaparece en la oscuridad.

Tom se queda allí unos momentos. Una brisa suave sopla en el vecindario. Un mapache cruza la calle, lo mira y se escurre entre los arbustos. Se pregunta qué es lo que ha hecho. O lo que va a hacer. Qué línea acaba de cruzar y cómo de lejos llegará.

¿Hasta dónde habrá llegado Simon?

Y allí está, además, esa pequeña preocupación, como una uña arañando en el cristal de la periferia de su conciencia.

“Un pequeño pueblo llamado Glenn Dennig”.

VÍCTIMA DE UN SECUESTRO

LA VERDADERA HISTORIA DE UN CRIMEN

El sábado 22 de abril de 1989, una ola de calor azotaba Glenn Dennig, un tranquilo pueblo de las praderas situado en las afueras de Medicine Hat. Para sus habitantes, el aire de la noche era inusualmente cálido para el inicio de la primavera. No les importaba. El calor prometía un verano caluroso y seco. Muy pronto los cactus de aquella planicie semiárida se habrían vestido de flores y el aire se llenaría del perfume de la artemisa. Después de soportar los rigores de un crudo invierno en las llanuras del oeste, el entusiasmo crecía mientras nos despojábamos de las capas de ropa de abrigo y los sueños se colmaban de nuevas herramientas de jardinería, de bolsas de tierra fertilizada, de ofertas de parrillas para barbacoa y de muebles de jardín y cortadoras de césped, y del atractivo de las aventuras de camping en las profundas quebradas que cobijaban restos de dinosaurios y nidos de serpientes. Construir un nuevo invernadero era la mayor preocupación en la mente del sargento Mark Wozniak mientras patrullaba la carretera que atraviesa la ciudad en su coche patrulla. Recibió la llamada a las 20.58.

“Supe que sería algo ‘gordo’, algo con lo que nunca habíamos tenido que lidiar antes. No sería bueno”, declaró Wozniak a un periodista más tarde.

El operador de la policía informó a Wozniak que un hombre de Glenn Dennig había mirado a través de la ventana iluminada de un sótano y había visto “un cuerpo ensangrentado”.

Wozniak inmediatamente informó que se haría cargo del caso de la llamada. Encendió la sirena y se dirigió a toda velocidad a la dirección indicada por el operador.

Fue el primero en llegar al lugar.

Lo primero que vio fue a los vecinos en los jardines fuera de sus casas, algunos en pijama, que le indicaban el camino.

Wozniak frenó con un rechinar de neumáticos frente a una granja de Glenn Dennig de aspecto común y corriente. Las luces estaban encendidas en el interior. No sabía a qué se enfrentaba: una posible disputa doméstica, un homicidio, un asesinato o un suicidio.

Bajó de su vehículo, rodeó la casa y miró por la ventana del sótano.

Nada en su carrera había preparado a Wozniak para lo que vio a través de esa ventana.

En el interior de aquella casa tan bien iluminada lo esperaba una escena que dejaría para siempre una huella oscura e infame en los anales de la historia criminal canadiense. Y una profunda cicatriz en el alma de Wozniak.

RUE

AHORA

Rue y Toshi pasan por un arco cubierto por un frondoso jazmín trepador mientras siguen a Joe a la cabaña cubierta de hiedra. Detrás de la cabaña, las enormes coníferas del parque Spirit Forest acechan lúgubres y silenciosas. El agua gotea por todas partes. Rue mira a Toshi. Ella percibe que él también lo está sintiendo, como si el bosque fuera una presencia, que observa, espera y susurra suavemente con su brisa invisible.

Joe abre con llave la puerta principal y los invita a pasar.

—Solo hay una habitación, la que uso yo —explica Joe—. Mi madre pasa todo el tiempo en el estudio de allá.

El estudio está del otro lado del césped, hacia el bosque.

Es una edificación rectangular, con muros de cemento, que se parece a un garaje.

—Como les dije, mi madre duerme en el estudio. Tiene una pequeña cocina.

Joe todavía habla de su madre en tiempo presente. "Es normal", piensa Rue. No ha visto su cuerpo destrozado, no ha aceptado todavía que el cuerpo encontrado en la playa es el de su madre.

El interior de la cabaña está limpio y es recogido. En la entrada hay un estante para los zapatos y perchas para los abrigos. Hay una mesa ovalada junto a la cocina americana, que tiene una encimera con dos banquetas. La sala de estar es minúscula. Hay una chimenea, que parece haber sido usada hace poco. El olor a humo todavía flota en el aire. Raro en verano, piensa Rue.

Pero aquella cabaña a la sombra del bosque seguramente recibe poco sol y es fría.

—A mi habitación se entra por la puerta detrás de la cocina —dice Joe—. Y tengo un pequeño baño. —Señala la puerta.

—Mencionaste que las zapatillas de trekking de tu madre habían desaparecido. ¿Las dejaba junto a la puerta? —pregunta Rue.

—Sí. Y la chaqueta normalmente la cuelga de aquella percha, junto con su

gorra y la linterna frontal.

—¿Y dijiste que por lo general sale a correr con el móvil? —pregunta Toshi, mientras Rue examina el interior.

Hay fotografías de estudio de Arwen Harper en las paredes. Era una bella mujer de estilo bohemio. Siente que el estómago se le encoge. Son celos. Y algo más, un creciente sentimiento de culpa por algo que no puede precisar en ese momento. Hay algo en esta mujer que le resulta definitivamente familiar. Pero, si resulta ser la mujer que Rue estuvo vigilando, entonces ya ha cruzado una línea y cada segundo que pasa se hunde más. Una y otra vez se repite a sí misma que no puede ser ella.

—Sí, como ya les dije, llamé a mi madre a su móvil, pero no respondía.

No se encontró ningún teléfono junto al cuerpo. Rue observa un bolso de lona en el banco cerca de la entrada. Está medio abierto, por lo que queda a la vista una toalla y unas gafas de natación. La esquina de la toalla tiene el logo de un gimnasio. "Centro Deportivo Windsor Park".

Ella lo observa fijamente con el pecho oprimido.

—¿Es de tu madre? —pregunta.

—Sí, le gusta nadar —responde Joe—. Dice que el agua es el símbolo del inconsciente y siente la necesidad de sumergirse en ella para poder crear. Mi madre tiene un montón de ideas raras como esa; también lee el tarot. —Se restriega los ojos, que están cada vez más rojos e hinchados. El chico se ve exhausto. Parece a punto de desplomarse.

—¿Tu madre es socia del Centro Deportivo Windsor Park, Joe? —le pregunta con suavidad.

—Trabaja en el gimnasio también. Y le encanta correr. Yo… —Se queda sin aire y las lágrimas fluyen de sus ojos. Se las seca con la mano—. Discúlpenme.

—Necesitas descansar, Joe. Si nos puedes dar esos papeles médicos de tu madre y si pudiéramos echar un vistazo rápido a su estudio, podemos irnos y volver más tarde, una vez que hayamos confirmado científicamente la identificación. Entonces podríamos hablar más tranquilamente y enviar a un equipo para inspeccionar a fondo si fuera necesario, ¿te parece bien?

Joe asiente y se dirige a una cómoda. Abre el cajón superior, revuelve buscando algo y saca unos papeles.

—Aquí tienen. —Les entrega los papeles—. Son facturas médicas que ella no ha pagado. Y que probablemente tampoco tenía intenciones de pagar. Todo el tiempo nos llegan reclamaciones por falta de pago y esas cosas. Una de las

facturas es de su médico en Oakville, Ontario, donde vivíamos antes. Y hay una de su dentista y otra de su terapeuta. Sus datos de contacto están ahí.

Rue observa la factura del terapeuta.

—¿Tu madre estaba recibiendo asistencia psicológica?

—Ah…, sí —dice mientras traga saliva y mira hacia el suelo—, tuvo sus problemas. Intentó suicidarse antes de que yo naciera.

Rue y Toshi se quedan en silencio.

Joe levanta la mirada.

—Nunca volvió a hacer nada parecido después de que yo nací. Nunca lo haría. Solo lo sé por las cicatrices en sus muñecas y porque se lo pregunté.

Toshi mira a Rue. Ella no vio la parte interior de las muñecas de la mujer cuando estuvo en la playa, no levantó los puños de su chaqueta. Las cicatrices también ayudarán a confirmar su identidad.

—¿Tu madre estaba viendo a algún terapeuta aquí también, Joe? —Él niega con la cabeza.

—Decía que estaba bien.

Rue le alcanza las facturas médicas a Toshi.

—¿Dónde podemos encontrar un cepillo de pelo y un cepillo de dientes usados por tu madre? ¿En su estudio?

—Sí, los llevo allí.

Joe va hacia la zona de la cocina, coge un pequeño tiesto de barro del alfeizar de la ventana y saca una llave.

Lo siguen fuera de la casa hacia el estudio. Joe los deja entrar, enciende las luces y da un paso atrás.

Al contrario que en la cabaña, por allí parece que hubiera pasado un huracán. En cuanto Rue entra, se tropieza con una bicicleta apoyada contra la pared junto a la puerta. Cae con estrépito sobre el suelo de baldosas. Su corazón da un vuelco. Se inclina, la levanta y la apoya con cuidado contra la pared. Tiene alforjas a los lados de la rueda trasera, y una pegatina reflectante en el tubo superior del cuadro.

—A veces va en bicicleta al gimnasio —dice Joe.

Grandes pinturas en diversas etapas de creación cubren las paredes. Una tela en blanco reposa sobre un caballete cerca de la ventana de atrás. Junto al caballete, una vieja mesa de madera está llena de pinturas, botellas, recipientes y pinceles.

Rue y Toshi miran atónitos, impresionados por la oscuridad de las pinturas:

brochazos de pintura al óleo roja chorrean como sangre entreverados con remolinos negros salpicados de amarillo. Otros representan criaturas medio bestias medio humanas, como el tatuaje de su cuello. Otro muestra una figura sin rostro ataviada con una capa, encapuchada, que sostiene una guadaña y está de pie sobre una montaña de cráneos humanos.

—Vaya, vaya —dice Toshi.

—Mi madre tiene una obsesión con la muerte —dice Joe con calma—. Estos los pintó en Ontario. Los trajimos en la furgoneta.

Rue se acerca a la pintura. Pegado a la pared, abajo del cuadro, hay un trozo de papel escrito a mano que dice:

> Lo mejor es no resistirse al cambio que propone la carta del tarot de La Muerte. Resistirse hará que las transiciones sean más difíciles. Y dolorosas. Más bien, uno debería dejarse llevar, abrazar ese cambio necesario, verlo como un nuevo comienzo. La carta de La Muerte nos advierte sobre la necesidad de romper con el pasado para poder avanzar. La carta dice: "Suelta lo que ya no te sirve".

—Son… perturbadoras —dice Toshi.

—Mi madre siempre dice que el arte debe provenir de los perturbados y perturbar a los que viven cómodos.

Rue piensa en la factura del psicoterapeuta. Se acerca a otra pintura. Muestra el rostro de una mujer partido en dos.

—Mi madre lo llama Ápate —dice Joe—. Por la diosa griega. También tiene un tatuaje de esta diosa en la cadera.

—¿Quién es Ápate para los griegos? —pregunta Toshi.

—Es la personificación del engaño, la estafa y la astucia —dice Joe—. Es la diosa de la mentira. Ápate fue uno de los espíritus malignos liberados de la caja de Pandora, y una vez que quedó libre, asoló la Tierra durante milenios, sembrando el caos adonde fuera, usando sus dones para engañar a la gente. Mi madre dice que la mayoría de las personas se engañan a sí mismas; por eso el rostro en su pintura está partido de ese modo.

Rue arquea una ceja. Se acerca a un armario de aspecto extraño montado en la pared frente a una mesa, una especie de tablero de corcho con dos puertas que ahora están abiertas. El tablero está lleno de chinchetas y hay muchos orificios donde debe de haber habido otras más que ya se han quitado. Debajo de algunas chinchetas hay pequeños trozos de papel como si lo que hubiera estado allí hubiera sido arrancado.

—¿Para qué es esto? —pregunta.

—Para un proyecto en el que estaba trabajando.

—¿Qué tipo de proyecto?

—Era muy reservada en muchas cosas y esta era una de ellas. Algún estúpido supersecreto, tan secreto que lo escondía detrás de esas puertas cuando no estaba trabajando en eso. Era tan importante que decidió cruzar todo el país y venir hasta acá para poder concretarlo. Dijo que nos cambiaría la vida.

—¿Y te ocultaba lo que estaba haciendo?

—No sé por qué lo escondía. —Suspira profundamente y mira al tablero—. A veces pienso que se escondía cosas de sí misma para no tener que mirarlas hasta que fuera absolutamente necesario.

—Entonces… ¿había cosas pinchadas aquí? —pregunta Toshi.

—No lo sé. Yo siempre lo vi con las puertas cerradas y con llave. Tenía un portátil sobre esa mesa frente al tablero, pero ya no está. Lo he buscado por todos lados. No puedo encontrarlo y tampoco su teléfono.

Rue y Toshi se miran. Ningún teléfono. Ningún ordenador.

¿Han desaparecido todos sus dispositivos electrónicos?

Se oye que llaman a la puerta del estudio. Todos se sobresaltan. La puerta del estudio se abre con un chirrido.

—¿Joe? —Aparece una mujer. Cuando ve a los policías abre los ojos llenos de asombro—. ¿Joe? ¿Va todo bien?

Pero Joe, de pronto, se ha puesto blanco como una sábana. Mudo. Mira fijamente a la puerta. Como si esperara ver entrar a su madre.

—Soy Hannah —dice la mujer incómoda—. Hannah Cody, de la casa de enfrente.

ARWEN

ANTES
Martes 7 de junio

DOCE DÍAS ANTES DE SU MUERTE

Es el día libre de Arwen de su trabajo en la taberna y está en el estudio, concentrada en su proyecto.

Está sentada en una mesa frente al "armario" con el tablero de corcho que ella misma fabricó. Lo hizo de tal manera que se pudiese cerrar con llave para ocultar el interior de cualquier mirada indiscreta cuando no está trabajando en ello. En este momento, las puertas están abiertas, desplegando lo que parece una investigación criminal como las que los detectives de homicidios usan en las series de la televisión. En la parte superior hay fotos de cuatro víctimas de homicidios.

El portátil de Arwen está sobre la mesa frente a ella, con el cursor titilando en la pantalla. La puerta de su estudio está cerrada con llave y ha bajado la persiana. Ha atenuado las luces del interior y su lámpara de sal proyecta un brillo cálido y anaranjado en la habitación. Un porro de cannabis arde en un plato a su lado. Junto a él hay un vaso de pinot gris con hielo. En la nevera hay otra botella de vino enfriándose. De los altavoces Bluetooth sale una suave melodía de jazz. Arwen está en su máximo nivel de concentración, y cuando está encerrada en ese refugio mental, el mundo exterior desaparece. La realidad se vuelve atemporal.

Coge el porro, da una calada. Inhala profundamente y retiene el humo en sus pulmones durante unos instantes mientras revisa los recortes de periódicos y las fotografías antiguas pinchadas en su tablero. Su mirada sigue el hilo que vincula a las víctimas con varias direcciones, familiares, agentes de policía y líneas de tiempo. Exhala el humo lentamente y, cerrando los ojos, evoca la escena de hace treinta y seis años. Vuelve a un día cálido en el campo. Es 22 de abril de 1989.

Imagina el paisaje de las praderas, los profundos recovecos de las quebradas, las chumberas con flores amarillas, las altas formaciones arenosas continuamente esculpidas por el viento hasta crear formas fantasmales.

Evoca en su mente el paisaje de Glenn Dennig, cerca de Medicine Hat.

Arwen abre los ojos, deja el porro en el borde del plato y comienza a escribir.

Lo primero que vio Wozniak fue el cuerpo de una mujer acostada boca arriba frente al sofá, con un camisón azul enredado a la altura de la cintura. Estaba desnuda de la cadera para abajo, con las piernas en posiciones extrañas. Estaba manchada de lo que parecía sangre. El pelo castaño hasta los hombros le cubría el rostro.

De acuerdo con el protocolo policial, Wozniak corrió hasta su vehículo y pidió refuerzos por radio. No sabía si había alguien dentro de la casa y, en ese caso, si podrían estar armados o en peligro. Buscó un escudo táctico en el maletero de su coche patrulla, desenfundó la pistola y esperó la llegada de los refuerzos.

En un momento dado se oyeron las sirenas. Llegaron tres agentes más de su destacamento. Con un rechinar de neumáticos se detuvieron junto al coche patrulla.

Once minutos después de que Wozniak recibiera la información por parte del operador, un equipo de cuatro agentes había tirado abajo la puerta del modesto rancho de Glenn Dennig en formación de asalto.

Los agentes no tenían ni idea de que estaban a punto de convertirse en los primeros testigos del asesinato más impactante de la historia criminal de este país.

Arwen coge el porro. Da otra larga calada. Mira la foto del sargento Mark Wozniak en el tablero. La imagen fue tomada por un reportero gráfico hace más de tres décadas. Wozniak no era más que un sargento de patrulla. De aspecto serio. Su pelo oscuro era espeso; su rostro sin arrugas. Tenía cierta frescura. Wozniak sigue siendo policía de la Real Policía Montada de Canadá. Ahora tiene el pelo ralo y plateado. Ha ascendido a inspector y está a cargo de las operaciones de esa división de la Policía Montada de Medicine Hat. Su rostro sigue siendo firme. Un buen rostro. Su mirada todavía es amable, pero ahora tiene los ojos un poco caídos, se ve cansado. Esos ojos amables fueron testigos de cosas terribles ese día. Arwen echa el humo y apaga el porro. Toma un trago de vino y comienza a escribir.

Wozniak nunca olvidará la escalofriante escena que los esperaba a él y a sus compañeros dentro de la casa.

"He visto muchas escenas terribles, cadáveres, homicidios espantosos, a lo largo de los años desde entonces", le dice Wozniak a un periodista del *Medicine Hat Standard* en el décimo aniversario de los asesinatos. "Pero muy pocas que involucraran a niños y muchas menos con niños abandonados en ese estado. No… no lo puedo

comprender. Semejante acto de horror. Semejante violencia. No le encuentro explicación, ni siquiera hoy, habiendo pasado tantos años".

Veinte años después de haber respondido a esa llamada para acudir a un modesto rancho en la pacífica Glenn Dennig, Wozniak, en una entrevista para la cadena de televisión CBC, dijo:

"Fue atroz, horripilante, algo que espero no volver a ver en toda mi vida. Sigue siendo la peor escena que me ha tocado ver alguna vez". Hizo una pausa y en los ojos del hombre asomó una extraña mirada. Miró directo a la cámara. "Si existe algo como el demonio, ese día estaba allí. En esa casa".

Arwen toma otro trago de vino, mientras recuerda a lo que se enfrentó Wozniak esa noche de abril. Escribe:

Lo primero que vio fue sangre en el hueco de la escalera, en las paredes de la sala de estar, más sangre en la cocina, en el suelo, más manchas de sangre en la puerta de atrás. Wozniak ya sabía lo que le esperaba en el sótano. Lo había visto a través de la ventana. Entonces los agentes oyeron un gemido.

De pronto, Arwen se altera. Retrocede en el documento hasta llegar a otro momento del relato. Quiere volver al principio y darle más contexto a la historia, un poco de color local. Duda, piensa y vuelve a escribir.

Medicine Hat es conocida como la "ciudad del gas". Según las guías turísticas, se destaca por tener más cantidad de días soleados que cualquier otra ciudad de Canadá —330 días de media— y mientras que en invierno el hielo suele paralizarla, los veranos suelen ser calurosos y secos. Cuando se descubrió un área de gas natural bajo el suelo en 1904, se constató que las reservas abarcaban unas cuarenta mil hectáreas. Esa reserva comenzó a suministrar a esta floreciente población tanta energía a tan bajo costo que las farolas de las calles estaban encendidas de día y de noche porque era más barato que contratar a alguien que las encendiera y las apagara.

El gas también alimentaba gigantescos hornos en el histórico distrito de la arcilla. Los hornos tenían las temperaturas adecuadas para cocer ladrillos impermeables al agua, y la provisión de ladrillos impulsó la construcción de casas en todo el oeste. Los hornos de colmena también producían la famosa vajilla de cerámica Medalta, que era exportada a todo el mundo. Pero la casi constante llamarada de los pozos de gas y de las fábricas de ladrillos y tejas circundantes, donde los obreros trabajaban a temperaturas tórridas en verano, iluminaban los cielos nocturnos con un perpetuo brillo anaranjado. Cuando Rudyard Kipling visitó la ciudad en 1907, fue recibido por esta escena dantesca y a las páginas de turismo online les encanta mencionar la anécdota.

"Esta parte del país", escribió Kipling, "parece tener el infierno entero como sótano y la única trampilla para acceder a él parece ser Medicine Hat".

Y, sin duda, fue una escena infernal la que los recibió…

La puerta detrás de Arwen vibra. Ella se vuelve sobresaltada y tira el vaso de vino, que cae al suelo de baldosas y estalla con estrépito. Al mismo tiempo, la luz fluorescente del techo se enciende. Arwen parpadea ante la repentina y deslumbrante luminosidad, sintiéndose confundida y físicamente arrancada de su lejano mundo de asesinatos.

—¿Mamá?

—¡Por Dios, Joe! —Arwen salta de la silla, volcándola, mientras se apresura para cerrar las puertas del armario. La adrenalina se le dispara en todo el sistema cuando mira de frente a su hijo—. ¿Qué coño haces aquí, Joe? ¡Sal de aquí! —apunta a la puerta—. ¿Cómo te atreves a entrar así? ¿No podías simplemente llamar a la puerta?

Su hijo se queda pasmado. Arwen ve de reojo su propia imagen en el espejo de la pared. Tiene el pelo revuelto y alborotado y recuerda que todavía lleva el camisón, azul y blanco, igual que el de la mujer muerta del relato, y eso la enfurece. Porque odia que su hijo la haya visto así.

—Te dije que nunca entraras aquí. Nunca. ¿Lo entiendes? ¿Qué parte de eso es lo que no quedó claro? Este es mi espacio de trabajo. Este es mi espacio mental. Es un lugar privado. Compartimos la cabaña, no este espacio, Joe. Vete.

Pero Joe se queda, decidido, mirando fijamente las puertas del armario que ella acaba de cerrar con la boca ligeramente abierta. Arwen baja su nivel de enfado, preocupada ahora por lo que su hijo pueda haber visto.

—Lo siento —dice más calmada—. Por Dios, Joe. Es que me has asustado. Yo… estaba en mi máximo nivel de concentración.

La atención de su hijo va de su portátil a los cuadernos repletos de las entrevistas que su madre hizo antes de llegar aquí. Luego sus ojos van hacia el archivo de recortes de viejos periódicos, luego a la vieja grabadora y los casetes.

—Solo he venido a preguntar si querías cenar —dice Joe con calma—. Estoy calentando lo que sobró de pasta. Vine a ver si querías un plato. Yo…

—Nuestro trato es el desayuno, Joe. Siempre voy a estar para el desayuno. Pero si elijo quedarme hasta tarde, trabajo a la hora de cenar. Tengo comida en la nevera de aquí. Y tengo un microondas.

Su hijo sabe bien que a veces ella pinta durante toda la noche, con auriculares

con cancelación de ruido, metida en lo más profundo de su mente, de su psique, de su corazón.

La mirada de Joe se posa en las botellas de alcohol vacías que hay sobre la encimera; luego, en el vaso de vino y en el porro humeante en el plato, y Arwen toma conciencia del olor a marihuana, a incienso y al olor de su propio cuerpo falto de aseo.

—Sí, mamá. Veo que estás bien… provista.

La expresión de ella se vuelve rígida. Su hijo está juzgándola. Y a los ojos de su hijo, ella le está fallando, de nuevo. El corazón de Arwen sufre y se endurece en su propia defensa. A veces le parece que fue ayer cuando tenía dieciséis años. Recuerda que se sentía completamente adulta y niña al mismo tiempo. A veces siente que todavía tiene dieciséis años, que solo es una adolescente enterrada en el cuerpo de una mujer mayor, más desesperada, con una cabeza desquiciada y un cuerpo que envejece, vapuleada por las vueltas de la lavadora del tiempo. No tiene ningún derecho a ser madre.

Ni siquiera puede vivir a la altura de sus propios códigos de responsabilidad.

¿Qué le hizo pensar que podría hacerlo, que podría arreglárselas para criar a un chaval y ser capaz de cumplir con las expectativas de su hijo? ¿Qué hizo ella para merecer la llegada de un ser humano tan íntegro? Con una madre como ella y por lo vivido, Joe sin duda debería ser, a estas alturas, un pedazo de basura en prisión. A veces los malos padres tienen buenos hijos.

A veces los buenos padres tienen la peor clase de hijos.

—¿Ese es tu proyecto? —pregunta Joe haciendo una seña en dirección al armario cerrado de los asesinatos—. ¿Esa es la causa por la que vinimos al oeste?

—Sí —dice Arwen mientras inspira profundamente—. ¿Qué has visto? ¿Cuánto tiempo estuviste detrás de mí antes de que encendieras las luces?

—¿De qué se trata tu proyecto, mamá?

—No puedo decírtelo, Joey. Todavía no. Tengo que… terminarlo antes. Necesito obtener toda la información. Tengo que estar segura.

—¿Quieres decir que necesitas pruebas? ¿Igual que para ese otro trabajo que hiciste para el canal de televisión?

—Algo así. Sí. Pero este es más importante. Mucho más importante. Nos cambiará la vida.

Él mira hacia el ordenador.

—¿Más importante que tus artículos de investigación?

—Es un libro, Joey. Me han prometido un adelanto. Sustancioso.

—¿De dinero? —Arwen asiente—. ¿Tu trabajo en la taberna es parte de una investigación como espía encubierta o algo así?

El pulso de Arwen se acelera.

—No digas… —Estaba por decir "tonterías" pero no quiere, de ningún modo, decir algo así de su hijo. Joe es una de las personas más inteligentes que conoce. Mucho más inteligente que ella, para empezar—. Allí trabajo como camarera para poder seguir adelante con mi proyecto.

—¿De cuánto sería el adelanto?

—Joey, por favor, ahora no.

—No entiendo por qué no podemos hablarlo ahora, ¿por qué tiene que ser un secreto? ¿Por qué no puedo saberlo? Yo sé guardar un secreto, mamá. Me debes la verdad. Me forzaste a mudarme a la otra punta del país en nuestra furgoneta destartalada, ir a otro colegio nuevo. ¿Me hiciste dejar a mis amigos y ni siquiera me vas a explicar por qué?

Ella suspira profundamente y lo mira a los ojos. Se parece tanto a su padre. También le ha negado eso: la conexión con la familia de su padre. Una conexión con su herencia cultural japonesa. Sabe que su hijo lucha con la necesidad de pertenecer, la necesidad de sentirse arraigado a algo firme. Pero esa ventana de oportunidad hace tiempo que desapareció. Nunca le dijo al padre de Joe que estaba embarazada. Arwen simplemente desapareció de la vida de ese hombre. Del mismo modo en que se alejó de tantas cosas que la asustaban. La verdadera intimidad, el hecho de que estaba comenzando a enamorarse del padre de Joe, simplemente la superó y, entonces, huyó. Ahora sabe por qué. Le ha llevado casi toda su vida descifrarlo y llegar hasta donde llegó.

—Es sobre un crimen, Joey —dice ella despacio—. Un crimen real. Un crimen horrible que sucedió hace tiempo.

Él se queda inmóvil. Espera. En sus ojos brilla una luz de esperanza. Y eso a Arwen le hace daño. Nunca antes había llegado tan cerca de decir la verdad.

—Tengo información privilegiada —dice ella—. Desde hace dieciocho meses. Algo que nadie más sabe.

—¿Una especie de pista?

Ella asiente.

—La seguí y me condujo a mucho más, y entonces descubrí una mina de oro. Estoy sobre ese crimen.

—¿Es un asesinato?

—Más de un asesinato.

Joe mira hacia el ordenador.

—Entonces, ¿los asesinatos, sucedieron aquí? ¿En Story Cove? ¿Tienen que ver con gente que todavía vive aquí?

—Eso es todo lo que puedo contarte por ahora. Mi… contrato estipula que les voy a entregar una primicia exclusiva. Por eso, hasta entonces todo es estrictamente confidencial. Si permito que algo se filtre, perdería mi ventaja competitiva, el adelanto, todo el trato.

—Estás mintiendo. No tienes ningún contrato.

—Lo tendré, Joey. Muy pronto. Cuando haya escrito lo suficiente y me lo aprueben.

—¿Y cuánto tiempo llevará eso? ¿Cuánto tiempo, joder?

Durante un instante ella no sabe qué decirle, no quiere contarle otra mentira más a su hijo.

Joe se aleja, profiriendo insultos.

—Joey. —Él se vuelve. Todavía tiene esperanzas de escuchar la verdad.

En vez de eso, Arwen dice:

—La puerta del estudio estaba cerrada con llave. Ni siquiera llamaste a la puerta. Entraste con una llave. ¿Por qué?

Él la mira con furia. Y Arwen se pregunta cuánto habrá visto de lo que estaba en el tablero. Extiende el brazo.

—Dame esa llave, Joe. Quiero todas las llaves de mi estudio.

Él tira la llave sobre la mesa. La llave desliza por la superficie y cae al suelo de baldosas entre los fragmentos de cristal y el vino derramado. Sale del estudio.

Arwen maldice, corre hacia la puerta, un poco inestable a causa del vino y la marihuana, pero no puede volver a escribir sin antes resolver este tema. Trata de sostenerse y, apoyando una mano en el marco de la puerta, le grita a su hijo que ya está caminando por el césped en dirección a la cabaña.

—¡Joey!

Joe se vuelve y le grita como respuesta:

—Vine a preguntarte si querías cenar conmigo, porque he traído a una amiga del instituto, mamá. Pensé que querrías conocerla.

—¿Una amiga?

Él sigue caminando hacia la cabaña.

Ella corre por el césped húmedo, descalza.

—¡Joey! —Él sigue caminando—. ¡Joe! ¿Quién es?

Él se detiene al llegar a la puerta de la cabaña.

—Su nombre es Phoebe, Phoebe Bradley. Vive al final de la calle y a ella le gustaría también ser artista. Pensé que estaría bien que te conociera. Pero ¿sabes qué? Fue una pésima idea. Porque me das vergüenza.

—¡Joe!

Entra en la casa y cierra de un portazo.

—No —susurra ella—. Joey, por favor, no. Con los Bradley no.

RUE

AHORA

—¿Qué relación tiene con Joe y con su madre, señora Cody?

Rue está hablando con la mujer junto al coche de policía, mientras Toshi guarda en una bolsa un peine y un cepillo de dientes y vigila al adolescente mientras Joe recoge sus cosas personales.

—Los conocí cuando se mudaron aquí hace unas tres semanas. Simon, mi esposo, ya conocía a Arwen de la taberna donde ella trabaja. Fue Simon quien llevó a Joe hasta la comisaría esta mañana para que denunciara la desaparición de su madre. Me pregunto…, quiero decir, ¿es ella? ¿La mujer de la playa?

—No tenemos la identificación oficial todavía, pero creemos que es la madre de Joe.

—Comprendo —asiente—. Cuidaremos de Joe mientras…, en todo lo que necesite. No tiene a nadie más, hasta donde sé. Es muy amigo de Phoebe Bradley, pero… —Su voz se apaga y dirige la mirada hacia el bosque.

—Pero ¿qué?

Sopla el viento y Hannah Cody se sujeta el pelo para que los rizos rubios no le molesten en la cara.

—A Lily no le gustaba que Phoebe saliera con un chico mayor. Pero Joe es un buen muchacho. Es amigo de nuestros hijos. Tenemos un hijo de la misma edad que Matthew Bradley, y una hija, Fiona, que es muy amiga de Phoebe. Comprendo las preocupaciones de Lily, pero…, no sé. Me pareció que exageraba. El tema de la diferencia de edad le generó una especie de ansiedad…, y a pesar de que le pregunté nunca me explicó por qué. Me dio la impresión de que se trataba de algo de su propio pasado… Qué increíble que haya sido Tom quien encontró a Arwen.

—¿Cuándo vio por última vez a Arwen Harper, señora Cody?

—En la barbacoa con los vecinos, ayer. No me fijé la hora exacta en que se fue. Se desató una tormenta y casi todos se fueron pronto. Ella fue de los pocos que se quedaron.

—Vamos a necesitar la lista de todos los invitados.

—¿Es necesario? No quisiera que…

—Es necesario. Entendemos que también hubo algún tipo de discusión entre Arwen Harper y Lily Bradley.

Hannah parpadea. Mira hacia la calle.

—Yo… no estaba. No vi ni oí la discusión. Simon sí. Él se acercó a la zona de la piscina después de ver a Tom entrar allí. Me dijo que creía que discutían por algo de los chicos. No sé nada más. Todo lo que sé es que Lily y Tom se fueron inmediatamente después. Lily estaba furiosa. Arwen se quedó un rato más y bebió demasiado. Me pareció… un poco temeraria.

Rue observa a la mujer. Presiente que están sucediendo muchas más cosas entre bambalinas.

—¿Y su marido, Simon, dejó a Joe en la puerta de la comisaría esta mañana? ¿No entró para acompañarlo a hacer la denuncia?

—Yo llevé a los chicos al colegio y Simon tenía que dar una clase. Cuando Joe vino, apareció diciendo que no podía encontrar a su madre. Simon le ofreció llevarlo hasta la comisaría de camino a la universidad. Le preguntó si necesitaba ayuda y Joe dijo que podía arreglárselas solo; sabíamos que la policía se ocuparía de él.

—¿Algún otro invitado fue testigo de la discusión? —pregunta Rue.

—No lo creo. Algunos oyeron gritos. Insultos. Ruido de vasos rotos.

—¿Y dónde estaban Joe y Phoebe y los otros chicos en ese momento?

—Bueno, cuando empezó a llover y se empezaron a oír truenos y relámpagos, nos fuimos todos para adentro. La mayoría de los chicos bajaron a la sala de juegos en el sótano de nuestra casa. O se fueron a su casa con sus padres. No es común que Lily pierda los estribos, ¿sabe? Siempre está muy… serena. En calma. Ella es terapeuta. Está acostumbrada a que sus pacientes le suelten lo peor que les pasa en su consultorio día tras día, hora tras hora. Sabe cómo lidiar con eso, pero supongo que esto fue… algo personal.

—¿Qué me dice de Tom Bradley? ¿Cuánto conocía a Arwen Harper, según su opinión?

Entrecierra un poco los ojos. Mira hacia otro lado como dándose tiempo para pensar cuánto dirá.

—Tom… no lo sé. Al igual que Simon, conocía a Arwen de la taberna. Simon, Tom y otros colegas de Kordel se reúnen todos los viernes por la noche en Red Lion para la *happy hour* que suele extenderse hasta bien entrada la

noche. Arwen era quien siempre los atendía. —Mira hacia la cabaña—. Tom le consiguió esa vivienda.

—¿Qué quiere decir?

—Ella buscaba alquilar algo con un estudio. Este lugar se desocupó y Tom conoce a los dueños. Los llamó y dio referencias de Arwen.

Rue asiente y mete las manos en los bolsillos de su abrigo, mientras sopla el viento y se van juntando más nubes. Parece otoño de nuevo a pesar de que ya están en verano. Típico del clima de estos bosques lluviosos.

—¿Y dónde está su esposo ahora? —pregunta Rue.

—En el trabajo. Como le dije, tenía una clase. Está dando un curso de verano este año.

Toshi y Joe salen de la cabaña. Joe lleva una bolsa con ropa y una mochila.

—Voy a necesitar la lista de todos los que estuvieron en la barbacoa ayer junto con sus números de teléfono. Y tal vez necesite que usted se acerque a la comisaría más tarde para una declaración oficial.

Hannah Cody se pone pálida.

—¿Están… pensando que no fue un accidente?

—Por el momento estamos tratándola como muerte sospechosa.

Joe y Toshi se acercan.

—Gracias por su tiempo, señora Cody. Y apreciamos mucho su ofrecimiento de cuidar a Joe. Vamos a acordonar la cabaña y el estudio ahora y volveremos más tarde a buscar la lista de los asistentes a la fiesta. ¿Podrá tenerla para entonces?

Hannah baja la voz a un susurro cuando Joe se acerca.

—¿La muerte de su madre está relacionada con los ataques del asesino de las runners?

—¿Que le hace pensar eso?

—Solo… porque… Joe dijo que su madre salió a correr. Estaba sola. Era muy temprano, en la zona del bosque. Y ahora está muerta. Y usted es la investigadora principal en los otros casos del asesino de las runners.

—Como le dije, la investigación está en curso —dice Rue. Vuelve la mirada hacia la casa de los Cody y luego mira la ventana del ático. Simon Cody es su próximo interrogado en la lista.

RUE

AHORA

—Nunca pensé que habría tantos estudiantes en el campus en esta época del año —dice Rue.

—Damos cursos de verano. —El profesor Simon Cody la mira con desconfianza detrás de su escritorio. Están en su oficina, en Kordel. Un seto de hojas perennes crece bajo la ventana y Rue puede ver a los estudiantes paseando debajo de los castaños.

Cody tiene un rostro juvenil, pelo oscuro y abundante, entreverado con algunas canas. De estatura media, tiene una contextura atlética. Rue calcula que debe de estar llegando a los sesenta, igual que el profesor Tom Bradley. Cody emana una energía controlada, una arrogancia que Rue suele encontrar en los hombres mayores encaramados a sus torres académicas desde donde pontifican sobre el mundo y el sistema social mientras viven y se mueven bien lejos de la realidad de gran parte de la sociedad.

Los estantes de la librería a su espalda están llenos de obras de Sartre, Platón, Descartes, Russell, Hume, Kant, Nietzsche, Marx, Locke, Foucault y Maquiavelo, junto a un busto de bronce que se autoproclama Hipócrates, y sobre la pared hay una clásica pintura de Sísifo empujando la roca montaña arriba.

En otra pared hay impresionantes fotografías de estudio de aves, desde pájaros, patos y cisnes hasta águilas y buitres, devorando los restos de una cebra.

—¿Hizo usted esas fotos? —pregunta, señalando las imágenes.

—Sí. Me gustan mucho los pájaros.

—Y veo que usted y Tom corren maratones. —Rue sonríe y dirige su mirada hacia otra foto en la que Simon Cody y Tom Bradley llevan atuendos de competición. Los dos han ganado medallas—. Parece ser la maratón de Boston.

—Detective, tengo una clase en unos minutos. ¿Qué puedo hacer por usted?

Rue saca una libreta y un bolígrafo. Los ojos de Simon miran la libreta

fijamente; sus facciones se tensan.

—Muchas gracias por llevar a Joe Harper a la comisaría esta mañana.

—Es lo menos que podía hacer. Hannah me llamó para decirme que la mujer encontrada en la playa de Grotto probablemente era su madre.

Ella le sostiene la mirada. Él ni siquiera pestañea.

—¿Conocía bien a la madre de Joe?

—¿Entonces es ella?

—Estamos trabajando en esa hipótesis.

Él se humedece los labios y asiente.

—Vivía frente a nuestra casa y es la camarera que habitualmente nos atendía en Red Lion. Qué noticia tan terrible. Lo siento mucho por Joe.

Rue espera, pero él no dice nada más. Su silencio habla muy fuerte, aunque ella todavía no sabe qué significa.

—Usted decidió no acompañar a Joe a denunciar la ausencia de su madre.

—Sabía que estaría en buenas manos con ustedes. Mire, tengo a los estudiantes que me están esperando desde hace rato. Necesito…

—Yo necesito que usted me responda varias preguntas. Podemos, por supuesto, hacerlo en la comisaría si prefiere venir, presentarse, hacerlo en persona y ser grabado.

Simon respira profunda y lentamente.

—Si podemos hacerlo rápido…

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Arwen Harper?

—En mi casa anoche.

—¿A qué hora se fue?

—No lo sé. Pudo haberse ido a su casa… cerca de las ocho de la noche.

—¿La vio irse?

—Sí, la vi. Fue una de las últimas en irse y había bebido mucho. Todos habíamos bebido de más.

—Creo que usted presenció la discusión en la caseta de la piscina.

—¿Quién le dijo eso?

Ella no le responde.

—Estaba en la cocina —dice mientras se restriega la barbilla—. La tormenta nos había obligado a todos a guarecernos bajo techo. Tom estaba observando los rayos desde la ventana de la cocina. Vio a Lily, su esposa, entrar a la caseta de la piscina con Arwen. Me dijo que le parecía que discutían. Se preocupó y

fue a ver qué pasaba. Como no volvió enseguida, lo seguí para ver qué había sucedido. Y los oí a los tres gritándose.

—¿Sobre qué discutían?

—No oí nada específico. Solo gritos y cristales rotos. Entré. Estaban… todos muy agitados. Tom cogió del brazo a Lily y le propuso irse a su casa. Los dos estaban temblando. Él no me quiso decir qué había pasado. Quería llevarse a Lily a su casa de inmediato, y dijo que volvería a buscar a los chicos, que estaban en la sala de juegos del sótano. Le serví una copa más a Arwen porque me dijo que la necesitaba para calmarse. Pero se la veía muy… vital. Le brillaban los ojos. Estaba excitada. Me pareció que había tomado algo.

—¿Algo?

—Alguna droga. Ella tomaba pastillas. Le pregunté por qué habían discutido y se echó a reír. Y eso fue todo.

—¿Y usted cuál cree que fue el motivo?

Simon la mira fijamente. Rue casi puede oír el ruido de los engranajes de su cerebro mientras piensa qué responderle. Finalmente, habla con tranquilidad.

—Nada de esto es de mi incumbencia, pero Hannah me contó que Lily pensaba que Tom tenía una aventura.

—¿Con Arwen Harper?

—Eso es lo que Hannah dijo que Lily pensaba.

Rue ladea la cabeza.

—¿Tom Bradley es un buen amigo suyo?

—Sí.

—¿Y usted qué cree? ¿Su amigo tenía una aventura con Arwen Harper, la camarera de Red Lion?

—Tendría que preguntarle a él.

—¿Fue Tom Bradley quien le consiguió la vivienda a Arwen Harper frente a su casa?

—Mire, si no tiene ninguna pregunta específica para mí —dice, mientras retira la silla hacia atrás y se pone de pie—, me tengo que ir a clase. —Junta sus papeles y comienza a guardarlos en una mochila.

—¿Le gustaba a usted?

—¿Qué?

—¿Si le gustaba Arwen Harper? —Él se queda inmóvil.

—Ella, sí, a todos nos gustaba. Era divertida. Se estaba bien en su compañía. Le dio nueva vida a este grupo de viejos. Realmente me puso muy triste oír las

noticias. —Coge su mochila. Luego, como si se hubiera dado cuenta de que debía mostrar un poco más de emoción, agrega—: Fue un tremendo shock escuchar las noticias esta mañana. ¿Ya se sabe qué sucedió? Hannah dice que podría no haber sido un accidente.

—Es lo que estamos tratando de descubrir.

—Bueno, si no tiene más preguntas para mí. —Cody sale de atrás de su escritorio y va hacia la puerta de su oficina—. Debo ir con mis alumnos. —Espera con la mano en el picaporte.

Rue guarda su libreta y el boli en el bolso, se pone de pie y se estira la chaqueta. Mira por la ventana a las jóvenes estudiantes que caminan por el sendero, con el viento jugando con sus faldas y sus cabelleras. Cody no parece terriblemente afectado por la muerte de la amigable vecina y camarera que los hizo tan felices. Sale de su oficina y Cody cierra la puerta con llave.

—Que tenga un buen día, detective —dice él.

Ella asiente y se dirige por el pasillo hacia la salida del edificio.

Él la llama y agrega:

—Esos bosques están llenos de gente sin techo, ¿sabe?

Ella se detiene y se vuelve. Él se le acerca.

—Pero probablemente usted esté perfectamente al tanto de eso —dice él bajando el tono de la voz cuando dos chicas pasan a su lado—. El tema ha salido mucho en las noticias locales. Una de nuestras concejalas, que tiene intenciones de presentarse como candidata a alcaldesa, ha dicho en su campaña que tiene la intención de limpiar los bosques de vagabundos. Virginia Wingate. Debería hablar con ella. O con los vagabundos. Tal vez alguno de ellos haya visto o hecho algo. Mi hija me dijo que ella y Phoebe Bradley vieron a un hombre hace unos días. Estaba exhibiendo sus partes íntimas.

Rue le sostiene la mirada.

—¿Pusieron una denuncia?

—No a la policía. Sí se lo conté a Virginia.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—El miércoles pasado.

—¿Y por qué no denunciaron oficialmente que un hombre hizo semejante acto delante de su hija?

Simon duda y luego su rostro se endurece.

—Mire, no estoy interesado en jugar a perseguir gente, detective. Esto es

parte de un problema sistémico mucho mayor. Es necesario limpiar los bosques.

RUE

AHORA

Rue y Toshi han vuelto a Oak End, y están aparcados frente a la residencia de los Cody esperando el regreso de Hannah Cody, que ha ido a recoger a sus hijos al colegio. Joe Harper está en la casa. Cuando llamaron a la puerta, él les dijo dónde estaba Hannah.

Un Mercedes plateado se detiene en la entrada. Hay cuatro niños dentro.

—¡Bingo! —dice Toshi, abriendo la puerta del coche patrulla—. Ha recogido también a los hijos de los Bradley.

—Seguramente para evitar a la prensa acampada frente a su casa. —Rue abre la puerta—. Cuando hay problemas, siempre son los pobres hijos los que quedan en medio del fuego cruzado entre los padres.

Rue y Toshi se acercan al Mercedes mientras Hannah se baja.

—Parece muy nerviosa —murmura Toshi entre dientes.

—¿Qué sucede, detectives? —pregunta Hannah cuando se le acercan.

Un niño pequeño con una pesada mochila sale por la puerta trasera del sedán. Una chica con el cabello fucsia desciende detrás de él.

Rue reconoce a la hija de los Bradley, a la que vio en su casa esa mañana temprano. Phoebe. Con los ojos abiertos de asombro, el niño le dice a Rue:

—¡Usted es la detective de los crímenes!

—Nadie dijo que fue un asesinato —dice Phoebe.

Se nota que ha estado llorando; tiene los ojos hinchados y el maquillaje negro corrido. Está vestida de negro y tiene las uñas pintadas de negro. Lleva una camiseta con el dibujo de una calavera de una cadena cuelga una cruz ansada, el símbolo egipcio de la vida eterna.

La palabra que le viene a la mente a Rue es *gótico*.

—Sí, es ella —insiste Matthew—. Es la agente que estaba en la tele por lo del asesino de las runners. Eso es lo que decían los chicos del cole. Es una detective de homicidios.

Del Mercedes bajan otros dos chicos. Los Cody.

—Qué idiota que eres —lo reprende Phoebe—. ¿Has pensado en Joe? Estás hablando de su madre, imbécil. —Se le llenan los ojos de lágrimas. Se cuelga la mochila en el hombro y camina hacia la puerta de entrada de la casa de los Cody. Joe está en la ventana, observándolos, esperando a Phoebe.

Rue sonríe amablemente a Matthew.

—Se nota que es tu hermana mayor. —Él hace una mueca, pero sus ojos brillan mientras su mirada va de Toshi a Rue.

—Mi padre encontró el cuerpo. Yo la vi a usted esta mañana desde mi habitación en la planta alta. Mi habitación está arriba, como la del señor Cody. —Matthew señala la ventana del ático en el piso superior de la casa de los Cody, donde Rue vio la sombra de una figura antes—. El señor Cody tiene todo el ático como oficina y es como una torre de control con una vista de 360 grados. Él puede ver todo lo que está pasando en todas partes, igual que yo. Me ha estado enseñando a tomar buenas fotos de las cosas que observo.

—Matthew, Fiona, Jacob, id adentro —dice Hannah—. Yo hablaré con los detectives fuera.

—¿Y tú viste algo desde tu torre de control hoy por la mañana temprano, Matthew? —pregunta Rue arriesgándose.

—Sí, claro. ¡Y también hice fotos! Algún día voy a ser uno de esos fotógrafos de la policía o un corresponsal en el extranjero. Vi a mi padre salir a correr muy temprano. En medio de la tormenta. Todavía estaba oscuro y llevaba una linterna. Y cuando volvió, sin su chaqueta y sin la linterna, se fue directo al cobertizo donde…

—¡Matthew! —Hannah agarra al niño del brazo y lo aleja de Rue—. Tu madre dice que no tenéis que hablar con nadie. No sin la presencia del abogado. Entra de inmediato.

—¿Por qué no?

—Porque no —dice Hannah—. Solo entra. Por favor. —Se la ve desesperada —. Fiona, lleva a Matthew y a Jacob adentro.

—Tenemos que hacerle unas preguntas a su hija —dice Rue—. ¿Está de acuerdo, señora Cody?

Hannah abre mucho los ojos debido a la sorpresa y a la preocupación.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Su marido mencionó que Phoebe y Fiona encontraron a un extraño en el bosque —dice Rue.

Hannah parece asustada.

—¿Fiona? —dice Toshi—. ¿Puedes contarnos lo que pasó?

Fiona mira a su madre.

—Jacob, Matthew, adentro. Ya —dice Hannah.

Los chicos entran a regañadientes y Fiona espera hasta que se han ido.

—No fue nada —dice la chica—. Phoebe y yo fuimos al bosque el miércoles pasado y vimos que había un tipo rondando por el claro, eso es todo. —Mira hacia el suelo, ruborizándose—. Estaba… mirándonos… detrás de los arbustos.

Hannah se queda con la boca abierta.

—¿Qué dices, Fi? ¡Nunca me dijiste nada de eso!

—Porque sabía que armarías un escándalo, como ahora. Y Phoebe dijo que mejor no te lo contara —dice Fiona con el rostro enrojecido.

—Esto es importante, Fi. Ese hombre puede ser peligroso. —Hannah mira con desesperación a Rue y luego a Toshi—. Le juro que si hubiera sabido algo de esto hubiera ido a denunciarlo.

—Su marido está al tanto del incidente —dice Rue, observando a la mujer con cuidado.

—Yo… se le conté a papá —dice Fi.

Hannah se ve aturdida. Por un momento se ha quedado sin palabras.

—¿Usted cree… que este hombre…, cree que tuvo algo que ver con… el accidente de esta mañana?

Toshi saca una libreta.

—¿Puedes describir a ese individuo, Fiona?

Ella juguetea con la tira de la mochila que cuelga del hombro.

—En realidad no pudimos verlo bien. Llevaba una sudadera con capucha oscura y pantalones negros. Corrió hacia el bosque cuando le gritamos.

—¿Qué hacíais tú y Phoebe en el claro del bosque, Fiona? —pregunta Toshi.

—Nada. —Traga saliva—. Solo estábamos allí.

—Fiona —dice Rue suavemente—, no pasa nada si estabais haciendo algo que a vuestros padres podría parecerles mal. Porque esto es mucho más importante y estoy segura de que ellos no se van a enfadar, ¿no es cierto, señora Cody?

—Por supuesto, no pasa nada —dice Hannah rápidamente—. Cuéntaselo, Fiona. Lo que sea.

—Phoebe tenía un paquete de cigarrillos. Y un poco de vodka de fresa.

Íbamos a… ir al claro del bosque donde…, bueno, ya saben… los chicos van a fumar, a besarse, esas cosas.

—Por Dios, Fi —susurra Hannah—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Por lo del vodka y los cigarrillos.

—Pero se lo contaste a tu papá.

—Él dijo que se ocuparía, que hablaría con la concejala Wingate, que se comprometió a limpiar los bosques, y él me dijo que no volviera jamás por allí. Que los bosques se han convertido en un lugar peligroso.

Rue y Toshi intercambian una mirada.

—¿Qué edad crees que tenía el hombre? —pregunta Rue.

—No lo sé. No parecía viejo. Se movía con rapidez. Flaco.

—¿Color de pelo y de piel? —pregunta Toshi.

—Creo que era blanco. No pude verle el pelo.

—¿Algún otro compañero mencionó haberlo visto?

Ella niega con la cabeza.

Rue y Toshi le dan las gracias a Fiona y Hannah les da la lista que hizo de los invitados a la barbacoa. Cuando Rue y Toshi vuelven al coche, Hannah ya ha entrado a la casa con Fiona. Ven a Phoebe y a Joe mirando el coche patrulla desde la ventana de la sala de estar.

—Hay algo raro en todas las personas de este lugar —dice Toshi lentamente.

—Ni que lo digas. Tenemos que encontrar la manera de ver las fotografías de Matthew.

—Será imposible sin orden judicial —dice Toshi.

Cuando está a punto de arrancar, suena el móvil de Rue. Es Fareed. Rue conecta la llamada al altavoz.

—Hola—saluda—. ¿Has podido hacernos un hueco?

—Mañana temprano, a las ocho —dice Fareed—. Puedo ocuparme de tu runner temprano si logro mover un poco la agenda.

—Gracias. Te debo una.

—Promesas, promesas.

Rue cuelga y arranca. Toshi observa a través del parabrisas el sendero al final de la calle sin salida que conduce hacia el denso bosque.

—Sé dónde está ese claro del bosque, adonde van los chicos —dice Rue—. Enviaremos un equipo allí antes del amanecer a hacer un barrido al norte del sendero y a interrogar a quienes se encuentren durmiendo allí.

VÍCTIMA DE UN SECUESTRO

LA VERDADERA HISTORIA DE UN CRIMEN

Los otros tres agentes que acudieron a la petición de refuerzos del sargento Wozniak fueron los agentes Harry Woollcott, Leon Conti y Dal Manik. Conti había recibido un entrenamiento especial en emergencias —el equivalente en la Real Policía Montada de Canadá al entrenamiento de los SWAT— y organizó al pequeño grupo con una estrategia de combate. Subieron las escaleras de la entrada como una sola unidad y derribaron con un ariete la puerta principal, que estaba cerrada con llave.

Los agentes entraron con las armas desenfundadas y el corazón palpitante.

La sangre chorreaba por las paredes y se oían unos gemidos que provenían del sótano.

Conti les hizo una seña a Woollcott y a Manik para que permanecieran en la planta baja. Él y Wozniak bajaron con precaución las escaleras hacia el sótano.

Entraron a una amplia sala de juegos.

Había un sofá frente a las escaleras. Detrás, al pie de los escalones, yacía un hombre alto, de un metro ochenta, aproximadamente. Un destornillador cubierto de sangre estaba sobre la alfombra junto a él. Tenía pelo oscuro y la piel pálida. Entradas en el cabello. Un bigote espeso. Un hombre de contextura fuerte, en ropa interior. Su torso mostraba heridas hechas con un objeto cortante. La cuenca de su ojo derecho era un orificio abierto, una masa llena de sangre. Tenía los brazos levantados, los puños apretados como si estuviera defendiéndose en una lucha. Pero estaba rígido por el *rigor mortis.*

Se volvió a oír un gemido. Los agentes se giraron. Un pequeño terrier gemía y temblaba junto al cuerpo de la mujer muerta que Wozniak había visto por la ventana al llegar a la escena. El perro ladró una vez y luego gimió de nuevo.

Wozniak tragó con dificultad. Los ojos le ardían de la conmoción.

El cuerpo de la mujer, desnudo de la cintura para abajo, también estaba lleno de heridas punzantes.

Wozniak se dio cuenta de que a esas alturas la alfombra bajo sus botas estaba empapada en sangre. Una ventana del sótano estaba abierta.

En la pared colgaba una enorme foto familiar. Allí estaba el hombre muerto. La mujer muerta. Y dos niños: una niña de unos doce años y un niño más pequeño, de unos ocho o nueve. Las mismas edades que tenían por entonces los hijos de Wozniak. Pensó en la sangre que vio en las paredes del piso de arriba.

—Los hijos… —susurró—. ¿Dónde están los dos hijos?

RUE

AHORA

Rue presiona una tecla de su portátil y la imagen de Arwen Harper que Joe Harper le envió ocupa todo el monitor que está detrás de ella en la sala de reuniones.

El grupo reunido alrededor de la mesa permanece en silencio.

Como investigadora principal del caso, Rue dirige un equipo formado por seis personas: tres cabos y tres agentes, todos investigadores con experiencia. Uno de ellos, el agente Henry Hague, es responsable de recolectar la documentación del caso y las órdenes judiciales. Toshi llama a Henry el "déspota de los documentos" porque se pasa devolviendo los reportes y el papeleo a los oficiales para que los redacten mejor.

El sargento Luke Holder, el jefe de Rue, asiste a la presentación. Rue tiene a su disposición la unidad de identificación forense y los laboratorios de criminalística de la Real Policía Montada de Canadá, y puede también recurrir a los agentes de Story Cove para ejecutar las tareas que ella pudiera indicarles, ya que la policía local fue quien respondió a la primera llamada y el cuerpo fue hallado en su jurisdicción.

—Tenemos una identificación provisional —dice señalando la imagen—. Arwen Harper, mujer, cuarenta y un años. Madre soltera. Residente de Oak End, en Story Cove. Harper era artista, trabajaba en su estudio en casa y también como camarera en la taberna Red Lion. Su hijo, Joe Harper, de dieciséis años, fue quien denunció su desaparición. No se encontraron antecedentes penales en el sistema. Su empleo anterior fue un trabajo por contrato como reportera de investigación para la CBC.

Rue hace una síntesis de los hechos a partir de la llamada del doctor Tom Bradley a emergencias. Y agrega sus dudas respecto del relato de Bradley sobre los hechos.

Holder se cruza de brazos y se apoya en el respaldo de su silla.

—¿Nos ocupamos de este caso? ¿Alguna razón para pensar que está

conectado con los ataques de los circuitos de Goose y de Elk Lake? ¿O lo pasamos a otra unidad de homicidios?

Rue se pone tensa. Quiere ocuparse de este caso, esté o no conectado con el asesino de las runners. Por razones que ni siquiera puede comprender ella misma. Necesita controlar esta investigación.

—Mi instinto me dice que nos ocupemos nosotros del caso —dice ella—. El intervalo entre la muerte de Arwen Harper y el último ataque del asesino de las runners encaja con un período de enfriamiento de nuestro sujeto no identificado, seguido de un deseo de asaltar y volver a matar. Las condiciones atmosféricas también encajan: lluvia torrencial, nubes bajas. El lugar encaja: un área boscosa, aislada. El perfil de la víctima también: mujer blanca, corredora, sola, de apariencia física y edad similares. El traumatismo craneal por objeto contundente también coincide…

—¿No podría haber sido producto de la caída? —dice Toshi.

—La autopsia nos dirá más, pero sí, podría.

—¿Y no hay signos evidentes de agresión sexual? —pregunta Luke.

—El atacante podría haberse visto interrumpido —responde Rue—. La víctima podría haberse zafado del agresor y haberse ocultado entre la vegetación. Parece que se pelearon en el borde del acantilado. Ella pudo haber caído antes de que el atacante pudiera proceder con su habitual *modus operandi*. Y está esto.

Rue presiona otra tecla de su portátil.

Una imagen de la mujer muerta, tirada en la playa, con la cabeza cubierta por una chaqueta roja, ocupa todo el monitor.

—La cabeza cubierta —señala—, ocultando la brutalidad del traumatismo, es un detalle que coincide con los ataques del asesino de las runners, y es clave porque el tema de la cabeza cubierta permanece como información no divulgada en los otros casos de asesinato. Este detalle no fue comunicado a nadie fuera de esta sala. —Hace una pausa—. Como tampoco el hecho de que el asesino se lleva algún trofeo. Un mechón de cabello de cada víctima, además de llevarse alguna joya o adorno en cada caso.

—¿Bradley dijo que él le cubrió la cara? —pregunta Luke.

—Afirmativo —dice Rue—. Parece ser que Bradley también corre maratones. Hay una foto en la oficina de su amigo Simon Cody, donde se los ve a ambos con medallas de la maratón de Boston. Los circuitos de Goose y de

Elk Lake podrían serle familiares. Son senderos muy populares para los corredores de larga distancia.

—Eso es algo que tenemos que comprobar: si Bradley frecuentaba esos senderos —dice Toshi.

—Envié el ADN de Bradley a un laboratorio privado para poder tener los resultados más rápido —dice Rue—. También les mandé una muestra del semen del asesino de las runners. Si coincide con el de Bradley, tendremos a nuestro asesino. Por supuesto, el laboratorio privado no podrá cotejar los resultados con la base de datos federal; no tiene el acceso que tenemos en la policía. Pero nos darán unos resultados rápidos y preliminares que nos permitirán descartarlo o no y a partir de allí podremos construir el caso.

En la sala se percibe un entusiasmo tangible. A veces, eso es todo lo que hace falta: un golpe de suerte, aunque llegue años más tarde. El asesino comete un error, hace algo estúpido como atacar muy cerca de su casa. O una víctima se resiste y las cosas salen mal. Tom Bradley podría haber cometido ese error.

—¿Y qué me dicen de ese tipo, Simon Cody? —pregunta Luke.

—Sigue dentro de nuestro radar —dice Rue—. Arwen Harper era amiga de ambos hombres. Y también tenía una actitud muy simpática con otros hombres de la taberna Red Lion. Fue vista por última vez en una barbacoa en casa de Simon Cody, donde al parecer hubo un altercado con Tom y Lily Bradley en la caseta de la piscina. El único otro testigo de la pelea —o de parte de ella—fue aparentemente Simon Cody. Joe Harper dijo que la última vez que vio a su madre fue en la barbacoa en casa de los Cody. En todo caso, Bradley ya ha buscado asistencia legal y ha dejado de cooperar. Y también su mujer. Hemos obtenido una lista de los invitados a la barbacoa y hemos comenzado una investigación puerta a puerta en busca de más testigos. Tal vez alguien —un paseador de perros u otro corredor— viera a Arwen Harper salir a correr más tarde esa noche. O vieron a Bradley salir de su casa. Ya tenemos una declaración como testigo de la concejala de Story Cove, Virginia Wingate. Estaba esperando en su coche, en una calle lateral, a su hija, que estaba en una sesión de terapia con Lily Bradley. La concejala Wingate vio a Bradley cuando entró por la puerta de atrás con una camiseta blanca manchada de algo oscuro, posiblemente sangre. Ella declara que la camiseta tenía en la espalda un logo redondo de color negro. Cree que podría ser el logo de Ocean Motion. No recuerda haberlo visto con una linterna en la mano. Tenía la cabeza descubierta. El pelo mojado. Pero cuando Bradley se reunió conmigo frente a

la casa después de hacer llamar a emergencias, tenía una camiseta azul y una chaqueta naranja, que nos hemos llevado como prueba.

—Entonces, se cambió de ropa —dice la agente Georgia Backmann, que toma gran cantidad de notas. Es una de las nuevas detectives del equipo.

—Afirmativo —dice Rue—. Si podemos reunir motivos razonables para pedir una orden judicial de registro, quiero esa camiseta de Ocean Motion. —Coge su botella de agua y bebe un trago. Mientras la tapa, agrega—: Y quiero las fotos que Matthew Bradley dice que tomó de su padre cuando volvió de correr.

Toshi toma la palabra:

—Vamos a hacer un barrido al norte del sendero del bosque por las denuncias de los vagabundos que andan por el lugar. Tal vez alguien vio algo. También estamos buscando la linterna perdida de Bradley.

—Algún vagabundo o curioso podría explicar el tercer par de huellas que encontramos en el acantilado —dice Luke.

—Mientras tanto Tom Bradley continúa siendo nuestra persona clave —dice Rue—. Pero como ya os he dicho, tiene asistencia legal y no va a responder más preguntas. —Hace una pausa—. Ha contratado a Dianne Klister.

—¿Klister "la Fiera"? —dice uno de los detectives. Da un silbido de asombro —. Es broma, ¿no?

—Si contrató a la Fiera —dice Backmann—, apuesto lo que queráis a que es culpable. La gente inocente no contrata a abogados como Klister.

Alguien se echa a reír.

—De acuerdo, la autopsia es mañana a las ocho de la mañana —dice Rue—. Toshi y yo iremos a presenciarla. Una vez que la identidad de la mujer quede científicamente confirmada, Toshi llevará a parte del equipo a hacer una inspección de la residencia de Harper en busca, en primer lugar, de sus dispositivos electrónicos. No se encontró ningún móvil junto a su cuerpo y su hijo dice que ella siempre corría con su móvil. Yo visitaré su lugar de trabajo, la taberna Red Lion.

Rue asigna tareas al resto de los presentes, lo que incluye investigar los antecedentes de Tom Bradley y Simon Cody y contactar e interrogar a todos los invitados a la barbacoa de los Cody.

—Tanto si el ataque a Arwen Harper fue aleatorio, fruto de la oportunidad o planificado, es clave hacer una profunda investigación de la víctima —dice Rue —. Así que averigüemos quién era Arwen Harper. Por qué vino a la ciudad,

quiénes eran sus amigos. Y qué estaba haciendo en los minutos, horas, días y semanas antes de su muerte.

Hace una pausa y mira a todos a los ojos.

—Id a descansar un poco que mañana nos ponemos en marcha a toda máquina.

EFECTO DOMINÓ

AHORA

"La muerte de Arwen es como una piedra que ha caído en las tranquilas aguas de Story Cove y cuya onda expansiva se extiende en círculos gigantescos, concéntricos, formando olas que invaden cada hogar, cada vida del pueblo, sin dejar a nadie indemne".

Eso es lo que piensa Lily mientras está sentada con Tom viendo las noticias en el sofá de la sala de estar. La periodista que aparece en la pantalla de la televisión, micrófono en mano, está en la puerta de la comisaría del centro de la ciudad.

Una imagen de Dianne, Lily y Tom llegando a la casa de los Bradley en el coche de Dianne ocupa toda la pantalla de la televisión. Lily observa con creciente horror la fachada de su hermosa casa color berenjena con los perfiles verdes que eligió para los aleros. La cámara se detiene un instante en el letrero de la verja: "Terapia Los Robles, L. Bradley, PhD".

Siente que se le sube la bilis a la garganta. Mira a Tom. Y lo que ve en las facciones de su marido la llena de pavor.

Tom rehúye su mirada y cambia de canal.

"Los investigadores del Departamento de Homicidios no están dando información sobre el cuerpo de una corredora encontrada en…".

Vuelve a cambiar de canal.

Otra vez en pantalla el coche de Dianne deteniéndose en la entrada de la casa. La voz de un reportero se alza en medio del griterío.

"¿Señora Klister? Señora Klister, ¿está defendiendo al profesor Bradley? ¿Se han presentado cargos?".

Suena el móvil de Tom. Lily se sobresalta.

Tom silencia la tele, saca el teléfono de su bolsillo, echa una ojeada para ver quién es, murmura una maldición y coge la llamada.

Él escucha y Lily se tensa al ver los cambios en el rostro de su marido.

—Pero yo no he hecho nada. Solo la encontré —dice al teléfono. Escucha y

asiente. Cuelga la llamada. Se queda con la mirada perdida.

—¿Tom? —dice Lily.

—Era la decana. La junta se reunió de emergencia y han decidido que lo mejor es que me tome una excedencia, a partir de hoy, hasta que todo se aclare. Dice que tal vez todo pueda volver a la normalidad en septiembre.

—¿Tal vez?

Tom no dice nada.

—No te pueden hacer esto, ¿verdad? ¿Qué hay con eso de que todos somos inocentes hasta que se pruebe lo contrario?

—Me dijo que facilitaría las cosas si yo decidiera retirarme por propia voluntad temporalmente. Seguiré cobrando mi salario. Les parece que es lo mejor para preservar la reputación de la institución. —Tom hace una pausa. Se le humedecen los ojos—. Alguien se ocupará de guardar y enviarme mis efectos personales mañana.

Lily mira a su marido. La onda expansiva recién empieza. ¿Cuánto falta para que sus pacientes comiencen a llamar?

Casi en ese instante, oye que el teléfono de su oficina comienza a sonar.

—Tom —dice muy despacio—, creo que será mejor que los niños se vayan a casa de tus padres. Hasta que esto termine.

Los dos se quedan mirándose. Ambos saben que "esto" nunca va a terminar. No por ahora.

***

Matthew está sentado a oscuras en el descansillo de las escaleras, escuchando la televisión y a sus padres hablando abajo. La mayoría de las luces de la casa están apagadas por los periodistas apostados fuera. Sus padres quieren que la prensa crea que los Bradley se han ido todos a dormir o algo así. Un rato antes, Matthew estaba emocionado. Ahora está cansado. Y tiene miedo. Ni siquiera tuvo una cena decente. Solo unas empanadillas recalentadas. Sus padres no quieren hablar delante de él y de Phoebe, y Phoebe tampoco habla con él.

Hace un rato se asomó a la habitación de su hermana. Phoebe había estado llorando la mayor parte del día desde que volvieron de la casa de los Cody. Ahora está enfrascada en su iPhone. Cuando llamó a la puerta, su hermana le dijo que se largara.

Matthew siente que las lágrimas le queman los ojos.

No sabe por qué la policía se llevó a su padre esta mañana. O por qué la gente de la tele actúa como si su padre le hubiera hecho algo a la mamá de Joe.

No sabe por qué su padre tenía la camiseta manchada de sangre cuando volvió de correr, o por qué dejó la ropa ensangrentada en el cobertizo. O por qué los de la tele están hablando de las otras runners asesinadas.

Cuando Matthew fue a buscar la camiseta de su padre al cobertizo, no encontró nada.

Ahora está aterrorizado de que su madre y su padre descubran que le dijo a la detective de homicidios que había hecho fotos.

Matthew comienza a llorar.

***

Al final de la calle, en la casa de los Cody, Joe ve las mismas noticias con Simon. Hannah está ocupada en la cocina. Los hijos de los Cody están en el piso de arriba haciendo los deberes.

—¿Y qué dice la policía sobre la posible conexión de este caso con las muertes de las víctimas del asesino de las runners? —le pregunta el presentador al periodista.

—Prácticamente nada hasta ahora —responde—. Pero está claro que la muerte de esta mujer se está investigando como sospechosa y la detective de homicidios a cargo es la misma que lleva adelante la investigación del asesino de las runners.

Simon observa inmóvil. Una energía tensa lo invade en oleadas. Hannah está tratando de ser amable y dulce, pero Joe se siente vacío. Entumecido. Como si sus piernas, brazos y dedos pertenecieran a otra persona. Ni siquiera puede pensar.

Lo único que ayuda a Joe es poder chatear con Phoebe. Pero hasta ese intercambio digital está empezando a tensarse. Phoebe está cada vez más preocupada por su padre y se pone a la defensiva. Y Joe también siente la necesidad de levantar un muro para aislarse. Es que todos están hablando de su madre.

Entra otro mensaje de Phoebe y su teléfono vibra al tiempo que la pantalla se ilumina. Lo lee.

Sé que dije que mi padre me vuelve loca y que a veces quisiera matarlo, pero él nunca

le haría daño a nadie. Lo juro por mi vida. No sé cómo pueden decir esas cosas en la tele y en Twitter.

Ya no puede seguir, no puede responderle más a sus mensajes. Se levanta y se dirige a las escaleras.

—Joe —Hannah lo sigue y le pone la mano en el brazo—. Lo siento mucho. No tendríamos que haber puesto las noticias. Ven a comer el postre. He hecho…

—No tengo hambre, gracias.

Sube a la habitación de invitados que Hannah le preparó. Se tira en la cama y mira por la ventana. Ya está oscuro fuera. Las estrellas salpican el cielo sobre las copas de los árboles que se alzan detrás de la casa. La conmoción lo embarga y casi no puede respirar.

Se pregunta qué va a ser de él ahora. La detective lo llamó antes y le dijo que la autopsia se haría al día siguiente a las ocho.

Se recuesta y su mente se llena con el recuerdo de lo que leyó en el portátil de su madre.

El sargento Wozniak y el agente Conti observaron la foto familiar y se miraron. Ambos temían lo peor. Podían ocuparse del perro que gemía más tarde, pero los dos niños podían estar en el piso de arriba. Muertos. O vivos y en peligro.

Subieron a toda prisa a la planta superior. Los agentes Woollcott y Manik todavía esperaban con los rostros tensos y las armas desenfundadas. Conti les hizo una seña silenciosa a Woollcott y Manik para que permanecieran en sus puestos. Wozniak y Conti subieron las escaleras con las armas listas.

La moqueta del piso de arriba también estaba empapada en sangre. Huellas ensangrentadas conducían al baño revestido en cerámica blanca.

Los agentes miraron en el baño. Un cuchillo de cocina estaba tirado en el suelo en medio de un charco de agua ensangrentada.

Frente al baño estaba la habitación de la niña. Decorada en rosa claro con ositos de peluche y una cama con una almohada con volantes. No parecía haber allí signos evidentes de violencia. Sin embargo, Wozniak tuvo una extraña sensación. Presintió algo. Pero Conti le hizo señas para que lo acompañara a la habitación contigua.

Los agentes entraron con cautela en la habitación del niño, empapelada con pósters de *Star Wars.* La imagen de lo que Wozniak vio en la cama no lo abandonó jamás. Una sangría mayúscula. Un pequeño yacía boca arriba vestido solo con su ropa interior. Sus ojos fijos, sin poder ver nada, apuntaban al techo lleno de pegatinas de galaxias y estrellas. Había sido degollado y también acuchillado. Un sable luminoso de juguete estaba tirado en el suelo junto a la cama.

El primer pensamiento de Wozniak fue “Ay, Dios mío, trató de defenderse de este

demonio con su pequeño sable luminoso. Por favor, Señor, que esté vivo, por favor". Pero podía ver la realidad. El niño estaba muerto y el ataque había sido violento. Había sangre salpicada y chorreando por las paredes, el techo, la cama, la moqueta, la ventana, por todas partes. Este pequeño niño había sido asesinado en su cama. En su propia habitación. En su propia casa. Mientras su madre y su padre estaban en casa y tendrían que haber podido protegerlo. En una buena zona de clase media, tranquila. Un lugar que se suponía seguro. Un ruido hizo que Wozniak se volviera. Se dirigió hacia un rincón de la habitación, con el corazón acelerado. Un hámster se movía inquieto en su jaula y lo miraba.

Los dos hombres salieron de la habitación. Conti iba al frente.

Entraron en la habitación principal. Wozniak no podía respirar. Otro pequeño niño estaba sobre la cama de matrimonio, inmóvil. Tenía puesto solo el pantalón del pijama. La cara cubierta con una almohada. Wozniak enfundó la pistola y quitó la almohada.

Este niño también tenía unos siete u ocho años, pero tenía el pelo castaño claro. Pecas. Tenía la boca abierta y le faltaban los dientes de delante. También le habían cortado la garganta y le habían apuñalado el pequeño torso al menos cuatro veces.

En la pared de atrás de la cama había otra foto enmarcada de la familia. Mostraba a los mismos padres, con el niño que estaba en la otra habitación. Y a una linda jovencita de cabello claro. Muy parecida a su hija.

—Entonces, ¿de quién es este niño? —susurró Wozniak, mirando la foto.

Piensa en las huellas de algo que había sido arrastrado en la cocina, en dirección a la puerta trasera—. ¿Y dónde está la niña?

—La han secuestrado —dice Conti.

***

En un barrio mucho más cosmopolita y animado al noroeste de Story Cove, Rue se sirve un vodka-tonic. Se lo lleva en una bandeja junto a un plato de sobras recalentadas en el microondas.

Es casi medianoche. Está cansada y nerviosa a la vez. Las primeras horas en un homicidio son críticas. Comerá, dormirá unas pocas horas y volverá al trabajo temprano.

Su marido, Seth, ya estaba dormido en la cama cuando llegó a casa, y su hijo, Ebrahim, está con su ordenador en su habitación. Eb está en primer año de la universidad y siempre parece tener montones de trabajos que hacer.

Toma unos sorbos del vodka, busca el mando y enciende la tele. Elige el programa de noticias que ella graba regularmente y pulsa Play. En la pared está la foto de su madre y su padre —sus padres adoptivos blancos— junto a Eb. La hicieron el año pasado, justo antes de que Rue llevara a Eb con ella en su

segundo viaje al sur de África en busca de más parientes biológicos. Ella y Eb visitaron juntos Maputo, en Mozambique, donde encontraron a un primo de su padre biológico. Pero no supieron nada de lo que le había pasado al padre de Rue. Después de reunirse con varios parientes de su madre biológica en Ciudad del Cabo, Rue se enteró de que su madre había muerto apuñalada en Khayelitsha, un barrio marginal en expansión. No había ningún recuerdo en su memoria, así que Rue y Eb encargaron una placa para instalarla en el jardín de un cementerio cerca del mar. Luego Rue llevó a Eb a un safari al delta de Okavango, en Botsuana, como un regalo muy especial para los dos. Fue un respiro que ambos necesitaban y que resultó ser una ocasión maravillosa para estar juntos como madre e hijo.

El viaje le dio a Eb una idea de sus propias raíces biológicas. Para Rue, la búsqueda de sus padres biológicos había sido un vago anhelo desde siempre, mientras crecía y sentía que no encajaba demasiado en ninguna parte, pero fue después del nacimiento de Ebrahim cuando este anhelo se convirtió en un deseo ardiente. Cuando tuvo a su bebé en brazos, el deseo se le reveló con fuerza: era la primera vez en la vida que veía a alguien de su familia que se le parecía. Y eso le hizo pensar que habría más gente en el mundo de su propia sangre. Su curiosidad se intensificó.

Desde entonces, Eb ha hecho también muchas preguntas sobre los antepasados de su padre, así que ahora tienen planes de visitar Dinamarca, donde nació la madre de Seth.

Los pensamientos de Rue van hacia Joe Harper mientras acelera un vídeo que muestra la historia de una inundación. Joe, que no se parece en nada a su madre. Que no sabe quién es su padre. Le da mucha pena. Lo siente de verdad.

Pulsa Play cuando ve la imagen de la comisaría.

"La runner fue encontrada muerta esta mañana por el doctor Tom Bradley, un profesor de la Facultad de Psicología de la Universidad de Kordel. La especialidad del doctor Bradley es la psicopatología…".

Eb entra a la sala de estar.

—Hola, me pareció oírte llegar —dice yendo a la cocina a abrir la nevera. El hijo de Rue es un saco sin fondo. Coge una botella de leche, una manzana, un trozo de pastel que quedó—. Parece que has pescado algo gordo, ¿eh? —Lleva sus provisiones a la sala de estar y se instala en una silla junto a ella. Le da un bocado al pastel—. ¿Crees que es un caso más del asesino de las runners? —pregunta con la boca llena.

Rue observa la muñeca de su hijo. Se le hace un nudo en el pecho.

—Tenemos abiertas todas las posibilidades —dice ella—. ¿Cómo te ha ido en la facultad?

—Tengo que entregar un trabajo mañana. —Se encoge de hombros y le da otro mordisco al pastel.

—¿A qué hora llegó hoy tu padre a casa?

—¿Por qué? —pregunta Eb y deja de masticar.

—Solo preguntaba.

—No lo sé, mamá. Yo estaba en mi habitación. —La mira con extrañeza—. Mamá, si esto se trata de…

—No, no es eso.

Sí lo es. La está consumiendo, quemando por dentro como la brea caliente, y el humo tóxico está invadiendo poco a poco su cuerpo. Pronto consumirá su mente y ella ya no será capaz de controlar su rabia cocida a fuego lento.

Eb baja la mirada, los ojos clavados en la comida.

—A veces la gente es buena, solo que no lo es para otra persona, ¿sabes?

—Está bien, Eb.

—No, no está bien. Sé que no… Pero me parece correcto si decides dejarlo.

Rue sostiene la mirada de su hijo. Las voces de las noticias se apagan. En su cabeza crece un zumbido. Y a la vez, su corazón se ensancha. Lo quiere mucho. Él es todo su mundo.

—Es un buen padre para mí, pero no es una buena pareja para ti.

La emoción está a punto de traicionarla. Si hay una persona que puede hacerla llorar, es su hijo. Rue y Seth no se han separado por él. Pero por mucho que Eb quiera a su padre, Rue ya no cree que ella sola pueda hacer que su matrimonio funcione. Seth la ha vuelto a engañar, después de prometer que todo había terminado y que no volvería a ocurrir. Y esta vez fue Eb quien lo descubrió y se lo dijo a Rue.

—Por favor, no hablemos de esto ahora, ¿de acuerdo?
—dice ella—. Ha sido un día muy largo.

Eb recoge su comida y el vaso de leche y se pone de pie.

—Mamá…

—¿Qué?

—Haría lo que fuera por ti, mamá. Lo sabes, ¿no? —Hace una pausa—. Quiero que seas feliz. —La mira profundamente a los ojos mientras lo dice. Y

Rue no puede preguntarle por las pequeñas cuentas naranjas y verdes que le faltan en la muñeca. Simplemente no puede.

Todavía no. Ahora no. Está segura de que todo va a salir bien y que entonces no necesitará preguntar nada.

RUE

AHORA
Martes 21 de junio

La sala de autopsias es fría. Por el techo corren tuberías a la vista y las cámaras que mantienen los cadáveres conservan las temperaturas lo suficientemente bajas como para detener el crecimiento de bacterias y la descomposición. Rue ha presenciado una buena cantidad de autopsias. Esta familiarizada con ese peculiar olor que flota en el aire de todas las morgues: una mezcla del componente usado para preservar tejidos, del producto limpiador astringente y de la muerte en sí. Pero esa familiaridad no la exime de sentirse incómoda. Mastica chicle de canela mientras observa al patólogo Fareed Gamal y a su asistente. Toshi está a su lado. Los dos llevan equipo de protección sobre su ropa. Fareed va narrando sus hallazgos en un micrófono que pende del techo a medida que procede con el examen.

La mujer muerta yace desnuda sobre la tabla de acero inoxidable. Su cabeza descansa sobre un bloque que deja expuesta la garganta. La mesa está ligeramente inclinada para que drenen los fluidos corporales. A los pies de la camilla cuelga una balanza del tipo de las que se usaban en los almacenes, a la espera de los órganos. Junto a Fareed hay una mesa más pequeña llena de las herramientas necesarias para la tarea: tijeras, una sierra para huesos, cuchillos grandes. No se parecen al refinado instrumental quirúrgico diseñado para salvar vidas. Estas herramientas son para cortar los cuerpos, romper cajas torácicas, serrar huesos.

Fareed y su asistente ya han pesado y medido a la mujer muerta. Han realizado un examen externo y le han extraído de su cuerpo meticulosamente fibras, restos y pelos y trozos de vegetación. Luego, le quitaron la bisutería y la desvistieron con cuidado, grabando todo el procedimiento. Cada objeto extraído del cuerpo hasta ahora, ya sea una fibra diminuta o una prenda, ha sido marcada y tomada como prueba.

Rue observa con atención el tatuaje de la mujer en el arco de su cuello. Tiene

otro tatuaje en la cadera que se parece a la pintura de la diosa Ápate que está en el estudio de Arwen Harper. La tinta resalta en la palidez translúcida de su piel.

Rue se obliga a mirar objetivamente el cadáver ahora. Necesita racionalizar, compartimentar la información, o corre el riesgo de que la situación la desborde. Por su propia experiencia sabe que si se deja llevar por la emoción, no podrá concentrarse en las pequeñas pistas. Saca otro chicle y se lo mete en la boca. Toshi la mira. Es solo su segunda autopsia. Pero tiene temple natural para esto y ni se inmuta. Para ella no es así.

—Huele como si hubiera estado bebiendo grandes cantidades de alcohol antes de morir —dice Toshi.

—Es coherente con las declaraciones de que estaba borracha en la barbacoa de los Cody —dice Rue mientras mastica.

—Morimos tal como vivimos —dice Fareed, buscando una regla—. Nuestros traumas físicos y mentales, nuestro pasado, nuestros hábitos, deseos, fetiches, adicciones, todo está escrito en el cuerpo. —Los mira desde detrás del protector facial, que muy pronto estará salpicado de sangre y polvo de hueso cuando utilice la sierra—. Nuestro cuerpo toma nota incluso sin que nos demos cuenta. No hay nada que puedas esconder cuando estás aquí, sobre mi mesa de trabajo. La muerte es la gran igualadora también cuando se trata de alcohol. Un vodka barato o un Dom Perignon, aquí todo es etanol. Todo es tóxico, y el cuerpo humano lo metaboliza para exudar el mismo olor dulzón y enfermizo, seas un privilegiado o un marginado en la escala social.

Se inclina hacia delante para medir y estudiar el tatuaje del cuello. Lo describe para la grabación:

—Parece una quimera —dice al micrófono.

—¿Qué es eso, exactamente? —pregunta Toshi.

—De la mitología griega —Fareed levanta brevemente la vista—. Un monstruo femenino que escupe fuego. ¿Lo veis? La parte delantera es un león, la del medio es una cabra y la parte trasera, un dragón. La cola se suele dibujar como esta, con una cabeza de serpiente al final. Hoy en día, la quimera se usa a veces para representar una idea fantástica o un producto de la imaginación.

—Su hijo dijo que el tatuaje de la cadera era una diosa griega —menciona Toshi.

—Ápate —agrega Rue—. La diosa del engaño.

Fareed da vuelta la muñeca izquierda de la mujer y muestra la parte interna.

—Heridas profundas en el interior de ambas muñecas

—dice—. Cortes de orientación longitudinal.

—¿Autoinfligidas? —pregunta Rue.

—Compatibles con un antiguo intento de suicidio —dice Fareed mientras dirige su atención a las uñas rotas. Comienza a tomar muestras debajo de ellas.

—Estaba viendo a un psicoterapeuta en Ontario —dice Toshi.

Las muestras raspadas debajo de sus uñas van a parar a unas bolsas marcadas con las palabras *derecha* e *izquierda*. Fareed coge las pinzas. Comienza a sacar el hilo roto de cuentas naranjas y verdes enredado entre sus dedos.

Rue traga saliva. Su mirada está clavada en la hebra de cuentas.

Fareed suelta las cuentas una por una en la pequeña bandeja de metal junto a él. Para Rue, el sonido que hacen se oye más fuerte de lo normal.

—Cuentas naranjas y verdes. Parecen de plástico. Redondas. Dos milímetros de diámetro. —Con cuidado toma otra pieza, más grande, de entre los dedos —. Metal marrón. Forma hexagonal. Diez por cinco milímetros. Superficie plana. —Frunce el ceño detrás de su máscara protectora y se acerca un poco más—. Impresa con alguna insignia. —Hace una pausa—. Parece la cabeza estilizada de un rinoceronte.

El zumbido se hace más fuerte dentro de la cabeza de Rue. Siente que le arde la piel.

Toshi se inclina para ver más de cerca.

—Sí, es la cabeza de un rinoceronte. Al menos a mí me lo parece. Encontraron más cuentas en el acantilado. Supongo que se las arrancó al agresor en el forcejeo. Antes de que ella cayese.

La claustrofobia atenaza la garganta de Rue. Piensa en Eb. No puede respirar. Siente que se desmaya.

Fareed suelta la pieza de metal en la bandeja de acero inoxidable que está a su lado. Cae con un fuerte tintineo. Coge entonces su lámpara Wood —del tamaño de una linterna grande— y su asistente apaga las luces de arriba.

Fareed pasa la lámpara Wood por encima de todo el cuerpo en busca de semen, que se ve fluorescente bajo los rayos ultravioletas. La sangre y la saliva no son fluorescentes. Algunas fibras sí. Y aunque no hay ninguna prueba clara de que haya sido una agresión sexual, como sucedió en las víctimas del asesino de las runners, su procedimiento es muy meticuloso.

Un extraño destello de luz púrpura aparece sobre el muslo izquierdo de la mujer.

—Aquí vais a poder detectar ADN —dice Toshi, mientras mira expectante a

Rue.

Pero antes de que Fareed pueda empezar la tarea de tomar muestras vaginales, Rue siente que se le revuelve el estómago.

—Escuchad…, disculpadme…, necesito un poco de aire. —Se dirige directamente a la salida.

—¿Estás bien? —Toshi la ha seguido.

—Todo bien. Solo necesito un poco de aire fresco.

Se va deprisa por las puertas correderas de metal, con sentimiento de vergüenza y una sensación de náuseas en aumento. Corre por el pasillo impecablemente brillante, bajo unas luces fluorescentes implacables y llega hasta la salida de emergencia. Baja corriendo las escaleras de cemento. Empuja la puerta y respira el aire frío y húmedo del exterior.

"Mierda".

Se pasa las manos por el pelo y se da cuenta de que está temblando. Vuelve a maldecir sin darse cuenta de que hay un hombre con una bata quirúrgica que está fumando cerca.

Rue no ha fumado en meses. Y el hombre la mira como si supiera lo que le pasa.

—¿Mal comienzo del día? —pregunta.

—Creo que sí. ¿Podría… puedo pedirle un cigarrillo?

Él le ofrece el paquete y ella coge uno. Con mano temblorosa se lo pone entre los labios y él se lo enciende. Ella se inclina hacia el fuego e inhala.

Tose un poco y le da las gracias.

El hombre se va y Rue se queda fumando al abrigo de un tejadillo de cemento. No puede creer que le acabe de pedir a ese hombre un cigarrillo. Un recuerdo viene a su memoria.

Hace calor. El ambiente es seco. Tanto que parece brillar blanco sobre el paisaje africano.

Ella está fuera de una pequeña tienda de regalos en Botsuana, fumando bajo la escasa sombra de un árbol espinoso mientras Eb está dentro comprando algunas baratijas para llevar a Canadá.

Su hijo sale con dos pequeñas bolsas de plástico. En cada una hay un brazalete de cuentas africanas con una única pieza de color bronce estampada con el logo de un rinoceronte de la Fundación Salvemos al Rinoceronte.

Eb sonríe.

—Una es para mí y la otra para papá —dice, y se la enseña a Rue.

Y ella sabe que él quiso comprarlas porque el guía botsuano tenía varias iguales en su muñeca junto a una correa de cuero con cuentas de mayor tamaño. La admiración de su hijo por este joven atlético y atractivo que los llevó a ver leones y les mostró cómo seguir las huellas del perro salvaje africano es inmensa.

Rue da una nueva calada a su cigarrillo mientras el recuerdo la absorbe y envuelve.

—¿Crees que tu padre la va a usar? —le pregunta Rue.

—No importa si lo hace o no. —Su gran sonrisa muestra sus brillantes dientes blancos—. Yo puedo usar las dos. Además, es por una buena causa. La Fundación recibe fondos por cada pulsera que se vende. Es para evitar la caza furtiva.

Ella inhala más humo y tose. Le lloran los ojos.

Rue se dice a sí misma que el trabajo principal de un policía es proteger a los ciudadanos. Y en este momento nadie está en riesgo o en peligro si ella calla lo de las pulseras de Eb. O el hecho de que esa mujer muerta podría haber sido una de las amantes de su marido. También se dice a sí misma que prácticamente todo el mundo que va de safari al sur de África vuelve con un brazalete igual. Salvar rinocerontes es además una causa muy popular. Esas pulseras de cuentas se pueden comprar por internet en cualquier lugar del mundo.

Pero cuando termina el cigarrillo, Rue sabe que no se trata de compartimentar, sino que está entrando en la resbaladiza pendiente de la negación. Se dice a sí misma que si esto llegara a ser un problema, lo declarará y entonces su jefe decidirá si debe ser apartada de la investigación. Además, es mucho más probable que la runner muerta haya encontrado este triste final porque estuvo en el lugar equivocado a la hora equivocada y fue presa de un depredador oportunista, incluso hasta del asesino de las runners. O que su muerte esté ligada a Tom Bradley o a Simon Cody.

O a ambos.

Por lo general, la respuesta es siempre la más obvia.

Ha trabajado mucho para conseguir ese puesto en la División Homicidios Integrados. Es consciente de los rumores e insinuaciones de que consiguió el trabajo solo porque el departamento tenía que cumplir con la cuota de diversidad y ella está decidida a demostrar cuánto vale. Se niega a permitir que sus patéticos problemas conyugales y su vida personal se mezclen con todo esto. Ella guarda su privacidad, sus puntos vulnerables y a su hijo como una

leona, y no permitirá de ninguna manera que Seth y sus aventuras le destruyan la carrera. O la vida de su hijo.

Pero cuando Rue vuelve a entrar al hospital y baja las escaleras hacia el sótano de la morgue, su mente vuelve al día en que siguió a su marido.

RUE

ANTES
Miércoles 8 de junio

ONCE DÍAS ANTES DE SU MUERTE

Rue está aparcada frente a centro deportivo Windsor Park. Lleva sentada en su coche más de una hora mirando hacia la entrada. Aparcó en la parte más alejada del aparcamiento, donde el Subaru blanco queda bajo la sombra y parcialmente escondido por unos árboles. Mientras se mantiene atenta a la puerta de entrada, escucha una lección de portugués de nivel básico. Es bueno poder aprovechar el tiempo y tratar de estudiar algo de la lengua que habló su padre biológico, o que tal vez todavía habla. Le puede ser muy útil cuando ella y Eb vuelvan a visitar Mozambique.

Repite después del profesor: "*Eu não sou daqui*".

"Yo no soy de aquí".

Rue es experta en vigilancia. Sabe cómo seguir y observar a la gente sin que la vean. Pero nunca pensó que aplicaría su entrenamiento en observar a su propio marido en su día libre.

Mira la hora.

—*Onde é o aeroporto?* —dice el profesor.

—*Onde é o aeroporto?* —repite Rue, luchando con la pronunciación.

Cada vez que alguien sale por las puertas de cristal del centro de ocio, se pone tensa. La puerta vuelve a abrirse y dos mujeres con mallas de diseño salen, llevando en las manos unas colchonetas de yoga y un café de la cafetería del centro. Luego sale una mujer con dos niños bulliciosos. Tienen el pelo mojado y uno golpea al otro con un flotador para la piscina.

Rue vuelve a mirar la hora. Se está tomando su tiempo hoy. De pronto allí está, saliendo por la puerta. Su marido. Siente una patada en el estómago. Se lo ve poderoso en todos los sentidos. Robusto. Sus genes nórdicos lo definen. Pelo rubio muy claro.

Está solo. Detrás de él se vuelve a abrir la puerta y sale una mujer. Los puños de Rue se tensan sobre el volante. Sujetándolo con fuerza, se echa hacia atrás ligeramente. Seth conoce su coche, pero es uno de los tantos vehículos utilitarios blancos que hay en el aparcamiento. Y ella eligió con mucho cuidado dónde aparcar. La atención de Seth está puesta completamente en la mujer que lo acompaña.

El mundo parece empequeñecer alrededor de dos personas que se aman. O se desean. Por un momento, Rue detesta con toda su alma a su marido.

Seth y la mujer caminan juntos pasando por las ventanas de la piscina. El viento levanta la falda de la mujer y le despeina los rizos. Cuando Rue era pequeña, habría matado por tener unos rizos como esos. Su marido y la mujer van hasta la esquina del edificio, dan la vuelta y justo antes de desaparecer de la vista de Rue, su marido acaricia el rostro de la mujer. Se inclina, la atrae hacia sí y le da un beso.

Rue ve cómo el brazo de la mujer se desliza por la espalda de su marido. La mujer coge el trasero de Seth, acercándolo un poco más hacia ella mientras el beso se hace más profundo.

La rabia invade a Rue. En su estómago se mezclan celos, ansiedad, dolor, amargura. ¿Cómo se supone que debe sentirse uno? Rue ya debería saberlo a estas alturas. Sin duda, no es la primera vez que Seth la engaña. Prometió que no lo haría más. Pero esta vez es particularmente doloroso, porque Eb lo sabe. Y ahora ella siente que, a los ojos de su hijo, no es más que un felpudo.

Siente vergüenza. Porque está claro que a Seth no le importa cuánto la está humillando.

Ni siquiera intenta disimular. Todos pueden verlos.

Le arden los ojos.

Se pregunta cómo se llama la mujer, dónde vive, si está casada, como lo estaba la última de sus amantes. Desearía poder verle el rostro.

Ahora, ambos suben a la camioneta de Seth.

Una de las adolescentes del equipo de natación de Seth pasa junto a la camioneta. Rue la reconoce como Tarryn Wingate. Seth baja la ventanilla y la saluda. Tarryn le devuelve el saludo y Rue de pronto siente deseos de matarlo. Su marido no solo no disimula, sino que alardea de su romance frente a gente que ella conoce. Y cuando se la crucen por la calle, sabrán un secreto sobre su marido. Y pensarán: “Qué idiota esta detective. Qué perdedora. Ni siquiera puede dejar a su marido blanco que la engaña”. Y Rue no puede negar ese

sentimiento tan desagradable que se apodera de ella: que él no la respeta por su aspecto, por el color de su piel. Vuelve a ser la marginada. La muchacha que no encaja. La niña adoptada por los padres blancos y liberales que tratan de hacer algo bueno en el mundo, padres que nunca entendieron por qué su hija negra no podía adaptarse.

Eu não sou daqui.

"Yo no soy de aquí".

La camioneta de Seth sale del aparcamiento. Con la mandíbula apretada, Rue arranca y los sigue.

Tiene un único objetivo: averiguar quién es la mujer.

Si no hubiera sido porque Eb le contó que había visto a su padre con una mujer, Rue le hubiera creído a Seth. Se hubiera engañado creyendo que era sincero esta vez. Y que había mantenido su promesa. Porque quería desesperadamente creerle.

Cuando Eb le contó que había visto a su padre besando a otra mujer, se sintió avergonzado por su madre. Dijo que había tenido miedo de contárselo porque no quería hacerle daño, pero que estaba tan enfadado con su padre que no podía callar lo que había viso. Y odiaba que su padre la tratara de ese modo.

La camioneta gira hacia la calle principal que conduce a la exclusiva zona de Story Cove. Su rabia va en aumento y sus puños se aferran con fuerza al volante.

"Por Dios, Seth. ¿Una mujer de este barrio? ¿De Story Cove? Probablemente una esposa privilegiada casada con un viejo millonario".

El camión se detiene frente a un edificio estilo Tudor con un cartel que dice "Red Lion". A una calle del puerto deportivo de Story Cove.

Rue frena detrás de un camión de reparto, un par de vehículos más atrás. La mujer se baja de la camioneta. Ahora Rue puede verla con claridad, pero está de espaldas y la sigue con la mirada. La mujer lleva una falda larga, una blusa bohemia y las muñecas llenas de pulseras. Es el perfil opuesto a Rue, a quien suelen calificar de rígida, demasiado formal, demasiado controlada, a quien aconsejan que se relaje y se ría más. Rue se consuela pensando que se debe a su disciplina policial. Pero sabe que se trata de algo más profundo. Un profundo miedo a dejarse llevar. Miedo a perder lo que ha obtenido en la vida si se relaja. Miedo a que su familia se rompa, porque la familia es algo por lo que ella ha luchado y en lo que siempre ha creído.

Parece que ha perdido esta batalla de todos modos.

La mujer le tira un rápido beso cuando Seth arranca y se aleja.

Rue se queda allí, observando cómo la mujer entra en la taberna de fachada Tudor con sombrillas rojas delante.

La puerta se cierra tras ella. Pasan unos minutos. Rue mira la pizarra junto a la puerta de entrada de Red Lion. Anuncia los platos del día y las ofertas de comida para llevar.

Por unos momentos se queda sentada. Aturdida. Pasan unos minutos. De pronto, decide que necesita comprar algo para llevar. Busca en el asiento trasero una gorra con visera y una chaqueta holgada. Se las pone. Baja la visera de la gorra hasta las cejas y sale del vehículo.

Se dirige hacia la entrada de Red Lion y empuja la puerta.

RUE

ANTES
Miércoles 8 de junio

ONCE DÍAS ANTES DE SU MUERTE

Cuando Rue entra a la taberna, se quita las gafas de sol. Sus ojos tardan unos momentos en adaptarse a la tenue luz de dentro. El interior está cubierto de paneles de madera, tiene una cálida iluminación puntual, y reservados con asientos tapizados en lo que parece cuero verde. El efecto es el de un estilo inglés tradicional, con algunos toques contemporáneos. Una barra larga recorre el extremo más alejado. La parte superior está hecha de cobre amartillado. Solo hay un barman, que le saca brillo a un vaso de cerveza.

El puesto de quien recibe a los clientes está vacío. Rue espera un momento, sigue adelante y con cuidado observa a los clientes sentados en las mesas y en los reservados.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarla?

Rue se vuelve.

Una mujer está de pie con un menú en la mano.

—¿Mesa para uno?

—No, gracias, solo voy a comprar comida para llevar.

—Puedo tomar su pedido si lo desea. O se lo puede pedir a Rahoul en la barra.

—He visto en la pizarra de fuera que tienen un especial de calamares fritos.

—Es una de las especialidades de nuestro chef —dice la mujer con una sonrisa.

Rue supone que debe de tener unos cincuenta y tantos. En la etiqueta de identificación en su pecho dice "Dez".

—Me voy a llevar los calamares.

—¿Patatas fritas o arroz para acompañar?

—Ah…, patatas.

Rue intenta mirar hacia otro rincón del restaurante porque no encuentra a la amante de su marido.

—¿Desea algo para beber?

—Agua mineral, gracias.

—¿Su nombre?

—Sue.

—De acuerdo, Sue. Tardará unos quince minutos. Puede sentarse en el bar si lo desea; le pediré a Rahoul que le sirva la bebida. O si prefiere puede esperar en recepción.

Rue se dirige hacia el bar y se sienta en una banqueta. Rahoul coloca el vaso sobre un posavasos frente a ella junto con una pequeña botella de agua mineral con un gajo de limón en el borde.

—¿Hielo?

—No, gracias.

Mete el gajo de limón dentro del vaso, vierte el agua y gira la banqueta para mirar hacia el restaurante mientras bebe, porque sabe que la mujer entró aquí.

Cuando casi ha terminado el agua, avista a su presa. Rue observa con sorpresa que la mujer lleva una bandeja con bebidas hacia una mesa y comienza a distribuirlas. No puede ver su cara, pero sabe que es ella por la ropa y el pelo.

¿Seth se está acostando con una camarera?

¿No es una esposa de la alta sociedad que va al gimnasio?

Rue no puede quitarle la vista de encima cuando la camarera regresa a la cocina. Solo tiene una vista fugaz de su perfil.

—¿Sue? —dice una voz detrás de Rue.

La camarera desaparece dentro de la cocina. Las puertas se cierran detrás de ella.

—¿Sue? —repite la voz más fuerte—. Su pedido está listo, Sue. —Rue se vuelve y ve a Dez con la bolsa de la comida en la mano.

—Ay…, disculpe. Estaba distraída. —Coge la bolsa y luego pregunta dudando—: ¿La que acaba de entrar en la cocina es Rebeca? Es Rebeca, ¿verdad? El otro día nos atendió y fue muy amable. Espero que mi marido le haya dejado una muy buena propina.

La sonrisa de Dez se apaga un poco y frunce el ceño. Rue está tratando sonsacarle el nombre de la camarera, pero se da cuenta de que ha presionado demasiado y lo mejor es terminar porque la mujer ha comenzado a sospechar.

—Gracias. Qué bien huele —dice y coge la bolsa.

Rue sale de la taberna con el corazón latiendo aceleradamente. Se vuelve a colocar las gafas de sol. Se siente desconcertada. ¿Qué está tratando de hacer?

¿Su marido se está acostando con una bohemia que sirve comida en una taberna en Story Cove? Rue imagina que, a pesar de ser una camarera, seguramente es alguien a quien conoció en el gimnasio, donde entrena a su equipo de natación.

Entra en el coche y pone la bolsa con los calamares y las patatas fritas en el asiento del copiloto. Arranca y se suma al tráfico. Eb dará buena cuenta de la comida.

Podría dejar la bolsa con el logo de Red Lion en la mesa de la cocina a ver cómo reacciona Seth.

En cualquier caso, ya no lo puede tolerarlo más. Tendrá que hablar con él.

RUE

AHORA
Martes 21 de junio

Rue vuelve a entrar en la sala de autopsias cuando están acercando la máquina portátil de rayos X. El técnico que empuja la máquina le sonríe cuando pasa junto a ella. Fareed y Toshi levantan la vista y la miran con ojos inquisitivos.

—Disculpad —dice—. Me ha surgido algo.

—¿Tu desayuno? —bromea Toshi.

Ella se aclara la garganta y señala a la pantalla de los rayos X detrás de Fareed.

—¿Qué muestran los rayos X?

Fareed la mira unos instantes.

—Bueno, los rayos X coinciden con los registros dentales que enviaron por correo electrónico a mi oficina esta mañana temprano —señala—. Esta fractura curada del maléolo lateral también coincide. Es una fractura común, una rotura de la protuberancia de la parte exterior del tobillo. Los registros médicos indican que fue tratada por esta fractura hace dos años. —Hace una pausa—. Es ella. Arwen Harper.

—Las muestras de ADN de sus cepillos de dientes y de pelo también lo confirmarán —dice Toshi— cuando lleguen los resultados del laboratorio.

—¿Su historia clínica revela algo más? —pregunta Rue.

Una imagen de su marido besando a la mujer de pelo oscuro llena su mente. Trata de espantarla, de decirse que no era Arwen Harper, la madre de Joe, con quien Seth se estaba acostando. Otra parte de su cerebro sabe que ella es como un insecto atrapado dentro de la planta carnívora de la negación, y va a ser devorada de todos modos.

La historia clínica de Harper muestra que su médico de cabecera la derivó a una institución psiquiátrica después de lo que parece haber sido un episodio psicótico hace seis años. Fue diagnosticada y tratada en una institución por trastorno esquizoafectivo.

—¿Y eso qué significa? —Rue siente náuseas.

—No soy psiquiatra —dice Fareed—, pero hasta donde sé, es una afección descrita como una mezcla de síntomas esquizofrénicos, alucinaciones visuales o auditivas, o ambas. Básicamente, el paciente pierde contacto con lo que en general aceptamos como realidad. Se puede manifestar a través de un episodio de pánico con una conducta maníaca. O en forma depresiva, lo que implica síntomas de depresión. Y también hay tipos mixtos que presentan síntomas maníacos y depresivos.

—¿Sería como los cambios de humor del tipo bipolar?
—pregunta Rue.

—Sí, por lo que sé, se presenta como una montaña rusa emocional.

Rue mira el cadáver, los tatuajes. De nuevo, la imagen de la mujer con Seth llena su mente con colores vívidos. Ve su brazo descendiendo por la espalda de su marido, con la mano acariciando las nalgas de Seth. No puede dejar de verla. Con desesperación desea que Tom Bradley confiese haberla matado, así ella no tendrá que preguntarle a Seth sobre una mujer llamada Arwen.

O a Eb.

—¿Estás segura de que te sientes bien? —susurra Toshi.

—Sí, sí, estoy bien —dice ella rápidamente mientras se despabila—. Debo de estar incubando algo. ¿Alguna idea de cuál fue la causa de la muerte?

Fareed frunce el ceño. Él también mira a Rue con extrañeza.

—Todavía tengo que abrirla, pero… —Vuelve la mirada hacia el cuerpo sobre la mesa metálica—. Existe la posibilidad de que no logremos identificar el golpe específico que le causó la muerte. Mi dictamen podría llegar a ser que la causa de muerte fue por un traumatismo masivo por objeto contundente. Lo cual sería compatible con las muertes provocadas por un salto o una caída desde gran altura o por heridas causadas por una explosión o por un golpe contra un objeto sólido, como una roca, un bate, un vehículo.

—Si ese fuera el caso, ¿no habría entonces nada que pudiera probar que fue un homicidio? —pregunta ella.

—Como dije, todavía tengo mucho trabajo por hacer aquí, pero, efectivamente, podría terminar siendo así.

—Pero hay pruebas de un forcejeo al borde del acantilado —dice Toshi—. Hay restos de sangre en lo alto del acantilado. Y están las huellas de la persecución.

—Siempre que la sangre en el acantilado sea de ella.

—Sí, claro —dice Toshi—, tendremos los resultados de ADN muy pronto, junto con el ADN del semen…

—Que puede o no haber ocurrido en el momento de la muerte. Quiero decir, ella podría haber tenido relaciones antes de salir a correr.

—¿Por qué no me dejáis terminar con esto y hablamos luego?

Ella asiente.

—Toshi, ¿puedes quedarte por aquí? Iré a ver a Joe Harper para informarle de que ya tenemos la confirmación oficial de la identificación. Voy a solicitar una orden judicial para obtener los registros telefónicos de Arwen Harper y una orden de registro de su residencia, por si acaso. Si alguien se llevó su teléfono, esos datos podrían ayudarnos a localizarlo. También haremos circular un comunicado de prensa ahora que tenemos la identificación. Luego iré a Red Lion a hablar con sus jefes.

—¿Quieres que vaya yo? —dice Toshi—. Tú te puedes quedar y…

—Estoy bien. Solo… necesito un poco de aire.

"Quiero ocuparme yo de la entrevista en Red Lion. Sola".

—Gracias, muchachos, nos vemos.

Sale de la morgue; el pulso le late con fuerza.

Puede sentir las miradas de Fareed y de Toshi taladrándole la espalda mientras se aleja. Puede sentir sus preguntas. Tiene que controlarse. Tiene que controlar esto, y rápido.

MATTHEW

ANTES
Miércoles 25 de mayo

TRES SEMANAS Y MEDIA ANTES DE SU MUERTE

Ese día hay clases, pero Matthew está resfriado, y aunque no está muy enfermo su madre le dijo que podía quedarse en casa. De todos modos, siempre está al día con sus estudios y a su madre no le importa dejarle faltar de vez en cuando. Está jugando muy contento con su iPad cuando oye que se cierra la verja del jardín del frente. Esa es la alerta: otro paciente que entra o sale en el piso de abajo.

Coge su cámara y se dirige a la ventana del frente de su torre de control. Matthew observa a la mujer que llega. Es pelirroja con el pelo hasta los hombros. Camina empujando su bicicleta con el casco colgando del manillar. Matthew se acerca para ver mejor: la bicicleta tiene una pegatina reflectante en el tubo superior del cuadro. ¿Como la bicicleta del Hombre Sombra? Le corre una oleada de energía por el cuerpo. La observa atentamente mientras entra por la verja del frente, haciendo algo de ruido al pasar con su bicicleta. El consultorio de su madre tiene una puerta independiente y un sendero que sale de la calle principal, pasa por debajo de un arco y llega hasta la puerta del consultorio. Esa puerta se abre a una pequeña sala de espera para los pacientes. Ellos entran, presionan un botón que le hace saber a su madre que han llegado y se sientan a esperar hasta que ella los llama.

Pero cuando se van, salen por una puerta lateral, que da al sendero y a la verja de la calle. Su madre dice que lo diseñó para que sus pacientes no tuvieran que cruzarse. Dijo que a algunas personas no les gusta que se sepa que están en terapia. Y si han estado llorando o algo así, pueden salir sin que nadie vea sus caras enrojecidas e hinchadas. Parece que la gente llora mucho allí dentro. A Matthew le parece que debe de ser bastante horrible necesitar terapia si la gente se pone tan triste.

Nunca había visto a esta paciente de la bicicleta. Pero normalmente está en clase a estas horas. Tiene la ventana abierta de par en par, así que se inclina para sacar su cámara hacia afuera. Hace varias fotos. Como un observador invisible.

Unos minutos más tarde, Matthew oye que se cierra la puerta lateral. Corre a la ventana que da a ese sendero. Ve a un hombre corpulento saliendo por la verja. Es muy musculoso y tiene el pelo castaño claro, muy corto, como si fuera un soldado del ejército.

Matthew dispara su cámara cuando el hombre se sube a una gran camioneta Dodge. Es bombero. Solía tener sus sesiones a última hora de la tarde, así que Matthew ha visto su camioneta antes, mientras el hombre estaba en su sesión. Hay una pequeña chapa encima de la matrícula normal del camión en la que dice "Bomberos de Story Cove".

Matthew no puede imaginar a un bombero llorando y secándose las lágrimas con pañuelos de papel en el consultorio. No puede imaginar por qué un bombero que parece tan fuerte como ese hombre con su inmensa camioneta podría necesitar terapia.

Pero su madre dice que no se puede juzgar de ese modo. No se trata de cómo se ve la persona por fuera; lo que importa es cómo se siente por dentro. Porque todos tenemos sentimientos. De amor, de dolor, de traición, ira, rabia, depresión. Y a veces por fuera no se puede ver lo roto o infeliz que está cada uno. Su madre dice que cada persona en este planeta tiene sus penas íntimas y sus anhelos. Y todos tienen sus secretos. A veces esos secretos los enferman, porque es difícil mantenerlos ocultos y entonces te enferman. Y así terminan en su consultorio.

A Matthew le encanta esta idea en particular.

Significa que la gente entra a la habitación de allí abajo donde trabaja su madre y poco a poco ella les hace contar sus secretos, y una vez que los han sacado fuera, se alivian, cambia la forma en que se sienten, y todo su mundo se ve diferente. Le hace una foto al bombero justo cuando se sube a su camioneta.

Matthew espera que el bombero arranque y se marche. Pero no lo nace. Permanece sentado en su camión mucho rato, hasta que la señora pelirroja termina su sesión y sale con su bicicleta.

Ella se pone el casco, empuja la bicicleta por la verja y pedalea por la calle.

Recién entonces el bombero enciende el motor de su camioneta y sigue por la misma calle, no muy lejos de la señora de pelo rojo.

LILY

ANTES
Miércoles 25 de mayo

TRES SEMANAS Y MEDIA ANTES DE SU MUERTE

HISTORIA CLÍNICA: GARTH

Paciente —bombero al final de sus cincuenta años, casado con una esposa mucho más joven y padre de tres niños pequeños— acude solicitando ayuda para procesar un diagnóstico terminal de cáncer. Dice que le han dado ocho meses de vida.

—¿Le escribió la carta a Rose? —pregunta Lily.

Hoy su paciente está más nervioso que nunca y ha tardado unos minutos más en sentarse y serenarse en el sofá color maíz.

Garth saca una hoja de papel doblada del bolsillo de la camisa. La sostiene en la mano.

—Sí, la escribí.

Lleva casi dos meses como paciente de Lily, pero tardó unas cuatro semanas en enfrentarse al tema de la carta que le dejará, o no, a su mujer para que la lea cuando él haya partido.

—¿Quiere que se la lea en voz alta? —pregunta.

—¿Usted quiere hacerlo?

Se pasa los dedos por el pelo corto, como si le picara el cuero cabelludo, tratando de liberarse de una picazón más psicológica que física.

—Sí, de acuerdo. —Abre la hoja y se aclara la garganta—. Mi querida Rose —lee con la voz entrecortada por la emoción.

Maldice mientras los ojos se le llenan de lágrimas. Lily le acerca la caja de pañuelos de papel. Ella siente su dolor. Las penas de sus pacientes la están afectando más de lo habitual. Es probable que sea resultado de su creciente paranoia, de la sensación de estar siendo vigilada, acosada, las notas en clave, la imagen en relieve que ella cree que es un símbolo de una cabra satánica. Las palabras “De parte de alguien que lo sabe”.

Para colmo, está la botella vacía de vodka con sabor fresa que encontró bajo la cama de Phoebe esta mañana cuando buscaba al gato. Al mover las sábanas para sacar la botella, la tablet de Phoebe se iluminó con el movimiento y en la pantalla aparecieron sus dibujos manga. Lo que Lily vio la impactó profundamente. Era la escena de un asesinato, muy violenta, y ahora Lily no puede borrar esa imagen de su cabeza. Da vueltas en su mente como un enjambre de moscas negras y repulsivas, zumbando sobre un cadáver en descomposición.

Garth busca un pañuelo, se suena la nariz, se sirve un poco de agua helada de la jarra que Lily siempre deja en la mesita frente al sofá. Se bebe medio vaso de agua y se seca la boca con el revés de la mano.

—¿Sabe de qué me di cuenta cuando escribí esta carta? De que mi miedo o mi mayor preocupación es que Rose encuentre otro hombre después de que yo muera. Y que este hombre nuevo se mude a mi casa, se meta en mi cama. Le haga el amor a mi bella esposa y se convierta en el padre de mis muchachos y mi hija. Y yo seré, simplemente, borrado de sus vidas, como si nunca hubiera existido en esta tierra. Esta persona. Este Garth. El bombero que es tan buen tipo que solo quiere ayudar a la gente y cuidar a su familia.

Lily permanece en silencio.

—Qué estúpido, ¿no? —Otra oleada de emoción se apodera de él—. Pero entonces me di cuenta de que si en verdad amo a Rose y a mis niños debo liberarlos. Tengo que darle permiso a mi mujer para que no se sienta culpable si conoce a otra persona. Eso… eso es lo mejor que puedo dejarle. Paz. Libertad. Así que —carraspea— eso es lo que dice esta carta. Le digo que tiene mi bendición para vivir, vivir realmente, después de que yo muera. —Vuelve a doblar la carta y la pone en su bolsillo.

—¿No va a leerla?

—No. No voy a leerla ahora en voz alta. Es para ella cuando yo me haya ido. Es entre ella y yo. Pero al escribirla creo que llegué a reconocer, y a aceptar, que no hay forma de vencer a la enfermedad. Y que no tengo derecho a tratar de controlar a mi familia desde la tumba. Eso les causaría culpa y dolor. Lo que sí puedo hacer es liberarlos. Pero me doy cuenta de que hay otro tema: mi mayor preocupación no es que Rose me olvide, sino que llegue a averiguar quién era yo antes de conocerla, y lo que hice.

Lily siente una presión en su pecho.

—¿Qué quiere decir?

—¿Cree que la gente puede cambiar? Me refiero a cambiar por completo.

—Sí, por supuesto —responde ella demasiado rápido y con demasiada energía. Su mente va hacia el recorte de periódico que tiene bajo llave en la caja fuerte de su oficina. Lily respira lentamente, con cuidado—. Creo realmente que las personas pueden cambiar, sí. Si los demás se lo permiten pueden mejorar o incluso ser una versión completamente diferente de ellos mismos.

La mirada de Garth se encuentra con la de ella. Lily no puede leer en su rostro. La habitación de pronto se vuelve más fría, más pequeña.

—Pero ¿qué sucede con las otras personas? La sociedad en su conjunto no permite que uno cambie si ha hecho algo terrible, ¿no le parece? Siempre habrá quien lo recuerde, individuos que no pueden perdonar, que no pueden dejar que se olvide, que quieren hacerte retroceder y estamparte una letra escarlata indeleble en el medio de la frente. Así todos los que te vean podrán saber que debes ser juzgado y castigado para siempre.

Lily siente deseos de levantarse y salir de la habitación, de alejarse de las cosas que ese hombre está diciendo. Se fuerza a permanecer quieta y observa a Garth de cerca mientras espera y se pregunta qué es lo que ha hecho y lo terrible que podría ser.

—Quiero decir, la gente habla mucho de la justicia y la expiación. Y de pasar página. Y de todos esos sentimentalismos. Pero en realidad, en el fondo, si saben lo que alguien hizo, pensarán que puede suceder de nuevo si se dan las circunstancias adecuadas, ¿no es cierto? La gente cree que está dentro de uno, en la sangre, en el ADN. —Hace una pausa—. ¿No tengo razón?

—¿Quiere usted contarme qué es lo que hizo, Garth?

La mirada de él la taladra. El silencio crece. Él traga saliva.

—No —dice finalmente—. No quiero. Y tampoco quiero que Rose y los chicos lo sepan. Jamás. Porque hasta usted me miraría de manera completamente diferente a pesar de toda su objetividad profesional.

Lily abre la boca, pero Garth levanta su enorme mano y la detiene.

—Sé lo que va a decirme, que me voy a sentir aliviado si me saco esto del pecho. Y que tal vez, si hablo del tema, voy a morir en paz. Pero eso es pura palabrería. En el momento en que se lo cuente a alguien, su opinión sobre mí, que soy una persona buena, un tipo que salva a la gente de un incendio y que te saca de los hierros retorcidos de un coche accidentado en la carretera, el tipo que hace voluntariado para llevar a los animales a los refugios, todo eso desaparecerá. Todo lo que verán es a un hombre violento, a un hombre

peligroso. A un monstruo. Pero si no saben lo que hice, entonces, puedo perdonar a esa parte de mi persona que alguna vez existió. Yo puedo hacer como si ese tipo enfermo del pasado fuera alguien totalmente diferente. Puedo enterrarlo en mi inconsciente como lo hace un asesino en serie, que puede separar en compartimentos el horror que habita en su interior. Esa es la única forma en que la gente puede cambiar. Cuando nadie te obliga a usar una etiqueta. Cuando la sociedad no te recuerda una y otra vez que no eres lo que estás tratando de ser.

Lily se mueve en su silla.

—Garth, el asesino en serie finalmente involuciona, ¿sabe? Guardarse las cosas así puede ser agotador. Produce un tremendo estrés tanto en el cuerpo como en la mente. Impide que…

—¿Qué, que las personas vivan como se debe? ¿Las vuelve paranoicas? ¿Las lleva al abuso de sustancias, o las hace comportarse de maneras extrañas? —Lanza una carcajada amarga—. Voy a estar muerto en ocho meses, más o menos, según dicen. —Muestra sus brazos musculosos a ambos lados—. Míreme, cuesta creerlo viéndome ahora, ¿no?

Lily lo observa. Aún se lo ve muy fuerte y en buena forma. Pero ella sabe también con qué rapidez eso puede cambiar cuando la enfermedad te está carcomiendo silenciosamente incluso mientras estás sentado en el sofá.

—Y así es como quiero que Rose y mis hijos me recuerden. Fuerte. Bueno. Amable. Como un héroe.

—¿Y si algún día llegaran a averiguar eso que está ocultando?

—Existe la posibilidad, Lily, de que no suceda. Existe esa posibilidad. Y si yo se lo digo ahora a Rose, no habrá ninguna. —Hace una pausa y sostiene una mirada tan intensa que parece quemar—. Si se lo digo ahora, ella y los niños cambiarán su idea sobre mí. Me convertiré en aquel que hizo algo espantoso. El que causó un sufrimiento cruel e insoportable. —Vuelve a quedarse en silencio — ¿Qué haría usted? ¿Se lo confesaría? ¿A su marido? ¿A sus hijos? ¿O prefiere morir con la posibilidad de que ellos no lo sepan nunca?

Lily tiene la aterradora impresión de que él le está preguntando a ella sobre su propio pasado y de que puede ver en su interior. Que tal vez Garth es solo un espejo para que ella se mire a sí misma. Tal vez él es ese alguien que lo sabe todo. Porque Lily sabe que ella correría mil veces el mismo riesgo que Garth. Se aclara la garganta antes de hablar.

—Garth, no sé lo que usted ha hecho, así que no podría decirle qué hacer.

No se trata de mí, sino de usted. Tal vez, si se lo contara a Rose y ella lo perdonara, se sentiría usted libre. Y ella también. Las esposas pueden sorprender, ¿sabe?

—¿Usted realmente cree que existe el perdón? —Se ríe—. ¿Realmente?

Una sombra cruza sobre Lily. Siente una oscuridad agazapada trepando desde los rincones de su consultorio, como una mano helada que sube a presionar su garganta. Pero debe ser que el sol se ha ocultado detrás del álamo.

—Garth, el perdón, el verdadero perdón, tiene más que ver con que usted pueda soltar la culpa y la vergüenza que lo tiene prisionero.

Él niega con la cabeza y mira su reloj. Su sesión casi ha terminado.

—No. Esa culpa, esa vergüenza, Lily, es lo que me da fuerzas. Para ser un bombero desinteresado, para ser el mejor padre que puedo. Esa culpa, esa vergüenza, Lily, es lo que me hace un buen hombre. Veo que ya es la hora de irme.

—¿Nos vemos a la misma hora la semana que viene?

Él coge su chaqueta del perchero.

—Creo que hemos terminado. Estoy tan preparado para morir como podría estarlo. No tiene mucho sentido seguir hablándolo.

Lily no está tan segura.

—¿Qué le parece si se toma una semana de descanso y después vuelve para una sesión más? Podemos agendarla ahora, pero si realmente se siente mejor, entonces, me llama y la cancelamos. ¿Le parece bien?

Él duda, luego sonríe.

—Trato hecho. Gracias. —Desaparece por la puerta.

Lily lo observa irse. La ha inquietado. Ve que titila la luz roja en su escritorio. Su nueva paciente la está esperando.

Inspira profundamente, va hacia su archivador y lo abre. Desbloquea la caja fuerte. Busca bien al fondo y sus dedos tocan una suave caja de madera. La saca. La abre con cuidado y saca de allí un viejo recorte de periódico.

Es la foto de una niña. La mira fijamente y siente un escalofrío. La niña tiene un pequeño colgante en el cuello. Bafomet. La cabra sabática. El símbolo gótico. Bajo la imagen no muy nítida de esa foto en blanco y negro hay un epígrafe en cursiva que dice simplemente: “Sophie McNeill, doce años de edad, desaparecida”. La foto es de un periódico publicado en Nueva York. Lily saca un segundo recorte y lee el titular:

Intensa búsqueda en todo el país de una niña víctima de secuestro.

La luz roja del escritorio de Lily vuelve a encenderse. Guarda deprisa los recortes dentro de la caja y vuelve a colocar la caja en el fondo de la caja fuerte. Y la cierra. Entra en el pequeño baño, se enjuaga la cara y se retoca el pintalabios. Bebe un poco de agua, se alisa los pantalones y va hacia la puerta de la sala de espera.

Respira hondo tratando de desprenderse de la energía negativa del paciente y de sus pensamientos oscuros.

Abre la puerta y sonríe a una mujer muy atractiva, vestida con ropa de ciclismo exclusiva, de alta calidad. La mujer pelirroja deja a un lado la revista que estaba hojeando y se pone de pie. Lily le tiende la mano.

—Hola, usted debe ser Paisley, ¿verdad?

—Encantada de conocerla, doctora Bradley —dice la mujer al estrecharle la mano.

—Puede llamarme Lily. Entre por favor.

VÍCTIMA DE UN SECUESTRO

LA VERDADERA HISTORIA DE UN CRIMEN

Wozniak salió de la casa y encontró al vecino que había llamado a emergencias de pie en el jardín contiguo, junto a su esposa. Era gente mayor y la mujer tenía entre sus brazos un pequeño perro blanco.

—Son la familia McNeill —le dijo el hombre a Wozniak—. Mi mujer creyó oír gritos en la casa vecina. Yo salí a ver y algo me pareció…, sentí que algo iba mal en la casa de los McNeill. Vi que estaban encendidas las luces del sótano, así que miré dentro. Y… la vi a ella. A Della… —Se le quebró la voz.

—No puedo creer lo que está pasando —dijo su esposa—. Son una familia realmente encantadora. Van a la iglesia, son muy amigables.

—¿Tienen hijos? ¿Cuáles son sus nombres?

—Sí —le respondió ella a Wozniak—. Un niño pequeño, Danny. Tiene ocho años. Y una niña, Sophie. De doce. ¿Ellos… están bien?

—¿Vio a alguien o algo sospechoso fuera de la casa? ¿Oyó alguna otra cosa además de los gritos?

—No sé si significa algo, pero hace unos días que anda merodeando por aquí un joven extraño con una capucha negra. Ayer lo vi en una furgoneta muy destartalada aparcada al final de la calle. Estaba con un amigo. Creo que vigilaban la casa.

Wozniak Se apresuró a regresar a su coche patrulla, desde donde llamó para informar del nombre y la descripción de la niña según fotografías. Faltaban siglos todavía para las alertas Amber, pero se emitió una orden urgente a todas las agencias del país para que buscaran a una niña de doce años llamada Sophie McNeill. Pelo largo y oscuro. Caucásica. Bonita. También mencionó la furgoneta en el mensaje.

Wozniak volvió a entrar a la casa para esperar con los otros agentes al perito forense, a los detectives de homicidios, a los técnicos forenses y a K9, la unidad canina. Pero en cuanto puso un pie en el interior oyó los gritos de Conti en el piso de arriba.

—¡La hemos encontrado! ¡Está aquí dentro! Debajo de la cama, en el cuarto de la niña. Está viva. ¡Llamad una ambulancia ya mismo!

Gracias Dios, pensó Wozniak, con el corazón martillándole el pecho mientras llamaba a emergencias.

RUE

AHORA
Martes 21 de junio

Después de darle la noticia a Joe Harper sobre la identificación positiva de su madre, Rue se dirige a la taberna Red Lion pensando en él. Está destrozado. Rue siente como si le hubiera quitado la última pequeña esperanza que le quedaba. Lo dejó al cuidado de Hannah Cody y un agente que trabaja en el servicio de atención a las víctimas.

Cuando gira en la calle principal de Story Cove, Rue comienza a ponerse tensa. Mira la hora y llama por teléfono con el altavoz a Seth desde su teléfono personal.

Él responde al tercer tono.

—Oye —dice ella cortante—. ¿Todavía estás en casa?

—Sí. ¿Qué ocurre?

Ella se detiene en un semáforo en rojo.

—Necesito preguntarte algo. ¿Dónde estuviste antes de ayer por la noche?

Una anciana empujando un cochecito cruza la calle lentamente. Dentro va un perro muy viejo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Seth.

Rue no puede contener su irritación. La luz se pone verde, pero la anciana tarda un siglo en cruzar la calle.

—Solo responde, Seth. ¿Dónde, exactamente, estuviste el domingo a partir del mediodía hasta que volviste a casa y te metiste en la cama?

Se hace un silencio.

—Mira, Rue, si esto se trata de…

—Solo dímelo.

Sus puños se aferran con fuerza al volante.

—Podemos hablar de esto más tarde, después del trabajo, cuando…

La anciana llega al otro lado de la calle. Rue acelera.

—Seth, escúchame, y presta mucha atención. —Frena súbitamente cuando

un ciclista cruza de pronto delante de un autobús. Maldice y luego prosigue—: La runner muerta, la de las noticias, la que encontraron en la playa de Grotto... —respira profundamente, se incorpora, gira hacia la calle principal de Story Cove—. Su nombre es Arwen. Arwen Harper. —Silencio total en el teléfono. Rue siente náuseas. Ve el cartel de Red Lion más adelante—. ¿Es con ella con quien te estabas acostando? ¿Es a ella a quien te vi llevar a Red Lion?

—¿Acaso me estuviste siguiendo? Por Dios, Rue. ¿Cómo te atreves…?

—¿Entonces es ella? Está muerta, Seth, muerta. Asesinada. ¿Me has oído bien?

Se oye la respiración pesada de él. Cuando vuelve a hablar, la voz de su marido suena densa.

—¿Estás… estás segura…, están seguros de que es ella?

—Estamos seguros.

Oye una maldición. Luego, silencio.

—Seth, está desnuda sobre la mesa de la morgue y en este momento le deben de estar rompiendo la caja torácica, abriendo el cráneo y cortando y pesando todos los órganos. Tienes que decirme dónde estabas el domingo antes de que alguien venga a preguntar. Y créeme, lo harán.

—¿Qué le pasó, Rue? —Su voz es un suspiro ronco—. Tú… no puedes creer… es imposible que creas que yo tuve algo que ver con…

—Me dijiste que tus días de andar acostándote con otras se habían terminado. Dijiste nunca más, no más aventuras. Hiciste una promesa. Y todo fue mentira. Y ni siquiera te esforzaste por disimular. La gente te ha visto con esa mujer, Seth, así que más te vale que tengas una coartada sólida para la noche del domingo cuando yo trabajé hasta tarde. Comienza por decirme dónde estuviste el mediodía del domingo.

—Estuve con el equipo de natación, en el ferry, volviendo del encuentro en el continente.

—¿Ellos lo confirmarán?

—Claro, por supuesto. Estuve con los miembros del equipo y los acompañantes. Yo mismo estaba a cargo de una de las nadadoras. Sally-Ann. Ella te lo puede confirmar. Todos podrán corroborarlo.

—¿A qué hora atracó el ferry?

—No lo recuerdo exactamente. Tendría que confirmarlo. Pero calculo que a alrededor de las tres de la tarde.

—¿Y después? —pregunta Rue mientras se detiene fuera de Red Lion.

—Volvimos en coche a la ciudad. Dejé a varios chicos en sus casas, incluyendo a Sally-Ann. Luego… fui a comer algo con unos amigos y salimos a tomar unas copas.

—¿Esto puede ser corroborado? —Se hace una pausa.

—Sí.

—¿Y de allí?

—Tomamos unas cuantas copas y volví a casa tarde; tú ya estabas en casa y en la cama.

Ella entrecierra los ojos, inspira y cuenta hasta tres para calmarse, respira lentamente.

—Entonces, ¿no sabes dónde estuvo Eb el domingo, antes de que yo llegara?

Otro silencio.

—¿Qué tiene que ver Eb con todo esto?

—Solo… pregunto.

"Porque quiero saber si mi hijo tiene una maldita coartada y no me atrevo a hacerle la pregunta". A la mente de Rue viene la imagen de Eb con el vaso de leche en la mano y un plato de pastel a medio comer.

"Haría lo que fuera por ti, mamá. Lo sabes, ¿no? Quiero que seas feliz".

—No sé dónde estaba Eb —responde Seth—. Pero lo que te dije sobre el domingo es la verdad.

—¿Cuándo viste a Arwen Harper por última vez? ¿Cuándo estuviste por última vez en la taberna Red Lion?

Lo está poniendo a prueba.

—Es probable que… hace unas dos semanas. —Se aclara la garganta—. Cuando la traje a su trabajo desde el gimnasio. Para entonces ya habíamos terminado, prácticamente, Rue. Mira, te soy honesto, no conozco nada de su vida. Se me acercó en el gimnasio y… fue un flirteo de unos dos o tres días.

Ella cierra los ojos. Está mintiendo. Ella sabe que miente.

—¿Rue?

—Esto se ha terminado —dice ella.

—¿Qué?

—Dije que hemos terminado. Tú y yo. Quiero que te vayas. Que salgas de nuestro matrimonio. Quiero el divorcio. Y tienes que mudarte. No quiero verte cuando llegue a casa.

—Rue…

Ella corta la llamada. Siente el golpeteo de la sangre en sus oídos. Está

temblando. Su mente vuelve a la noche en la que esperó dentro de su coche en la puerta de Red Lion.

RUE

ANTES
Jueves 16 de junio

TRES DÍAS ANTES DE SU MUERTE

Rue está de nuevo en su coche con la clase de portugués de fondo. Está oscuro. Llueve. Está aparcada frente a la taberna Red Lion. La camioneta de Seth está un poco más adelante en esa calle.

Seth la había llamado antes para decirle que iba a llegar tarde y Rue tuvo el presentimiento de que volvería a ver a la camarera. De camino a casa al finalizar su turno, condujo, por impulso, en dirección a Story Cove. Y cuando pasó lentamente frente a Red Lion, vio que la camioneta de su marido estaba frente a la taberna bajo la lluvia. No había nadie en su interior.

Dio la vuelta a la manzana y volvió en la dirección contraria. Ahora está esperando en la puerta de la taberna, desde donde observa la entrada. A pesar de que no puede ver a Seth por las ventanas, está segura de que está dentro. La cámara de fotos de Rue descansa en el asiento del copiloto. Es posible que no esté manejando la situación de la mejor manera, pero quiere tener una prueba fotográfica. Cuando pida el divorcio quiere tener pruebas a su favor.

Hace frío dentro del coche. Cada vez llueve más fuerte. A pesar de ser junio, el viento que viene del mar está helado, pero Rue no quiere poner en marcha el motor para encender la calefacción. Prefiere no llamar la atención sobre su vehículo.

Pasa el tiempo. La lluvia azota con más fuerza.

Se abren las puertas de la taberna y sale una pareja. Son personas mayores. El hombre ayuda a la mujer a abrir su paraguas y la rodea con el brazo mientras caminan en la humedad de la noche. Rue siente una punzada de soledad. De arrepentimiento. De tanto tiempo perdido con un hombre que no la respeta. ¿Por qué se enamoró de Seth? ¿Hay una parte de Rue que no se respeta a sí misma, que no confía en que alguien pueda amarla plenamente? ¿Es porque

conserva enterrado en lo más profundo de ella el rechazo de sus padres biológicos?

Las puertas se abren varias veces derramando una luz cálida en la oscuridad mientras la gente entra y sale de la taberna, riendo, feliz.

El audio sigue su curso y queda en silencio. Rue se pregunta si debería tratar de aprender afrikáans también. Es lo que hablaba su madre biológica. Afrikáans y un poco de xhosa. Se acurruca más dentro de su chaqueta.

Las puertas de la taberna vuelven a abrirse.

Allí está ella.

Rue se incorpora en el asiento. Su pulso se acelera. Observa a la mujer de pelo oscuro que sale de la taberna y se cubre la cabeza con la capucha del impermeable. Se refugia bajo un alero a unos pasos de la entrada y mira hacia la calle. Rue maldice. Quiere verle bien el rostro. Y por un momento Rue se pregunta si no se ha equivocado con Seth, tal vez no está dentro. De pronto, las puertas de la taberna se abren de nuevo y Rue reconoce la figura familiar de su marido. Él se reúne con la mujer de la capucha debajo del alero y la rodea por la cintura. Le dice algo al oído.

Rue busca su cámara. Apunta, activa el zoom, dispara cuando su marido se mueve para darle un beso. Dispara de nuevo mientras la pareja corre del brazo bajo la lluvia hacia la camioneta de Seth. Vuelve a disparar cuando suben al vehículo.

Se encienden las luces y avanzan por la calle. Rue siente náuseas. Deja la cámara sobre su regazo.

Por supuesto, al llegar a su casa Seth no está. Tampoco está en la casa cuando Rue se mete en la cama.

No puede dormir y se queda oyendo la lluvia y los ocasionales movimientos de Eb en su habitación en el piso de abajo. Para de llover. La casa está silenciosa. Pero ella no puede dormir.

A eso de las dos de la madrugada, oye que se abre la puerta principal. Seth sube por la escalera.

Rue finge dormir. Él se mete muy despacio en la cama. Huele como si acabara de ducharse. Rue se queda inmóvil mirando el techo. Tiene que hacer algo. Esto no puede continuar.

LILY

ANTES
Miércoles 25 de mayo

TRES SEMANAS Y MEDIA ANTES SU MUERTE

HISTORIA CLÍNICA: PAISLEY

Paciente de unos cuarenta años, que ha estado en lista de espera durante seis semanas. ¿Síntoma inicial…?

Un nuevo paciente es siempre un misterio. A veces, Lily sabe de antemano cuál es el problema que los lleva a la consulta porque se lo han dicho por teléfono. Y luego viene la tarea detectivesca, porque el problema que plantean es por lo general la superficie de algo mucho más profundo y complejo, algo que el paciente puede haberse ocultado incluso a sí mismo para poder ser funcional. Pero ese problema inicial es el que lleva al paciente a hacer terapia.

Su nueva paciente es enigmática. Una bella pelirroja, de piel muy blanca y con una energía envidiable. Lleva mallas de lycra y una camiseta de manga larga de ciclismo, hecha de un material que resalta cada una de sus curvas y músculos. Lily mataría por tener un cuerpo como el de Paisley.

La paciente deja el casco en el sofá y se acerca a la biblioteca de Lily. Toca con la punta de los dedos el lomo de los libros, revisando los títulos. Toca también los adornos de Lily: un jarrón de cerámica modelado por las pequeñas manos de Matthew, un caracol encontrado en México, una pequeña escultura de Australia. Coge una foto enmarcada de la familia Bradley en Ciudad del Cabo.

—¿Le sirvo un té o café? —ofrece Lily.

—No. Estoy bien. —Deja la foto y va hacia los grabados del test de Rorschach que Tom le regaló la Navidad pasada. Cada mancha está enmarcada y colgada cuidadosamente en la pared.

Paisley mira a Lily un instante, como si estuviera evaluando algo, y luego se dirige a la pared donde se encuentra la colección de máscaras de Lily.

—Fue Jung, ¿no? —dice Paisley—. Llamó "persona" a la máscara que cada

uno de nosotros lleva puesta, al rostro que elegimos mostrarle al mundo.

—¿Está familiarizada con el trabajo de Carl Jung, con sus arquetipos?

Se sienta. Por fin. Cruza las piernas enfundadas en la tersa lycra y sonríe. Y Lily no puede dejar de sentir que hay una actitud de superioridad en la expresión de los labios de Paisley, la forma en que inclina la cabeza, el modo en que sus ojos azules sostienen la mirada de Lily.

—Bueno, está la "persona" de Jung, el yo, la sombra y el ánima o ánimus. La persona es la máscara detrás de la cual elegimos escondernos. Como en su caso, su persona, su máscara, es la de una doctora, y entonces cuando se pone la bata blanca o decide abrir su propio consultorio, despierta ciertas expectativas en los demás. Creen que usted tiene grandes conocimientos, que tiene compasión, que es amable. Esperan que se comporte de la forma en que los doctores o los terapeutas lo harían. Si se coloca una placa de policía y coge un arma, uno se convierte en un protector confiable. Es valiente y justo. Vístase de bombero con el traje amarillo y será un héroe. Un salvador. Envuélvase en una túnica negra y póngase una peluca de rizos plateados y encarnará la justicia, el árbitro de la verdad para discernir entre el bien y el mal. Póngase una capucha y será un verdugo, pero cuando el verdugo se la quita, puede ir a su casa con su familia con la conciencia intacta porque solo está haciendo su trabajo. —Se reclina en el sofá y vuelve a cruzar las piernas—. Todos necesitamos una máscara para poder seguir adelante. Pero si usamos la máscara demasiado tiempo, olvidamos quién está en realidad detrás. ¿No es cierto? Olvidamos quiénes somos en realidad.

Lily se mueve en la silla, cada vez más incómoda con esta conversación, que se suma a la sesión anterior con Garth.

—¿Siente que ha estado usando alguna máscara en particular durante demasiado tiempo, Paisley?

—No lo sé. Tal vez ese sea el problema: usar una máscara durante tanto tiempo que uno ya ni siquiera se da cuenta de que la lleva puesta.

—¿Y si le preguntara cuál es la máscara que usted cree estar usando?

—La de madre. Esposa. —Se pasa la lengua por los dientes—. Supongo que esas son las personas principales que le muestro al mundo.

—¿Y qué significan esos títulos para usted?

Paisley duda.

—Que se supone que soy cariñosa, que soy un refugio para mis hijos. Que soy virtuosa. Amable. Controlada. Que soy tan atractiva para mi marido como

para mantenerlo interesado en mí. Que soy buena en la cama, una puta en la intimidad de la habitación. Que como muy sano y que cuido las calorías que ingiero. Que soy una mujer de negocios exitosa y que también horneo exquisitas galletas, que me ofrezco de voluntaria en la escuela de mis hijos y que los llevo a las clases de natación y me aseguro de que crezcan en su fe. —Se detiene y recupera el aliento—. Que soy organizada. Que ofrezco una rutina.

Lily traga, pensando en sí misma, en cómo lleva a Matthew a las clases de natación. En cómo se obsesiona por contar las calorías y cómo ofrece ayuda en las escuelas de sus hijos. Paisley podría estar describiendo a Lily.

—Suena… extenuante —dice.

—Vaya si lo es.

—¿Cuántos hijos tiene, Paisley?

—Tres. —La paciente le sostiene la mirada—. Tres niñas. De siete, nueve y doce años.

—Da mucho trabajo ser un buen modelo a seguir.

—Sí. Da mucho trabajo mantener encerrado a ese demonio oscuro y pervertido que llevamos dentro.

Algo empieza a hacer ruido en el cerebro de Lily. Las manchas del test que están detrás de Paisley de pronto se ven como un Bafomet con cuernos. Siente que le sudan las axilas. Trata de concentrarse para encontrar su siguiente pregunta.

—¿Usted… trabaja fuera de su casa, Paisley?

—Soy representante de un laboratorio. Y viajo mucho. Pero no necesito trabajar. Mi marido gana bastante, me casé con un hombre rico. Fue un casamiento muy conveniente. Un hombre mayor. —Sonríe con astucia, o al menos así le pareció en ese instante a Lily—. Pero el trabajo me permite tener un escape. Si no fuera por mis viajes no podría follar a destajo.

Lily pestañea desconcertada.

—¿Eso qué significa?

Paisley se inclina hacia delante.

—¿Usted quiere saber cuál es mi problema, doctora?

—Por favor, llámeme Lily.

—Lily, mi problema, mi verdadero problema, es que me gusta follar con quien sea. Me gusta el sexo. El sexo arriesgado, el sexo no seguro. Con extraños. Cuanto más salvaje y más caliente, mejor; cuantos más comprometidos con sus esposas estén los hombres, más satisfacción. Soy adicta

al sexo, Lily. Y no puedo detenerme. Antes podía espaciarlo y ser más cuidadosa, pero ahora lo necesito más y más seguido solo para sentir algo. —Hace una pausa—. La semana pasada, en un viaje de negocios a Toronto, me arrestaron. Por prostitución y por tener sexo en público. Sí, acepté dinero para tener sexo. Dinero que no necesito. Y tengo que frenar todo esto, antes de que destruya todo lo bueno que tengo en la vida, como mi familia.

Lily se queda mirándola. "De eso se trata, entonces. El problema inicial que el paciente plantea. Una peligrosa adicción al sexo".

—Quiero decir, tengo un buen marido. Tres hijas hermosas, bellas, inocentes. Tengo todo lo que la gente desea, lo que significa que también lo puedo perder todo. Y es como…, siento que es ese demonio dentro de mí el que está haciendo todo lo posible para que yo lo pierda todo. Porque si lo pierdo, quedaré expuesta y entonces no tendré que esforzarme tanto por sostener la máscara. —Se relaja en el sofá, como si hubiera quedado agotada después de quitarse ese peso del pecho.

—Y su ropa de ciclista —dice suavemente Lily—, ¿también es una máscara? ¿Es algo que elige para venir a su primera sesión?

—Es parte de la narrativa falsa. —Sonríe un poco—. No para usted, sino para mi familia. Es mi coartada. —Se cruza de brazos—. Es la forma en que le oculto a mi familia y a la comunidad que estoy yendo a terapia. Ellos creen que me estoy entrenando para una próxima carreta de ciclismo y los miércoles son los días en que hago recorridos más largos. Pero en realidad es mi día de terapia. Por eso elegí que me atendiera usted, ya que tiene el consultorio lejos de mi barrio. Además, tiene una discreta entrada lateral en una calle cerrada. —Se le ensancha la sonrisa—. Soy buena haciendo investigaciones, Lily.

Lily traga saliva. Casi suena como una amenaza. En otro nivel, ella sabe que eso es paranoia. Dianne tiene razón. Tiene que tomarse un descanso. Está dejando que las cosas la afecten, viendo segundas intenciones en todo. Pero bueno, las notas que recibió eran reales.

—¿Lily es el diminutivo de Lilith? —pregunta Paisley.

—De Lillian.

—Porque Lilith era una figura demoníaca. En un mito bíblico. ¿Lo sabía?

—No…, no lo sabía. Pero como le dije, viene de Lillian. ¿Quiere contarme algo más sobre su arresto, Paisley?

Se levanta de un salto del sofá y empieza a caminar. Lily espera sentada, paciente.

—Eran como las dos de la mañana. Allí estaba yo, en la calle, en un barrio horrible de la ciudad. Llevaba puesta una falda corta de cuero. Botas de charol negro, de tacón alto y altas hasta el muslo. Un top sin mangas de lentejuelas brillantes. Los labios pintados de rojo furioso. Estaba buscando a un hombre. Estaba desesperada por hacerlo en un callejón, o detrás de un contenedor de basura, contra una pared de ladrillos, y que alguien me metiera dinero sucio en el sujetador.

Ella espera. Lily se niega a mostrarse escandalizada.

—¿Consiguió lo que quería?

—Me arrestaron antes de que el tipo pudiera sacarme la polla. —Se ríe—. Me dejaron libre bajo promesa de comparecer. Todavía no he vuelto. Pero… —Su expresión cambia. Lentamente se vuelve a sentar. Se pasa la mano por la cara—. Es como si yo fuera dos personas. —Se queda en silencio un momento. Luego dice con calma—: Tengo miedo. Realmente no quiero perder a mi familia. No me gusta lo que hago. Me avergüenza. Me siento sucia. Hasta que el deseo comienza a crecer de nuevo, y se vuelve urgencia. Y toda mi energía consciente se vuelca a planear el siguiente encuentro, a esconder la verdad, a tapar lo que hago. Y a veces siento que voy a morir. Tal vez es en realidad un deseo de muerte. Una parte de mí está tratando de destruirse. —Hace una pausa—. Y ahora usted me está juzgando. Lo veo en sus ojos.

—Este es un lugar seguro, Paisley. Siéntase confiada de poder decir lo que sea.

—Como en un confesionario.

Lily trata de sonreír amablemente.

—Como en un confesionario. —Aunque ella sabe que hay cosas que no se pueden revelar a un sacerdote—. Dígame algo, Paisley. Si le preguntara qué edad tiene el pequeño demonio que vive en su interior, ese pequeño ser que trata de destruirla, ¿qué diría?

—Qué pregunta más rara.

—No tanto. Nuestras mentes son mosaicos, y la sensación de estar habitados por partes enfrentadas entre sí es muy común. A veces explorar y abrazar esas partes disociadas de nosotros mismos, nuestros gestores internos, puede ser de mucha ayuda. Una forma de hacerlo es nombrar a esos gestores internos, ver qué edad tienen, sacarlos fuera y conversar con ellos.

—No sé qué edad tiene el pequeño demonio. —Paisley frunce los labios—. Once. Tal vez mi diablilla tenga doce años.

“La edad de Phoebe. Phoebe con su botella de vodka de fresa bajo su cama. Phoebe que dibujó un personaje manga cortándole la garganta a otro personaje con un cuchillo”.

—Entonces, ¿es mujer?

—Supongo. La misma edad que mi hija mayor. Es una edad complicada, ¿no?

—Sí, ciertamente. —Lily traga con dificultad—. Hacer equilibrios entre la niña que todavía es y la mujer en que se convertirá es complicado, especialmente con los mensajes cruzados de la sociedad y las expectativas. —Lily carraspea. Tiene que concentrarse—. Ahora quiero que cierre los ojos, Paisley, y que imagine a esa niña, que la traiga a su mente.

—Esto me parece… un poco raro.

—Inténtelo.

La paciente cierra los ojos y respira profundamente. Le lleva un tiempo verbalizar.

—Creo que la estoy viendo. Se ríe de mí. Me provoca.

—Mírela un poco, siéntala.

Paisley se queda en silencio, pero comienza a jadear. Las mejillas se le enrojecen.

—¿Qué aspecto tiene, Paisley?

—Cabello negro. Largo. La piel muy pálida. Labios oscuros.

—¿Puede… ponerle un nombre, así la podemos llamar cuando sea necesario?

Paisley respira con más ansiedad y sus manos se aferran con fuerza a sus piernas.

—Creo que su nombre es… Jane. No…no… ella me dice que se llama Sophie.

La mente de Lily se queda en blanco.

La boca de Paisley se deforma en una mueca.

—¡La odio! Es una zorra maldita. Quiere hacerme daño. —Los ojos de Paisley se abren de pronto. Su pecho se agita. Su rostro está enrojecido y sudoroso. Tiembla y le brillan lágrimas en los ojos—. No puedo hacer esto. No puedo. No quiero hacerlo.

Lily tiene la boca reseca.

—¿Por qué no, Paisley?

—Porque… es horrible, esta chica de cabello negro quiere matarme. Tiene un cuchillo y quiere cortarme la garganta para que me calle, quiere matar lo

bueno que hay en mí. La parte inocente que tengo. Quiere quitarme absolutamente todo lo que amo, mi familia, y yo… no sé por qué, o qué he hecho para que me odie tanto. O por qué querría hacerme esto a mí. —Paisley coge la jarra de agua que hay frente a ella y con la mano temblorosa se sirve un vaso. Se lo bebe entero—. Lo siento. No sé de dónde salió todo esto.

—Está bien. Lo hizo usted muy bien. No trataremos de indagar más en esta sesión, pero la próxima vez podríamos convocar a ese otro gestor interior que mencionó, el de su parte buena. Y le podemos preguntar a la niña buena si ella tiene algo que decir sobre… la niña mala.

—Sobre Sophie.

Lily siente que se le hielan las venas. Es transferencia. Es proyección. Eso es todo. Necesita tomarse un descanso.

VÍCTIMA DE UN SECUESTRO

LA VERDADERA HISTORIA DE UN CRIMEN

Anteriormente ese día, la tarde del 22 de abril de 1989, Harrison Whittaker, de siete años, encontró a su madre ocupada con su máquina de coser en el sótano, donde hacía más fresco. Estaba cosiendo un disfraz para su hermana mayor, que iba a actuar en una obra de teatro del colegio. Chrissie iba a hacer el papel de Sandra Dee en *Grease* y había estado practicando sus canciones hasta que a Harrison le empezó a doler la cabeza.

—¿Puedo ir a casa de Danny a jugar? —preguntó a su madre.

—No. Vamos a ir al centro comercial dentro de una hora. Necesitas pantalones nuevos.

—No necesito pantalones. Necesito ir a jugar. Por favor. La mamá de Danny dice que van a hacer una barbacoa más tarde, con salchichas y helado, y luego veremos un vídeo. Y él me dijo que podía ir. Su mamá dijo que podíamos hacer una fiesta del pijama y montar una tienda con mantas. ¡Porfiiii!

—Harrison…

—Por favor, mami. Te prometo que voy a hacer todos mis deberes y todo lo que digas.

Gimió y suplicó. Había estado muy tranquilo el día anterior. Y ese clima inusualmente cálido tenía a todo el mundo inquieto. Su madre miró el reloj.

Sheilagh Whittaker estaba cansada. Su marido trabajaba hasta tarde en la industria de petróleo y del gas, donde acababan de ascenderlo. Ella llevaba sola todo el peso de las tareas del hogar al tiempo que intentaba emprender un negocio familiar. Todavía tenía que pasar a buscar los folletos de promoción para la incipiente empresa. Era importante elegir sus batallas y racionar su limitada energía, y Harrison la agotaba con su efervescencia.

—De acuerdo, está bien.

—¡Gracias, mami! —Él la besa y ella sonríe con el corazón derretido.

La última vez que Sheilagh Whittaker vio a su hijo fue por el espejo retrovisor cuando se alejaba para ir al centro comercial con Chrissie. Estaba de pie junto a su mejor amigo y vecino, Danny McNeill, en el jardín de los McNeill, a cuatro casas de los Whittaker, saludándola con la mano, feliz. Harrison tenía en sus brazos al pequeño terrier, Pogo. Llevaba a su perro a todas partes.

Si Sheilagh Whittaker hubiera obligado a Harrison a ir con ella al centro comercial por sus pantalones, su hijo aún estaría con vida.

Tendría ahora unos cuarenta años.

Sheilagh tal vez sería abuela. Su esposo, Jim, tal vez estaría vivo. Quizá no habría

caído en el alcoholismo a causa de la muerte brutal de su pequeño hijo. Jim Whittaker nunca volvió a ser el mismo después de ese día de primavera en Glenn Dennig.

Si Sheilagh Whittaker no le hubiera pedido a su hija Chrissie que llevara el pastel de merengue que había comprado para la familia McNeill en el centro comercial, Chrissie podría haberse convertido en una mujer totalmente diferente. Sheilagh podría tener aún contacto con su hija.

"Es lo que más lamento en la vida", dijo Sheilagh Whittaker a un periodista de la televisión que cubría el aniversario de la masacre familiar de Glenn Dennig.

"Si no hubiera estado tan agotada, si no hubiera cedido a sus súplicas. Si… si hubiera tomado una decisión diferente, Harrison no habría sido víctima de un psicópata. Todos hubiéramos tenido vidas diferentes, porque la pesadilla no terminó con el asesinato de Harrison. No terminó con las muertes de Danny McNeill y sus padres. Tuvo un efecto dominó a lo largo de los años". Sheilagh Whittaker hizo una pausa y apartó la mirada de la cámara, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

"Un psicópata nos destruyó. No hay forma de pasar página, ¿sabe? Un crimen violento como ese no termina cuando atrapan al asesino. Sigue teniendo consecuencias. Durante años y años. Incluso para el joven presidente del jurado: el estrés del juicio lo afectó mucho. Murió en un accidente por conducir borracho trece meses después del veredicto, y creo que estaría con vida si esto no hubiera sucedido.

RUE

AHORA
Martes 21 de junio

—Soy Dez Parry —dice la mujer mientras estrecha la mano de Rue—. Soy la gerente de Red Lion. También sirvo las mesas, contrato y formo al personal. Soy multitareas. ¿Qué puedo hacer por usted, sargento Duval?

—¿Hay algún lugar donde pueda hacerle algunas preguntas en privado? —pregunta Rue mientras guarda su placa.

La gerente parece ponerse nerviosa.

—¿De qué se trata? —El ceño fruncido se acentúa cuando parece darse cuenta de algo—. ¿Nos hemos conocido antes?

—Estuve aquí como cliente —dice Rue con rapidez. Es lógico que su presencia se distinga en un barrio como este—. Pero esta vez vengo como policía, desgraciadamente. Es por una de sus empleadas, así que si pudiéramos hablar en privado, se lo agradecería.

Parry conduce a Rue hacia una pequeña oficina y cierra la puerta.

—Siéntese, por favor —dice mientras aparta una montaña de carpetas de la silla.

Rue advierte que hay un monitor de circuito cerrado de vigilancia en un rincón de una estantería. Muestra una imagen algo granulada de la zona exterior de la entrada de Red Lion. Otra parte de la pantalla dividida muestra el área dentro de la taberna donde está la persona que recibe a los clientes.

—¿Tiene una empleada llamada Arwen Harper?

—Yo… —Parry se queda inmóvil. Sus ojos se abren llenos de asombro. Se lleva la mano a la boca—. Ya sé de qué la conozco. De la televisión. La mujer encontrada en la playa de Grotto… —Su voz se va silenciando. Comienza a llorar y se pone pálida. Casi parece un fantasma—. Arwen no se ha presentado a su turno hoy… La he llamado a su móvil, pero saltó el contestador. —Se sienta en la silla detrás del escritorio. Aturdida. Tratando de procesar el impacto —. Es ella, ¿no? Vi en las noticias que Tom Bradley, uno de nuestros clientes,

encontró su cuerpo y… Dios mío. Él… ¿Tom Bradley encontró a Arwen? Por Dios, eso debe haber sido… Dios mío.

—Entonces, ¿usted conoce al doctor Tom Bradley?

—Sí por supuesto. Es uno de nuestros clientes habituales. Viene regularmente con un grupo de profesores de la universidad cada viernes para la *happy hour*, y con frecuencia se quedan hasta tarde. Arwen es la camarera que siempre los atiende. Llegó a conocerlos bastante bien en muy poco tiempo.

—¿Puede usted darme los nombres de los hombres que regularmente vienen con el doctor Bradley?

—Supongo que… que no estoy violando la privacidad de nadie. Todo el mundo sabe que los profesores vienen aquí todos los viernes. El grupo principal está formado por Tom Bradley, Simon Cody, Sandeep Gunjal y Milton Tommons. Fue con Tom y con Simon con quienes Arwen tuvo una relación más cercana. Me contó que fue Tom quien le consiguió el alquiler de la cabaña frente a la casa de Simon.

—¿Cómo de amistosa exactamente era la señorita Harper con estos hombres? ¿A nivel íntimo?

—Bueno, creo que… que Arwen salía de caza. No lo digo como crítica. Ella es, era, una madre soltera luchadora, una artista. Y necesitaba dinero. Pero, en realidad, nunca le pregunté nada sobre su pasado ni sobre lo que hacía. Cuando la entrevisté para el trabajo, me dio la sensación de que escapaba de algo. Y… también vi las cicatrices que tenía en las muñecas. Por debajo de sus pulseras, de su sonrisa y de su actitud tan alegre, creo que había una mujer herida. —Hace una pausa. Las lágrimas brillan en sus ojos—. ¿Está segura de que era ella?

—Sí, lo siento.

Parry busca unos pañuelos de papel y se suena la nariz. Se queda en silencio por un momento.

—No me lo puedo creer. —Su mirada se encuentra con la de Rue—. ¿No fue un accidente?

—La muerte es sospechosa, señorita Parry. Por eso llamaron a mi equipo. Puede ser que Arwen estuviera justo en el lugar equivocado a la hora equivocada. Pero tenemos que analizar todas las posibilidades.

Parry se suena la nariz y asiente.

—¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudar?

—¿Hay alguna razón por la que alguna persona haya querido hacerle daño a

Arwen? ¿Alguna vez expresó temores, preocupaciones sobre alguien en particular?

—No, le caía bien a todos. A los hombres, especialmente. No se me ocurre nadie que quisiera hacerle daño.

Rue carraspea.

—¿Es posible que ella se estuviera acostando con Simon Cody o con Tom Bradley?

—Es posible. En algún momento lo sospeché. Pero ella nunca dijo nada. Están casados.

—¿Las mujeres venían alguna vez a Red Lion con sus maridos?

—No para la *happy hour*. Pero Tom y Simon han traído a sus familias a comer alguna vez en el pasado.

—¿Arwen mencionó alguna vez a las mujeres, o comentó que estuvieran celosas?

—No, por Dios. Ella era…, bueno, ya sabe… Arwen era muy cálida, muy abierta, pero en realidad nunca habló de nada realmente personal. Yo, que pensaba que la conocía bastante bien, creo que nunca supe quién era de verdad. Todo era una… fachada. Esa imagen alegre y optimista de bohemia que ella transmitía era como una máscara.

—¿Cuánto hacía que trabajaba aquí?

—La contraté a fines de abril. Una de las camareras acaba de renunciar y estaba con poco personal y bastante desesperada. Ella vino por el aviso que puse fuera y la contraté de inmediato. Resultó ser una de las mejores empleadas que he tenido. Y me apena verdaderamente, estoy muy triste.

Rue espera a que Parry se suene la nariz y se componga un poco.

—¿Sabe si había algún otro hombre en la vida de Arwen Harper? ¿Alguien vino alguna vez con ella a la taberna?

—Sí, la vi con un hombre. Lo vi dos veces. Vino a buscarla después del trabajo, y otra vez a tomar algo. Parecía como si estuviera esperando que ella terminara su turno.

—¿Arwen mencionó su nombre? —Rue trata de mantener la calma.

—No, lo siento. Respeté su privacidad y como dije, no le pregunté nada.

—¿Qué aspecto tenía?

—Buen físico. Cabello rubio. Parecía un atleta. Cerca de los cuarenta, un poco más tal vez.

"Un verdadero idiota, Seth".

—¿Cuándo vino Arwen a trabajar por última vez?

—El sábado 18 de junio. Se tomó libre el domingo porque tenía una barbacoa. Había programado venir hoy a trabajar.

Rue saca su tarjeta y un boli. Rodea con un círculo el número de su móvil en la tarjeta.

—Llámeme a este número si recuerda el nombre del hombre con el que la vio. O si alguien de su equipo lo sabe por casualidad. —Le da la tarjeta a Parry, duda y vuelve su barbilla hacia el monitor de circuito cerrado—. ¿Cree que las cámaras de seguridad puedan haber captado al tipo en el bar?

—En el bar no. Por una cuestión de privacidad las cámaras solo cubren la entrada y la salida. Pero sí lo deben haber tomado al entrar y salir.

—¿Durante cuánto tiempo guardan las grabaciones?

—Se borran cada siete días. Hemos decidido no gastar más en el almacenamiento digital. Siete días es suficiente para nuestras necesidades.

—¿Podrían entregarme una copia de las grabaciones que tengan guardadas?

—Sí, claro. Ahora las copio a una memoria USB para usted.

—Y también necesito una copia de los turnos de trabajo que tenía asignados Arwen Harper.

Parry asiente y se vuelve para teclear en el ordenador de su oficina.

Cuando Rue sale de Red Lion, lleva en el bolsillo de su chaqueta la copia de la grabación de seguridad. Fue hace cuatro noches cuando vio a Seth salir de la taberna con Arwen. Seth aparecerá en esa filmación, posiblemente en compañía de la mujer muerta, y Rue no está segura de qué es lo que hará al respecto.

Cuando se acerca a su vehículo, suena su móvil.

Es la agente Georgia Backmann. Rue toma la llamada.

—Hola, jefa —dice Georgia—. Uno de nuestros agentes ha encontrado algo. Habló con una mujer mayor que vive del otro lado del callejón de atrás de la casa de los Bradley. La mujer dice que una camioneta Dodge llegó y aparcó en la plaza de aparcamiento justo después de que se llevaran a Tom Bradley para interrogarlo la mañana en la que llamó a emergencias. La camioneta era de color gris oscuro metalizado con una pegatina en la ventana de atrás: la silueta de un esquiador. La anciana dice que ha visto esa camioneta allí en otras ocasiones, pero nunca tan temprano por la mañana. Tiene una placa del parque de bomberos de Story Cove. La mujer cree que el conductor es un bombero y uno de los pacientes de Lily Bradley. El oficial aparcado frente a la casa de los

Bradley no lo vio porque entró por el callejón de atrás. Estuvo allí poco tiempo. Podría ser un testigo, o tal vez no.

—Lo voy a comprobar yo misma —dice Rue mientras entra en su vehículo —. Estoy muy cerca del parque de bomberos. Paso ahora.

RUE

AHORA
Martes 21 de junio

Rue entra en el aparcamiento del parque de bomberos de Story Cove. El edificio tiene una fachada Tudor, como la taberna Red Lion. Es el estilo de esta zona de la ciudad y, con los camiones rojos y brillantes apostados en fila al frente, parece una imagen sacada de un libro de cuentos infantiles. Como un decorado. Falso. Una máscara.

Mientras conduce despacio, observa los coches y camiones aparcados allí. Al fondo, delante de un abeto, ve una camioneta Dodge gris oscuro metalizado. Rue aparca en un lugar vacío cerca de la Dodge y llama a Toshi.

—Hola, jefa —dice Toshi—. Estamos terminando en la morgue. Tal como anticipó Fareed, en principio, Arwen Harper murió de un trauma masivo compatible con una caída desde la cima del acantilado. Si sufrió alguna herida antes de la caída, quedó tapada por el traumatismo posterior que sufrió al caer. Pero las muestras de los restos bajo sus uñas han sido enviadas al laboratorio. Ahora esperamos los resultados de toxicología y ADN.

—¿Lo has enviado todo al laboratorio privado? —pregunta Rue, mientras sale del vehículo y comienza a caminar alrededor de la camioneta Dodge. Ve la pegatina del esquiador en la ventana de atrás y la placa del parque de bomberos de Story Cove.

—Afirmativo —dice él—. Lo harán lo antes posible. Estoy yendo a casa de Harper. Hemos conseguido una orden de registro en caso de que Klister y su gente presenten objeciones al procedimiento alegando que obligamos al adolescente en duelo a darnos información. También conseguí los permisos para el registro del teléfono de Harper.

—Bien. Nos encontraremos en la vivienda. Tal vez tengamos otro testigo. Estoy por confirmarlo.

Le cuenta a Toshi lo que la agente Backmann le ha dicho. Termina la llamada, se guarda el teléfono en el bolsillo y camina hacia el garaje donde

varios bomberos en pantalón corto lavan y lustran uno de los camiones de bomberos con escalera. Un hombre con un paño en la mano la observa.

Otro con un trapo en la mano levanta la vista.

—Hola —dice levantándose y acercándose a ella—. ¿Puedo ayudarla?

—Detective Rulandi Duval. División de Homicidios Integrados. —Le muestra su identificación.

Él la estudia.

—¿Qué sucede? —pregunta.

Ella señala con el pulgar por encima de su hombro.

—¿A quién pertenece esa camioneta Dodge gris?

El ceño del hombre se profundiza.

—¿Por qué?

—Estamos buscando a un posible testigo de un incidente, y ese vehículo estaba cerca. Quiero hablar con el dueño.

Un hombre robusto emerge del otro lado del camión de bomberos, secándose las manos con un trapo.

—Es mía. ¿Por?

—¿Y usted es?

—Garth Quinlan.

—¿Usted estaba en el callejón de Oak End ayer por la mañana, señor Quinlan?

—Sí… —Duda y luego agrega—: ¿Podemos hablarlo allí, cerca de mi camioneta, así dejamos que los muchachos sigan trabajando aquí?

Rue lo sigue. Él la mira de frente.

—Mire…, esto es algo personal. Quisiera mantenerlo en privado.

—¿Qué es lo que quiere mantener en privado, señor?

Él se toca la frente y desvía la mirada.

—Verá, yo voy a terapia. Psicoanálisis. Y antes de que crea que estoy loco, le aseguro que no es así. Es solo que no quiero que los muchachos, o ninguna otra persona, sepa que estoy viendo a una psicóloga. No he hecho nada malo. Fui a la casa de mi terapeuta para una sesión temprano por la mañana.

Rue se interesa.

—¿Qué le hace pensar que estoy aquí para ver si usted hizo algo malo?

—Vi las noticias. Sé que el marido de mi terapeuta encontró un cuerpo en la playa justo antes de que yo llegara a su casa. He pensado que es por eso por lo que usted ha venido a verme. Por la mujer muerta.

Se lo nota nervioso. Rue está cada vez más interesada.

—Solo me interesa saber si vio algo relevante para nuestra investigación. Usted entró en el jardín de los Bradley por la calle lateral y se marchó un poco después. Supongo que no pudo tener una sesión de terapia en tan poco tiempo.

Él se pasa la mano por el cabello. Una manaza enorme, fuerte, marcada por cicatrices. Los nudillos de un luchador.

—De acuerdo…, oiga, voy a ser sincero con usted, porque no quiero ningún problema. Tengo antecedentes. Hace mucho mucho tiempo, en otra vida, fui condenado por agresiones. Dejé a un hombre en una silla de ruedas para el resto de su vida. No puede ni mear ni alimentarse por sí mismo. Mi mujer no lo sabe. Por eso no se me ocurrió declarar cuando vi… No quería quedar involucrado en ninguna investigación policial… Me estoy muriendo. Tengo un cáncer terminal muy agresivo. Es mi castigo, supongo. En unas pocas semanas probablemente ya no pueda hacer este trabajo de bombero. No tengo tiempo que perder. Y sí, esa es la razón por la que voy a terapia. Para poder procesar el final de la vida, y lidiar con la frustración y la rabia que sentí cuando me enteré de que no podría vencer a la enfermedad.

—Lamento mucho las noticias, señor Quinlan. ¿Qué vio?

Él se moja los labios, desvía la mirada como si tratara de encontrar la forma de evitar meterse en ese tema.

—Tenía agendada una sesión temprano. No iba a seguir con la terapia porque creía tener las cosas bajo control, pero… no era así. Cuando llegué, la doctora Lily Bradley no estaba en su consultorio. La puerta de la sala de espera estaba cerrada con llave. Pero vi que su coche estaba en la entrada, así que pensé que tal vez se había olvidado o se había equivocado de hora. Traté de llamarla por teléfono desde mi camioneta y mientras estaba llamando, vi que se encendió una luz en el cobertizo del jardín. Así que me asomé por el muro. Lily salía del cobertizo con una pequeña bolsa de basura. Entró deprisa por la puerta de la cocina. Entonces, abrí la verja, pensando en llamar a la puerta de atrás y captar su atención. Como le dije, tengo un reloj en cuenta regresiva en mi vida, y al poco rato comenzaba mi turno de trabajo. Necesitaba hablar con alguien antes de irme a trabajar. La vi a través de la ventana del comedor y llamé. Ella… pareció sobresaltarse. Y cuando vino a la puerta… tenía sangre en las manos y en la cara.

—¿Sangre?

Él asiente.

—¿Qué sucedió entonces?

—Estaba muy nerviosa. Me dijo que había tenido una emergencia familiar. Empezó a sonar el teléfono fijo y me cerró la puerta en las narices. Me quedé perplejo, así que… permanecí allí y miré un poco por la ventana. No pude evitarlo. Cuando volví a verla, estaba en la cocina. Sacó algo del congelador. Era carne. Desenvolvió varios paquetes y metió la carne en la bolsa de basura que había cogido del cobertizo. La envolvió bien y volvió a meterla en el congelador. Luego, metió los envoltorios de la carne en el cubo de basura debajo del fregadero.

—¿Usted vio todo eso? —pregunta Rue.

—Mire, no estoy orgulloso de haber espiado a mi terapeuta. Pero es que uno desarrolla una relación con una psicóloga, alguien a quien le confías todos tus secretos personales… Y ella, en cambio, no comparte nada de su vida personal. Es normal sentir curiosidad. Y lo que estaba viendo…, no pude dejar de mirar. Después me sentí fatal. Y nervioso. Porque cuando me marché, vi el coche de la policía aparcado frente a la casa. Y más tarde vi las noticias… e imaginé que lo que fuera que estuviera pasando, ustedes ya estarían al tanto, y que lo que vi en la casa de los Bradley no sería…, no pensé que fuera significativo para la investigación. Pero sí habría una gran diferencia en mi vida, la de mi mujer y mis hijos si yo me mantenía al margen.

—Y ahora está aquí, frente a mí.

—Sí, aquí estoy. Me han encontrado. Y sé que parece raro. Por eso le estoy contando directamente que tengo un pasado, porque seguramente usted buscará mis antecedentes y lo averiguará de todos modos. —Hace una pausa y sostiene la mirada de Rue. El viento sopla entre las ramas del abeto—. Por favor —dice en voz muy baja—, por el bien de mi mujer y de mis hijos, si no hace falta que mis antecedentes salgan a la luz, por favor, no les haga daño. Lo que hice en mi vida anterior fue horrible. No quiero que lo lleven toda su vida sobre sus hombros. —Traga saliva, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Tiene usted hijos, detective?

—Sí, tengo un hijo.

—Siempre va a querer proteger a su hijo, ¿verdad?

PHOEBE

ANTES
Miércoles 15 de junio

CUATRO días ANTES DE SU MUERTE

Phoebe abre la puerta principal a Joe y le hace una reverencia, como si fuera una cortesana antigua, y le dice con voz teatral:

—Bienvenido a la humilde morada que habitamos, estimado peregrino.

Él se ríe y ella también. Joe acompañó a Phoebe a casa desde el autobús y ella decidió invitarlo a pasar. La verdad es que es el primer chico al que ha invitado a casa, un chico por el que se siente totalmente atraída. Por supuesto ha habido otros chicos, pero por lo general eran los hijos de los amigos de sus padres o vecinos que venían a las fiestas de cumpleaños, a jugar a su casa o a las barbacoas del verano.

Phoebe quiere mostrarle a Joe los progresos que ha hecho con su novela gráfica manga sobre la chica mágica y oscura, pero de pronto se lo piensa dos veces. No lo conoce hace tanto tiempo y está un poco nerviosa de verlo en su casa. Todo el lugar parece más pequeño en su presencia. También está muy nerviosa por lo que podría llegar a decir su madre, que tiene unas reacciones horribles ante todo lo que hace Phoebe. Las primeras palabras que salen de la boca de su madre siempre son "No. Ni se te ocurra. No es una buena idea, Phoebe".

Su madre tampoco ha visto todavía su pelo fucsia. Se lo tiñó con ayuda de Fi en la casa de los Cody y ya se metieron en problemas porque mancharon de rosa la encimera blanca del baño.

Tal vez la presencia de Joe mitigue el impacto de su reacción negativa. Su madre tal vez se concentre tanto en el hecho de que ha llevado a un chico a casa que no se dé cuenta del color del pelo.

Joe no avanza mucho más allá de la puerta de entrada. Se detiene a mirar las fotos enmarcadas de la familia Bradley en el vestíbulo. Se queda allí

mirándolas. Una distancia crece en su mirada. Sus ojos van de la foto de los padres en el viaje de camping a la de un safari familiar en Botsuana, a otra de los cuatro riéndose en una playa en Aruba.

La ansiedad la carcome. Seguramente él está juzgándola. Juzgando a su estúpida, conservadora y privilegiada familia blanca… Puede verlo, sentirlo.

—¿En qué estás pensando? —le pregunta despacio.

Él se vuelve y sonríe. Su mirada es cálida y el corazón de Phoebe da un vuelco.

—Mi madre siempre me pregunta en qué estoy pensando.

—Lo sé…, es típico de las mujeres, pero…

—No hay problema. —Le toca ligeramente el brazo con la punta de sus dedos—. Pensaba lo bonito que debe de ser tener una familia normal, ¿sabes?

—¿Normales? ¿Nosotros?

—Sí. Una madre, un padre, un hermano pequeño. Una casa en la que has vivido toda la vida. Buenos amigos en el barrio. Conocer a todos. Ir de vacaciones en familia por el mundo. Es…, ¿cómo decirte? Como la familia de una película de Hollywood.

—La verdad es que apesta. Que todos sepan todo en una pequeña comunidad. A mí me gusta cómo es tu vida, emocionante, muchos viajes y aventuras.

—Bueno, a mí me gustaría conocer a mi padre; quiero decir, al menos saber cómo es. Y con mi madre nunca he estado en África. Probablemente nunca vayamos. —Mira más de cerca la foto del safari—. Esto debe de haber sido increíble.

Phoebe juguetea con la pulsera de cuentas naranjas y verdes que lleva en la muñeca y que compró para salvar a los rinocerontes y siente una punzada en el corazón. Más que nada en este mundo, desearía ir a un safari con Joe Harper. La foto de la familia parece haberle provocado nostalgia. Y Phoebe de pronto no está tan segura ahora de que este sea el momento adecuado para mostrarle lo que tiene en su iPad. Le parece trivial.

La puerta del pasillo que lleva al consultorio de su madre se abre y ella aparece.

Phoebe se pone tensa.

Su madre entra el vestíbulo, con una expresión extraña en el rostro. El pulso de Phoebe se acelera.

Tiene en la mano una botella vacía de vodka. De fresa. El que lleva Phoebe

para beber en el claro del bosque con Fi. Le trae el recuerdo del hombre que las espiaba.

Su madre abre la boca para decirle algo, cuando de pronto ve a Joe, quien da un paso al frente y entra en su campo de visión. Lily se frena y mira a Joe con la boca entreabierta.

—Mamá —dice Phoebe—. Este es Joe. Va a mi colegio.

Matthew baja la escalera ruidosamente y grita:

—¡Mamá! ¡Phoebe se ha teñido el pelo! ¡De rosa! ¡Fucsia! Fi la ayudó y Jacob dice que mancharon todo el baño de los Cody de rosa.

—Cállate, pequeño idiota —le grita Phoebe a Matthew.

—Hola, señora Bradley —dice Joe rápidamente, tendiéndole la mano para saludarla como un caballero o un hombre de negocios, lo cual la deja descolocada.

—Joe es nuevo en el colegio, bueno, en el barrio —dice Phoebe.

—Mamá está furiosa contigo —interviene Matthew—. ¿Has visto lo que encontró debajo de tu cama?

—Matthew —dice su madre—, sube a tu habitación.

El chico no se mueve. Está mirando fijamente a Joe. En sus ojos hay admiración o estupor. Joe sonríe mansamente a Matthew y se encoge de hombros con gracia. Matthew sonríe.

—Bueno, yo ya me tengo que ir. Solo acompañé a Phoebe del autobús a su casa y ya me voy. ¿Te veo mañana, Phoebe? Encantado de conocerla, señora Bradley. —Se dirige rápidamente hacia la puerta—. No se molesten en acompañarme. —Se pone de nuevo los zapatos y coge el picaporte de la puerta para abrir.

Phoebe espera que su madre diga: "No te vayas por mí".

Pero su madre dice en un tono frío y cortante:

—Encantada de conocerte, Joe.

La puerta se cierra tras él.

—¿Qué te pasa? —explota Phoebe enfadada. El ataque es su mejor defensa. Atacar antes de que su madre la regañe por el vodka y el cabello teñido.

—¿A mí? —dice su madre—. ¿Qué te pasa a ti? Esto es lo que me pasa a mí. —Sostiene en alto la botella vacía—. ¿Qué es esto?

—Es una botella de vodka, mamá, por Dios. ¿Así les hablas a tus pacientes como esa zorra de Tarryn Wingate? Porque Tarryn se emborracha y se acuesta

con todo el mundo. Probablemente hasta con su entrenador de natación. Estoy segura de que a ella la tratas bien.

—Phoebe, no hables de mis pacientes, jamás. —La furia crepita los ojos de su madre. Es como una descarga eléctrica que emana de su piel. Sus mejillas están enrojecidas. Phoebe siente un poco de miedo. Nunca había visto a su madre tan enfadada—. ¿Qué edad tiene Joe?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Parece que tiene veinte años, Phoebe. Tú tienes doce. No eres ni siquiera adolescente.

—¿Y qué pasa si tiene veinte años? ¿Vas a prohibirme que lo vea porque es demasiado mayor para mí? ¿Vas a decirme que no puedo teñirme el pelo del color que quiera porque soy una niña? ¿Porque no encaja con la imagen que tienes de mí? Porque ¿sabes qué, mamá? Lo voy a ver igual. Haré lo que quiera, no me importan tus estúpidas órdenes, porque no eres mi jefa y si no puedo invitar a mi novio a casa, no lo invitaré. Iré directamente a su casa. O me escaparé con él. —Sale disparada escaleras arriba.

—¡Estás castigada, Phoebe! —grita su madre en la escalera detrás de ella.

Phoebe entra en su habitación, da un portazo y cierra con llave. Se apoya en la puerta y los ojos se le llenan de lágrimas. Cae lentamente sentada al suelo y se abraza las rodillas.

LILY

ANTES
Miércoles 15 de junio

CUATRO DÍAS ANTES DE SU MUERTE

Lily enciende una vela en la capilla de piedra cerca del mar y se arrodilla frente a la imagen de la Virgen María. Cierra los ojos y junta las manos en oración.

Tendría que estar en casa preparando la cena, pero Tom llamó para decir que llegaría tarde y ella siente una gran soledad, porque su marido no podría comprender la profunda y terrible preocupación que siente respecto de su hija y de la forma en que Phoebe la hace sentir como si fuera un monstruo.

Después de su exabrupto con su hija de doce años, Lily está asustada. Sus miedos se han acrecentado por las recientes sesiones con Paisley y su pequeño demonio interior y con Garth, que se pregunta si es posible el perdón para convertirse en alguien nuevo. La discusión con Phoebe fue como una confrontación con su yo interior de doce años, y tal vez por eso se enfurece con su hija de un modo tan irracional. Al igual que Paisley, Lily tiene en su interior una niña mala. Al igual que Paisley, el demonio interior de Lily probablemente sea también una niña a medio camino entre la niñez y la edad adulta, zarandeada por la cultura patriarcal y las presiones contradictorias. Phoebe tal vez se ha convertido en la encarnación externa de algo que habita en el inconsciente de Lily. Al menos, esa es la explicación que la terapeuta que hay en ella ha comenzado a creer.

Tiene que encontrar una solución antes de que aleje demasiado a su hija. Antes de perder el control sobre su vida perfecta. Antes de no poder continuar compartimentando y guardando bajo llave los horrores de su pasado.

Inclina la cabeza mientras la Virgen la mira desde arriba. La juzga.

"Arrepiéntete".

Lily permanece de rodillas en silencio unos instantes más, mientras continúa

examinando su conciencia, como debe hacerlo antes de confesarse.

Debe ser una mejor esposa. Debe tener sexo con Tom, para que él no se vea forzado a buscar en las esposas de sus vecinos o en otras mujeres la satisfacción de sus deseos. Seductoras, destructivas y tentadoras como Paisley. "No nos dejes caer en la tentación". Debe separar a su propia niña interior en su diálogo con Phoebe. Debe esforzarse más para no juzgar moralmente a sus pacientes. Como la repulsión que le produjo Paisley, que seduce compulsivamente a los maridos de otras mujeres. Paisley también está sufriendo. Está enferma. Lily necesita mantener su juramento como terapeuta y seguir siendo empática. Compasiva. Eso es lo todos quieren: ser amados. Pertenecer. Ser perdonados por sus pecados.

"Amen".

Lily hace la señal de la cruz. Está lista para confesarse. La luz verde fuera del pequeño confesonario está encendida. El sacerdote está listo para atenderla.

Lily entra a la pequeña caseta en la parte de atrás de la iglesia. Se arrodilla en un reclinatorio. Puede ver la silueta del sacerdote, velada por el entramado de madera.

—Perdóneme, padre, porque he pecado —dice ella despacio—. Hace un mes desde mi última confesión. Y yo…

Las palabras se apagan en sus labios.

—¿Cuál es el pecado que deseas confesar, hija?

El sacerdote tiene ochenta y dos años. Llama a todos los feligreses de su rebaño "hijo". Y eso la desconcierta a Lily porque ella ya está luchando con su propia niña interior. Por un instante no puede hablar. Ni pensar.

—¿Hija?

De golpe se da cuenta. Ahora sabe qué es lo que está mal.

—Me temo que no podrá ayudarme, padre. Me temo que… he cometido un pecado mortal que no puede ser perdonado. —Respira agitada—. He cometido el pecado mortal de la desesperanza.

El sacerdote guarda silencio por un momento. El peso, la historia, el juicio de la Iglesia a lo largo de los milenios de pronto se apoderan de Lily, atrapada en el pequeño confesonario. Su pulso se acelera. Siente que se acalora y suda bajo las axilas.

La imagen de Bafomet brilla en su mente y no la puede borrar. La cabra "demoníaca" con cuernos. Un ruido comienza a sonar en su cabeza. Ve el

pendiente de la cabra con el pentáculo brillando en la garganta de la pequeña Sophie McNeill en la foto del viejo periódico.

—Sin embargo, estás aquí, hija mía —dice el sacerdote—. Si no crees que el Señor tiene el poder de absolverte de tus pecados, ¿por qué vienes a mí para pedir su perdón? ¿Por qué te arrodillas ante mí en su nombre si no puedes creer en su misericordia todopoderosa?

Los ojos de Lily arden de emoción. Comienza a sentir un temblor profundo desde las entrañas.

—Padre, he venido ante Dios en muchas ocasiones durante estos años, y he confesado todos mis pecados. Pero no siento que *Él* me haya perdonado. Siento crecer las dudas. Siento miedo. Siento… la presencia de algo que ha venido a robarme todo lo que es bueno. —Vacila—. Siento el mal dentro de mí.

—Cuando confesaste tus pecados anteriormente, ¿cumpliste la penitencia? ¿Hiciste tu acto de contrición con un corazón puro?

—Sí, padre.

—Entonces, debes confiar en que la compasión y el poder del Señor para perdonar son infinitos, y que *Él* sí tiene el poder de absolver todos los pecados. Desesperar es no creer en *Él*, hija mía. La desesperanza es contraria a la bondad de Dios. Es la pérdida de la esperanza existencial. Es el único pecado mortal que no puede ser perdonado porque contradice nuestra comprensión básica de Dios. —Hace una pausa—. ¿Estás segura de que ese es tu pecado? ¿O crees que en el fondo de tu corazón todavía crees en *Él*?

—Todavía creo, padre. Supongo que todavía creo.

—Y entonces, ¿a qué le temes en realidad si *Él* puede absolverte?

Lily siente que le arde la piel. Piensa en las horribles ilustraciones manga en el iPad de Phoebe. El cuchillo contra la blanca garganta. La botella vacía de vodka. El chico mayor. Piensa en heridas abiertas que como ojos rojos y sangrientos la observan desde la piel blanca. Puede oler la sangre.

"Es el demonio", piensa.

"Le temo a un pequeño demonio perverso que lleva el signo de Bafomet. Un demonio que no puede ser nombrado".

RUE

AHORA
Martes 21 de junio

Están en la comisaría. Rue ha regresado de hablar con Garth Quinlan y está informando a Georgia Backmann, a Toshi y a Henry Hague, el "déspota de los documentos", que están en sus respectivos escritorios escuchándola.

—¿Lily Bradley metió carne dentro de una bolsa de basura y la guardó en el congelador? —pregunta Toshi—. ¿Para qué?

—Tenemos que investigar el congelador y el cobertizo, y necesitamos encontrar esa camiseta Ocean Motion. —Rue va enumerando los hechos y cuenta con los dedos—. Virginia Wingate vio a Tom Bradley volver con una camiseta manchada de sangre. Matthew Bradley dice que su padre fue directo al cobertizo cuando regresó de correr. Matthew Bradley tomó fotos de su padre. Garth Quinlan vio a Lily Bradley sacar algo del cobertizo en una bolsa de basura. Quinlan la vio meter la bolsa con carne dentro del congelador. Lily Bradley le abrió luego la puerta a Quinlan con sangre en la cara y en las manos.

—Entonces, Tom Bradley entró al cobertizo incluso antes de llamar a emergencias —señala Georgia.

Rue asiente.

—Mientras Bradley me llevaba al bosque a ver el cadáver, su mujer fue directamente al cobertizo e intentó, presuntamente, ocultar pruebas. Tenemos fundamentos para pedir una orden de registro de ese cobertizo y de la casa. Y ya que estamos allí, quiero las fotos de Matthew Bradley.

—Yo me ocupo —dice Hague, cogiendo su teléfono.

—Toshi, ¿qué obtuvimos del registro en la casa de Arwen Harper? —pregunta Rue.

—Ni el portátil ni el teléfono. Resulta sospechoso, dado que su hijo dijo que estaba trabajando en un proyecto secreto en su ordenador y esa es aparentemente la razón por la que se mudaron a la isla. Vale la pena recordar que ella trabajó como periodista de investigación y en algunos casos actuó

como encubierta. Tenemos que averiguar lo que estaba haciendo. Tiene, además, toneladas de medicinas en su baño. Estimulantes, depresores, antisicóticos; lo envié todo al laboratorio. Una buena cantidad de marihuana y también una gran reserva de bebidas alcohólicas. Y hay restos de mucho material impreso —páginas de periódicos, fotografías en papel, cuadernos— que fueron quemados en la chimenea.

—¿Cómo si hubieran querido destruir algo? —pregunta Georgia.

—Es posible —dice Toshi—. Nos llamó la atención la cantidad de ceniza en la chimenea que no era de leña. Y el hecho de que el ordenador haya desaparecido. Sumado a que su tablero de corcho estuviera vacío. Además, parece que la cerradura de las puertas del armario hecho con el tablero había sido forzada.

—¿Tenemos un potencial móvil de su muerte? —pregunta Georgia—. ¿Como si, en lugar de ser un ataque casual o del asesino de las runners, fuera un asesinato planificado?

—Debemos mantener abiertas todas las opciones —dice Rue—. Toshi, ¿le enseñaste a Joe Harper las fotos de los abalorios encontrados en el cuerpo de su madre? ¿Notó si faltaba algo, del estilo de los trofeos que se llevó el asesino de las runners en los otros casos?

—No me pudo decir —responde Toshi—. Joe dice que su madre cambiaba sus accesorios todo el tiempo y tenía mucha bisutería, así que no tiene forma de saber si faltaba algo.

—De acuerdo. Entonces, no podemos presuponer que se llevó nada —dice Rue—. En los tres casos anteriores, el asesino de las runners se llevó un accesorio de cada una de las víctimas: una antigua sortija de plata de la primera, una pequeña brújula montada dentro de un pendiente de jade con la forma de la Cruz de Malta de la segunda y un brazalete con forma de hexágono de la tercera. Artículos muy diferentes. Además, se llevó un mechón de pelo de cada uno de los cuerpos.

—¿No se registró que faltara cabello en el caso de Harper? —pregunta Georgia.

—Negativo. Fareed no encontró ningún indicio en ese sentido. Sin embargo, debemos considerar que, si esto fue una acción del asesino de las runners y no un ataque planificado, tal vez se detuvo antes de proceder con su habitual *modus operandi*.

—¿Se consiguió algo de su jefa en Red Lion? —pregunta Toshi.

—Nada que llamara la atención inmediata —dice Rue—. Solo que Arwen Harper tenía una relación muy amistosa con Tom Bradley y Simon Cody y su grupo de amigos de la *happy hour*.

—¿Amistosa cómo? ¿Íntima, sexual? —pregunta Georgia.

—Su jefa dice que es posible, incluso probable. Lo cual nos presenta el tema de las esposas de estos hombres: posible rivalidad, celos. Sin embargo, Arwen Harper no le confió a su jefa ningún temor. Según me dijo, todo el mundo la quería. Era una persona muy amigable, pero también muy reservada. Nunca mencionó a ningún enemigo. La última vez que trabajó allí fue en el turno de la tarde, el sábado 18 de junio. El día anterior a la barbacoa. El día antes de morir. Voy a revisar las grabaciones del circuito cerrado de Red Lion de los últimos siete días, que es lo máximo que guardan, para ver si aparece algo.

—¿Quieres que yo lo haga? —ofrece Toshi.

—No —dice Rue con excesiva rapidez. Trata de que no se note su ansiedad —. Estoy bien. Aprovecharé para hacer algo que pueda dejar en cuanto tengamos la orden de registro.

Toshi la observa en silencio un momento. Rue siente calor en la cara y agradece que su tez le permita disimularlo bastante bien. Toshi vuelve su atención hacia su ordenador y luego vuelve a mirarla.

—Ah, encontré algo sobre esas cuentas de plástico con un rinoceronte estampado en una pulsera. Mirad esto —dice mientras les muestra en su ordenador una página web.

Rue y Georgia se juntan para mirar por detrás de su silla.

—¿Veis esa imagen del rinoceronte en el abalorio de bronce? Es el logo de la Fundación Salvemos al Rinoceronte de África meridional. La fundación vende estas pulseras a los turistas en las tiendas de recuerdos y también las vende *online* a gente de todo el mundo. Las ganancias se destinan a combatir la caza furtiva. —Levanta la mirada. —Si Arwen Harper arrancó el hilo con cuentas naranjas y verdes de la muñeca de su agresor durante el forcejeo en el acantilado, existe la posibilidad de que el agresor que la usaba haya visitado África meridional.

—O puede haber comprado la pulsera *online* —dice Rue mirando la pantalla —. Claramente fabrican miles de esas pulseras. La Fundación Salvemos a los Koalas tiene un programa similar para recaudar fondos fuera de Australia.

—Sí, seguro, jefa —dice Toshi mientras frunce el ceño—. Pero es algo que podría permitirnos identificar al agresor, ¿no es cierto? Nuestro sujeto no

identificado puede tener una relación con África: o la ha visitado o tiene un interés en la preservación de la vida silvestre africana. Acota un poco el rango de búsqueda.

Rue siente que Toshi la observa cuando vuelve a su escritorio. Gira su silla y el monitor para que no se vea que revisa la grabación del circuito cerrado de Red Lion. Su pulso está acelerado. Trata de concentrarse.

Encuentra la fecha sobreimpresa del jueves 16 de junio y comienza a mirar la grabación bastante poco nítida en la pantalla dividida. Necesita saber si su propio coche, aparcado frente a la entrada de la taberna, aparece y puede llegar a ser identificado. Mira de reojo a los demás, cada uno en su escritorio. Todos están ocupados en sus cosas.

Vuelve a fijar la atención en el monitor y adelanta el vídeo hasta que ve a Arwen Harper acercándose a la entrada con su paraguas. La hora coincide con el comienzo de su turno en esa fecha. Rue observa cómo entra y al parecer habla con la recepcionista. Se quita el impermeable; luego desaparece de la pantalla. La gente va y viene. Fuera llueve. Se hace de noche. No hay nada que le llame la atención. Adelanta un poco más y entonces capta la silueta familiar de su marido. Se le tensan los músculos del estómago.

Ve cómo Seth entra a Red Lion. Mira a su alrededor, va en dirección del bar y desaparece de la pantalla.

Rue ahora vuelve su atención a la grabación del exterior. Es de noche. Llueve fuerte y hay poca visibilidad de la acera y la calle. Ve su Subaru blanco detenerse en el aparcamiento.

"Mierda".

Vuelve a mirar a sus compañeros. Todos siguen enfrascados en sus tareas. Hace zoom sobre el Subaru blanco. La lluvia brilla en el parabrisas. Rue puede distinguir una figura oscura en su interior, pero no se puede decir que sea ella. Tampoco se ve la matrícula. Posiblemente la imagen podría mejorarse, y alguien identificaría a Rue en el interior. Ella sabe que si el coche llegara a despertar interés, podrían buscar grabaciones de calles aledañas, de cámaras de tráfico que podrían haber captado la matrícula de su coche en el recorrido. Además de obtener una visión más clara del conductor. Su corazón se acelera.

Arwen Harper reaparece en la filmación. Rue se fija en la hora sobreimpresa. Coincide con el final de su turno. Harper sale de la taberna y luego desaparece del campo de visión de la cámara. Rue sabe que la camarera fue a guarecerse bajo un alero, pero a este sitio no llega el circuito cerrado de televisión.

Seth aparece en el área de la recepción, sale de la taberna y luego desaparece en la misma dirección que la camarera. Unos momentos más tarde, el Subaru arranca y se aleja.

Rue se reclina en su silla, con el corazón palpitando agitado. En la grabación, su marido no aparece relacionado con la camarera muerta y potencialmente tampoco Rue. Suelta un aire que no tenía conciencia de estar conteniendo en los pulmones. Busca la lista de turnos que le dio Dez Parry, y vuelve a controlar la hora del turno de Arwen Harper. Luego acelera la grabación hasta esa hora. Ve cómo Arwen Harper llega al trabajo. Nada parece fuera de lo normal: los clientes van y vienen. Harper aparece de vez en cuando en el área de la recepción para apilar los menús. A las 15.15, Harper reaparece en la recepción. Habla con la recepcionista y luego sale de la taberna. Se queda un momento en la entrada de Red Lion, revisa su teléfono y luego se va hacia la derecha y desaparece. Rue se dispone a relajarse pensando que no hay nada que merezca seguir investigando y que probablemente pueda mantener a su familia y sus problemas conyugales fuera de todo el asunto. Pero justo cuando está a punto de archivar la grabación, Rue repara en una figura masculina que está de pie al otro lado de la calle frente a Red Lion. Su pulso da un brinco.

"Es Eb".

Con su bicicleta.

Parado allí, mirando hacia la puerta de Red Lion.

Rue rebobina deprisa, observa de nuevo, con el corazón en la boca. Definitivamente es Eb. Llegó a las 14.46. Y se quedó allí mirando la entrada hasta que Harper salió y se fue. Una sensación de náusea le revuelve el estómago mientras ve cómo la cabeza y la mirada de su hijo siguen a Arwen Harper mientras la camarera desaparece de la vista de la cámara.

Rue casi no puede pensar. Tampoco puede oír.

—¡Jefa! ¿No me has oído? —Es Toshi quien le está hablando. Está de pie, poniéndose la chaqueta—. Acabamos de recibirla. La orden de registro. Vamos.

Rue rápidamente expulsa la memoria USB, vacila y finalmente la pone dentro de una bolsa. La guarda en la parte más profunda de su cajón. Tendrá que pensar en esto más tarde.

MATTHEW

ANTES
Miércoles 15 de junio

CUATRO DÍAS ANTES DE SU MUERTE

Matthew se está comiendo una porción de la pizza que encargaron. Está solo en la cocina. Su padre llegará tarde y su madre ha salido. Después de la pelea entre Phoebe y su madre, Phoebe corrió a su habitación y se encerró tras dar un portazo. Su madre pidió pizza, dijo que se iba a la iglesia y que él comiera cuando llegara el envío.

Por un momento le pareció genial que lo dejaran solo con toda la pizza.

Hasta que dejó de serlo. La casa le parece vacía. Fría.

Oye que la puerta de Phoebe se abre. Baja a la planta baja con el rostro enfurecido. Se ha quitado todo el maquillaje gótico. Le echa una mirada furibunda.

—¿Adónde vas? —le pregunta a su hermana, que se dirige a la puerta y se pone las botas nuevas con cordones a pesar de que están en verano y fuera hace calor.

—No es un asunto tuyo.

—Estás castigada. Por el vodka. Oí a mamá.

—No te metas en mis cosas, enano imbécil.

Bueno, esa declaración de guerra garantizaba que Matthew sí se metería en sus cosas. Los asuntos de los otros siempre eran más interesantes, sobre todo cuando se supone que no debería meterse. Y si pudiera tomar fotos de su hermana mayor saliendo a escondidas de su casa cuando estaba castigada, podría usarlas como una formidable herramienta de chantaje. Ya lo hizo antes y ella tuvo que pagarle con dulces y todo tipo de cosas para que no la delatara. Y ahora ve la oportunidad de cobrar de nuevo.

Espera que se cierre la puerta, luego coge su cámara y sigue a Phoebe por la calle. Ella se dirige hacia el final de Oak End.

Se queda detrás de los arbustos y observa mientras su hermana llama a la puerta de la cabaña. Sale Joe. Hablan un momento, luego Joe cierra la puerta y se van juntos al bosque atrás de la casa.

Matthew los sigue sigiloso por el bosque. El viento sopla en las copas de los árboles y el susurro de las hojas tapa cualquier ruido que él pudiera hacer. Está en su elemento, utilizando sus propias estrategias de invisibilidad.

Phoebe y Joe se sientan sobre un tronco.

Matthew se inclina entre los helechos, dispara su cámara. Joe se vuelve.

—¿Has oído eso? —Los dos escuchan con atención, mientras Matthew se queda inmóvil.

—Es solo el viento, creo —dice Phoebe.

Se besan.

El corazón de Matthew palpita alocado. Hace una foto tras otra. Con esto podrá chantajear a su hermana de mil maneras. Está radiante.

Cuando se separan, su hermana le dice:

—Sabes, ¿esos viajes, las fotos que viste en el vestíbulo?

—¿Qué pasa?

—No fue tan bueno eso de estar todos juntos en familia. Es que tengo un hermano totalmente insoportable. Y mis padres son demasiado controladores. Y mi madre… siempre encima de mí. Y ahora es como si la volviera loca todo lo que hago. Lo siento mucho, Joe. Fue muy borde. Me da mucha vergüenza y odio que la hayas visto comportarse así.

—¿Qué dijo cuando me fui?

—Me castigó. Por el vodka.

Él asiente.

—De todos modos, me encantaría ir a África. Con la familia unida o no. Es un sueño. Un safari en África. Y también ir a Asia.

—¿De allí es tu padre?

—No sé de dónde es. Como te dije, no tengo ni idea de quién es.

—Podrías investigarlo, ¿sabes? Estoy segura de que hay todo tipo de sitios web y lugares que podrían ayudarte a averiguar cómo encontrarlo. Digo, si quieres.

—Sí, quisiera hacerlo. Especialmente ahora, desde que nos mudamos aquí. Mi madre también…, no lo sé. Se está desmoronando. Ella… —Se calla.

—¿Ella qué?

—No, nada. Es que está muy ocupada en algo raro y está llena de secretos.

—Toca la muñeca de Phoebe.

Matthew dispara de nuevo, luego baja la cámara. Lo sorprende la ternura de esa caricia en el gran macho Joe. Su gentileza. Lo hace sentir… como con una emoción en su interior. Como si viera otra cara de su hermana mayor. Alguien que necesita ternura y caricias.

Phoebe se quita el brazalete africano que Joe está tocando. Matthew dispara mientras ella se lo entrega.

—Toma.

—¿Qué?

—Quiero que lo tengas tú. Es de la Fundación Salvemos al Rinoceronte. Esa foto de mi familia en un safari que estabas mirando fue hecha en una tienda de regalos, y las ganancias son para combatir la caza furtiva y para salvar al rinoceronte blanco y esas cosas. Contratan perros especiales y a grupos de mujeres locales. Son patrullas de mujeres de los pueblecitos cercanos, y estas "mamás", como las llaman, persiguen a los cazadores con armas y con perros rastreadores. Es genial.

—No puedo aceptarlo, Phoebe, es tu recuerdo. El recuerdo de un momento especial.

—Quiero compartirlo. No te lo quedes si no quieres. Puedes usarlo un tiempo. ¿De acuerdo?

Él se queda callado por un momento. Sus hombros están rígidos y luego baja ligeramente la cabeza. Phoebe le toca el brazo.

—¿Joe?

Él se seca los ojos. Cuando habla, su voz suena algo ronca.

—Gracias.

Matthew siente por primera vez que no debería estar allí, no debería estar espiándolos. Que tal vez algunas cosas deberían ser privadas. Pero si tratara de alejarse ahora, podrían oír el crujir de alguna rama. Así que espera para marcharse hasta que ellos se levantan. Y cuando se van, corre a casa tan rápido como sus piernas se lo permiten, porque no quiere que Phoebe se dé cuenta de que él ha salido. No cree que use estas imágenes para chantajearla. No esta vez.

RUE

AHORA
Martes 21 de junio

Mientras todos se dirigen hacia sus vehículos, Rue le dice a Toshi que necesita ir al baño un momento. Él murmura por lo bajo, pero ella le pide disculpas; es una urgencia.

Entra al baño y mira por debajo de cada puerta para verificar que no haya nadie más. No hay nadie.

Llama a Eb.

"Contesta, contesta". Mira su reloj. Todos están fuera, esperándola.

—¿Mamá?

La emoción le da un golpe en pleno pecho, en los ojos.

—Eb, escúchame, no puedo hablar ahora, pero necesito saber algo: ¿dónde está la pulsera de cuentas que compraste en nuestro viaje?

—¿Qué?

—Solo dímelo, joder, y rápido. —Rue oye las voces fuera. Voces femeninas. Están por entrar. Pero otra voz las llama y ellas se paran a hablar al otro lado de la puerta del baño.

—¿Mamá? ¿Qué…?

—Eb, por favor, ¿dónde está?

—No sé… no lo sé, la perdí. Se me debe de haber roto en alguna parte. El hilo con que las hacen es muy normalito. Las hacen mujeres campesinas para que…

—¿Y la de tu padre?

—No se la he visto puesta últimamente. Mamá, ¿estás bien?

Rue se pasa la mano por el pelo y ve su reflejo en el espejo. Está agotada. Las voces tras la puerta parecen estar a punto de entrar al baño.

—Va todo bien. Todo bien, Eb —dice ella despacio—. Hoy llegaré tarde, te llamo después.

Se abre la puerta y entran dos mujeres. Rue guarda su teléfono, abre el grifo,

se moja la cara, coge una toalla de papel, se la seca y corre escaleras arriba para dar comienzo al registro de la casa de los Bradley.

Pero nada va bien. Ni remotamente. Su hijo estaba fuera de Red Lion el último día de trabajo de la víctima. Parecía que la esperaba. Que la seguía. Y ha perdido su pulsera.

"Haría lo que fuera por ti, mamá. Lo sabes, ¿no?".

La voz de Garth Quinlan suena en su cabeza como un eco.

"¿Tiene usted hijos, detective?… Siempre va a querer proteger a su hijo, ¿verdad?".

TOM

ANTES
Viernes 17 de junio

DOS DÍAS ANTES DE SU MUERTE

Tom y Arwen se han quedado juntos después de que el resto del grupo de la *happy hour* se ha retirado. Tras salir de Red Lion, cinco de ellos —Tom, Simon, Arwen, Sandeep y Milton —se dirigieron al barco de los Bradley a tomar una última copa.

Sandeep y Milton fueron los primeros en bajar del barco, riendo y trastabillando por el borde del muelle iluminado por la luna, en busca de un taxi. Simon los siguió una vez que hubo terminado el último vaso de un buen whisky Lagavulin 16.

Tom se encuentra a solas con Arwen en su camarote. Fuera está la luna, suspendida en la noche, enorme, redonda y llena sobre un océano sereno. El barco se mece suavemente con el oleaje. Las drizas repiquetean contra los mástiles y el muelle gruñe cuando los cascos lo golpean.

Tom está sentado en la banqueta junto a Arwen. Se siente relajado y su muslo roza el de Arwen. La luz de la luna brilla a través de la ventana lateral y los baña con su luz plateada. Ungiéndolos, envolviéndolos como con una sutil telaraña. El dedo meñique de ella roza levemente la mano de Tom. Él no retira su mano. El deseo se ensancha como una marea creciente en su interior. Inspira profundamente, sin saber si esta noche ya ha cruzado una línea de la que quizá no pueda regresar.

Ella se levanta, va hacia el pequeño bar, le sirve otro whisky y uno más para ella. Mira la foto en la pared. Tom, Lily y sus hijos. Tom traga saliva. No puede ver los ojos de Arwen, no puede leer sus pensamientos.

—No me has dicho cómo se llama tu mujer —dice Arwen mientras pone hielo en los vasos.

—Lily. Lily Bradley. Es psicóloga.

Arwen le lleva el vaso y se sienta a su lado. Más cerca que antes. Sus antebrazos llenos de pulseras tintinean con sus movimientos. Huele tan bien: un leve aroma a perfume matizado con whisky y un toque de incienso de su ropa lleva a Tom a sus años de juventud. Por un instante, en esta noche de luna, suspendido sobre el oleaje, él no es más que ese hombre con esa mujer. No es Tom, el padre. No es Tom, el profesor, el maestro. Tampoco es el doctor en Psicopatología, el estudioso de las mentes oscuras y desviadas. Solo Tom. Flotando en una burbuja de tiempo, espacio y luz de luna, donde todo lo que no es posible en su mundo ordenado de hábitos y rutinas seguras sí es posible ahora. ¿Cómo llegó hasta aquí, de todos modos? Estaba seguro de que eso era lo que quería, esa familia. Esa casa. Hijos. Rutina. Seguridad. Sí, eso es lo que quiere. Solo se está tomando un pequeño descanso, porque de vez en cuando todo el mundo necesita unas vacaciones. Está borracho. No está pensando a través de sus filtros normales. Se siente… excitado. Se siente un poco… travieso. Hambriento. Voraz.

—¿Le has puesto algo a mi copa?

Ella sonríe y se ve distorsionada. Tom trata de sacudirse la desorientación. No puede. Tiene ganas de reír. Se siente bien. Feliz. Excitado.

—Has puesto algo, ¿verdad?

Ella ríe, echando la cabeza hacia atrás y mostrando su cuello blanco. El tatuaje en un lado parece ondular, cobrar vida, retorcerse. Sin pensarlo, él lo toca suavemente con la punta de sus dedos.

—¿Una quimera? —susurra él—. Partes inconexas. ¿Por qué?

Su mirada se torna seria por un momento y Tom percibe un destello de ansiedad.

—¿No estamos todos hechos de partes inconexas tratando de parecer una unidad? ¿Las partes buenas, las partes malas, las personas que podríamos ser o que no queremos ser, todas tratando de controlar las otras partes?

—Suenas igual que Lily cuando se pone a hablar del análisis junguiano.

Arwen se queda en silencio y vuelve la cara. Tom se arrepiente al instante de haber mencionado a su mujer. Se ha roto algo de la magia. Cree que hace mal al pensar de este modo, comienza a reír, y luego trata de contener la risa.

—Por Dios, ¿qué me has puesto en el vaso? Es increíble.

—¿Dónde conociste a tu mujer?

—¿Por qué?

—Curiosidad.

—Ottawa. En un congreso de Psicología, hace dieciséis años. Me habían invitado como orador, y ella era joven, bella e inteligente, y se me acercó en una de las recepciones para hacerme una pregunta —recuerda con una sonrisa —. Una psicóloga joven e inexperta que soñaba con iniciar su práctica clínica. Tenía veintinueve años por entonces. Yo era un tipo de mediana edad, halagado por el interés de alguien quince años menor que yo. La invité a cenar. Una cosa llevó a la otra.

—Un tipo de mediana edad… ¿No tenías otra relación con alguien cuando la conociste?

Él se queda callado. Un sonido disonante suena en su cerebro. Toma conciencia del oleaje, del vaivén del barco. El viento es más intenso. El sonido de las drizas contra los mástiles se oye más fuerte y el agua golpea contra el muelle con insistencia. Carraspea.

—Era viudo. La mujer con la que convivía había muerto unos años antes y justo estaba terminando otra relación de cierto tiempo.

—¿Cómo murió? —La mirada de él se vuelve penetrante—. Perdona… He sido poco sensible.

Arwen le toma la mano y enlaza sus dedos con los de Tom. El silencio llena el camarote. Lo mira con atención. La luz de la luna le ilumina los ojos y titila en el pequeño *piercing* en su nariz. Todo es seducción; sin embargo, un escalofrío le recorre el pecho. Ella parece estar metamorfoseándose. Igual que su quimera. Algo frío y siniestro crece a su alrededor. Algo en la intensidad de su mirada y en el incisivo cariz que han tomado sus preguntas. Tom percibe una especie de hambre montaraz que fluye desde ella. Una parte de su cerebro le dice que debe detener todo esto. Que se vaya. Que se aleje. Ahora. Mientras aún está indemne. Otra parte está dominada por el alcohol y algo confusa y él dice:

—Está bien, no te preocupes. Murió… de un cáncer de ovarios muy agresivo. La perdí antes de poder formar una familia.

—¿Nunca quisiste casarte con ella?

—Yo sí —dice mientras se ríe con amargura—. Ella no. Le gustaba pensar que era una postura feminista. Tenía una mente brillante y era muy respetada en su especialidad.

—Bebe un sorbo, su mente retrocede a esa época—. Trabajaba en un instituto psiquiátrico en Alberta. Yo enseñaba en la facultad. Me quedé destrozado cuando la enfermedad se la llevó. Tardé varios años en procesar esa pérdida. Fueron unos seis años en total y otra relación más hasta que finalmente conocí

a Lily. A veces siento… que no la merezco. Ella me dio una nueva vida, un nuevo sentido.

—¿Lily es de Ottawa?

—Sí. Creció allí. Hija única.

Arwen se incorpora de pronto y mira hacia otra dirección. Tom se siente incómodo, raro. Ella bebe su copa sin mirarlo.

—¿En qué institución psiquiátrica de Alberta trabajaba?

—En el Instituto Margot Javinski.

—Te dije que pasé mi infancia en Alberta, ¿no? —Ella lo mira directamente a los ojos—. En un pequeño pueblo llamado Glenn Dennig.

La temperatura del camarote desciende. Un zumbido comienza a sonar en los límites de su cerebro.

De pronto, se quita la blusa y sus pechos brillan blancos a la luz de la luna que entra por la ventana. El cuerpo de Tom se estremece. Ella esboza una sonrisa taimada, se inclina y presiona su boca contra la de él, abriendo los labios. La lengua de Arwen se desliza en su boca. Su mano lo acaricia entre las piernas. Un gemido escapa del pecho de Tom y siente cómo se pone duro en la palma de la mano de Arwen. Tom deja que profundice su beso. Está cayendo, cayendo, hacia abajo, en un abismo caliente y rojo.

Ella murmura sobre su boca mientras masajea su erección.

—¿Lo ves? Me deseas. Y también quieres tu agradable vida burguesa. ¿Lo ves, Tom? Una quimera. —Le baja la cremallera y desliza la mano dentro de sus pantalones. Él gime suavemente—. Pero yo sé cuál es tu secreto, Tom Bradley —susurra sobre sus labios, con su aliento caliente—. Sé lo que hiciste hace muchos años.

Una cuchilla de hielo rebana su deseo. Lucha por interpretar lo que ella acaba de decir.

—¿Qué?

Ella se sienta. Los labios hinchados. Los ojos vidriosos. Una sonrisa le tuerce la boca y se ve diabólica. ¿O es su confundido cerebro viendo todo a través del extraño filtro de la droga?

Trata de sentarse y aclarar su mente.

—¿Qué… qué secreto? ¿De qué estás hablando?

—Sé lo de los pacientes de tu novia, Tom. En la institución. —Le pasa un dedo suavemente por el contorno de su rostro.

Tom se queda mirándola.

Ella busca su blusa, se la pone y mete sus pies descalzos en las sandalias.

—Me tengo que ir.

Tom se queda sentado, con la cremallera del pantalón abierta, con una evidente erección y una gran confusión en la cabeza.

—No entiendo…

—Yo creo que sí. Lo que significa que también sé lo de tu mujer. Sé lo que ambos hicisteis.

Ella se dirige a los escalones que conducen a la escalerilla.

—¡Arwen…, espera!

Pero con un remolino de incienso, un tintineo de pulseras y el suave movimiento de su larga falda, Arwen sube la escalera. Tom siente cómo se inclina el barco cuando ella baja y oye sus pisadas en el muelle.

Siente pánico. Se pone de pie. Su mundo gira a toda velocidad, mientras trata de subir la escalerilla a la cubierta.

—¡Arwen! —grita en medio de la noche.

La ve llegar al final del muelle. Se dirige al aparcamiento. La luna brilla como tinta húmeda sobre su pelo. Tom baja del barco y trastabilla por el muelle tras ella, con los pies descalzos sobre los tablones de madera.

—¡Arwen! ¡Espera!

Ella desaparece en las sombras al otro lado del aparcamiento. Tom se detiene, casi sin aliento. Todo gira, los mástiles, las embarcaciones, el muelle, los árboles en la brisa, las sombras, él mismo.

Ve una pequeña llama naranja en la oscuridad y huele el humo de un cigarrillo, penetrante en el aire puro de la noche. Hay una figura en la cubierta del barco contiguo que se recorta contra la luz de la luna. El cigarrillo brilla de nuevo. Tom tarda un momento en darse cuenta de que es Simon. Sentado en una silla en su barco, observando. Delante de Simon hay un trípode con la cámara telescópica montada encima.

—¿Simon?

—Hola, compañero. ¿Algún problema?

—¿Qué… qué cojones estás haciendo aquí?

—Tomando fotos de la luna. —Simon da otra calada a su cigarrillo y apunta con su barbilla al cielo lleno de estrellas. Exhala el humo—. La vi levantándose sobre el agua cuando bajé de tu barco. Recordé que tenía la cámara aquí. Así que me detuve a hacer algunas fotos. Pocas veces tengo una oportunidad como

esta. Una belleza, ¿verdad? —Simon mira hacia su derecha, hacia donde está amarrado el barco de Tom. Vuelve a exhalar el humo.

La mirada de Tom lo sigue. Desde este lugar estratégico, el camarote de Tom con la ventana iluminada se ve con claridad. Todo lo que está dentro queda a la vista. Si Simon estaba mirando, podría haber visto a Tom besando a Arwen. Habría visto los pechos desnudos de Arwen. Siente un nudo en el estómago. La rabia le hierve en el pecho.

Simon sonríe en la oscuridad. Le brillan los dientes. Tom cree que vive algo irreal. Todas las piezas de su mundo están desencajadas.

—¿Qué la hizo salir corriendo? —pregunta Simon, exhalando el humo.

—No pasó nada —dice Tom.

—Por supuesto que no, colega. Tu secreto está bien guardado conmigo, Tommy. —Da otra calada—. Vale la pena, ¿no te parece? —Hace un gesto lascivo cerca de su entrepierna.

—Vete a la mierda, Simon.

—Ten cuidado. —Una pausa, otra calada—. Es mercancía de segunda mano.

—¿Qué quieres decir?

—¿Crees que eres el único de nuestro alegre grupo al que se ha llevado a la cama?

—Te dije que no ha pasado nada. Yo…

—No pasa nada, es tu historia y la cuentas como quieres. No te preocupes. No diré nada, amigo.

Simon se levanta, se acerca a la barandilla de la cubierta. Tom recuerda las palabras que Arwen le dijo la noche en la que él la acompañó a la parada del autobús, la noche en que le ofreció llamar a los norteamericanos por la cabaña en el bosque.

“Simon me dijo que creía que pronto se desocuparía”.

—Ya veo… ahora entiendo. —El cuello de Tom se tensa. Le empieza a doler la cabeza—. Debe de haber sido muy conveniente que te ayudara a instalarla frente a tu casa, desgraciado. Con un estudio independiente al que puedes entrar por la privacidad del bosque para que Hannah y tus hijos no te vean.

—Vamos, vamos, Tom, amigo mío. Esto no es digno de ti. —Otra sonrisa—. ¿No te parece? Seguro que es la bebida la que te hace hablar de este modo. O tal vez sea la droga que te puso Arwen. Le gusta jugar con esa mierda que altera el cerebro. Esta mujer es un ser oscuro.

Soplan ráfagas de viento y los barcos parecen elevarse, aspirando el aire,

inflándose como torsos gigantes, despertando a la vida, con sus pequeños ojos de buey iluminados, los mástiles tintineando como si se rieran. Tom escucha la voz de Arwen en su mente de nuevo.

"Un pequeño pueblo llamado Glenn Dennig… Sé cuál es tu secreto… Sé lo de los pacientes de tu novia, Tom. En la institución".

Tal vez lo soñó. No puede ser real. Deben de ser las drogas, el alcohol.

"Sé lo que ambos hicisteis".

—Vete a casa, Tom —dice Simon—. Ve con tu mujer. Pero súbete la cremallera antes.

Tom mira hacia abajo espantado. Se sube la cremallera y vuelve a su barco. Encuentra sus zapatos, cierra todo y apaga las luces. Cuando su mente se aclara un poco, empieza a sentir miedo.

"Sé cuál es tu secreto".

Se aleja del muelle, pero Simon se queda fumando en la cubierta. Mientras camina por la acera, el viento sopla entre los robles. Siente que los árboles murmuran, se hacen señas unos a otros. Siente que las sombras lo van cercando.

Nada parece real. Se lo ha imaginado todo.

¿Seguro?

Lily siempre dice que la realidad no es un lugar externo a uno; es una narrativa dentro de nuestra cabeza. Eso es. Una ficción. Un acto de prestidigitación. Una fantasía de Lewis Carroll drogado a través del espejo.

Algo se agita entre los arbustos. Tom se queda helado. Su corazón bombea. Mira fijamente hacia las plantas. Un mapache sale de entre los arbustos hacia la acera. Se detiene, lo mira. Un bandido enmascarado. Tom no se mueve. El mapache cruza la calle seguido de sus tres crías.

Una familia.

Siente que le han dado un mazazo. Si Arwen cuenta su secreto, destruirá a su familia. Totalmente. Su matrimonio. Lily. Todo.

No puede dejar que eso suceda.

HANNAH

ANTES
Sábado 18 de junio

UN DÍA ANTES DE SU MUERTE

Un maravilloso amanecer de junio brilla sobre el océano. "Faltan solo dos días para el día más largo del año", piensa Hannah. La ocasión siempre produce felicidad, pero hoy está nerviosa mientras extiende el glaseado sobre la tarta que acaba de hornear para la barbacoa.

Simon volvió a casa muy tarde y ella lo oyó tropezar con la silla del jardín cerca de la piscina. Miró por la ventana a la luz de la luna y vio su silueta ir hacia el acantilado y a las escaleras que llevan a su cobertizo, su "refugio masculino", como ella lo llama. Hannah volvió a la cama y se quedó contemplando las sombras sobre el techo otra hora más antes de que él entrara sigilosamente a la casa. Tenía un fuerte olor a alcohol. Pero había algo más siniestro que carcomía el corazón de Hannah: un sentimiento que ya había tenido antes y que normalmente lograba enterrar.

Cuando se despertó por la mañana, Simon se había ido. Dejó una nota diciendo que haría el entrenamiento largo esa mañana porque al día siguiente sería la barbacoa y quería estar allí para ayudarla con los preparativos de último momento.

Hannah mira la nota sobre la mesa. Ese sentimiento ominoso se despierta de nuevo en su pecho. Lo bloquea. Necesita terminar la tarta y, luego, despertar a los niños. Llevará a Jacob a su clase de natación en el centro deportivo Windsor Park, donde verá a Lily, que lleva a Matthew a clase a la misma hora. Hablarán de las decisiones de último momento con respecto a lista de las compras y luego irá a buscar las flores. Hunde el cuchillo en una taza de agua muy caliente y trata de alisar la cobertura. Su mente vuelve a Simon.

La *happy hour* de los viernes se prolonga cada vez más, pero no se trata de eso. Hay otros indicios. Encontró el tíquet de compra de una chocolatería en el

bolsillo de la chaqueta de Simon hace dos semanas. Y dos cabellos rojos en la manga de su chaqueta cuando la colgó, y está segura de que la tela de tweed de su chaqueta exudaba olor a perfume. Y cuando lavó ropa hace dos días, creyó ver manchas de pintalabios rosa en el cuello de su camisa blanca.

Que esa mujer se mudara enfrente… Hannah cree que eso es lo que la tiene realmente alterada. La camarera de la *happy hour*. Demasiado simpática con Simon, que se desvivió para ayudarla a bajar todas sus pertenencias de esa extraña furgoneta azul pintada con copos de nieve. Hannah esparce un poco más de glaseado con el cuchillo y se pregunta si fue por sugerencia de Simon que la camarera alquiló la cabaña frente a su casa. Se lo preguntó, pero él dijo que había sido idea de Tom.

Hannah se inclina y estudia el resultado del glaseado a la altura del pastel. Alisa una imperfección. Una mujer como Arwen Harper representa una amenaza para Hannah. Es todo lo que Hannah no es. Libre, creativa, un poco salvaje. Impredecible. Sexual. Amenaza la forma de ser de Hannah. Desafía sus preconceptos sobre cómo debe comportarse una ama de casa de mediana edad.

Hannah se incorpora y se seca las manos. Estudia el pastel. Tal vez es Tom el que se acuesta con Arwen. No Simon. Le gustaría pensar que el problema lo tiene Lily, no ella. Lily, la perfecta. Tal vez la familia de Lily no es tan perfecta.

Pero su mente vuelve a la carga.

¿Y si Simon se hubiera enamorado de la camarera? No soportaría perderlo. ¿Qué haría? Él se quedaría con la casa. Era de él cuando lo conoció. ¿Qué querrían hacer los chicos? ¿Se irían con él y su esposa nueva y sexy? ¿Quién querría a Hannah, entonces? Le han salido nuevas arrugas. Tiene unos kilos de más. Su rostro se ve envejecido. Los hombres ya no se vuelven a mirarla. Ha comenzado a entender lo que se dice de que las mujeres de su edad parecen invisibles. Hannah piensa en Simon tropezando con la silla en la piscina y dirigiéndose a su refugio a la luz de la luna.

Una sola vez estuvo en su refugio, y Simon no lo sabe. Está construido contra la pared del acantilado, al borde de la parcela. Básicamente cuelga sobre el mar y solo se accede por unos escalones de madera muy empinados con una barandilla de cuerda. Y como a Hannah le aterran las alturas —fobia total—, Simon cree que el lugar es a prueba de sus miradas indiscretas. Pero hace dos años, Hannah se atrevió a desafiar el acantilado y abrió con una llave que encontró en el cajón de los calcetines de Simon.

Se le acelera el pulso al recordar ese día. Se apresura a llevar el cuchillo sucio y

el bol de batir al fregadero y abre el grifo para enjuagarlos. No quiere recordar las fotos que vio allí. Simon es un gran observador, eso es todo. Un observador de mujeres y de pájaros, y toma fotos con su teleobjetivo. Eso es todo. Es un observador y un estudioso de la humanidad. Un filósofo que basa su reflexión en las imágenes. Una especie de *Übermensch*, el "hombre superior" de Nietzsche, que no cree en Dios. Simon sostiene que no hay una moral inherente o un valor intrínseco en nada de esta tierra. Cree que el hombre es quien fabrica los valores, el artífice de la moral, lo que significa que Simon probablemente tendría una aventura si sintiera que eso le agrega valor a su vida y no le parecería incorrecto. Diría: "El sentido de la vida lo da la muerte, así que haz que valga la pena, Hannah. Haz que tenga sentido para ti".

¿Y si se acuesta con Arwen en el refugio del acantilado?

Siente que los ojos se le llenan de lágrimas. Cierra el grifo y se quita el delantal.

El refugio.

Hannah se dirige al refugio en un acto de impulso.

Se lleva el teléfono por si se cae, queda atrapada, le da pánico o le sucede algo terrible. Las gaviotas graznan y revolotean por el borde del acantilado sobre su propiedad frente al mar. Los árboles susurran y conspiran formando un imponente paredón vegetal que marca el límite del bosque.

Hannah se aferra con fuerza a la barandilla de cuerda. Desciende centímetro a centímetro. Está toda sudada. El tiempo pasa. Él volverá pronto. Lejos, muy lejos allí abajo, el océano succiona y se hincha con el oleaje. Hannah cierra los ojos un instante, respirando con esfuerzo. Se imagina a sí misma perdiendo el equilibrio, perdiendo el apoyo y cayendo en un remolino hacia el vacío, golpeando contra las rocas, una y otra vez hasta el agua, hasta morir.

"Concéntrate".

Trata de controlarse mientras avanza cada centímetro hacia la construcción de madera.

Hannah abre la puerta. Dentro hay un leve aroma a incienso. Los pájaros disecados la observan con sus ojos vidriosos. Igual que la comadreja disecada. Hannah se acerca al escritorio con el ordenador donde vio las fotos la vez anterior.

Se queda helada. Desparramadas sobre el escritorio hay más fotos, fotos nuevas que Simon ha impreso.

De Tom. Y parece que está con Arwen. Besándose. En el marco de la ventana

de su barco. El barco de los Bradley. Un escalofrío le recorre el cuerpo. Con su teléfono móvil, fotografía las copias impresas. Un ruido la detiene.

Levanta la vista.

Es solo la brisa que agita una pequeña campana que cuelga frente a la ventana.

Hace la última foto y guarda el móvil. Se siente mejor.

Tom es quien tiene el problema. No Simon. La irritante y perfecta vida de Lily no es tan perfecta, después de todo.

Una oleada de extraña y ardiente alegría le invade el pecho cuando cierra la puerta con llave cuidadosamente. Una pequeña y malvada parte de Hannah quiere mostrarle esto a Lily. A todo el mundo. Al menos para desviar la atención de sí misma, de su conciencia de las cosas que ocurren en su matrimonio y que la aterran.

Y tal vez lo haga.

LILY

ANTES
Sábado 18 de junio

UN DÍA ANTES DE SU MUERTE

Lily está sentada junto a Hannah en las sillas de plástico al borde de la piscina, mirando nadar a sus hijos.

El olor a cloro, los gritos de los niños, los chapuzones, el calor y la humedad la envuelven en la familiaridad de siempre, pero hoy Lily no se puede relajar.

Observa cómo se zambulle Matthew. Está mejorando mucho. Vuelve a salir de la piscina, con el agua que brilla y se desliza por su cuerpecito blanco. Un recuerdo golpea a Lily tan fuerte y tan repentino que se queda sin aliento. En su mente ve a otro chico. La misma piel pálida. La misma edad. Hace muchos años. Su hermano pequeño. Y de golpe el cloro huele a sangre. Se le nubla la vista. Vuelve a ver heridas abiertas. Dentro de su estómago —en lo más profundo— comienza un temblor. Hace mucho tiempo que no piensa en él. Bloquear ese recuerdo fue su manera de sobrellevarlo, de sobrevivir. Pero las edades de sus hijos le están despertando cosas de su inconsciente de nuevo, y esos recuerdos de su otra vida se cuelan en su mundo de rutina y orden. Los pacientes de la última época tampoco la están ayudando. Sus problemas están alimentando a la bestia que crece en su interior, alimentando su paranoia.

Sí, puede ser que se haya equivocado sobre el símbolo en relieve en la tarjeta del tipo del hotel. Podría ser lo que dijo Dianne, que ella imagina conexiones que no existen.

Pero aquellas palabras no salieron de su imaginación: "No puedes esconderte de Satanás si Satanás está dentro de tu cabeza… De parte de alguien que lo sabe…".

No salió de su imaginación que su paciente llamaba a su niña interior Sophie. Esa paciente que vino a una sola sesión y nunca regresó.

No salió de su imaginación que Tom volvió tarde la noche anterior. Oliendo

a alcohol. Y esta mañana estaba… raro. Ausente. Poco comunicativo. Parecía preocupado. Y Lily se asustó. Siempre se ha sentido segura de su amor. Algo ha cambiado.

—¿Y los malvaviscos? —dice Hannah tecleando la lista en tu teléfono.

—¿Qué?

—¿Me estás escuchando, Lily? No estás prestando atención, ¿no? He apuntado los ingredientes necesarios para hacer *s'mores*: chocolate, galletitas de avena, miel y canela. —Hace una pausa—. ¿Qué más necesitamos? Simon ya fue a buscar las bebidas y los refrescos para los niños, el agua con gas… Ya he encargado todo para las ensaladas, patatas al horno, pan de ajo, ensalada de col, hamburguesas, salchichas, pollo, carne. ¿Qué más?

—¿Hay algo para los vegetarianos? —dice Lily medio ausente, con la atención puesta en Matthew.

Ha mejorado mucho en natación este año. Sigue siendo el más pequeño. Anda salpicando por toda la piscina. Un sentimiento de amor y orgullo y un doloroso instinto de protección le inundan el pecho. Matthew y Phoebe son su razón de ser. Ella sabe por qué quería hijos con tanta desesperación. Tener hijos es un acto de esperanza, de redención. No es una reinvención literal de uno mismo; es darle una nueva forma a la idea de uno mismo. Y como terapeuta, ella sabe que la mayoría de los padres son como ella: se esfuerzan por crear un mundo más seguro y mejor para sus hijos. Se trata de controlar y reconfigurar el futuro para validar el propio ser, y para dar sentido al pasado. Es un acto de redención.

Se fija en su joven paciente Tarryn Wingate cerca de la parte más profunda de la piscina, al otro lado, conversando con su entrenador. Esta mañana, el equipo de natación tiene el uso exclusivo de las calles más distantes. Lily piensa en el exabrupto de Phoebe.

"Tarryn se emborracha y se acuesta con todo el mundo. Probablemente hasta con su entrenador de natación. Estoy segura de que a ella la tratas bien".

—¿Quién es vegetariano?

—¿Qué?

—¿Que quién es vegetariano?

—Phoebe.

—¿Desde cuándo?

—¿Cómo era el apellido del entrenador de natación?

—¿Lily? —Mira a su amiga. No puede disimular su irritación—. Seth Duval.

La barbacoa de los vecinos, ¿no te interesa para nada, este año? ¿Por qué no? Tú siempre… No lo sé. Normalmente te gusta dirigir todo. Controlarlo.

—¿Controlarlo?

—Sabes a lo que me refiero.

—¿Crees que soy controladora?

—Escúchate, Lily. ¿Qué te pasa? No eres tú desde…, no lo sé…, últimamente.

—¿Te dijo algo Dianne? ¿Te lo dijo? —Una mirada indefinida vaga por los ojos de Hannah—. Entonces, lo hizo. ¿Qué coño te contó?

—Solo me preguntó si yo pensaba que estabas bien o si sabía si estaba sucediendo algo.

El enojo se apodera de Lily. De pronto se siente acalorada y atrapada en esta burbuja de cloro y humedad. Siente vergüenza. Ella es psicóloga. No puede darse el lujo de aparecer como si no pudiera mantener el control. Necesita manejar su vida.

—Oye… —Hannah pone su mano sobre el brazo de Lily—. Puedes hablar conmigo, Lily. Hasta una terapeuta necesita alguien en quien descargarse. —Pero hay un brillo extraño en los ojos de Hannah. ¿O es Lily que imagina que su buena amiga está disfrutando de verla desencajada? ¿Casi saboreándolo?

—¿Es por Tom? —Hannah la presiona con voz suave.

—¿Qué quieres decir? ¿Simon dijo algo? ¿Te contó algo? —"Si alguien sabe algo", piensa Lily, "tiene que ser Simon"—. ¿Qué te dijo, Hannah? Y no me mientas, no sobre algo así.

Hannah se atemoriza un poco por la erupción verbal de Lily. El rubor comienza a subirle por la mandíbula y las mejillas.

—Tiene una aventura. Lo sabía —dice Lily—. Lo sabía…

—¿Te está engañando? —pregunta Hannah.

—¿No es eso lo que te dijo Simon? ¿No me estás haciendo las preguntas por eso?

—No. Simon no…

—No protejas a Tom. No te atrevas a mentirme, Hannah. Debes decírmelo.

Los niños salen de la piscina y van a buscar sus toallas. Matthew se cubre los pequeños hombros temblorosos con la toalla.

—Hannah, rápido. Dímelo antes de que lleguen los niños.

—Mira, lo único que Simon dijo sobre Tom… es que… todos fueron a tu

barco anoche, después de la taberna. La camarera fue con ellos. Todos se fueron antes que Tom y Arwen.

El rostro de Hannah enrojece aún más.

—¿Arwen? ¿Ese es el nombre de la camarera?

—Creí que tú… lo sabías.

Lily mira fijamente a su amiga. Matthew viene corriendo, envuelto en su toalla como si fuera una pequeña tortilla enrollada. Un niño grita. Otro se tira de bomba al agua.

—También dijo que fue Tom quien consiguió el alquiler al otro lado de la calle para Arwen.

—¿Que Tom hizo qué?

—La cabaña de los norteamericanos. Ella es artista. Necesitaba espacio para su estudio y para su hijo.

—¿La camarera tiene un hijo?

Hannah se pone pálida súbitamente.

—Es madre soltera. Tú…, pensé que lo sabías, Lily. Es una de las invitadas a la fiesta de mañana, ¿cómo no ibas a saberlo?

—¿Saber qué, Hannah? Dímelo.

—Quiero decir, pensé que lo sabías por Phoebe. Tu hija está saliendo…, bueno, son muy amigos, con Joe, el hijo de la camarera. Tiene dieciséis años.

Lily se queda con la boca abierta y su mundo se pone patas arriba.

—Hay algo que debes ver. —Hannah busca su teléfono.

LILY

AHORA
Martes 21 de junio

Ya han pasado dos días de la barbacoa, desde que Arwen Harper murió, desde que la vida de Lily tal como la conocía implosionó, desde que se enteró de las insondables profundidades del engaño de su marido. Y ahora los periodistas están acampando fuera y los policías los vigilan de cerca. Está revolviendo una cacerola con salsa boloñesa y observa a Tom en la sala de estar. Está preparando la cena y él está tratando de concentrarse en una revista de psicología. Los niños todavía están con sus abuelos y se quedarán allí hasta que todo esto pase.

Lily no está muy segura de que eso vaya a pasar.

Su temor más profundo es que su marido haya hecho algo mucho peor que engañarla. Lo único que sabe con certeza es que —en alguna parte profunda, cruda y horrible de sí misma— es una maldita bendición que Arwen Harper esté muerta. Es lo mejor. Lo más seguro. Para ella. Para su familia. Solo lo siente por Joe. Pero todo es culpa de Arwen. Ella le hizo esto a su hijo. Todo es culpa suya.

Suena el timbre de la puerta. Lily da un salto. Suena de nuevo y comienzan a llamar con insistencia. Tom se incorpora. Se miran. De nuevo los golpes.

—¡Policía! ¡Abran la puerta!

Lily ve a los agentes uniformados en la puerta de su casa.

Continúan los golpes.

—¡Señor y señora Bradley! ¡Somos policías! ¡Abran la puerta!

Lily se seca las manos deprisa en el delantal y se lo quita. Vuelve a mirar a Tom. Está petrificado en la silla, con los ojos muy abiertos. Lily se dirige a la puerta, gira la llave y abre.

Los detectives Duval y Hara están allí. Detrás de ellos hay más uniformados. Lily ve el vehículo policial aparcado en diagonal al otro lado de la calle,

bloqueando su coche. Hay más coches patrulla por toda la calle. Hasta una furgoneta de la policía. Los periodistas toman fotos y graban.

—Tenemos una orden de registro de la casa y del cobertizo, señora Bradley. —La detective Duval le alcanza unos documentos. Lily los toma con las manos temblorosas, pero no parece poder leerlos—. Por favor permítanos entrar o tendremos que usar la fuerza.

—¡Tom! —llama. Él está justo detrás de ella. Lily le entrega la orden—. Voy… a llamar a Dianne.

—Hágase a un lado señora, por favor —dice un oficial que pasa a su lado rozándola.

Tom trata de concentrarse en el texto de la orden, pero parece estar en shock. Sus manos tiemblan.

Tres agentes suben las escaleras de madera con sus pesadas botas, seguidos por la detective Duval. Dos agentes más cruzan la casa y salen por la puerta de la cocina con el detective Hara a la zaga. Se meten en el cobertizo. Lily le lanza otra mirada a Tom. El rostro de Tom está blanco como el papel. Se enciende la luz del cobertizo.

En la cocina, una mujer policía abre el congelador. Lily siente que se desmaya cuando la agente saca la bolsa de basura con la carne. Otro policía abre el cubo de basura bajo el fregadero. Los agentes en el cobertizo salen con el cubo en el que Lily encontró la camiseta de Tom. Dos oficiales más bajan por las escaleras con una bolsa que contiene la ropa recién lavada por Lily, la camiseta Ocean Motion de Tom cuidadosamente doblada encima de la pila.

La detective Duval baja las escaleras cargando una caja que contiene los archivos de Matthew y otras carpetas de fotos impresas.

—¡No se pueden llevar eso! —Lily estira la mano, presa de una súbita desesperación—. Mi hijo quedará destrozado. Son suyas.

—No se acerque, por favor, señora —dice otro agente.

Lily retrocede y se choca con otro agente que transporta unas cajas.

Otro coge el móvil de Tom que está sobre la encimera de la cocina.

—No se puede llevar eso —dice ella.

—Está incluido en la orden, señora —dice. Una rabia violenta se apodera de Lily. Su visión periférica se vuelve roja. Su pecho explota. Sus puños están crispados.

De pronto siente los brazos de Tom a su alrededor. Su abrazo es suave, contenedor.

—Cálmate, Lily —le susurra—. No te descontroles frente a ellos. No les des nada que puedan usar en nuestra contra.

Ella traga saliva. Quisiera llorar y recostarse en su marido. Quiere que Tom la abrace fuerte y la consuele, y quiere golpearlo en el pecho y gritar y patalear y arrancarle el pelo y… matarlo. No sabe ya qué creer. No puede confiar en él. Él les hizo esto. Él y Arwen.

La detective Duval se detiene de pronto en el vestíbulo. Vuelve su rostro hacia la pared y se inclina para ver más de cerca. Mira fijamente una de las fotos enmarcadas de la familia. Lily se queda inmóvil. Algo intenso y amenazante en la reacción de la detective Duval la asusta.

—¡Toshi! —llama la detective Duval—. Ven a ver esto.

Su compañero se acerca. Duval señala la fotografía tomada en Botsuana. El detective Hara la observa más de cerca. Intercambia una mirada intensa con su compañera.

Lily traga saliva.

La detective Duval se vuelve a Tom y a Lily. Señala la foto.

—¿Dónde está esta pulsera de cuentas?

—¿Qué pulsera? —pregunta Lily.

—Esta pulsera de cuentas que se ve en la foto, en la muñeca del señor Bradley.

Tom sujeta a Lily por la muñeca. Su mirada la taladra. Sus facciones están crispadas. En sus ojos Lily lee las palabras: “No digas nada”.

—Coged esa foto —ordena la detective Duval a un oficial—. Ponedla en una bolsa con las pruebas.

La meten en la caja de las pruebas. El pulso de Lily se acelera. Trata de entender qué dice el rostro de Tom, pero no tiene ni idea de lo que está sucediendo.

Justo cuando Lily cree que los policías están a punto de irse, suena el teléfono de la detective Duval. La mujer atiende, tensa. Su mirada va de Lily a Tom.

—¿Coincide? —pregunta.

Levanta la mano y llama de nuevo a su compañero. Le dice algo en voz baja. Los detectives Duval y Hara se acercan a Lily y a Tom.

—Señor y señora Bradley, ambos deben acompañarnos —ordena la detective Duval, con voz cortante y fría.

—¿Qué… por qué? —pregunta Lily confundida.

El detective Hara saca las esposas. Lily siente que su corazón estalla.

—¿Qué cojones está haciendo? ¡Tom! Llama a Dianne de nuevo. Rápido. No pueden hacer esto. No pueden detenernos. —La voz de Lily suena desesperada —. Tom, dile. Dile lo que nos dijo Dianne. No pueden detenernos si no hay cargos contra nosotros…

—Eso es exactamente lo que estamos haciendo, señora. —La detective Duval coge a Lily del brazo—. Tenemos motivos probables y razonables para detenerlos a ambos y seguir interrogándolos en relación con la muerte de Arwen Harper.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

La detective Duval coge con firmeza los brazos de Lily, le coloca las esposas detrás de la espalda y la conduce a la puerta de entrada.

—¿Está segura de que sus hijos están en buenas manos, señora Bradley? —pregunta la detective.

Los ojos de Lily se llenan de lágrimas. Se muerde el labio y asiente. No debería haber puesto jamás esa maldita bolsa en el congelador. ¿Qué le pasó por la cabeza para hacer algo tan obviamente sospechoso? ¿Y cómo se enteró la policía? Recuerda la sensación de estar siendo observada por la ventana y que pensó que era el viento moviendo los árboles. Recuerda a Garth Quinlan fuera de su casa, en la puerta trasera.

El detective Hara trae a Tom esposado detrás de ella.

Tom le susurra en voz baja a Lily.

—No pueden detenernos más de setenta y dos horas sin que nos lleven ante un juez y presenten cargos. No digas nada, Lily. No sin la presencia de un abogado. Consigue uno, Lily.

La puerta principal se abre.

Lily gime en la oscuridad mientras las cámaras disparan sus flashes y los periodistas comienzan a gritar. Ella aparta el rostro de la multitud dejando que el pelo le tape la cara, mientras la escoltan a la furgoneta de la policía.

RUE

AHORA
Miércoles 22 de junio

Rue y su equipo están reunidos en la comisaría con una fiscal jefe. Es temprano por la mañana y Tom y Lily Bradley han estado detenidos en el calabozo toda la noche. El tiempo que pueden mantenerlos detenidos se está acabando.

—¿Qué tenemos? —pregunta la fiscal, sentada en un escritorio mientras abre el archivo. Bebe un sorbo de su café y revisa el contenido del archivo.

—Ninguno de los dos está declarando. Ninguna cooperación por su parte —dice Rue a la fiscal—. Y la mujer ha contratado a un abogado. Hasta ahora, la piel y la sangre tomadas de debajo de las uñas de Arwen Harper coinciden con la muestra de ADN que nos dio Tom Bradley. Tenemos fotos de lo que parecen rasguños recientes en el cuello de Bradley. La cinta interior de la gorra de la Universidad de Kordel encontrada en la cima del acantilado está impregnada con el ADN de Bradley. Su ADN está en la tira de la linterna Petzl que también se encontró en el acantilado. Se encontraron rastros de la sangre de Arwen Harper en el follaje del lugar. El número y la marca de las zapatillas de trekking de Bradley coinciden con las huellas que siguieron las de Arwen Harper hasta el borde del acantilado. El barro en el dibujo de las suelas de Bradley coincide con las del sendero que se adentra en el bosque. Bradley también estaba manchado con la sangre de Arwen Harper, así como la camiseta que trató de ocultar y que según parece su mujer lavó en cuanto Bradley se alejó de la casa para indicarnos dónde estaba el cuerpo. Cuando Toshi llegó a interrogar a la esposa, oyó que en la casa estaba la lavadora funcionando. La sangre de Harper también fue encontrada en la linterna de Bradley. La recuperamos de un vagabundo tras un extenso rastreo por el bosque después de que la hija de los Cody nos dijera que había un hombre espiándolas. Ha estado acampando en el bosque y admitió ser responsable del tercer par de huellas en el acantilado. Sostiene que encontró la linterna bajo un arbusto después de que

vio a Tom Bradley corriendo por el bosque cuando fue a llamar a emergencias. También vio la sangre en la camiseta de Bradley con el logo en la espalda. Además, hemos requisado una foto familiar en la que Bradley lleva una pulsera de cuentas verdes y naranjas, idéntica a la encontrada rota entre los dedos de la víctima y las cuentas que estaban sueltas en la cima del acantilado.

—¿Cuál sería el móvil? —pregunta la fiscal, tomando otro sorbo de café.

—Hannah Cody, una amiga y vecina, trajo estas fotografías temprano esta mañana. —Rue las busca en su ordenador y se proyectan en el monitor de la sala—. Fueron tomadas por su marido, Simon Cody, y claramente muestran a Tom Bradley y a la víctima besándose en el barco de los Bradley solo tres días antes de que se reportara su muerte.

—Eso le daría más motivos a la esposa que a él —intercede Toshi.

La fiscal asiente mientras mira las fotos.

—¿Oportunidad?

—Ambos la tuvieron —dice Toshi—. El marido pudo haber salido de la casa mientras su mujer estaba profundamente dormida por efecto de un somnífero. O tal vez ella no se tomó el somnífero como dice y pudo haber vuelto a salir sola.

La fiscal se apoya en el respaldo y señala el archivo con la barbilla.

—Es convincente, pero también circunstancial. Además, también hay ADN en la gorra que no es de Tom Bradley y que aún no ha sido identificado. Y hay semen en el muslo de la víctima que no coincide con el ADN de Tom Bradley.

—El otro ADN en la gorra de Kordel —dice Rue— y el ADN del semen son de distintos aportantes. No coinciden entre sí. Tampoco ninguno de esos perfiles coincide con nada que hayamos enviado al laboratorio privado para analizar. Hemos presentado una solicitud para que se contrasten esos dos perfiles sin identificación en la Base de Datos Nacional de ADN de la Real Policía Montada de Canadá para ver si en el sistema aparecen coincidencias. Pronto tendremos esos resultados.

—Entonces, lo que tenemos hasta ahora —dice la fiscal— no es nada que pruebe más allá de toda duda razonable que Bradley mató a esa mujer, o que provocó su caída desde el acantilado. Su defensa podrá argumentar que Arwen Harper lo arañó, posiblemente durante la pelea en el salón que está junto a la piscina durante la barbacoa de los Cody. Klister argumentará que alguien pudo tomar prestada la gorra de Kordel, porque no se puede determinar si el otro ADN detectado fue dejado en primer o último lugar. Esas pulseras de cuentas

no son piezas únicas que pertenezcan a Tom Bradley. El tamaño y la marca de las zapatillas son muy comunes entre los corredores. Sí, el barro en la suela coincide con el del sendero, pero eso es porque corrió por el sendero del parque Spirit Forest. Su linterna tenía restos de sangre de la víctima, posiblemente porque Bradley dijo haber tocado a la víctima para reanimarla y luego cogió la linterna para correr hasta su casa. Su camiseta tenía su sangre porque trató de reanimarla. Lo mismo con la sangre en su cuerpo. Cubrió el rostro de la víctima con su chaqueta porque, sí, era algo personal: estaba teniendo una aventura con ella. —Señala con su taza las fotos borrosas de Harper y Bradley besándose—. Claramente tenía una relación íntima con ella y posiblemente tenía sentimientos profundos hacia ella.

—Entonces, ¿por qué no nos dijo que conocía a la mujer cuando nos mostró el cuerpo? —pregunta Backmann, cumpliendo el rol de abogado del diablo.

La fiscal niega con la cabeza.

—No lo sé. Pero el equipo de Klister podría argumentar que estaba en estado de shock, en negación. Y por puro pánico se quitó la camiseta antes de llamar a emergencias, pero no hizo nada por ocultar la sangre que tenía sobre la piel.

—Suena un poco exagerado —dice Backmann.

La fiscal se encoge de hombros.

—Como sea que suene, no es una prueba irrefutable de que él lo haya hecho. Y podría hacer dudar al jurado. Klister es muy buena. Necesitamos algo mejor.

—¿Y qué hay de la mujer? —dice Toshi—. Lavó la camiseta de su marido e hizo todo lo posible para ocultarlo metiendo carne dentro de la bolsa en el congelador.

—Lo mismo: la defensa podría argumentar shock, pánico. Cuando una persona es presa del pánico, anula el centro lógico de su cerebro. Miren, este va a ser un caso de alta exposición. Los medios de todas partes van a estar opinando constantemente. Arwen Harper se drogaba. Tenía problemas psiquiátricos. Estuvo internada durante un tiempo, según los registros médicos. Klister va a usar toda esa artillería. Y, en definitiva, todo lo que Klister y su equipo tienen que hacer es convencer al jurado de que hay dudas razonables. Eso es todo. No tienen que probar la inocencia de los imputados, pero nosotros tenemos que probar la culpabilidad más allá de toda duda razonable. Lo que necesitamos es una confesión. Necesitamos una declaración de culpabilidad. Necesitamos pruebas irrefutables. Algo.

La tensión oprime el pecho de Rue. Preferiría presentar cargos contra Bradley

ya mismo. Acusarlo. Retenerlo mientras esperan los resultados del otro ADN y mientras continúa la investigación. Una parte de Rue necesita que él sea el culpable.

—De acuerdo, gente —dice Rue—. Tenemos más trabajo para hacer. Pongámonos en movimiento. Encontremos algo antes de que tengamos que soltar a los Bradley.

EFECTO DOMINÓ

AHORA

Joe está echado en la cama. Aún está en la casa de los Cody y no tiene ganas de levantarse. Ni de vivir. Vio en Twitter que los Bradley han sido arrestados. Necesita hablar con alguien. Sobre su madre. Sobre cómo ella estaba tratando de perjudicar a los Bradley. Sobre lo que pasó… Pero eso destruiría a Phoebe. No sabe qué hacer, qué información le haría más daño. Sabe que Phoebe solo tiene doce años, pero la quiere. Ella es lo más cercano al amor verdadero que ha tenido en toda su vida.

Piensa en lo que escribió su madre.

> Cuando el equipo especial de la policía sacó a la niña de debajo de la cama, no presentaba signos externos de heridas o lesiones. Pero estaba catatónica, completamente incapaz de hablar.
>
> "Estaba en estado de shock extremo", le dijo Wozniak a un periodista más tarde. "El daño estaba dentro de su mente. Creo que ella lo oyó todo y tal vez vio algo de lo que pasó al otro lado del vestíbulo, en la habitación del pequeño. Ese día me pregunté si la niña volvería a ser normal, después de haber sido testigo de tanto horror en esa casa. Quiero decir, ¿cómo se puede volver a la normalidad después de estar en contacto con tanta maldad?".
>
> Pero hubo algo más que Wozniak notó mientras el equipo especial se llevaba a la niña.
>
> Algo evidente.
>
> La niña que estaba escondida bajo la cama no era la niña de las fotos familiares.
>
> La niña bajo la cama era más pequeña y de un aspecto completamente diferente. No era Sophie McNeill.
>
> La alerta por su desaparición siguió en pie.
>
> Sophie seguía desaparecida, presumiblemente estaba secuestrada y en grave peligro.
>
> Si es que seguía con vida.

Un mensaje de texto de Phoebe entra en el teléfono de Joe. Lo lee: "Mi padre ha sido arrestado. No sé qué hacer".

Joe cierra los ojos y deja caer su mano con el teléfono sobre la cama. No

puede responder ese mensaje.

"Yo tampoco sé qué hacer, Phoebe".

***

Abajo, Hannah Cody pone un plato de avena caliente delante de Simon. Se siente mal. Tal vez no debería haber llevado esas fotos de Tom besando a Arwen a la detective esa mañana temprano. Simon no lo sabe y está aterrada de decírselo. Pero Tom hizo lo que hizo; no es culpa suya.

—¿Qué crees que le sucederá a Tom? —le pregunta.

Simon deja el periódico y mete la cuchara en la avena.

—¿Cómo saberlo? —dice sin levantar la mirada—. Es increíble. —Se mete una cucharada en la boca.

—¿Te importa? —replica ella.

Él la mira, se apoya en el respaldo. Traga lentamente y sus facciones se endurecen. Hannah retrocede, atemorizada de pronto de su propio marido. Va al fregadero y le da la espalda. Comienza a lavar la cacerola de la avena.

—¿Y si no fue él quien lo hizo? —pregunta ella suavemente.

—¿Y si lo fue?

Ella cierra los ojos y se queda inmóvil, tratando de no llorar mientras piensa que Lily está en la cárcel. ¿Qué le ha hecho a su amiga? ¿Qué les sucederá a Phoebe y a Matthew?

***

Tom está sentado en su celda de comisaría, con el rostro entre las manos. Su única esperanza ahora es Dianne. Ella le dijo que si presentan cargos en su contra, no podrá pedir que salga bajo fianza. Se lo considerará en riesgo de fuga y la naturaleza del crimen es grave. Lo mantendrán preso hasta el juicio, que podría tardar meses o incluso años. Pero también cree que las pruebas que tiene la policía son solo circunstanciales. No hay ninguna prueba de que él haya hecho nada para hacerle daño a Arwen Harper.

El agente que le trajo el desayuno dijo:

—Está en todas las noticias. Incluso en las nacionales.

Reza para que sus padres estén cuidando bien a los niños.

Reza para que el abogado de Lily no intente una táctica que los enfrente para

salvarla. Espera que ella recuerde sus propias palabras.

"Hagas lo que hagas, Tom, digas lo que digas, recuerda siempre a los niños. Hazlo por ellos. No se merecen todo esto".

***

Matthew está sentado en la cama de la habitación de invitados de la gran casa de sus abuelos en Lands End. Sus padres están en la cárcel. Su casa está bajo el acecho de los periodistas. Oyó hablar a sus abuelos. Decían que la policía se había llevado fotos de la habitación de Matthew. Y él recuerda que le contó a ese detective de homicidios que había tomado fotos de su padre. Todo esto es culpa suya. Porque él sabe que su padre no le haría daño jamás a nadie. Los ojos se le llenan de lágrimas. Es por culpa suya que su padre está entre rejas por matar a la madre de Joe y, por alguna razón, también encerraron a su madre, tal vez por intentar proteger a su padre. La culpa es como un monstruo sentado sobre su cabeza. Un pensamiento le viene a la mente.

Todavía conserva su cámara. Y allí hay algo que la policía no pudo obtener porque no había hecho la copia todavía. De pronto, Matthew tiene claro lo que tiene que hacer.

***

Una mujer borracha en la celda contigua a la de Lily ha estado gritando y dando alaridos toda la noche. Lily cierra los ojos y apoya la cabeza contra la pared fría de cemento. Necesita ducharse, no ha podido dormir. Tal vez este sea su destino. Esto es lo que se merece.

Tal vez ella sí asesinó a Arwen Harper.

Si lo piensa bien, todo es realmente culpa suya.

Su mente vuelve a los devastadores hechos durante la barbacoa, justo antes de que Arwen muriera.

LILY

ANTES
Domingo 19 de junio

EL día DE SU MUERTE

Lily, Tom, Phoebe y Matthew caminan como una familia unida por la calle en dirección a la casa de los Cody al final de Oak End. Sienten muchas cosas salvo unión familiar.

La tensión es intensa entre Lily y su marido y los niños lo perciben claramente. Tom lleva una caja de cervezas y una botella de buen vino. Lily lleva la ensalada de mozzarella, tomate y albahaca que ha preparado. Cuando se acercan al bosque, al final de Oak End, las ráfagas de viento agitan los árboles que crujen y susurran como si advirtieran a todos que se avecina una tormenta. Se están formando densos nubarrones en las montañas Olímpicas del otro lado del mar. Se avecina una gran tormenta. Lily mira nerviosa la cabaña con la furgoneta VW azul con copos de nieve blancos aparcada enfrente.

—¿Qué te pasa? —pregunta Tom en voz baja cuando se acercan a la entrada para coches de los Cody y los niños se alejan corriendo.

—Nada.

—Por supuesto que pasa algo, Lily. Me has castigado con el silencio desde que volviste esta mañana de la iglesia.

—¿Y tú no has estado raro y preocupado desde que volviste a casa de madrugada el viernes?

Un instante de duda se refleja en los ojos de Tom, pero enseguida su rostro se endurece en una máscara que Lily le conoce bien: está marcando el límite que no podrá pasar y no va a ceder.

—He estado perfectamente normal, y si tenías algún problema sobre el viernes, tuviste todo el sábado para hablarlo conmigo.

—No, no es cierto. Tenía que hacer las compras por la mañana, llevar a Matthew a su clase de natación. —"Donde me vi forzada a ver fotos tuyas

fornicando con la camarera en nuestro barco"—. Luego saliste y volviste a llegar tarde anoche.

—Fuiste tú quien decidió no acompañarme anoche al evento de mi trabajo. Estabas invitada —dice él con frialdad.

—Me dolía la cabeza, Tom.

Era mentira. Después de ver esas fotos de su marido besando a la camarera, Lily no podía salir con él y sonreír dulcemente a sus colegas durante toda la velada. Necesitaba hablar de esto con Tom antes de poder volver a actuar normalmente, si es que alguna vez eso sería posible. Se tomó un somnífero y ya estaba dormida cuando él volvió a casa, y esta mañana él se había ido temprano a su entrenamiento de los domingos y ella tuvo que preparar a los niños para ir a la iglesia. Ahora tienen la barbacoa. Y Arwen estará allí. El tema pende como la espada de Damocles en la tormenta que se va desatar sobre las cabezas de Lily y Tom.

Lily no está segura de cómo reaccionará cuando vea a Arwen, pero también desea desesperadamente ver por quién está dispuesto su marido a poner en peligro su matrimonio.

La fiesta ya está en pleno apogeo cuando Lily y Tom entran por la verja del jardín. Los hombres se han juntado alrededor de la humeante barbacoa, bebiendo y riendo, y el aroma a carne asada se deja sentir en el viento junto a la música de los altavoces. Los niños juegan a la pelota en el césped. Han montado un bar en el patio, farolillos de papel cuelgan de un hilo y se mecen en el viento cada vez más intenso y un mantel a cuadros rojo y blanco flamea con las ráfagas que vienen del mar. Un montón de servilletas de papel es presa de una ráfaga de viento y se desparrama por el verde del césped que llega hasta el borde del acantilado. Más allá, del otro lado del mar, las nubes crecen y se aproximan, negras y pesadas sobre un mar gris metalizado.

Tom se dirige hacia el grupo de hombres y Lily entra a la casa con su ensalada.

Lily encuentra a Hannah y a otras mujeres bebiendo vino en la cocina. Deja la ensalada sobre una mesa y busca un vaso. Hannah acude al rescate y le sirve un vaso bien lleno de pinot gris.

—Gracias, es lo que necesitaba. —Lily coge el vaso de vino y da un buen trago—. ¿Dónde está? ¿Dónde está Arwen?

—No ha llegado todavía. Ven, necesito hablar contigo.

—Hannah se lleva a Lily del brazo hasta el jardín. En voz baja, fuera del

alcance de las otras mujeres, le dice—: Mira, realmente estoy muy apenada, Lily. Nunca tendría que haberte enseñado esas fotos. No sé qué me pasó…

—Tenías que hacerlo. Si yo me hubiera enterado de que lo sabías y no me lo habías dicho, me hubiera destrozado, Hannah. No es culpa tuya. Es la de Tom. Lo que… lo que no entiendo es por qué Simon sacó esas fotos. ¿Qué pensaba hacer con ellas?

—No puedes decirle a Simon que las has visto. —Hannah lanza una mirada nerviosa en dirección a la piscina, donde Simon está dando vuelta la carne en el asador y entreteniendo a sus amigos con alguna historia que, según parece, los está haciendo morirse de risa.

El corazón de Lily se endurece cuando ve a Tom riendo como si nada con una cerveza en la mano. Por un instante lo odia. Los odia a todos. A los hombres. Siente que se están riendo de ella. Se pregunta si los otros maridos saben que Tom se está acostando con la camarera que él instaló en su misma calle, si a todos eso les resulta divertido.

—¿Por qué no puedo decírselo? —dice Lily con frialdad.

—Porque él no sabe que yo las he visto.

—¿Qué quieres decir? — Lily mira a su amiga extrañada.

—Bajé a su refugio. Con la llave.

—¿Tú? ¿Bajaste por las escaleras del acantilado?

—Sí…, bajé, ¿de acuerdo? —Hannah se sonroja al decirlo—. Y vi las copias impresas sobre su escritorio, e hice una foto de las fotos.

Lily mira a su amiga. Suenan los truenos y las primeras gotas de lluvia caen sobre el techo del patio.

—¿Por qué hizo esas fotos Simon? ¿Para qué las imprimió?

—Ya conoces a Simon. —Hannah ríe tratando de restarle importancia—. Él fotografía pájaros, mujeres, todo. Le gusta observar. Eso es lo que le gusta.

De pronto, las nubes oscurecen el sol por completo. El viento sopla con más fuerza, arrancando los farolillos de papel. Uno se suelta de la cuerda y sale rodando por el césped hacia el bosque. Un mantel a cuadros se vuela de la mesa en un revoltijo de vasos de papel y servilletas. Los relámpagos iluminan el océano y retumban los truenos. Casi al instante, unas gotas grandes y gruesas comienzan a caer anunciando el inicio del aguacero. Los hombres se apresuran a recoger las bebidas y a sacar la carne del asador y los niños gritan y corren hacia la casa mientras los truenos suenan en la distancia.

—Allí está, esa es ella —dice Hannah—. Joder. Esperaba que no viniera.

Lily ve a una mujer caminando por el césped cerca del bosque. Va hacia la piscina. El viento agita su colorida falda y alborota su cabello negro. Su paso es seguro y definitivamente… sexual. Lleva una blusa blanca bohemia y pulseras brillantes en ambos brazos. No parece ni siquiera notar que está comenzando a llover.

Lily deja el vaso. Se le hiela el corazón. No puede quitarle los ojos de encima a esa mujer en la distancia. Un relámpago ilumina el mar. Vuelve a sonar un trueno. La mujer entra en la caseta de atrás, junto a la piscina, mientras los hombres entran a la casa llevando las bandejas con la carne asada.

Lily sale de debajo de la protección del techo del jardín. Con el vino en la mano, camina bajo la lluvia directamente hacia la caseta junto a la piscina.

—¡Lily! —le grita Hannah desde atrás.

Pero Lily sigue caminando. El corazón se le sale del pecho. Simon pasa corriendo junto a ella con una bandeja de pollo asado mientras la lluvia cae con más fuerza.

—Entra a la casa, Lily —le dice—. Estamos entrando todos. Comeremos allí.

No puede ver a Tom. Cree que él está en la caseta con Arwen.

Se apresura.

Estalla un trueno. La lluvia arrecia y empapa la ropa y el pelo de Lily. Detrás de la caseta, el bosque se agita como un río embravecido. La lluvia pega con fuerza sobre el agua de la piscina y horada la superficie.

Entra en la caseta.

Arwen está de espaldas. Sola. Sin Tom. Se está sirviendo una copa en el bar de bambú que está en la esquina.

Otro trueno retumba y vibran los cristales de las ventanas. La lluvia repiquetea sobre el techo de chapa.

Lily está de pie en el umbral, con el cabello empapado, pegado a la cabeza. Observa a la mujer un momento; la atraviesan todo tipo de sentimientos encontrados, junto al recuerdo de las fotos que Hannah le enseñó. La mujer con los pechos desnudos bajo la luz de la luna. La boca de la mujer sobre la de Tom, sus dedos entrelazados en el pelo de su marido.

—¿Arwen? —dice Lily.

La mujer se vuelve.

—Bueno…, hola, doctora Bradley.

Lily queda con la boca abierta. El shock es visceral. Trata de asirse al respaldo de una silla para no caer.

—¿Paisley?

LILY

ANTES
Domingo 19 de junio

EL día DE SU MUERTE

—Arwen —dice la mujer de cabello oscuro con una brillante sonrisa mientras le tiende la mano a Lily—. Arwen Harper.

—Pero… ¿qué coño…?

—¿Quieres saber qué sucedió con Paisley, la de la peluca pelirroja? —Se echa a reír, toma su copa y bebe.

Un tatuaje se mueve en su cuello. Sus pulseras tintinean y llaman la atención de Lily, que entonces repara en la cicatriz que la mujer tiene en la muñeca. Mira la otra mano sin poder contenerse. Otra cicatriz. Lily nunca vio las cicatrices ni el tatuaje en su nueva paciente. Se da cuenta de que fue porque "Paisley" llevaba mangas largas y un pañuelo alrededor del cuello. Su "paciente" ocultó esas marcas de los ojos agudos de terapeuta experta de Lily. Igual que ocultó su cabello verdadero con la peluca pelirroja. Y "Paisley" no llevó pulseras a la consulta, ni el *piercing* en la nariz. Era una mujer completamente diferente porque Lily vio lo que Arwen quería que viera.

Lily se siente débil.

Las palabras y la lógica la abandonan mientras su mente estalla de preguntas. Un rayo se clava como un tridente en la tierra. Vuelve a refulgir cuando retumba un trueno. El bosque cercano ruge y se estremece con el viento y las piñas bombardean el techo de chapa. La lluvia cae a chorros por las ventanas, tapando la visión de la casa de los Cody engalanada con luces de fiesta.

—¿Te sirvo un poco más? —pregunta Arwen, alargando la mano hacia el vaso de vino de Lily diluido por el agua de lluvia—. ¿Más vino? O… me parece que algo más fuerte sería lo adecuado. —Coge el vaso de sus manos, lo pone sobre la barra y busca un vaso limpio. Sirve una medida triple de ginebra.

Confundida, Lily se aparta de la cara un mechón empapado de pelo. Ha ido

a enfrentarse con la camarera amante de su esposo y ahora no está segura de a qué se está enfrentando.

—¿Qué… quieres de mí? ¿Qué puto juego viniste a jugar a mi consultorio vestida de ese modo?

Arwen le alcanza a Lily un gin-tonic bien cargado.

—¿En serio? ¿No es frecuente que tus pacientes usen un nombre falso en terapia? Quiero decir, al menos en las primeras sesiones, hasta que se construye una relación de confianza. Para eso están los pagos en efectivo, ¿no? Hay seguridad emocional en el anonimato. Uno se siente más capaz de confesar sus secretos.

—Algunos pacientes usan un nombre falso al principio o usan solo su nombre de pila, pero ¿un disfraz?

Arwen se encoge de hombros.

—Tal vez esa sea mi patología personal, doctora Bradley. O tal vez quería verte a ti en tu mundo de terapeuta, sin que vieras mi verdadera yo, al menos al principio. ¿Acaso no nos escondemos todos de algún modo detrás de una máscara o una peluca? Tú tras tu bata de terapeuta, tu chapa en la puerta y tu bonito consultorio. Tom tras sus aires de profesor y su cuello alto con ese aspecto tan académico, en su torre de marfil. —Hace una pausa, inclina la cabeza y señala el vaso de Lily—. ¿Sabes quién es tu marido en realidad, Lily? ¿Sabe él verdaderamente quién eres tú?

El pulso de Lily se acelera. Recuerda las palabras de Paisley en terapia.

"Creo que la estoy viendo… Me dice que se llama Sophie… Da mucho trabajo mantener encerrado a ese demonio oscuro y pervertido que llevamos dentro".

El cerebro de Lily dispara en varias direcciones mientras evalúa el peligro potencial de esta mujer y hasta qué punto tiene que temerle. De pronto, su mente retrocede al recuerdo de las palabras de la nota anónima.

"No puedes esconderte de Satanás si Satanás está dentro de tu cabeza… De parte de alguien que lo sabe".

Lily comienza a comprender la dimensión de aquello a lo que se está enfrentando. Con voz tranquila pero algo temblorosa, le dice:

—Entonces, viniste a verme como una paciente falsa para meterte dentro de mi cabeza. —No es una pregunta. Lily está enumerando los hechos en voz alta como una forma de procesarlos, de ganar tiempo para pensar algún plan.

—¿Me metí en tu cabeza, doctora Bradley?

—Y te estás acostando con mi marido. Vi las fotos.

Por un momento, Arwen parece sorprendida, pero se recompone rápido y simplemente sonríe. Lily se da cuenta de que no sabía lo de las fotos de Simon.

—Y tu hijo está saliendo con mi hija —dice Lily lentamente—. ¿Eso también fue parte del plan? ¿Como una forma de fastidiar mi rol de madre? Cogiste un trabajo en la taberna, te hiciste amiga de mi marido, luego te trasladaste a mi calle…

—¿Tu calle? —Arwen ríe con sarcasmo—. ¿Así que el vecindario también te pertenece?

—¿Qué maldito juego es este, Paisley? —le responde Lily—. Dime qué es lo que quieres.

—Arwen —replica con fiereza en la mirada—. Mi nombre es Arwen. Recuérdalo, Lily. Quiero que me mires a los ojos y me veas… a mí. Quiero que me conozcas. Y sí, quiero, necesito, estar dentro de tu cabeza, donde me tendrías que haber tenido todo el tiempo. Ahora dilo, di mi nombre.

Lily parpadea mientras un oscuro atisbo de conciencia comienza a desplegarse en la parte baja de su vientre.

—¡Dilo! —exige Arwen.

La mirada de Lily se dirige a la puerta. Están muy lejos de la casa principal.

Aislada por la tormenta. El miedo se apodera de ella.

—¡Dilo!

—Arwen —dice Lily con cuidado.

—Así está mejor —Arwen sonríe—. ¿Qué tal está tu copa? —Lily mira los ojos de la mujer, su mente no puede detenerse—. ¿Cómo… está… tu… copa? Pruébala. Dime.

Lily da un pequeño sorbo.

—Está fuerte.

—Bebe más.

—Mejor…

—Dije… que bebieses… más.

Lily toma otro sorbo sin dejar de mirar a Arwen por encima del borde del vaso.

—Eras tú todo el tiempo, ¿no? Observando mi casa, acosándome. Fuiste tú la que dejó las notas.

—Bueno, tuve que pagarle a alguien para que te entregara la nota con las copas en el hotel Ocean Bay. Tenía turno esa noche. —Una sonrisa taimada

baila en su bonita boca—. Tenía maridos que seducir. Es tan fácil manejar a los hombres; basta que una sepa dominar sus pollas, ¿no te parece?

El atisbo oscuro de conciencia en sus entrañas va creciendo y, como una enredadera de espinas, se enrosca y se retuerce desplegando sus ramas dentro de su pecho mientras lo imposible comienza a quedar al descubierto. Lily se da cuenta de que debe encontrar una forma de manejar a esta mujer antes de que destruya su vida y su familia. No puede permitir que salga de allí. Lily se sienta en una silla de bambú. Siente las rodillas flojas. Está mareada. Tal vez es la bebida. Tal vez Arwen puso algo en el vaso. Lentamente, le dice con un tono más cercano:

—¿Qué es lo que buscas?

Arwen mira a Lily mientras la lluvia cae con estrépito fuera. Finalmente dice:

—Todo, doctora Bradley. Quiero arrebatártelo todo. Quiero destruirte a ti y a tu falsa familia que vive en una casa color berenjena, detrás de una fachada de privilegio. Me das asco, Lily Bradley. Y también tu marido. —El rostro de Arwen se endurece, sus ojos parecen de piedra y es como si un demonio se le hubiera metido en el cuerpo—. No mereces ni un poco de lo que tienes.

—¿De qué estás hablando?

Pero Lily ya lo sabe. Lo que no sabe es cómo es que Arwen lo sabe.

—¿O debería llamarte Sophie McNeill? —La mano de Lily comienza a temblar—. Sí, sé quién eres. —Arwen se acerca. Se sienta en la silla frente a Lily, sus rodillas casi se tocan. Se inclina hacia delante. La mira intensamente —. Te conozco. Sé de dónde vienes, dónde viviste. Sé lo que sucedió. —Su mirada taladra los ojos de Lily. Y casi en un murmullo, como si estuviera recitando un poema, dice—: "El sábado 22 de abril de 1989, una ola de calor azotaba Glenn Dennig, un tranquilo pueblo de las praderas situado en las afueras de Medicine Hat. Para sus habitantes, el aire de la noche era inusualmente cálido para el inicio de la primavera. No les importaba". —Sonríe y dice con dulzura—: Pero entonces no sabían lo que estaba a punto de suceder. ¿No es cierto, Sophie?

La mente de Lily se desliza hacia ese caluroso día en Glenn Dennig.

VÍCTIMA DE UN SECUESTRO

LA VERDADERA HISTORIA DE UN CRIMEN

La niña bajo la cama vivía cuatro casas más abajo: Chrissie Whittaker, de nueve años. El niño encontrado en la cama de matrimonio de la habitación principal era su pequeño hermano, Harrison, de siete años, apuñalado y degollado, y la cabeza tapada con una almohada.

Se supuso que Sophie McNeill había sido víctima de un secuestro y estaba en grave peligro. Más tarde, Wozniak declaró a un periodista: “Rezaba a Dios para que Sophie estuviera en casa de alguna amiga. Mi siguiente pensamiento fue qué sería de esta pobre niña cuando se enterara de que toda su familia había sido asesinada? Al menos no había tenido que verlo”.

Se movilizaron todas las fuerzas de seguridad y la central de policía de Medicine Hat era un hervidero. Se montaron controles policiales en la ciudad y en las carreteras principales que conectaban con el pueblo.

La policía se comunicó con el consejero escolar de Sophie para preguntar los nombres de los amigos con los que podría estar. El agente que hizo de enlace visitó el colegio católico al que asistía Sophie McNeill e informó al director sobre el brutal asesinato de la familia de una de sus alumnas. Ese agente de enlace solicitó una foto actual de Sophie, que fue difundida por todo el país.

Se contactó con el entrenador de natación de Sophie, que informó a la policía que ella no estaba con el equipo.

El director del colegio le dijo al agente de enlace que los alumnos solían pegar la lista de teléfonos de sus amigos en el interior de la puerta de sus taquillas, o bien los anotaban en sus cuadernos. La policía no podía registrar las taquillas legalmente, pero el director podía hacerlo.

Abrieron la de Sophie.

No había números de teléfono pegados en la puerta. El oficial comenzó a revisar un cuaderno. Una hoja suelta cayó al suelo.

El agente la recogió: era un cómic dibujado a mano que tenía cuatro viñetas. Mostraba una familia de figuras con palotes llamada “unidad parental con niños”. Las figuras estaban bajo el sol cerca de una barbacoa en llamas. Se los veía dándose la mano como las pegatinas que la gente pone en la parte de atrás de sus coches.

En el siguiente cuadro la figura de la niña aparecía apuñalando a los miembros de su familia con un gran cuchillo, mientras la sangre saltaba a borbotones. Debajo de la imagen decía: “¡Morid! ¡Morid! ¡Que todo lo que amáis sea destruido!”.

Luego aparecía el dibujo de la niña sonriente y corriendo hacia una colina donde

había una camioneta con el nombre “camioneta de Vincent”. La figura de un muchacho dentro saludaba a la chica.

La última viñeta mostraba a la chica y al chico partiendo en la camioneta y un bocadillo en el que decía: “Ja, ja, ja”. Los dos ocupantes se alejaban riendo. Había dibujado un arcoíris sobre la camioneta, que se dirigía hacia una puesta de sol. Debajo de la última viñeta estaban las palabras: ***“Ahora podemos ser felices. Fin”.***

Un compañero de clase identificó la letra y los dibujos como hechos por Sophie. El compañero le dijo a la policía que el novio gótico de Sophie, Vincent Ellwood, de veintitrés años, vivía en un área de caravanas con su madre, solía ir al centro comercial con otros chicos góticos y a veces vendía drogas.

El agente de enlace le enseñó los dibujos a su superior en la comisaría de Medicine Hat, y se emitió un juicio preliminar. Hasta ahora la policía había temido por la seguridad de Sophie. Ahora temían, increíble pero cierto, que la niña de doce años de un colegio católico pudiera ser la sospechosa del asesinato. Sophie McNeill podría haber asesinado, o al menos colaborado en el asesinato, de su propia familia y de Harrison Whittaker. Y ahora se había dado a la fuga con su novio mayor de edad que estaba desaparecido de su hogar en la caravana.

El oficial a cargo ordenó que se devolvieran los dibujos y el cuaderno a la taquilla y que se cambiara la cerradura. Quería que quedara precintada hasta que pudiera conseguir la correspondiente orden judicial para abrirla.

Dos días más tarde, un empleado de una gasolinera en la pequeña ciudad de Saskatchewan vio entrar en su taller una camioneta marrón abollada que se parecía a la de Vincent Ellwood. El empleado comparó las matrículas y las caras de los ocupantes con los carteles que mostraban los rostros de las personas desaparecidas y llamó a la policía mientras la niña y su novio comían hamburguesas en la cafetería contigua.

Una hora más tarde, Sophie McNeill y Vincent Ellwood fueron puestos bajo custodia en la pequeña ciudad de Saskatchewan.

LILY

ANTES
Domingo 19 de junio

EL día DE SU MUERTE

—Yo estaba allí, Sophie —dice Arwen—. Bajo la cama. Escuché todo el horror de lo que sucedió en esa casa de Glenn Dennig.

Lentamente, una terrible realidad se instala en Lily.

—Entonces, tú… eres ella —dice despacio—. Eres Chrissie Whittaker.

—Christine Arwen Whittaker. —Esboza una sonrisa fría y falsa y levanta su vaso—. ¡Salud!

Lily no se puede mover. Simplemente la mira. El viento sopla en ráfagas. Los árboles se agitan. Un farolillo de papel hecho jirones se ha enganchado en una rama y pasa por el ventanal como un fogonazo de amarillo brillante, un trozo desgarrado de lo que se suponía sería una fiesta soleada en la perfecta calma de la vecindad.

—Parece que necesitas otra copa. Se te ha caído el vaso.

La mirada de Lily se dirige al suelo, donde ve los trozos del vaso roto que ni siquiera se había dado cuenta de que había tirado.

Arwen se levanta y le sirve un nuevo de gin-tonic. Se lo alcanza.

Como en un trance, Lily se lo toma.

—¡Salud! —vuelve a decir Arwen.

Lily parece no poder moverse.

—He dicho "salud", Lily. Es una orden.

Fuera destellan los relámpagos.

Lily levanta el vaso con mano temblorosa y brinda con Arwen.

Arwen espera hasta que Lily da un largo trago. Vuelve a retumbar un trueno. Lily se pregunta dónde está Tom, cómo es que nadie de la casa nota la ausencia de ellas dos. Tom no puede enterarse de lo que esta mujer sabe. Nadie puede saberlo. Una parte de Lily está siendo succionada y arrastrada lejos, muy lejos

de Tom, muy lejos de la casa de los Cody, hacia el frío abismo del pasado, hacia atrás, para enfrentarse a ese pequeño demonio de doce años en su interior. Al pasado, para mirarse en el espejo y ver el rostro fracturado de la niña que se tiñó el cabello de negro contra la voluntad de su madre. Esa niña a la que le prohibían ver a su novio mayor. Una niña que se rebelaba y era castigada y que solo quería ver muertos a sus padres y a su hermano pequeño para poder hacer lo que quisiera.

VÍCTIMA DE UN SECUESTRO

LA VERDADERA HISTORIA DE UN CRIMEN

Era temprano por la mañana y las bolsas con el desayuno de sándwiches de la cadena de comida rápida local fueron distribuidas en las celdas de Sophie McNeill y Vincent Ellwood. Habían sido trasladados de vuelta a Medicine Hat. Los policías esperaban que la comida les resultará familiar y eso aumentara las posibilidades de cooperación de su parte. Necesitaban confesiones. Debían hacer lo que fuera antes de que aparecieran los abogados, pero interrogar a menores era complicado. La policía debe respetar las leyes especiales sobre jóvenes en Canadá.

Los sargentos Dave Blunt y Peter Chalk fueron asignados al interrogatorio. Blunt era un exdetective de la división estupefacientes, con un talento especial para ganarse la confianza de jóvenes y adolescentes y sonsacar sus secretos. Chalk era un veterano operador del polígrafo y un as de los interrogatorios.

Como muestran las transcripciones del juicio, Blunt y Chalk optaron por desempeñar la rutina de "figura paterna" y "policía bueno" con Sophie McNeill, que estaba en la diminuta sala de interrogatorios llorando, echada sobre la mesa de metal.

Chalk, pese a su actitud paternal, no consiguió sacarle nada a Sophie McNeill. Simplemente se negó a hablar. Cuanto más lo intentaba Chalk, más lloraba y más se limpiaba Sophie los mocos con la manga.

Esa tarde, el apuesto sargento Blunt entró en la sala con su cabello rubio, sus ojos azules y sus gafas de sol a la moda. Exudaba un aire de frescura urbana y se presentó como Dave. Le preguntó a Sophie sobre música punk y gótica y por sus bandas favoritas. Le preguntó qué pensaba de las letras del rock metal y la fue llevando a que le confiara cómo se había aficionado a la subcultura gótica. Ella le contó que se sentía muy sola, que no encajaba en su colegio católico, que creía que la religión organizada era algo estúpido porque, si Dios realmente existiera, seguramente no dejaría que la gente sufriera y que la wicca —esa religión que adora la brujería y la magia— tenía mucho más sentido. Y que esos chicos del grupo gótico del centro comercial eran todos marginados que la hacían sentir bienvenida. Y sus padres no entendían lo mucho que ella necesitaba a sus amigos, y cuanto más trataban de impedir que los viera a ellos y a su novio, más odiaba a sus padres. Comenzó a llorar.

Blunt acercó su silla. Le acarició el pelo y le apoyó la mano en la nuca. Le dijo cosas reconfortantes, que ella era genial, que olía muy bien y que él pensaba que era muy guapa.

Las acciones de Blunt habrían de tener un alto costo para él en los tribunales, pero al final logró que Sophie le dijera de qué modo había conocido a Vincent, ese muchacho de veintitrés años, en el centro comercial, y cómo, cuando sus padres le

prohibieron verlo, comenzó a escaparse de su casa por la ventana del sótano por la noche y cómo, a lo largo de los meses, habían planeado escapar juntos.

—¿Y a dónde pensabais escapar? —preguntó Blunt.

—A Europa, a vivir en un castillo gótico, en Alemania. O en Transilvania. Pero mis padres nos perseguirían, seguirían causando problemas. Nunca dejarían de buscarme.

—¿Por qué?

—Porque… yo les importaba.

—¿Te querían?

Ella se quedó mirando la mesa sin decir nada.

—Entonces, ¿qué decidiste hacer?

Sophie dijo que ella y Vincent habían hablado de asesinarlos.

—¿Fue idea tuya?

—Él solo los mató porque me quiere. Yo no quería que lo hiciera en realidad. Nunca pensé que lo haría. Él es amable. Realmente dulce. Nunca lo hubiera hecho si no hubiera estado bajo la influencia de sustancias que alteran la mente y una vez que comenzó… ya no había vuelta atrás.

Ese fue un momento clave para el sargento Dave Blunt. Trató de mantener la calma, de permanecer como un oyente que simpatizaba.

—¿Cómo lo hizo?

Sophie le contó al policía que la noche del sábado 22 de abril de 1989 ella estaba en su habitación con los auriculares puestos, escuchando música. Su hermano pequeño había invitado a un amigo y estaban viendo una película en el sótano. Sus padres estaban a punto de irse a la cama. Vincent tiró unas piedrecitas a su ventana. Ella se asomó y lo vio. Tenía un cuchillo y señalaba a la ventana del sótano.

—Estaba completamente drogado, muy nervioso, como si hubiera estado tomando coca o éxtasis. Antes de que pudiera decirle que los niños estaban en el sótano, Vincent entró por la ventana de abajo. Oí a Danny y a Harrison gritar y cómo subían corriendo por las escaleras y a mi padre que bajaba a ver qué pasaba. Oí a mi padre gritar… y a mi madre que bajaba…, escuché todo lo que pasó, fue terrible. —Se quedó en silencio unos momentos—. Sabía que habría muchísima sangre y quería que se detuviera. No quería que siguiera, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué hiciste cuando escuchaste a tu madre y a tu padre en el sótano con Vincent?

—No lo recuerdo…

—Vamos, Sophie. Estoy seguro de que sí. No pasa nada, puedes contármelo.

—Creo que bajé y fui a la cocina. No…, fui… creo que fui a la habitación de Danny, para consolarlo porque estaba llorando y muy asustado preguntando qué sucedía.

—¿Dónde estaba Harrison entonces?

—No lo sé. Creo que corrió a la habitación de mis padres cuando Vincent subió por las escaleras golpeándose contra las paredes, dejando todo lleno de sangre, con el cuchillo en la mano. Estaba como loco.

—¿Había alguien más en la casa?

Ella pareció sorprenderse.

—No. ¿Por qué?

—¿No había nadie más viendo el vídeo en el sótano con los dos chicos?

—No.

El sargento Blunt se dio cuenta de que Sophie y Vincent no tenían idea de que había otra niña dentro de la casa. En ese momento, él pensó que Chrissie Whittaker debió de haber escapado hacia la habitación de Sophie y se metió bajo la cama mientras Sophie y Vincent estaban con los niños.

—¿Qué estaba haciendo Danny en su habitación?

—Estaba llorando. Asustado. Fui a consolarlo, porque Danny es muy sensible. El plan no era matarlo con un cuchillo. Íbamos a asfixiarlo para que no sintiera ningún dolor, porque no podíamos dejarlo vivo sin sus padres, los hubiera echado mucho de menos.

—Entonces, querías ser buena con él.

Ella comienza a llorar. El sargento es paciente y espera.

—Pero cuando Vincent subió al piso de arriba cubierto de sangre y estaba… hecho un loco, yo no pude hacerlo, no pude, pero me decía que teníamos que hacerlo y además estaba el otro chico, que lo había oído todo y que ahora no podíamos dejar que viviera. Me gritó que lo hiciera. Yo… traté de clavarle el cuchillo a Danny en un costado y me llené de sangre y no pude volver a apuñalarlo. Danny gritaba todo el tiempo que era muy joven para morir y nos suplicaba que no lo matáramos. Vincent corrió donde estaba el otro chico y oí como lo hacía. Volvió y me dijo que tenía que terminar de matar a Danny. No pude. Entré al baño para lavar el cuchillo y quitarme la sangre de Danny. Y oí a Vincent… oí cómo le cortaba la garganta. Oí el borbotón de sangre. Yo no quería que pasara más, pero una vez que comenzó no se podía detener. Tenía que terminarlo.

—¿Qué pasó después? —Silencio. El sargento Blunt tomó la mano de Sophie con gentileza. —Va todo bien. Puedes decírmelo, Sophie. Pero tiene que ser toda la verdad. Tiene que ser la historia completa.

—Busqué una bolsa con mis cosas y después Vincent y yo nos fuimos en su camioneta.

—Lo cuentas así, como si no sintieras nada, Sophie. ¿No te sientes mal?

—Ayer lloré durante todo el día, pero ahora me siento vacía. ¿Esto me convierte en una persona horrible?

El sargento Blunt le preguntó a Sophie si sus padres alguna vez habían abusado de ella. Dijo que no, que siempre querían lo mejor para ella y que creía que seguramente la querían. Bastante.

El sargento Blunt le llevó unas hojas de papel y un bolígrafo. Le preguntó si quería escribir una carta de disculpa a sus padres y si le gustaría escribirle también una nota a Vincent. Dijo que le llevaría la carta de parte de ella. Era una táctica, algo que pudiera ser usado como una confesión escrita. En la carta a sus padres ella escribió:

Querida unidad parental:

Os escribo en respuesta a los hechos que sucedieron en nuestra casa el sábado.

Algo terrible pasó y fue culpa mía. Lo siento mucho. Hubiera deseado que no

ocurriera y que estuvierais aún conmigo porque ahora soy huérfana y no tengo a nadie. Espero que estéis en paz en la Tierra de Verano.

A Vincent le escribió:

Mi amor:
Te quiero con todo mi corazón. Pase lo que pase, por favor, recuerda que la gente dice mentiras. Me siento muy sola sin ti. Tienes que mantenerte fuerte, amor. Tal vez tengamos que esperar, pero estaremos juntos de nuevo, y tendremos nuestro eterno castillo donde viviremos felices para siempre. Mantén la esperanza. Cree en mí. No confíes en las mentiras de los demás. Porque sé que lo que se promete desde el alma es mucho más fuerte que los lazos de la carne. Miles de besos.

VÍCTIMA DE UN SECUESTRO

LA VERDADERA HISTORIA DE UN CRIMEN

Vincent Ellwood le contó una historia totalmente diferente al sargento Dave Blunt.

Dijo que Sophie había sugerido asesinar a sus padres unos meses antes.

—Todo el tiempo me pedía que lo hiciera. Decía que, si realmente la quería, yo los mataría. Yo le decía que simplemente podíamos huir juntos, pero ella insistía en que sus padres nunca dejarían de buscarnos. Vendrían tras nosotros. Tenían que morir.

—Entonces, ¿todo fue idea de ella? —preguntó Blunt.

—Yo no quería. Quiero decir, la idea era genial cuando estaba drogado o había tomado algo. Pero me daba miedo. Le pedí a un amigo que me ayudara a hacerlo y me dijo que de ninguna manera, hermano. Le pregunté a otro y todos pensaron que me había vuelto loco.

—¿Y ninguno denunció nunca que querías matar a Della y Mark McNeill y a Danny?

—Ellos no creyeron que yo lo fuera a hacer de verdad.

—Entonces, ¿fue ella, Sophie, quien te presionó? ¿Cómo lo hizo?

—Ella solo se alejaba, muy callada, como triste, y a mí me ponía mal verla así. Quería que fuera feliz. Cuando estaba feliz ella me quería. Teníamos sexo. Yo tenía la esperanza de que la vida iba a ir bien cuando ella estuviera de buen humor.

—¿Sabes que ella tiene doce años?

—No lo sabía cuando la conocí. Pensé que tenía, no sé, dieciocho. Es muy madura. Muy inteligente.

—¿Más inteligente que tú?

Vincent miró a la mesa y quedó en silencio. Estaba en un estado total de confusión. Lleno de emociones. Muy diferente de Sophie McNeill.

Le dijo a la policía que había bebido mucha cerveza esa tarde. Luego había ido a la casa de unos amigos donde había fumado marihuana y había bebido más alcohol. Después se metió, según dijo, “tal vez unas cinco rayas de coca y algo de éxtasis. Estaba colocado. Enajenado. Agresivo. Me fui a su casa con un cuchillo”.

Vincent luego le contó al sargento Blunt que había entrado por la ventana del sótano. Allí encontró a tres niños viendo un vídeo. Dos chicos y una chica. Cuando lo vieron con su rostro pálido con maquillaje blanco, los ojos delineados de negro, y un jersey negro con una capucha que tenía una calavera y un cuchillo en la mano, dieron un alarido y corrieron escaleras arriba. El padre de Sophie bajó, cogió un destornillador que estaba en la escalera y se abalanzó sobre Vincent.

La batalla fue feroz. Estruendosa. La madre bajó corriendo las escaleras al oír los gritos. Vincent se lanzó sobre ella. La mujer levantó los brazos para cubrirse el rostro y él le clavó el cuchillo en medio del vientre, y luego en el corazón. Mark McNeill era un

tipo fuerte y un feroz protector de su familia, pero la desigualdad de fuerzas con Vincent Ellwood, un maniático cocainómano, motorizado por el éxtasis, fue insalvable.

Mark McNeill logró clavarle el destornillador a Vincent encima del ojo y en el brazo. Y Vincent dejó por las paredes un reguero de sangre de Marc y de Della, además de la suya, mientras subía tambaleándose al piso superior para encontrarse con Sophie.

—Ella estaba con Danny —contó—. Lo rodeaba con su brazo tratando de estrangularlo, pero él no se moría. Le suplicaba diciendo que era demasiado joven para morir y que por favor se detuviera y que lo ayudara.

—¿Y el otro chico?

—Se escapó a la habitación de los padres.

—¿Y qué pasó con la chica?

—No vi adónde se fue. Me imagino que salió de la casa.

—¿Sabía Sophie que había otra chica?

—Yo nunca se lo dije.

—¿Por qué?

—No quería que muriera nadie más.

—¿Qué pasó entonces?

—Me dijo que la esperara con Danny en su habitación. Ella se fue a la cocina a buscar un cuchillo mientras yo estaba abajo encargándome de sus padres. Trajo el cuchillo a la habitación principal. La oí encargándose del niño pequeño. Volvió y entonces mató a Danny.

—¿Tú no lo mataste?

—Lo hizo ella. Le cortó la garganta. Se oía la sangre saliendo a borbotones. Danny se resistió…, trató de defenderse con su sable láser.

El sargento Blunt se detuvo un minuto para recomponerse. Lentamente preguntó:

—Cuéntame qué pasó después, Vincent. Necesito saber toda la verdad, comprender. No puede haber verdades a medias. Porque la verdad saldrá a la luz y será peor para vosotros.

—Me asusté. Ella me dijo que la esperara en la cocina mientras metía sus cosas en una bolsa.

—¿Ella quería recoger sus cosas? ¿Con todos muertos en la casa?

—Sí. Yo… traté de esperar en la cocina. Le grité que se diera prisa, pero ella tardaba mucho y me volví loco. Me fui. Corrí hasta llegar a mi camioneta y conduje de vuelta hasta mi casa. Me di una ducha y me lavé bien. Estuve bebiendo más alcohol.

—¿Alguien en el área de caravanas te vio? —Vincent niega con la cabeza—. ¿Estás seguro de que te fuiste sin ella? Porque ella no lo está contando así.

—Sí, fue así. Yo me estaba volviendo loco y no me podía quedar en esa casa con todos allí, con todo lo que había pasado.

—¿Y qué hizo Sophie después?

—Apareció más tarde en mi caravana con un taxi; llevaba una bolsa con sus cosas y una tarta de merengue que estaba en la cocina de su casa. Dijo que había llamado un taxi, y luego se dio cuenta de que no tenía dinero. Encontró la tarjeta de crédito de su madre, corrió hasta una tienda al final de la calle, donde había un cajero automático.

Sacó dinero y luego corrió a su casa, donde la esperaba el taxi para llevarla a mi caravana.

—¿Y qué pasó entonces?

—Nos comimos el puto pastel en mi casa y luego nos fuimos en mi camioneta.

LILY

ANTES
Domingo 19 de junio

EL día DE SU MUERTE

—Yo no los maté —dice Lily despacio.

—El jurado dice que sí —contrataca Arwen—. El jurado le creyó al fiscal, que dijo que no hacía falta que tú hubieras sostenido un arma para ser la asesina. Tú lo planeaste. Lo instigaste y, en juicios separados, tú y Vincent fuisteis condenados por cuatro cargos de homicidios en primer grado.

—Cumplí mi condena.

—¿En el instituto Margot Javinski? ¿Donde podías caminar libremente sin estar entre rejas? ¿De donde saliste a la calle bajo supervisión antes de cumplir los dieciocho años? ¿Con tus antecedentes completamente borrados cuando cumpliste veintidós? ¿Qué clase de condena es esa después de lo que hiciste?

—Estuve bajo tratamiento. Trabajé muy duro, hice mi parte. Me recuperé, Arwen. Yo era una niña. Doce años. Estaba confundida, enferma y bajo el hechizo de un joven retorcido, una especie de Charles Manson. Un Paul Bernardo. Si no hubiera conocido nunca a Vincent Ellwood, nada de esto habría sucedido. Y como dijo el juez, en este país no desechamos a los niños, no los arrojamos a un calabozo. Yo soy la prueba de que la terapia puede funcionar. Me reformé.

—¿Sí? ¿Realmente has cambiado, Lily Bradley? ¿O eres una estafadora muy astuta? Tal vez aprendiste en la institución a refinar tu actuación, a darles a todos lo que querían creer. Antes del juicio evaluaron tu coeficiente intelectual como superior al normal, además de diagnosticarte trastorno de conducta y trastorno negativista desafiante. ¿No es esa la variante infantil para describir a un sociópata?

—Cuando quedé libre, los psiquiatras dijeron que yo era un ejemplo de rehabilitación infantil. Ya no era un peligro para nadie. El potencial de

reincidencia fue evaluado en cero. Es por lo que me incliné por el campo de la psicología. Aprendí cómo se podía ayudar a la gente. Lo importante que es la salud mental y la intervención. —Lily se inclina hacia delante cuando ve una duda en los ojos de Arwen—. Traté de averiguar qué había sucedido contigo, Chrissie. Arwen. Supe que tu familia se mudó. Sabía que tus padres te querían. Supuse que habías recibido el tratamiento que necesitabas y…

—¡Vete a la mierda! —Arwen le apunta con su vaso—. Estás mintiendo. Jamás te importó lo que le había pasado a la niña que estaba debajo de tu cama. No tienes la más remota idea por lo que pasé, o por lo que estoy pasando. Me lo quitaste todo.

Lily traga con dificultad e intenta no mirar hacia la puerta.

—Lo siento. Lo siento de verdad. Cuéntamelo. Cuéntame lo que sucedió.

—No creas que tus tonterías terapéuticas van a funcionar conmigo —dice Arwen con un gesto displicente de la mano.

—Quiero saberlo, Arwen. ¿No viniste a mi consultorio para eso? Aunque te disfrazaras. Tal vez ni siquiera sabes qué es lo que quieres de mí, solo que en el fondo quieres que yo te vea. Quieres mirarme a los ojos. Como si miraras un espejo roto. Quieres enfrentarte a esa persona que ha quedado adherida como una media naranja oscura a tu familia desde el día en que trajiste esa tarta de merengue a nuestra casa.

Los labios de Arwen comienzan a temblar. Los ojos le brillan, conmocionados.

—Dime, por favor. ¿Qué te pasó después de ese día?

Se pone de pie, camina, bebe un poco, camina de nuevo. La lluvia azota los ventanales. Lily siente que el tiempo se acaba. Esta mujer es una bomba a punto de hacer estallar su vida en mil pedazos. Tiene que hacer todo lo posible para desactivar y contener el daño potencial. Como sea. Phoebe, Matthew, Tom, ninguno debe enterarse de que ella era Sophie.

Finalmente, Arwen se sienta frente a Lily.

—Mi familia, lo que quedaba de ella, se trasladó a Ontario. Una nueva ciudad, pequeña, donde pudiéramos empezar de cero. Un lugar donde tenían la esperanza de que yo pudiera recuperar el habla. Sentían que era una bendición que no tuviera ningún recuerdo de lo que había sucedido. Y querían que siguiera siendo así. Me mantuvieron alejada de los juicios, de las noticias. Decidieron llamarme por mi segundo nombre, Arwen, con el objeto de que todo fuera nuevo. Comencé a hablar de nuevo, con ayuda, pero no recuperé los

recuerdos de ese día sangriento. No hasta mucho más tarde en la vida. Después de haber tenido a Joe. Porque las dos sabemos, ¿no es cierto, Lily?, que la mente puede bloquear el trauma, pero el cuerpo nunca olvida. Siempre guarda esa marca. Al final todo deriva en alguna disfunción. Se manifiesta en comportamientos autodestructivos, en adicción al sexo, sí, esa parte de Paisley es verdadera, abuso de sustancias, comportamiento psicótico. —Duda—. E intentos de suicidio.

Bebe del vaso hasta el fondo. El viento sopla con más fuerza fuera y más restos golpean el tejado.

La mirada de Lily se fija en las cicatrices de las muñecas de la mujer. Está sufriendo. Y todo es culpa de Lily.

—Luego, cuando Joe tenía seis años, fuimos a ver una película de terror —dice Arwen—. Había una escena violenta de apuñalamiento. Me volví loca. La escena me desencadenó un episodio psicótico. Yo no sabía por qué. Todo lo que sé es que me recogió la policía a tres manzanas del cine, delirando y con heridas por cristales rotos. Terminé en el hospital. Me había autolesionado destrozando ventanas, alucinando, defendiéndome de gente que quería degollarme y degollar a mi hijo. Me internaron en una institución psiquiátrica donde me diagnosticaron trastorno esquizoafectivo. Allí me tuvieron bajo tratamiento. Joe quedó temporalmente bajo la custodia de una familia. Él se convirtió en mi motor para recuperarme. Y tuve suerte, si a eso se le puede llamar suerte, de toparme con un médico que creyó que podría estar sufriendo un trastorno agudo de estrés postraumático y no un trastorno de tipo esquizoide, y que esto se había desencadenado por la escena sangrienta de la película. Trabajó mucho conmigo, y al mismo tiempo me acerqué más a mi madre. Ella me explicó lo que no recordaba sobre mi pasado y lo que le había ocurrido a Harrison, mi hermano pequeño. Nunca había leído nada sobre los asesinatos de 1989 en Glenn Dennig. No sabía que había vivido en Glenn Dennig. Solo me habían dicho que tenía un hermano menor que había fallecido a causa de una enfermedad. Pero después de eso, comencé a recordar y comencé a buscarte, Sophie. —Se inclina hacia delante, sus facciones se vuelven de pronto duras y feroces, mientras retoma el control—. Yo lo vi todo —dice—. Desde debajo de la cama vi lo que sucedió al otro lado del vestíbulo, en la habitación de Danny. Creíste que los únicos que lo sabíais eran Vincent y tú. Pero no, ahora somos tú y yo, porque Vincent murió en prisión. Somos las

únicas dos personas que quedan que saben lo que realmente pasó en esa habitación.

VÍCTIMA DE UN SECUESTRO

LA VERDADERA HISTORIA DE UN CRIMEN

Vincent Ellwood y Sophie McNeill fueron juzgados por separado.

Sophie no pudo mostrar remordimiento ni emoción en el juicio. El testimonio de sus buenos amigos góticos no la ayudó mucho. Todos dijeron que Vincent la consentía en todo y que hubiera hecho lo que fuera por ella. Dos compañeros del colegio sostuvieron que habían oído a Sophie decir que odiaba a su hermano y que deseaba que sus padres murieran. Los amigos de Vincent testificaron que ella le había pedido a él que asesinara a su familia.

El jurado quedo muy conmocionado al ver las fotos brutales y sangrientas del asesinato de la familia. No recibieron ninguna advertencia sobre la crudeza de las imágenes que verían. El jurado deliberó solo cuatro horas. Salieron de la sala con un veredicto de culpabilidad por cuatro cargos de homicidio en primer grado. Esto convirtió a Sophie McNeill en la persona más joven en ser condenada por homicidio múltiple en Canadá.

La pena máxima que se puede imponer a un menor en Canadá es de seis años en custodia, seguidos de cuatro años de supervisión condicional fuera del centro. Como a Sophie le diagnosticaron un trastorno de conducta y un trastorno negativista desafiante tuvo la posibilidad de cumplir su pena en un régimen de custodia y supervisión intensiva de rehabilitación, un programa reservado para jóvenes delincuentes violentos con diagnósticos de trastornos psicológicos y perturbaciones emocionales.

A los dieciocho años, Sophie McNeill había cumplido su condena. En un informe, antes de su liberación, se dijo que ella era un ejemplo de rehabilitación infantil. A los veintidós, como no había cometido ningún otro delito, sus antecedentes juveniles quedaron borrados. Y dado que la Ley de Derecho Penal Juvenil de Canadá protege a los delincuentes menores de dieciocho años garantizándoles el anonimato, nada que pueda identificar al joven delincuente —como el apellido familiar— podía difundirse legalmente dentro del país.

Como lo expresó un experto jurídico de Calgary en el momento de su liberación, Sophie McNeill, o S. M. como la llamaba en los medios, “puede ahora hacer el acto final de su completa desaparición. No tendrá que revelar nada de su pasado a menos que ella elija hacerlo. No se le restringirá la posibilidad de trabajar con menores. Estará en libertad de elegir profesiones regidas por un código de ética y podrá convertirse en lo que quiera, desde maestra a abogada, enfermera o cuidadora”. O incluso terapeuta.

Como la doctora Lily Bradley.

Vincent Ellwood, en cambio, fue sentenciado a cadena perpetua sin posibilidad de obtener la libertad condicional durante veinticinco años.

Se supo durante el juicio que Vincent se autoinfligía cortes. No en los brazos, sino en los muslos, que podía ocultar a la gente. Incluso una vez se clavó un cuchillo en una pierna. Tenía veintitrés años y no había sido capaz de conservar un trabajo. Tenía cierta deficiencia intelectual, vivía con su madre alcohólica en una caravana, había nacido en el peor de los entornos, había sufrido abusos de niño por la sucesión de novios borrachos de su madre y había padecido acoso en el colegio. Su película favorita era una de terror sobre un niño acosado violentamente por sus compañeros en el colegio, a quienes acababa asesinando y descuartizando como venganza. Lo único que Vincent deseaba era ser amado. Respetado. Pertenecer. El grupo gótico del centro comercial creía que él era maravilloso. Entonces se vestía como ellos e iba con ellos a los conciertos de música gótica y punk en la ciudad. Tenía un aspecto impresionante con sus ojos azules delineados con maquillaje oscuro. Las chicas pensaban que era divertido, amable, increíblemente hiperactivo y genial. Cuando Vincent conoció a la joven y bella Sophie McNeill y ella se enamoró de él, Vincent tocó el cielo con las manos. Como dijeron sus amigos, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de mantener el amor de esa chica.

Después de los fallos de culpabilidad, una amiga de Della McNeill dijo a la prensa: “Sophie creció demasiado rápido. De la noche a la mañana, cuando tenía once años. Le crecieron los pechos, cambió su cerebro. Se sexualizó. Y eso la alejó de las otras chicas de su clase. Vincent podía tener veintitrés años, pero intelectualmente era un preadolescente. Tenía todos los signos de quien padece el síndrome de alcoholismo fetal. Juntos, Sophie y Vincent se encontraron y hubo una extraña química psicológica”.

“Fue la tormenta psicológica perfecta. Creo que si Sophie no hubiera conocido nunca a Vincent, su familia hoy estaría viva. ¿Se habría convertido Sophie en una sociópata, igualmente? No lo sé. Los desarrollos de la ciencia dicen que suceden cosas extrañas en las mentes adolescentes, especialmente las de las chicas que maduran demasiado rápido. ¿Podrá llegar a rehabilitarse completamente? No lo sé. Sophie siempre ha sido inteligente. Sabe cómo adaptarse para que las cosas jueguen a su favor”.

La policía creyó que Sophie había sido la víctima. Pero ella era la culpable.

Ella le arrebató la vida a mi hermano pequeño. Me arrebató mi vida. Me arrebató a mi familia tal como yo la conocía. Hasta me arrebató y se comió el pastel de merengue que compró mi madre. Todo arrebatado por una mujer que ahora vive como una princesa perfecta y privilegiada en un hermoso barrio arbolado. Una mujer que se oculta tras una máscara. Protegida por una ley que prohíbe que se la nombre en este país.

Esta mujer que ahora trata de desenterrar los secretos de sus pacientes era ella misma la paciente.

Y su secreto está en mi poder.

Pero aún hay un interrogante perturbador que quedó sin resolver en los juicios

realizados contra Sophie McNeill y Vincent Ellwood.

Ninguno de los dos admitió la responsabilidad de los asesinatos de los pequeños Danny McNeill y Harrison Whittaker.

Uno de los dos no dijo la verdad. Y ahora uno está muerto.

Pero queda alguien que sí lo sabe.

LILY

ANTES
Domingo 19 de junio

EL día DE SU MUERTE

Lily se levanta. Su corazón late aceleradamente, se dirige hacia la ventana con el vaso en la mano. Observa la lluvia y los árboles que se agitan en la tormenta al borde del acantilado. El océano está cubierto de nubes. Oculto. Ahora está asustada.

—¿Cómo me has encontrado?

—Localicé a una paciente que había estado internada contigo en el Instituto Margot Javinski. La paciente se cruzó contigo una vez, años después de que te dieran la libertad. Te reconoció en la calle y te llamó por tu nombre. Sophie. Tú la ignoraste. Pero ella te persiguió e insistió y tú te diste vuelta y le dijiste que eras Lily Marsh y que se había equivocado de persona. Pero ella te miró a los ojos. Lo sabía. Tu rechazo le dolió porque cuando estabais internadas habían compartido confidencias. Creo que empezaste a teñirte el pelo después de eso y también te cambiaste el corte. —Arwen hace una pausa—. Esta paciente también me contó que quien te protegía dentro del instituto era una psiquiatra, la doctora Deirdre Carr. Traté de encontrarla, pero me dijeron que había muerto. También me enteré de que ella vivía con un compañero y mentor en la época en que te estaba tratando en el Instituto Javinski. —Arwen sonríe con astucia—. Y fue él quien me condujo hasta aquí. Hasta Story Cove.

Lily la mira. Su pulso se acelera. Siente que está llegando a un punto crucial de peligro donde todo puede saltar por los aires.

—¿Qué… qué quieres decir?

—Su nombre es Tom Bradley. Es profesor de Psicopatología justamente aquí, en la Universidad de Kordel. —Su sonrisa se amplía—. Parece que él y su pareja fallecida, la doctora Carr, compartían una pasión intelectual: las mentes perturbadas.

Lily se queda boquiabierta. Nada tiene sentido. Su cerebro se derrumba confundido.

—Estás delirando. Tom no tiene nada que ver con esto y no puedes decírselo. No puedes decirle a mi marido quién soy o lo que hice. Ni a Phoebe, ni a Matthew. No pueden saberlo. Por favor. Te lo suplico. Los destruiría. Lo destruiría todo.

—Pero eso es precisamente lo que quiero Lily. Destruirlo todo.

—Tom es…

—¿Crees que lo conoces? —Se ríe con sorna—. ¿Crees que alguien puede verdaderamente conocer a su pareja? Todo este tiempo él ha sabido muy bien quién eras, Sophie. Tú eres la "niña modelo de rehabilitación" de su mujer fallecida, como dijo el juez. Tú Sophie-Lily, eres la perversa y diabólica esposa de Tom Bradley, casi un experimento de laboratorio. Él te ha estado observando con ojo académico todo este tiempo.

Lily siente que la sangre no le llega a la cabeza. Su cuerpo se sacude con temblores.

—No puedo creer que Tom nunca te lo dijese. ¿No mencionó a la brillante psiquiatra en el Instituto Margot Javinski que era su pareja…? Pero qué raro…, qué omisión más extraña.

—¡Basta! —Lily le tira el vaso a Arwen.

Arwen lo esquiva. El vaso se estrella contra la pared en un estallido de cristales, ginebra y hielo. Lily, cegada por el odio, el miedo, la confusión, se arroja sobre la mujer, y sus manos aprietan la garganta tatuada.

La detienen desde atrás.

—¡Lily! —grita Tom.

Lily se da vuelta casi sin aire justo cuando Arwen levanta su mano para atacarla. Tom da un paso adelante para proteger a su mujer y las uñas de Arwen se clavan en la piel del cuello.

Lily, temblando como una hoja, mira la sangre que mana del cuello de su marido. No puede pensar.

—Arwen, para. Ahora —exige Tom.

Arwen se pasa una mano temblorosa por la boca. Sus ojos están vidriosos y desorbitados.

—¿Es cierto lo que ella dice, Tom? —le pregunta Lily—. La doctora Carr… y tú… ¿Lo sabías?

Tom coge a Lily del brazo con fuerza. Aprieta la mandíbula, con la mirada

furiosa.

—Te llevo a casa —dice ásperamente—. Hablaremos por el camino.

La desesperación desborda a Lily. Quiere soltarse, pero Tom le aprieta el brazo más fuerte. Y se dirige a Arwen.

—Tú, la boca bien cerrada. Hablaré contigo más tarde. Llegaremos a algún arreglo, ¿entendido? Si se trata de dinero y eso es lo que quieres, podemos…

—¿Crees que puedes callarme? No tenéis ni idea, ninguno de los dos. No quiero vuestro dinero. Quiero que me vean. Quiero que se cuente mi historia. Tú recibiste ayuda, Lily. Tuviste a la justicia y a la ley de tu lado. ¿Y yo qué? Nada. ¿Qué recibió mi hijo? Una madre con problemas mentales que no pudo ni siquiera permitirse amar a su padre. ¿Qué obtuvo mi madre? Solo llorar por la muerte de su pequeño hijo. Vivió torturada, echándose la culpa durante el resto de su vida. Por dejar que Harrison fuera a dormir a casa de un amigo, por pedirme a mí que llevara una tarta de merengue justo a tiempo para ser testigo de una masacre, por aceptar la llamada de Della McNeill agradeciéndole el pastel y ofreciéndole que su hija también se quedara a ver la película. Obtuvo un marido que ahogó su dolor en alcohol y murió por eso. ¿Y tú? Tú…, desgraciada, te casaste con la pareja de tu doctora, que tiene dinero. Viniste a vivir a Story Cove, a una puta casa color berenjena con los perfiles de color verde.

—Por favor —dice Lily llorando, ahora desesperada—, te lo pido por los niños, por el tuyo, por los míos… No hagas esto, por favor. Podemos arreglarlo de alguna manera.

—¡Vete a la mierda! —grita señalando con su dedo el rostro de Lily—. ¡Vete a tomar por culo, puta loca!

Simon entra de pronto al salón.

—¿Qué cojones está pasando…?

—Va todo bien —dice Tom bruscamente—. Hemos terminado. No pasa nada. Debo llevar a Lily a casa. Vuelvo en un rato a buscar a los niños. ¿Puedes echarles un ojo?

Simon mira a Lily y luego a Tom, y una expresión extraña aparece en su rostro.

—Sí, claro, colega. ¿Va todo bien?

—Más tarde hablamos. Perdona por el vaso roto.

Tom lanza una mirada final de advertencia a Arwen y luego lleva a Lily

afuera, en medio de la lluvia. Le pasa el brazo con firmeza por los hombros y la lleva por la calle en medio de la tormenta.

***

Joe da un paso atrás en la sombra detrás de la barbacoa. Su corazón late desbocado. Lo ha escuchado todo. Y ha leído todo lo que su madre escribió.

Espera que Lily y Tom Bradley se vayan. Ha ido a buscar a su madre, mientras Phoebe se quedaba en la sala de juegos con los otros niños. Él y Phoebe planeaban irse más tarde, sin ser vistos, hacia el bosque. Phoebe dejó una bolsa en su casa con vodka, una gorra, una linterna frontal y una lona impermeable para sentarse o taparse. Pero su madre está de nuevo en problemas. Está borracha. Y está destrozando a los padres de Phoebe. A su familia.

Joe no sabe qué hacer. Se queda de pie en la sombra de la barbacoa, inmóvil.

Desde su situación estratégica todavía puede ver lo que sucede en el interior.

El señor Cody le sirve otro vaso de alcohol a su madre. Ella se lo bebe de un solo trago. Le sirve otro. Cuando se lo alcanza, se inclina y la besa.

Joe sale corriendo por el césped bajo el diluvio, en busca de Phoebe, en la casa grande. Ve a Matthew en el patio y se le ocurre otra idea.

—¿Qué pasa? —pregunta Matthew.

—Nada, amiguito. Nada. Tu padre está llevando a tu madre a casa porque ella no se siente bien. Volverá a buscaros a enseguida. ¿Puedes decirle a Phoebe que he tenido que irme a casa? ¿Me harías ese favor?

Matthew asiente.

Joe se dirige a la verja.

Matthew se queda ahí de pie, en el patio, mirando hacia el salón que está junto a la piscina mientras Joe se va a su casa. Llueve a cántaros y el viento sopla intensamente en los bosques cercanos.

LILY

ANTES
Domingo 19 de junio

EL día DE SU MUERTE

Lily y Tom entran en la casa seguidos por una ráfaga de viento y empapados por la lluvia. Lily se vuelve para mirar el rostro de Tom. Su cabello está aplastado contra su cabeza igual que el de ella. Lo mira fijamente. Parece mucho mayor con el pelo así, bajo la despiadada luz del vestíbulo. Un nuevo filtro se ha caído y ha dejado todo en evidencia. Ahora todo aparece discordante, desequilibrado. Lily ha vivido con este hombre durante catorce años, lo ha amado desde el primer día en que escuchó su ponencia en la conferencia, y luego se enamoró por completo durante la cena… ¿y todo fue una mentira?

—¿Lo sabías, Tom —pregunta Lily con voz ronca—, cuando me conociste? Ese primer día, ¿lo sabías ya entonces? ¿En la conferencia en Ottawa, cuando me acerqué a hacerle una pregunta al elegante profesor?

Él desvía la mirada.

Él ánimo de Lily se hunde aún más ante su reacción.

—¿Cómo lo supiste?

Él traga con dificultad y dice muy despacio sin mirarla a los ojos:

—Antes de la muerte de Dee, en el año 2000. —Él duda un instante—. Lily, estás temblando, por favor, cámbiate y ponte ropa seca.

—¿Dee? ¿La doctora Deirdre Carr? ¿Vivíais? ¿Cómo… cómo es que nunca me lo contases?

—Voy a encender la chimenea. Serviré dos whiskies. Ponte ropa seca. Es preciso que hablemos. —Los ojos de Lily se llenan de lágrimas—. Hablaremos, Lily, y luego iré a buscar a los niños, pero necesitamos aclarar todo esto antes, ¿de acuerdo? Tú lo dijiste, debemos proteger a los niños.

"¿Él sabe que ella es *S. M.*? ¿Sabe todo lo que la doctora Carr sabía de ella?

¿Cómo pudo querer casarse con ella, tener hijos juntos, una familia, si sabía lo que había hecho?"

—No podemos permitir que Arwen deje salir todo esto, Tom. No podemos dejarla. ¿Qué pasaría con Matthew y Phoebe si la prensa se enterara de esto? ¿Qué sucedería con tu trabajo, y con el mío? ¿Con nosotros, con todos nosotros? Lo perderíamos todo.

—Ve arriba. Rápido. Ponte algo abrigado, Lily. —Le acaricia el rostro— Tienes que creer una cosa y solo una. Yo te quiero.

—¿Sabes qué? Estás muy enfermo. Vivir conmigo todo este tiempo… ¿Para qué? ¿Es una obsesión perversa? ¿Alguna emoción psicótica para el profesor de Psicopatología? Su esposa "experimento", como dijo Arwen. ¿Un proyecto de rehabilitación de tu pareja para poder estudiarme en tiempo real?

Él le da la espalda y se quita la camisa mientras se dirige al cuarto de lavar.

Cuando Lily vuelve a bajar, él ya está junto a la chimenea. Con dos whiskies en la mesa. Le hace señas para que se siente junto a él. Lily elige sentarse enfrente.

—Dee, Deirdre, tenía tres años más que yo. Cuarenta y uno cuando partió, y… ella era todo para mí, Lily. Mi mentora, mi amante, mi amiga. Mi confidente.

—Sin embargo, nunca la mencionaste. Solo me dijiste que habías tenido una larga relación y que estabas terminando otra que había finalizado poco antes de que nos conociéramos.

—Lo siento. La relación con Dee… fue algo muy privado.

—¿Privado?

Él se inclina hacia ella mirándola profundamente a los ojos.

—Era una psiquiatra brillante. Se graduó muy joven y era parte de un equipo muy puntero en el Instituto Javinski. Ella fue quien te impulsó, quien abogó por ti. Cuando eras Sophie o S. M., tal como los medios se vieron obligados a referirse a ti. Cuando por fin te autorizaron a reintegrarte plenamente en la sociedad y fuiste declarada una niña modelo de rehabilitación, todo eso fue gracias a Dee y a su equipo. Era su sueño. Poder probar que era posible hacerlo. Y cuando le escribiste agradeciéndoselo y le dijiste que habías cambiado tu nombre y que ibas a entrar en el campo de la salud mental para ayudar a otros, así como ella te había ayudado a ti, se echó a llorar emocionada. Dijo que tu éxito había hecho que el trabajo de toda su vida, una vida corta como resultó ser, valiera la pena.

—¿Dónde te encontrabas tú mientras ella trabajaba en la institución?

—Yo enseñaba en una facultad cerca del instituto.

Lily cierra los ojos. El peso del engaño es incalculable. No puede procesarlo.

—Así que tú sabías que yo era esta chica llena de problemas. Sabías que tu pareja era quien me trataba. ¿Y no dijiste nada cuando me conociste tantos años después?

—Cuándo Dee murió, estuve revisando sus cosas y encontré la carta que le escribiste. La habías firmado con tu nuevo nombre y habías confiado en que ella guardaría el secreto. Años más tarde, cuando te acercaste a mí en aquella conferencia y vi tu nombre en tu tarjeta de identificación, Lily Marsh, fue el destino, Lily. Era como si Dee estuviera de pronto en esa sala junto a ambos, su espíritu vivo y brillando sobre nosotros, sus dos afectos. Sentía que su espíritu estaba lleno de orgullo y curiosidad. Fue como si sus manos invisibles nos guiaran, una en tu espalda, otra en la mía, acercándonos suavemente. Y sin duda, puedes comprender mi curiosidad por saber más sobre ti. ¿Cómo podría ser de otro modo? Yo tenía una curiosidad insaciable por saber cómo estabas, por ver qué parte de la antigua Sophie todavía persistía. ¿Cómo no invitarte a cenar, Lily? Pero eras mucho más que eso y me enamoré de ti completamente.

—Te enamoraste del proyecto de la doctora Carr. No de mí. Me viste como una especie de sustituto, algo que acercó *aún más* el recuerdo que tenías de ella. Arwen tiene razón. Soy un experimento. El experimento de tu ex. Una criatura extraña que asesinó a su familia…, que hizo cosas que ni siquiera yo puedo comprender. Cosas que traté de enterrar y ahora no puedo más. Tom. ¿Cómo podré… cómo relacionarme con mis hijos del mismo modo si ellos lo descubren? ¿Cómo podrían respetarme y amarme?

—Sigues siendo Lily. Nada ha cambiado.

Los ojos de Lily se llenan de lágrimas. Se siente embargada por la vergüenza, el asco, el odio a sí misma.

—Todo ha cambiado. No puedo volver a ser Lily. Y además, ya no puedo confiar en ti. Estás tan enfermo como yo.

—Solo somos humanos. Criaturas complejas y complicadas. Todo ser humano es capaz de las cosas más atroces, dadas las circunstancias adecuadas, la narrativa justa. No soy ingenuo y tú tampoco. Ambos sabemos que esto es verdad.

Él se levanta y trata de abrazarla.

—No me toques —susurra ella—. ¿Cómo pudiste mentirme? ¿Traicionarme,

engañarme de este modo? Nuestro matrimonio, nuestra vida entera, todo construido sobre una mentira. ¿Cómo no me lo dijiste? ¿Por qué?

—¿Tú me dijiste algo sobre ti?

—Eso es diferente. Yo me convertí en otra persona. No podía traer a esa otra… criatura a nuestro matrimonio. A las vidas de nuestros niños inocentes y puros.

—Ese fue mi punto de referencia. Decidí, cuando me enamoré de ti, que cuando tú me confesaras quién eras, y si decidías hacerlo, yo también te confesaría la verdad. Estamos en las mismas condiciones, Lily.

Ella vuelve el rostro. No soporta mirarlo. Está confundida. Ha vuelto a ser Sophie, pero también Lily. Ya no puede compartimentar y echar llave a su pasado en el sótano de su cerebro.

—La verdad es quería hablar contigo de todo —dice él—. Pero temía exactamente esto, lo que estás sintiendo ahora. Temía que te abandonaras a ti misma y te alejaras de mí. Traer al espectro de Sophie entre nosotros sería destructivo y podría ser un retroceso para ti. La belleza de la Ley de Derecho Penal Juvenil es permitir a los jóvenes despojarse de la etiqueta de delincuentes. Pueden enterrar su pasado y reconstruirse. Y la sociedad debe, por ley, permitírselo. Yo no quería exponerte a menos que tú eligieras hacerlo. Quería que tú pudieras comprobar que esas leyes funcionaban. Que son correctas y justas. Que no debemos desechar a los niños con problemas, y que un niño malo puede convertirse en un miembro valioso y funcional de la sociedad.

—¿Y qué pasó con Arwen? Nadie la ayudó.

La mirada de Tom se endurece y una oscuridad parece empezar a surgir a su alrededor.

—Podría haber sido ayudada Lily, si sus padres hubieran buscado el tratamiento adecuado.

—Pero ellos estaban destrozados también. Por mí y por Vincent, por lo que hicimos. Soy un flagelo.

—Lily, yo te quiero. Debes entenderlo. No tienes que ocultarte de mí.

—Sí, pero te acostaste con Arwen. Vi las fotos que hizo Simon. Hannah me las enseñó.

Tom respira profundamente y vuelve a su sitio. Se toma unos tragos de whisky y las llamas se reflejan en el vaso.

—No me acosté con ella.

—Vi las fotos, Tom.

—Yo… Arwen me tenía en la mira. Es astuta y peligrosa y sabía cuáles eran mis puntos vulnerables y ahora sé por qué. No me acosté con ella. Estoy avergonzado de mi debilidad, Lily. Lo lamento mucho. Pero no fui más allá de un beso. Nada fue más allá de esas fotos que tú viste. Debes permitir que te pida disculpas, que reparare mi falta.

Ella se levanta, se detiene frente a la chimenea y se cruza de brazos. No está segura de creerle. Ya no sabe qué creer o en quién confiar. Pero también ella es culpable de un engaño.

—Date tiempo, Lily. Vamos a salir de esto juntos. Poco a poco. Por favor, date ese tiempo. Sé que la terapeuta que hay en tu interior es capaz de comprenderlo y de no hacer nada precipitado.

—¿Y qué hacemos ahora, Tom? —pregunta en voz baja, de cara al fuego—. ¿Qué hacemos ahora mismo? ¿Qué hacemos con Arwen? ¿Y con los secretos que tiene de nosotros dos? ¿Qué sucederá con los niños si descubren que su madre es un monstruo?

—Encontraremos la forma de sobreponernos, Lily. —Un trueno brama y la lluvia azota las ventanas—. Voy a buscar a los niños. Tú ve a la cama y tómate algo que te ayude a dormir. No dejes que los niños te vean así. No hay nada más que podamos hacer ahora, pero lo solucionaremos. Hablaremos con ella. Encontraremos una manera.

JOE

ANTES
Domingo 19 de junio

EL día DE SU MUERTE

Joe se mueve como un desquiciado en la pequeña cabaña que mantenía tan ordenada, chocando con las cosas, tirándolas al suelo, pasándose las manos por el pelo. Quiere destrozar todo lo que ve. La bebida de su madre, sus píldoras, su errático comportamiento "artístico". Había aprendido a vivir con eso, a racionalizarlo. Pero esto…, lo que estaba tratando de hacerle a Phoebe y a su familia, destruirlos; no sabe qué pensar, qué hacer.

Sabe lo que ha leído en internet: que la niña de Medicine Hat, conocida como S. M., cumplió su condena y que su novio murió en prisión. Pagó su deuda con la sociedad según las leyes vigentes. Fue sometida a tratamiento de rehabilitación psiquiátrica para reinsertarse gradualmente en la sociedad. Sabe, a partir del manuscrito de su madre, que S. M. es la madre de Phoebe. Así que sabe que S. M. trabajó con mucho empeño para obtener su título universitario. Y ha estado trabajando para ayudar a reinsertar en la sociedad a otras personas con problemas mentales. Ha sido una buena ciudadana desde entonces, por lo que Joe ha podido averiguar. Ha traído dos niños maravillosos al mundo. Ha construido un buen hogar. Se está esforzando por hacerlo lo mejor posible, aun cuando Phoebe no lo vea. Joe vio las fotos en la pared. Las vacaciones familiares, cómo la señora Bradley se preocupó cuando vio a su hija con una botella de vodka. Cuando supo que su hija estaba saliendo con un chico mayor. Y Joe sabe por qué. Es algo personal. La señora Bradley teme que se repita el pasado. Él también sabe lo que los chicos de su edad buscan y les hacen a las chicas.

No, no es justo lo que sufrió su madre. Pero tampoco es justo hacer sufrir ahora a Phoebe. La destrozaría enterarse de todo este horror en este momento.

Escucha en su cabeza las palabras desesperadas de la señora Bradley.

“Por favor, te lo pido por los niños, por el tuyo, por los míos… No hagas esto”.

“Por favor. Podemos arreglarlo de alguna manera”. Joe se tapa los oídos con las manos.

Su madre no va a proteger a los hijos de los Bradley. Ni siquiera puede proteger a su propio hijo. El hecho de que Joe sea normal es por pura casualidad y la gracia de Dios. Su madre va a destruir a esos niños. Necesita ayuda. Necesita que la detengan. Es peligrosa en este estado.

Joe encuentra una llave del estudio de su madre y también un destornillador.

Entra en el estudio, que está en completo desorden, con botellas vacías de alcohol, y con el destornillador, rompe la cerradura de las puertas del armario con el tablero de corcho. Joe abre las puertas de un tirón. Arranca del corcho todos los recortes de noticias y las fotos. Lo mete todo en una gran bolsa negra de basura. Revisa los cajones de su madre y encuentra memorias USB con las copias de los archivos. Los mete también en la bolsa. Junta todos los cuadernos y papeles de la mesa y los arroja dentro de la bolsa. Toma su ordenador y la bolsa y los lleva a la cabaña.

Agitado por el esfuerzo y las prisas antes de que su madre vuelva a casa, Joe enciende un gran fuego en la chimenea. Puñado a puñado, va arrojando a las llamas trozos de papel y fotos de los asesinatos de Glenn Dennig. El sudor le corre por la cara, mientras el fuego crepita y el humo se extiende por toda la cabaña. Piensa en todas esas terribles palabras que suben por la chimenea, en el humo que las libera en el vendaval de la tormenta, llevándolas por encima de las copas de los árboles del bosque, donde refulgen los relámpagos y braman los truenos.

Mientras los papeles se queman y se quedan reducidos a cenizas, arranca páginas y páginas de los cuadernos de su madre hasta que le duelen las manos. Luego quema las tapas, observando como los espirales de metal se vuelven naranjas mientras arden. Joe arroja las copias de seguridad. Cierra la puerta de la chimenea, echa el pestillo y observa el brillo naranja y pulsante. Pero no hay tiempo que perder.

Toma el ordenador de su madre y lo lleva al garaje. Lo tira al suelo de cemento. Busca un martillo en la caja de herramientas de la furgoneta y lo destroza, dando rienda suelta a su frustración, su rabia y su miedo, mientras el viento ruge en el bosque y la lluvia cae a cántaros sobre el tejado del garaje. Puede ver las luces en la casa de los Cody al otro lado de la calle, donde hasta

hace poco todo era fiesta, farolillos de papel iluminados, humo de carne asada, risas y música. Antes de que estallara la tormenta.

—¡Dios mío, Joey!

Él se detiene con el martillo en la mano.

Su madre llega tambaleándose con el pelo y la ropa empapados.

Las lágrimas arden en los ojos de Joe.

—¡Qué estás haciendo!

Joe no dice nada, recoge los trozos del ordenador y los mete en la bolsa. La lleva adentro. Su madre corre bajo la lluvia hacia su estudio. Unos minutos después entra a la cabaña con el rostro lívido y los ojos desorbitados.

Fija su mirada en el fuego que brama como una caldera en la cabaña, calurosa y llena de humo.

—¿Joe? ¿Qué has hecho?

—Tienes que parar.

Su mandíbula se endurece.

—Joey, ¿qué has hecho? ¿Qué…?

—Tu libro sobre la verdadera historia no va a darte lo que necesitas, mamá. No te va a hacer mejor. Podemos hacer las maletas e irnos a casa. Mañana. Volvamos para que veas a tu médico. Él podrá derivarte a ese médico del instituto que te ayudó cuando yo era pequeño. Pueden tratarte bien si los dejas. Sí, lo leí en tus notas. Sé que tuviste una crisis cuando yo tenía seis años. Nunca entendí por qué estuve al cuidado de unos padres de acogida.

—No lo entiendes, Joey… Tú… —Los ojos se le llenan de lágrimas. Mira con desesperación el fuego.

—También he destruido las copias de seguridad.

Ella se derrumba en una silla y sus ojos parecen perdidos.

—Sé que la señora Bradley te hizo esto cuando las dos erais pequeñas. No es culpa suya. Pero arrastrar a los hijos de los Bradley en todo esto no lo cambia ni lo mejora.

—Joey, esto nos iba a cambiar la vida…

—¡Basta! —grita él.

Ella se sobresalta por la violencia de su tono.

—Y es suficiente —dice de nuevo con más suavidad—. Te estás engañando. —Señala con su dedo en dirección a la casa de los Cody—. ¿Te sentiste mejor después de enfrentarte a ella allí? Sé sincera.

Ella se frota la cara mojada.

—No te sentiste mejor, ¿no es cierto?

—Pensé que sí me haría sentir mejor, Joey. Pensé que sentiría una especie de placer poderoso al verla derrumbarse frente a mí. Pensé que me devolvería algo, si lograba que ella me viera, que viera mis heridas. Si pudiera volver a mirarla a los ojos y… —Su voz se apaga y se sienta, mirándolo con los ojos vidriosos por el alcohol y las drogas. Joe ya está acostumbrado a verla así. Odia lo que su madre se hace a sí misma, a los dos.

—Quería que ella lo admitiera. Que me mirara a los ojos y dijera que lo siente.

—¿Y entonces?

—Entonces escribiría sobre nuestro enfrentamiento, punto por punto, en el libro. No sabes cómo se vendería, Joey. Sería un relato escrito con voz propia. Mi historia. La víctima. La que pudo salvarse, pero que no pudo. La historia contada desde mi lado, que ha sido olvidado. Podríamos sacar algún provecho material del crimen, de las atrocidades que hizo.

La mira fijamente durante un largo tiempo.

—Tienes que parar, mamá. Por los niños de los Bradley. Por mí, mamá. Soy tu hijo. Te lo pido, por favor. Por mí.

Ella lo mira durante lo que parece una eternidad. El fuego crepita y el calor dentro de la cabaña es intenso.

—Eres como tu padre. Todo razón y moralidad.

La mira largamente, con dureza.

—Tienes que detenerte, mamá. Por los chicos de los Bradley. Por mí, mamá. Soy tu hijo. Te lo pido por favor. Por mí.

Ella lo mira en silencio durante lo que parece una eternidad. El fuego crepita y el calor dentro de la cabaña es intenso.

—Eres igual a tu padre. Con la razón de los que se creen moralmente superiores.

Joe se queda quieto. No se atreve a mover ni un músculo para que ella no deje de hablar.

—Cuanto más creces, más… te pareces… eres igual a él. Yo lo quería. De verdad, profundamente. Y eso me dio terror. —Esconde su rostro entre las manos y se mueve de un lado a otro—. Lo ahuyenté antes de que él me dejara. Como pasó con todas las cosas buenas de mi vida, que me fueron arrebatadas. Lo siento mucho, Joey. Soy una madre espantosa. Hasta impedí que conocieras a tu padre, porque él te habría querido si hubiera sabido que existías. Él… nos

habría cuidado… —Comienza a sollozar, con un llanto desgarrador—. ¿Qué hiciste con mi trabajo? No sé cómo empezarlo de nuevo… soy un fracaso. He fallado en todo y también en ser tu madre.

Él se pone de pie y acaricia su pelo mojado.

—Mami —susurra—, todavía puedes ser una buena madre. Los verdaderos héroes son los que se atreven a hacer cosas valientes frente a la peor adversidad. Y tú puedes detener todo esto. Ven, déjame ayudarte a ir al estudio. Necesitas dormir. Ven a la cama.

Joe se pasa el brazo de su madre por el hombro y la ayuda a volver al estudio. Empuja una montaña de ropa sucia fuera de la cama y abre las mantas. Ella se mete en la cama.

Joe la arropa. Apaga las luces y deja encendida solo la lámpara rosada de sal del Himalaya. Duda, observa las pinturas aterradoras, cuyos ojos parecen observarlo, juzgarlo. Se siente confundido, vulnerable.

Se inclina y besa suavemente a su madre en el cabello húmedo.

—Te quiero, mamá. Todo va ir bien. Todo saldrá bien.

EFECTO DOMINÓ

MÁS TARDE ESA NOCHE

Lily se despierta. Tom está durmiendo profundamente. Lo mira un momento mientras la tormenta continúa azotando las ventanas.

"Desde debajo de la cama vi lo que sucedió al otro lado del vestíbulo, en la habitación de Danny. Creíste que los únicos que lo sabíais eran Vincent y tú. Pero no, ahora somos tú y yo… Somos las únicas dos personas que quedan que saben lo que realmente pasó en esa habitación".

Los truenos retumban en la noche, pero Tom no se mueve. Lily retira la sábana, sale de la cama y baja despacio las escaleras.

En el cuarto de lavar encuentra algo de ropa. No quería abrir los armarios arriba, así que coge lo que necesita de la pila de ropa recién lavada. Se pone unas mallas, una camiseta, calcetines.

Encuentra una linterna en el armario del vestíbulo, una gorra de Tom, una chaqueta impermeable, las zapatillas que usa para correr.

Abre la puerta principal con precaución. La lluvia golpetea y salpica. Está atenta a ver si se oye algún movimiento de la familia. Su querida familia. Su familia, que está en primer lugar.

Lily cierra la puerta de su elegante casa color berenjena con los perfiles verdes y sale a la lluvia.

Al llegar a la esquina enciende la linterna. La lluvia brilla plateada en el haz de luz.

Mira por encima de su hombro. Nada se mueve. Las luces están todas apagadas.

Se dirige calle abajo, en dirección a la pequeña cabaña al final de Oak End.

***

Joe no puede dormir. Busca en su teléfono historias sobre S. M., la "Mary Bell de Canadá" que asesinó a su propio hermano menor. Se pregunta si su madre

realmente vio lo que sucedió en la habitación del pequeño, o si mintió para confundir a la señora Bradley. ¿Se levantará su madre con la mente más clara o acabará por estar perdida para siempre? ¿Volverá a desenterrar todo esto y empezará otra vez? ¿Terminarán alguna vez las consecuencias de esa terrible e inexplicable tragedia en Glenn Dennig o seguirán acechándolos a todos durante las generaciones venideras, hasta que todos sean destruidos, uno a uno, de manera diferente? Entra en el enlace del titular de una historia que empieza así:

¿Reincidirá S. M.?

La opinión de los expertos está dividida: S. M. se ha rehabilitado completamente y logrará seguir adelante con su vida.

Aquí tenemos a una joven que a la edad de doce años fue diagnosticada de trastorno de conducta y trastorno negativista desafiante, dos patologías muy graves, afirma Ash Weldon, un profesor de Derecho penal de la Universidad de Alberta y autor del libro *Niños asesinos*. ¿Es posible cambiar? Absolutamente, dice Weldon. Pero el tema es que no lo sabemos. Cada caso es único y solo el tiempo lo demostrará en este caso en particular. La ventaja es que S. M. era muy joven en la época de los ataques. Eso le da una gran oportunidad de recuperación. Ha hecho evidentes progresos con su formación y en terapia, y sus abogados dicen que está arrepentida. Ambos son muy buenos indicadores.

Joe presta atención a los comentarios bajo el artículo.

J. Balboa: S. M. tenía tendencias psicopáticas. Los psicópatas no se rehabilitan. Intuyo que S. M. pasó todos esos años perfeccionando su arte de montar un engaño y nada le importa en verdad. Quienes trataron su caso fueron engañados. Los psicópatas pueden engañar a cualquiera. Alguien tiene que averiguar su nombre y compartirlo. Detestaría pensar que una persona desprevenida puede terminar invitándola a salir o teniéndola de compañera de habitación. ¿Y qué sucedería si tuviera hijos? Si tienen alguna duda, relean la parte sobre su hermano. Da asco.

RD: ¿Recuerdan lo que dijo Wozniak, que él había visto muchas escenas terribles y muchos cadáveres, pero muy pocos niños y muy pocos en ese estado? Esa chica es una enferma. El padre fue apuñalado veinticuatro veces. Los chicos fueron degollados.

Mary Procter: Espero que la niña bajo la cama y sus padres encuentren la paz y puedan seguir adelante. Pero también recuerdo lo que Wozniak dijo en el aniversario de los asesinatos: “Mi temor más grande es que no se haya rehabilitado, que haya engañado al sistema y que no haya cambiado”. Creo que es una gran estafadora.

Joe oye un ruido. Se incorpora, pensando que es otra piña o una rama que voló y chocó contra el tejado. Oye que la puerta del estudio se cierra de golpe.

Se levanta y se asoma por la ventana.

Bajo la luz de las farolas de la calle, ve a una mujer con una linterna frontal encendida. ¡Joder! ¿Es su madre? ¿Ha salido a correr? ¿Ahora?

"Mierda, mierda, mierda". Va a hacerse daño.

Joe coge su chaqueta. Retumba un trueno. Corre hacia la puerta. Ve la bolsa que Phoebe dejó para cuando fueran a escabullirse juntos al bosque. La debe de haber tirado del banco sin darse cuenta cuando revolvía como loco toda la cabaña. Está en el suelo, abierta, y se ve la gorra y la linterna frontal que Phoebe trajo de su casa. Joe las coge y sale corriendo de la casa.

MATTHEW

AHORA
Jueves 23 de junio

Matthew sale de la casa sin ser visto con su cámara en la mochila. Muy despacio coge la bicicleta que sus abuelos guardan en el garaje para él.

Están tomando el desayuno en la cama y Phoebe aún duerme. Sus padres están detenidos en la comisaría del centro, a media hora en coche por la carretera Patricia Bay. Es una cálida mañana de verano, el cielo está claro y Matthew pedalea lo más rápido que le permiten sus pequeñas piernas por el carril bici que bordea la carretera. Respira agitado y tiene calor. Está tenso y a la vez nervioso porque tiene un plan.

Matthew llega al pequeño pueblo costero no muy lejos de la casa de sus abuelos. Hay unas coloridas tiendas para turistas y un paseo marítimo. Ata su bicicleta a un poste cerca de la parada y espera el autobús. Anoche estuvo consultando los horarios.

El autobús se detiene con sus habituales ruidos: una especie de chirrido y una exhalación, como si suspirara. Sube, paga con unas monedas y se sienta en la primera fila, cerca del conductor. Nadie parece notar su presencia y él se acomoda en el asiento con las piernas meciéndose en el aire. Mientras el autobús avanza, él estudia en su teléfono el mapa de Google para ver cómo llegar a la comisaría.

Queda a una calle de la parada del autobús. El viaje dura casi una hora porque el autobús para muchas veces, y cuando Matthew finalmente desciende, su corazón late alocado. Los coches pasan a toda velocidad y los edificios parecen muy altos. Pero tiene que lograrlo. Está haciendo esto por su padre y su madre. Es culpa suya que ambos hayan sido arrestados. Tiene que solucionarlo.

Matthew encuentra la comisaría, un edificio de varios pisos de cemento con muchas ventanas y un tótem en el frente. Entra por las puertas de cristal y se dirige al mostrador de entrada detrás de un vidrio blindado. Se pone de

puntillas para ver por encima del mostrador y uno de los policías se inclina para escucharlo a través del orificio.

—Hola, jovencito, ¿en qué puedo ayudarte? —dice.

—¿Puedo hablar con la detective de asesinatos?

Los policías se miran entre sí.

—Se trata del asesino de las runners.

RUE

AHORA

Rue cuelga las fotos que Matthew Bradley hizo de su padre en su tablero de corcho. A partir de las pruebas obtenidas en el registro, ella y su equipo están trabajando para armar el rompecabezas general de los hechos y generar una línea de tiempo más clara en torno al asesinato de Arwen Harper. Están buscando la información que falta, pistas para seguir la investigación. Y esperan los resultados de la búsqueda en la base de datos nacional de ADN para ver si los perfiles del semen o del ADN sin identificar de la gorra de Kordel están en el sistema. El tiempo para mantener detenidos a los Bradley se está acabando.

Toshi está revisando los datos del teléfono de Harper. Georgia Backmann está viendo en las grabaciones de las cámaras de tráfico las calles que conectan con el aparcamiento de los acantilados de Garry.

Rue da un paso atrás y estudia las fotos borrosas de Tom Bradley cuando abre con su llave la puerta del cobertizo. Otra foto lo muestra mirando por encima de su hombro. La mancha oscura en su camiseta se ve con claridad.

—Rue, Toshi, venid a ver esto —dice Georgia.

Rue y Toshi se acercan a su escritorio. Ella les señala la imagen del circuito cerrado de las cámaras.

—¿Qué coño está pasando ahí? —dice Toshi—. Es la furgoneta de Harper.

El pulso de Toshi se acelera. La furgoneta de la imagen es una Volkswagen y tiene pintados unos gigantes copos de nieve. No hay ninguna duda: es el vehículo de Arwen Harper.

—Mirad esto —dice Georgia—. Cruza el semáforo en rojo en esta intersección. A las 22.11 del 19 de junio. La noche de la barbacoa de los Cody. Esa es la matrícula.

—¿Puedes situar la furgoneta en la siguiente cámara? ¿Hay alguna toma en la que se distinga mejor al conductor? —pregunta Rue.

Georgia muestra la grabación de una cámara diferente. La observan. Unos

minutos después aparece. Parece que hubiera solo un ocupante, el conductor. Ropa oscura, con capucha. Una gorra y una linterna frontal apagada.

—Mierda —dice Toshi.

Se abre la puerta de la un agente uniformado.

—¿Sargento Duval?

—¿Qué ocurre?

—Alguien quiere verla.

—Estoy ocupada. ¿Puedes pedirle a alguien más que…

—Es un niño pequeño. Dice que se llama Matthew Bradley. Quiere hablar con la "detective de asesinatos". Tiene algo para mostrarle a usted y se niega a mostrárselo a otra persona.

RUE

AHORA

Rue se dirige deprisa a la recepción. Allí está. Pelo castaño. Pecas. Los dientes del frente algo separados. Es evidente que está asustado.

—Matthew, ¿cómo estás, amiguito? Me alegra volver a verte. ¿Qué sucede? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Vine a enseñarle mis otras fotos. Mi padre no hizo nada malo y yo… —Los ojos se le llenan de lágrimas—. Tiene que dejarlos salir, debe hacerlo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Matthew?

—En mi bici y luego tomé el autobús. Yo solo.

—¿Qué tal si vamos a una sala más agradable? ¿Tienes hambre? ¿Quieres beber algo? —Mira la hora en su reloj—. Es casi la hora de comer. ¿Te gustan las hamburguesas? ¿La pizza?

—Me gustan las hamburguesas y las patatas fritas. Y los refrescos, pero a mamá no le gusta que consuma azúcar.

—¿Y si hacemos que este sea nuestro secreto? —Ella sonríe lo más dulcemente que puede. Él asiente.

Rue manda a un agente a buscar la comida a la esquina y se lleva a Matthew a la sala de interrogatorios del sofá azul.

Él se sienta e inmediatamente comienza a buscar en su mochila, hasta que saca su cámara digital.

—¡Qué buena cámara, Matthew!

—Me la regalaron en Navidad. Escuché a mi abuela que ustedes se habían llevado mi caja con los archivos y las fotos que yo había impreso de mi papá cuando regresó de correr. Pero yo tengo más fotos. Mi abuela dice que mis fotos hicieron que metieran en la cárcel a mi mamá y a mi papá, pero yo tengo más. Y es importante que las vea. Las puede ver más pequeñas en la pantalla y las va pasando así. —Con el dedo le muestra a Rue cómo ver las miniaturas de las imágenes digitales guardadas en la cámara—. También he traído el cable. —

Saca un cable de su mochila—. Así las puede descargar en su ordenador y entonces podrá dejar salir a mi mamá y a mi papá.

—¿Y qué es lo que voy a ver, Matthew?

—Al señor Cody.

—¿El señor Cody? —Rue levanta la ceja.

—Creo que… él fue la última persona que vio a la madre de Joe. No mi papá. Significa que mi papá no pudo haberle hecho nada, ¿verdad? Cuando mi papá se llevó a mamá desde la caseta, después vi que Joe se iba a su casa y fui a ver quién había quedado. Tomé fotos por la ventana. Es mi especialidad. —Sus mejillas se enrojecen.

—¿Estás tratando de mostrarme algo para poder culpar a otra persona, tal vez? ¿Para liberar a tu padre? —El rostro del niño ya es púrpura.

—Tiene que liberarlo. El señor Cody… él estaba allí dentro con la mamá de Joe, y estaban haciendo… bueno, ya sabe.

—No lo sé, la verdad. ¿Qué estaban haciendo?

—Estaban teniendo sexo. En la caseta de la piscina. Después de que se fueran mis padres. Después de que Joe se fuera. Yo me puse a espiarlos… Soy un acosador, ¿se da cuenta?

—Ah, ¿un acosador?

—Un acosador invisible. Más bien un investigador. Para mis archivos, ¿sabe?

—Correcto.

—Y tomé algunas fotos.

Rue se concentra en las pequeñas imágenes. Su corazón late más deprisa. Los sujetos son claramente Arwen Harper y Simon Cody. Cody tiene a Harper apretada contra una pared y su falda está enrollada por encima de la cintura. Claramente están en medio de una relación sexual. Rue piensa en el rastro de semen en el muslo de Harper.

—Matthew, esto podría ser muy útil a esta investigación tan importante. Ya que trajiste estas fotos aquí para mostrármelas, ¿te parece bien si las descargo y las copio? ¿Para la investigación?

Él asiente con ojos brillantes.

—¿Puedo ver a mi papá y mi mamá ahora?

Ella duda.

—Sí, de acuerdo. Te llevaré al piso de abajo a visitar a tus padres, pero ¿puedo ver también las otras fotos que tienes en la cámara?

—Sí —dice él sentándose un poco más erguido, con total confianza al ver el

interés de la detective por su trabajo. Comienza a mecer las piernas.

Rue va pasando las otras fotos en la cámara. Matthew ha captado imágenes de la barbacoa: los farolillos agitándose en el viento, los niños jugando a la pelota, los hombres reunidos alrededor del fuego.

—Y esta, ¿qué es? —pregunta Rue acercando la cámara a Matthew.

—Ah, esa es mi hermana, Phoebe, con Joe. Sentados en un tronco. Tengo varias otras en mi archivo. Y fotos de Fi y su otro amigo. Phoebe estaba castigada ese día y no tenía que haber salido a sentarse en el tronco. Le dio a Joe su pulsera, porque él estaba triste. —Rue casi no está escuchando. Acaba de ver algo que le heló la sangre en las venas. Se inclina hacia delante y dice con voz apremiante:

—¿Y esto qué es, Matthew?

—Ah, eso…, bueno, yo…, se supone que no debía estar allí, pero yo sé dónde guarda la llave el señor Cody, en una escultura fuera de su casa.

—¿Que no debías estar dónde?

—En su refugio. Es de madera y está construido dentro del acantilado. La única forma de entrar ahí es bajando una escalera. El señor Cody tiene sus trofeos allí, sus pájaros embalsamados. Águilas con ojos de cristal. Y hasta una comadreja. Blanca. Con su abrigo de invierno. Y las cosas que él encuentra revisando en la playa cuando observa a los pájaros. Lo he visto en la playa de Grotto recogiendo caracolas y cristales que trae el mar. Entonces me contó que le gusta convertirlos en móviles. Con plumas de pájaros y trocitos de madera y cosas así.

—¿Y este es uno de sus adornos móviles?

—Sí. Está colgado como un atrapasueños en la ventana donde capta bien toda la luz. Algunas de las cosas las mete en resina... me lo contó cuando lo encontré en la playa.

El corazón de Rue se le sale del pecho.

El corazón de Rue martillea.

Pelirrojo. Rubio. Castaño oscuro. Los colores de cabello de las tres víctimas del asesino de las runners.

Agranda uno de los elementos que cuelgan del móvil. Lo observa con cuidado. Siente que la piel le quema. Es una cruz de Malta verde. Parece de jade. Con una pequeña brújula engarzada en el centro. Vuelve a agrandar la imagen para estudiar otro de los elementos que cuelgan. Un anillo que parece antiguo con una pequeña esfera de plata en el medio. También hay una pulsera

hexagonal que pende de un alambre. Y lo que parecen mechones de pelo dentro de resina. Pelirrojo, Rubio. Castaño. Los colores del pelo de las víctimas del asesino de las runners. Se vuelve para mirar de nuevo a Matthew.

—Matthew, ¿me esperas un momento? Alguien te va a traer la comida. Y luego verás a tus padres.

Él asiente, entusiasmado.

Rue saca su teléfono mientras sale deprisa por el pasillo. Su superior, Luke Holder, responde a su llamada.

—Luke, creo que lo tengo. Al asesino de las runners. Necesito a todo el equipo. Ya mismo. ¡Creo que lo hemos encontrado!

HANNAH

AHORA

Hannah está lavando los platos cuando oye las sirenas. Joe está en la habitación de invitados y Simon, en su oficina del ático. Los niños están en el colegio. En menos de una semana estarán oficialmente de vacaciones de verano. Piensa en los hijos de Lily, que están en la casa de sus abuelos y a los que han sacado antes del colegio por su propio bienestar. Coloca la vajilla en el escurridor. Si bien siente pena por ellos, está agradecida de que no sean sus hijos y no sea su problema. Las sirenas se oyen cada vez más fuerte. Comienza a sentirse ansiosa. Fuera, el cielo está de un azul increíble y el mar brilla al otro lado del acantilado. Las sirenas la aturden. Parece que se acercan. Hannah se da cuenta de que están en su calle. Lo primero que piensa es que van a la casa de Lily y de Tom, igual que la vez anterior.

Deja el paño y está a punto de quitarse el delantal cuando oye que los vehículos frenan súbitamente frente a su casa. Se queda helada. Corre a asomarse a la ventana: seis patrullas de policía más una furgoneta negra del tipo SWAT se han detenido por toda la calle sin salida y delante de la entrada a la casa. Su pulso se acelera mientras los policías con uniformes tácticos negros salen disparados de los vehículos. Oficiales con cascos y con armas automáticas van en dirección a la entrada de su casa. Otros se dirigen hacia su parcela, más cerca del salón de atrás, junto a la piscina y el bosque. Se lleva la mano a la garganta cuando ve otro grupo de policías que se desplaza en formación rodeando la casa.

Golpean la puerta.

—¡Abran la puerta! ¡Policía!

—¡Simon! ¡Simon! —grita Hannah desesperada, desde el pie de las escaleras.

Él baja precipitadamente, ve a los policías a través del ventanal junto a la puerta de entrada y se dirige a las ventanas correderas de la sala de estar.

Hannah se queda petrificada en el vestíbulo de entrada.

—¡Policía! ¡Abran la puerta!

Hannah oye el golpe de un ariete contra la puerta principal. Pero no puede moverse. Es como si sus pies hubieran echado raíces en el suelo y espera con las manos contra el estómago.

Joe baja las escaleras a toda velocidad.

—Hannah, ¿qué está pasando?

Sigue sin poder moverse, sin poder hablar. Por el rabillo del ojo ve a su marido corriendo por el césped verde esmeralda hacia el borde del acantilado a las escaleras que llevan hasta su refugio. Recuerda entonces las fotos que vio una vez, unas fotos impresas de diferentes mujeres corriendo. Supuso que habían sido hechas a lo largo de varias semanas, tal vez meses, pensó, por las diferentes ropas que llevaban puestas en las fotos y las diferentes condiciones atmosféricas. Y ella lo sabe. Sabe que todo lo que ha tratado de ignorar durante años, de racionalizar, de justificar y explicarse a sí misma, está a punto de salir a la luz.

Bum. Bum. Bum. Los golpes contra la puerta continúan.

Recuerda algo que Lily le explicó una vez. Algo que el eminente psiquiatra suizo Carl Jung había dicho: "La gente hará cualquier cosa, por absurda que sea, para evitar enfrentarse a sus propias almas".

Los golpes explosivos del ariete retumban por toda la casa, hacen temblar los cristales de las ventanas y su psique. Bum. Bum.

Joe corre a abrir la puerta y los oficiales entran en tropel. La detective Duval viene detrás, vestida con la chaqueta oficial del Departamento de Policía, un chaleco antibalas y una gorra negra. Su arma está desenfundada. Le pregunta:

—¿Dónde está su marido? ¿Dónde está Simon?

Hannah menea la cabeza, con la boca abierta. Todavía sigue sin poder hablar. Joe señala las puertas correderas.

—Salió por allí.

La detective Duval y los agentes atraviesan la blanca sala de estar de Hannah y salen por los ventanales a la magnífica vista del océano.

Hannah se acerca a la ventana. Joe también. Ven cómo los oficiales derriban a su marido en el césped cerca del borde del acantilado. Simon se resiste. Pero lo retienen en el suelo. Logra ponerse de pie, pero vuelven a derribarlo y queda boca abajo. Un agente le apoya una rodilla en la espalda y le mantiene la cara contra el césped. La tiene congestionada. Grita. Alguien le pone las esposas.

—¿Para qué lo quieren? —pregunta Joe.

Es como una película, piensa Hannah, todavía incapaz de responder, incapaz

de expresar o articular lo que no quiere creer que es real. No está sucediendo realmente en su jardín. No es su marido. Él nunca habría hecho esas cosas. Es Arwen, piensa. Todo es culpa de la camarera. Todo comenzó a salir mal cuando ella se mudó a la ciudad en esa estúpida furgoneta azul pintada con copos de nieve y con su hijo en el asiento del copiloto.

Antes de la llegada de Arwen, todo estaba bien en el barrio. El tiempo pasaba con normalidad, todos mantenían bien guardados sus oscuros secretos familiares tras sus máscaras sonrientes. Pero Arwen agitó la jaula. Las ratas salieron y empezaron a correr y a atacarse unas a otras.

—¿Señora Cody? —Joe le toca el brazo con suavidad.

—Sal de aquí, Joe Harper. ¡Fuera de mi casa! —Él la mira azorado, con la boca abierta—. Tú y la puta de tu madre. Vosotros hicisteis todo esto. ¡Fuera de mi casa ya mismo!

RUE

AHORA

—Vaya vistas —le susurra Toshi a Rue.

Ella está con su compañero dentro del refugio de Simon Cody en la pared del acantilado. Simon ha sido detenido. Ambos están esperando al equipo de identificación.

La construcción pende precariamente sobre el mar y se accede por una escalera de madera muy empinada que abraza el acantilado de arenisca. A menos que alguien estuviera mirando hacia abajo justo en el borde del acantilado, no hay manera de saber que allí hay un cobertizo. Está aislado, a resguardo de ojos curiosos. Tuvieron que forzar la puerta. Estaba cerrada con un candado.

Tiene ventanales a lo largo del lado que da al mar. Hay un camastro pegado a una pared y estanterías, armarios, un escritorio y una impresora en otra mesa. Aves embalsamadas los miran con sus ojos ciegos de cristal y una comadreja blanca los vigila, tal como contó Matthew.

—Esto sí que es impresionante —responde Rue. Su tono refleja la emoción que siente al ver el mar a través del móvil que cuelga en la ventana. El móvil gira despacio con la brisa que entra del océano por la puerta entreabierta. Los colgantes y las joyas atrapan la luz y tintinean.

—Cody se sienta aquí —dice Toshi—, en su refugio, a contemplar esta vista increíble a través de la resina que contiene cabellos humanos, a través de los trofeos que les ha quitado a las mujeres que acosó, atacó, violó y mató a golpes.

—Y por las fotos de esos cajones —dice Rue—, acechó a sus víctimas durante algún tiempo antes de decidirse a actuar. —Mira a Toshi—. Lo hemos atrapado. —A Toshi se le escapa una risa.

—Un pequeño detective del barrio llamado Matthew Bradley lo atrapó.

—Sí —sonríe Rue y luego echa a reír—. ¿Quién hubiera pensado que necesitaríamos la mirada de un niño de ocho años? —La sonrisa se desvanece —. Ese chiquitín hizo un esfuerzo gigantesco para traernos las fotos, pero

existe la posibilidad de que Simon Cody no actuara solo. Él y Tom Bradley corrían maratones juntos. Parece que en ocasiones entrenaban juntos.

—Y los circuitos de Elk Lake y de Goose son los principales senderos donde se entrenan los corredores de fondo. ¿Crees que estamos frente a un par de asesinos? ¿Te parece que de alguna manera los dos podrían haber participado en el caso de Harper?

Ella respira profundamente y piensa en la furgoneta con los copos de nieve pintados saltándose el semáforo en rojo la noche del asesinato.

—Creo que Harper puede estar indirectamente conectada con Cody. Necesitamos tener los resultados del ADN.

Llega el equipo de identificación y Rue y Toshi suben las escaleras de regreso a la cima del acantilado para dejarle al equipo técnico suficiente espacio para trabajar.

Rue ve a Joe de pie en el jardín, cerca del bosque. Se acerca a la detective.

—Déjame un minuto con él —le dice a Toshi—. Nos vemos en la comisaría. —Toshi la mira—. Parece que tiene algo que decirme. Voy a escuchar lo que me quiera decir voluntariamente. —Toshi asiente y se dirige a su vehículo.

—Joe, ¿qué ocurre? —le pregunta cuando se le acerca.

—Necesito hablar con usted. No fue… el señor Cody. Y tampoco el señor Bradley. Ellos no lo hicieron. No fueron quienes le hicieron daño a mi madre.

Rue se queda atónita.

—¿Por qué dices eso, Joe?

—Lo sé porque… yo estaba allí.

JOE

ANTES
Domingo 19 de junio

EL día DE SU MUERTE

Joe sale corriendo por la puerta con la gorra de Kordel del padre de Phoebe y su linterna frontal, pero cuando llega al porche se da cuenta de que no sabe hasta dónde se ha internado su madre en el bosque y si él la sigue por el sendero en la oscuridad, en medio de semejante tormenta… Ya la ha visto en este estado antes. Al borde de la psicosis. Oye cosas, ve cosas que no existen. Y si se tomó esas pastillas después de que él la arropara en la cama, su estado podría ser peligroso. Eso también podría explicar por qué se ha ido al bosque en medio de la oscuridad. Podría pedir ayuda, pero no cree que llegue a tiempo y un montón de gente y sirenas siguiéndola por el bosque con luces en todas direcciones podrían terminar de desestabilizarla. Lo que más le preocupa a Joe son los acantilados de Garry, que recorren un sendero. Necesita adelantarse a ella antes de que llegue a allí.

Ve la furgoneta aparcada.

Si la coge, puede conducir y llegar más rápido al aparcamiento que está del otro lado del bosque. Para entonces, cuando ella llegue allí, se habrá serenado con el ejercicio, estará cansada y será más manejable. Si aparca en el acantilado y sigue el sendero desde allí, podrá acercarse a ella de frente y esperarla, en lugar de asustarla corriendo desde atrás.

Joe entra corriendo a la cabaña a buscar el juego de llaves de repuesto. Arranca el motor, sale marcha atrás y conduce a toda velocidad bajo la lluvia torrencial, con los limpiaparabrisas moviéndose de un lado al otro.

Se salta un semáforo en rojo en una esquina desierta.

Cuando llega al aparcamiento, está completamente vacío. Frena justo frente al sendero. Encuentra una linterna en la guantera y enciende también la linterna frontal del señor Bradley. Sale en medio de la tormenta y corre hacia el

bosque que gime y gruñe azotado por el viento. Los truenos retumban en el océano. Como a medio kilómetro por el sendero principal, Joe ve una luz que se mueve entre la niebla y los árboles.

Se queda inmóvil, respirando agitado; la espera.

Cuando se acerca por el sendero, la llama:

—¡Mamá! —grita—. ¡Espérame! —Intenta acercarse.

Ella gira y se lanza hacia los arbustos y comienza a tropezar con la vegetación más baja. Joe ve el haz de luz de su linterna bamboleándose en la niebla entre los troncos. Apunta su linterna al bosque tratando de ver hacia dónde va. El pánico se apodera de su corazón.

Va en dirección al acantilado al otro lado de los árboles.

Joe corre entre los arbustos detrás de su madre, siguiendo la luz inestable de su linterna.

—¡Mami! ¡Soy yo! ¡Joe! ¡Por favor, detente!

Su luz sigue moviéndose, internándose en la niebla. La oye caer, y también que gatea por el suelo. El corazón se le sale del pecho. No sabe cómo de cerca del acantilado se encuentra. Él se apresura, llamando a su madre.

Ella vuelve a caer. Se apaga su luz. Joe se detiene.

—¿Mamá?

Solo se oye la lluvia que cae y el ulular del viento en los árboles. Suena un trueno y restos de ramas y hojas llegan arrastrados por el viento. Joe se inclina hacia delante e ilumina el suelo con la linterna. Allí ve las huellas de ella en el barro.

—¿Mamá? —llama con cautela.

Cae un rayo y retumba un trueno. De pronto, ella se incorpora entre los helechos y como un venado herido, escapa hacia el borde del acantilado. Temiendo por su vida, Joe la persigue.

Sale del bosque y allí está, justo en el borde del acantilado. Se le hiela la sangre. No puede respirar. Ilumina su rostro y ve que está herida. Lucha entre el pánico y la cautela. Se da cuenta de que está en medio de un delirio, en su fase maníaca.

Levanta la mano.

—Mamá, no pasa nada, soy yo, Joe. Dame la mano. —Se acerca tendiéndosela.

Se abalanza sobre él como un animal salvaje y lo golpea en la cara. Le arranca

la gorra y la capucha de la cabeza. La luz de su faro le ilumina la cara. Por un momento se detiene.

—¿Tú?

—Sí, mamá —dice él con los ojos llenos de lágrimas—, soy yo. no pasa nada. Dame la mano. —Le extiende la suya de nuevo.

De pronto una fuerte ráfaga de viento arrastra una rama suelta que la golpea en la cabeza. Ella grita y retrocede. Él intenta sujetarla, pero ella se resiste, y le arranca la pulsera de Phoebe de la muñeca mientras el terreno arenoso del acantilado cede bajos sus pies. Agita los brazos mientras cae. Joe la oye gritar y luego un golpe seco que le revuelve el estómago. Ella vuelve a gritar, el viento se lleva el sonido de su voz y un trueno termina de ahogarlo.

Joe se queda inmóvil, en shock. Se acerca al borde del acantilado, se asoma al abismo oscuro. No ve nada. Solo se oye el viento y la lluvia.

Corre lo más rápido que puede de nuevo hacia el sendero. Corre por la cima de los acantilados. Cruza el aparcamiento y desciende por las escaleras resbaladizas con la linterna de mano encendida porque la de la cabeza se le ha caído.

Cuando finalmente encuentra a su madre en la playa, ve que está muerta. Desparramada, destrozada y ensangrentada sobre las piedras. Joe se sienta allí y solloza y gime en medio de la tormenta.

Y entonces se asusta.

RUE

AHORA

Rue está sentada en un banco junto a Joe, escuchando serena, mientras él confiesa su historia.

Se queda en silencio un momento. Miran el mar.

—¿Por qué, Joe? —pregunta ella con suavidad—. ¿Por qué no acudiste a nosotros y nos dijiste lo que había sucedido?

—Tuve miedo…, ella estaba muy mal, y yo muy asustado. Estoy solo. No tengo a nadie. Yo… no sabía qué me ocurriría, y no quería ir a prisión. Tampoco quería tener que contar a nadie en qué estaba trabajando, porque quería proteger a Phoebe. Pero entonces ustedes arrestaron a los padres de Phoebe y ellos ya estaban sufriendo de todos modos.

—No lo entiendo.

—Por favor —Joe respira profundamente—. No puede permitir que Phoebe o los medios se enteren. He leído cosas al respecto. De acuerdo con la ley, a cualquier menor que haya delinquido se le borran los antecedentes; su identidad no se puede hacer pública. Ni siquiera la policía.

—¿De qué estás hablando, Joe?

—Ella fue una asesina infantil.

—¿Qué asesina infantil?

—La señora Bradley. Ella era la niña que asesinó a su propia familia junto con su novio en Medicine Hat en 1989. La señora Bradley es Sophie McNeill.

EFECTO DOMINÓ

AHORA
Domingo 4 de septiembre

Después de misa, Lily, Tom y los niños caminan de vuelta a casa y se detienen a comprar unos cucuruchos de helado en la heladería cerca del mar. Lily mira a su marido. Tom sonríe mientras le alcanza un cucurucho de helado de pasas al ron.

—No puedo creer que te guste ese sabor —dice él.

—Puaj, es horrible —dice Matthew con la boca llena de helado de chocolate con pepitas.

—Lo mismo digo —dice Phoebe.

—Bueno, entonces me alegra mucho que no tengáis que comerlo —dice Lily lamiéndolo.

Ella y Tom caminan lentamente uno junto al otro mientras los niños corren delante para ir a alimentar a los patos de un estanque. El sol calienta los hombros de Lily. Las flores brotan en una locura de color en los arriates. Y lo mejor de todo es que los Bradley ya no son noticia en la prensa. Todo el frenesí se redirigió inmediatamente hacia Simon Cody, que ha sido acusado del asesinato de tres mujeres e identificado como el asesino de las runners. En los programas de actualidad, invitan a expertos letrados que especulan sobre si Simon podría estar ligado a muchos otros casos. Lily piensa en lo que dijo un criminólogo en televisión la noche anterior: "Un sociópata, un depredador sexual en serie como el profesor Simon Cody, no se levanta de pronto una mañana y hace esto. Requiere práctica. Perfeccionamiento. Ya lo ha hecho antes. No tengo dudas de que habrá más casos".

Tom fue liberado inmediatamente después del arresto de Simon Cody y después de que el ADN del semen en el cuerpo de Arwen coincidiera con el de las otras víctimas del asesino de las runners. Interrogaron a Hannah, y al día siguiente se fue en avión con Jacob y Fiona a Winnipeg, donde se aloja

temporalmente con sus padres. La casa de los Cody, una de las más imponentes con vista al mar, está vacía y clausurada.

Curiosamente —aunque no sea quizás una sorpresa—, Dianne Klister, con el olfato digno de un sabueso, apareció bajo la luz de los medios y se ofreció a representar al profesor de Kordel, el doctor Simon Cody, el asesino de las runners.

—¿Lo viste venir? ¿Tuviste algún presentimiento sobre Simon? —le pregunta Lily a Tom—. Porque yo no. Solo pensé que Simon era extraño, tanto como lo puede ser un profesor de Filosofía. Pero tú… quedabas con él para tomar copas, entrenabas con él, corríais carreras juntos. Lo conocías.

—Tal vez, si miro en retrospectiva, percibí algunas fisuras. La forma en que se comportaba con Arwen y conmigo… La forma en que se sentó en su barco e hizo esas fotos, algunas cosas que me dijo. Había un lado siniestro que destilaba oscuridad.

—¿Estaba perdiendo el control?

—Posiblemente. Es la forma en que este tipo de cosas evoluciona. Seguramente ya estaba listo para matar de nuevo y ansioso por imaginar cómo lo haría.

—¿Crees que hubiera podido hacerle algo a Arwen si hubiera tenido la oportunidad?

—Simon era muy pragmático. No hubiera buscado una presa que estuviera tan cerca de él —dice Tom—. Es un depredador inteligente y calculador. Un superviviente. Si me gustara apostar, apostaría a que los detectives Duval y Hara ya han encontrado pruebas en su cobertizo de que estaba acechando y preparándose para una nueva víctima, pero lejos de su entorno.

Lily tiembla cuando la brisa le roza la piel.

—Pero entonces llegó Arwen y puso el vecindario patas arriba. Incluso al asesino de enfrente de su casa.

Tom sonríe con ironía y muerde su helado.

—Creo que Hannah lo sabía —dice Lily—. Al menos a cierto nivel. Creo que por eso me enseñó esas fotos y se las llevó a la policía. Negación. Una forma de evadir la realidad.

Se detienen y se sientan en un banco, muy juntos; los muslos se rozan. Ella todavía está procesando el hecho de que Tom haya sabido todo el tiempo que ella era Sophie. Que se casó, formó una familia, vivió con ella todos estos años y guardó silencio. Él volvió a repetirle que era un ejemplo modelo de

rehabilitación infantil. Quería que el trabajo de Dee fuera significativo. Él continúa dedicándose a los trastornos mentales y, como siempre, es un vehemente defensor de la salud mental. Esa es su forma de continuar luchando contra el estigma que representa la enfermedad mental.

"Creo en la justicia restaurativa, Lily. Creo que las personas pueden volverse una mejor versión de sí mismas si no se ven forzadas por la sociedad a llevar un estigma de por vida".

Igual que Lily cree que el programa de justicia restaurativa puede funcionar para su paciente Tarryn Wingate.

Igual que cree que Garth Quinlan puede ser un mejor padre y un miembro positivo de la sociedad siempre y cuando pueda mantener enterrado su oscuro pasado.

Por un tiempo, Lily realmente creyó que Tom podría haber asesinado a Arwen. Cree que Tom tenía miedo de que ella hubiera podido ser la culpable. Ambos tuvieron la oportunidad. Ambos tenían motivos. Pero Lily había salido esa noche a la calle en un último esfuerzo por tratar de disuadir a Arwen de que no continuara con el libro. Quería convencerla de que la terapia podía ayudarla y que sería mejor para los hijos de ambas si todo esto no se hacía público. Pero cuando llegó a la cabaña no había nadie en la casa. En ese momento, Lily sintió cierto alivio. No confiaba del todo en sí misma, de que no sería capaz de hacerle daño a Arwen. Tal vez hasta hubiera llegado a matarla si se hubiera negado a atender su razonamiento.

Si lo piensa bien, a fin de cuentas, ella mató a Chrissie-Arwen. Todo fue culpa suya desde aquel día en Glenn Dennig. Si no hubiera sido por sus acciones, Chrissie-Arwen todavía podría estar viva en este momento.

Mira a su marido. Sus miradas se encuentran y su corazón se estremece con una extraña emoción.

Tal vez ella y Tom encajan a la perfección. Él es retorcido. Como ella. Como él dijo, los seres humanos somos criaturas terriblemente complejas. Y a veces no hay respuestas simples de manual. A veces la química humana se une en una tormenta perfecta. Tal como sucedió con Sophie y Vincent. Y todos los matrimonios tienen sus secretos.

—Te quiero, de verdad —dice ella.

Él la mira. El helado chorrea por sus dedos. Parece como si fuera a echarse a llorar.

***

Matthew ha terminado su helado y está arrojando los últimos trozos de su cucurucho a los patos.

—No les sienta bien, lo sabes —dice Phoebe—. Tiene azúcar y toda esa porquería.

Él simula no oírla. Tira otros trocitos y mira a su madre y a su padre sentados en el banco. Juntos. Tocándose. Le brillan los ojos. Su pecho se llena de una dulce mezcla de orgullo y amor. La detective de homicidios le dijo que él será un brillante investigador y que deben mantenerse en contacto. Ella lo llevará a conocer toda la comisaria si quiere volver a visitarlos, a ella y al detective Toshi Hara. Matthew piensa que el detective Hara es genial, con esa ropa que usa. No sabía que los policías podían tener ese aspecto. El detective Hara dijo que Matthew merecería una medalla y que había sido muy valiente. Su madre y su padre lo abrazaron muy fuerte, lloraron y dijeron que era un muchacho increíble y que él los había "sacado del apuro". Hasta Phoebe, sin mucho entusiasmo, le dijo que era un hermano menor bastante genial.

Sin embargo, Phoebe está triste, porque Joe se va. Fue a decirles adiós. Después de todo lo que pasó con su madre, se vuelve a Ontario.

—Siento mucho que Joe se vaya —dice él despacio mientras lanza otras migajas.

Phoebe lo mira. Él se da cuenta de que ella está tratando de fruncir el ceño, pero hoy no le sale bien. En cambio, le tiembla un poco el labio. Su hermana está muy guapa, no lleva nada de maquillaje oscuro. Es como si en ese momento no estuviera esforzándose tanto por parecer un ser extraño.

—No pasa nada —dice ella—. Nos volveremos a ver, tal vez.

—O tal vez no.

—Da igual. Me alegra mucho que la policía no presentara cargos contra él y que la autopsia finalmente dijera que la muerte fue accidental. Y me alegro de que la policía lo ayudara a encontrar a su padre biológico.

Matthew asiente. "Es bueno tener padres", piensa. No puede imaginarse qué hubiera sido de él si no hubieran liberado a su padre de la cárcel.

***

Rue y Eb acompañan a Joe mostrador de la aerolínea.

Joe lleva en la espalda una gran mochila, regalo de Eb. Se detiene y respira profundamente.

—¿Vas a estar bien? —le pregunta Rue.

Lleva ropa de calle. Ella y Eb han pasado tiempo con Joe, alquilaron kayaks, remaron hasta el cañón y de allí al mar, hicieron travesías en la montaña. Eso la ayudó a distraerse de la separación de Seth. Y ayudó a Eb y también a Joe.

Joe asiente.

—Él me estará esperando. La verdad…, estoy nervioso. Creo… —Rue le toca el brazo.

—Todo va a salir bien, paso a paso. Tú también tienes que tener paciencia con él. No sabía que tenía un hijo.

—No sé cómo daros las gracias —dice Joe mirando a Eb y a Rue—, a los dos. Por todo lo que me habéis dado, por invitarme a quedarme en vuestra casa. —Sus ojos se llenan de lágrimas de emoción y sus manos tiemblan un poco—. Por ayudarme a transitar todo esto y a enfrentar todo lo que viene. Pero sobre todo por encontrarlo. A mi padre.

—Las herramientas de la policía pueden muy útiles.

—Pero usted hizo mucho más: contactó a un investigador privado para encontrarlo.

—Solo para acelerar las cosas, Joe. No fue difícil. Tú también hubieras llegado a él por tus propios medios si comenzabas el proceso de búsqueda; estoy segura. No es que él estuviera intentando ocultarse ni nada por el estilo, simplemente no sabía de tu existencia. Y tu padre parece un hombre bueno y amable. Solo lamento que se perdiera la vida de un jovencito muy muy especial. Lo siento por tu madre también, que se perdió la oportunidad de compartirte con él.

Joe trata de disimular su emoción. Eb mira hacia otro lado para no incomodarlo, dándoles espacio a sus sentimientos.

Rue lo abraza y lo retiene con cariño entre sus brazos, y siente una incomprensible oleada de emoción y afecto por este chico. Siente con él. Comprende cómo es querer pertenecer a gente que se parece a ti, que comparte tu sangre. Le da una palmada en el hombro y le dice al oído:

—Eres una persona muy especial, Joe. Nunca lo olvides. Los Bradley tuvieron mucha suerte. Phoebe y Matthew, en particular. Les ahorraste a esos niños mucho al hacer lo que hiciste con el material de tu madre. Tú ganaste, y yo también. Encontré al malo. Tú protegiste a tu amiga.

—Por ahora.

—Sí, por ahora. —Da un paso atrás—. Cuídate mucho, Joe. Siempre estaremos aquí si nos necesitas. Llama o ven de visita cuando quieras.

—Adiós, detective. Nos vemos, colega —le dice a Eb.

Rue y su hijo se quedan juntos mientras ven cómo se aleja Joe y atraviesa la puerta de embarque y el área de seguridad. Saluda con la mano y desparece finalmente de la vista.

—Bueno, ahora somos solo tú y yo, chaval —dice Rue despacio.

—Ya te lo dije, mamá. Lo llevo bien. —Duda un instante—. Sigo queriendo a papá aunque sea un fracasado. Tampoco es que se vaya lejos ni nada parecido.

—Bien, pero no andes por ahí siguiendo a sus novias y provocándome un ataque al corazón, ¿de acuerdo?

Él le da el brazo y se dirigen al coche. Rue se da cuenta de que Eb ha encontrado su pulsera de Salvemos a los Rinocerontes y se la ha puesto. No le dice nada.

***

Esa noche, Lily se sienta en su escritorio a escribir en su diario personal. Está siguiendo su propio consejo, el que le dio a Garth. Está documentando su pasado para sus hijos en caso de que muera. Algún día lo descubrirán, incluso después de que ella haya partido. Y cuando quieran saberlo todo, cuando estén listos, estará todo allí. Y será su propio relato, no el de otra persona. Su versión. No la de Vincent. O la de Chrissie-Arwen. La historia, después de todo, la cuentan los supervivientes. Y Lily es la única superviviente aquí, huérfana por su propia mano. Mientras tanto, protegerá la inocencia de sus hijos. Hará todo lo que pueda para nutrirlos y hacerlos fuertes y resilientes. Se recuerda a sí misma que tener hijos es un acto redentor y de esperanza. Es una oportunidad de reinventarse. Los padres generalmente hacen todo lo posible para que el mundo sea un lugar mejor para su descendencia. Es la naturaleza de la condición humana. Y ella será una buena madre. Los tribunales le dieron esa oportunidad. También Tom. No va a malgastarla. Ni va a permitir que nadie se la arrebate.

En la parte superior de sus notas, Lily copia la declaración de artista de una de las pinturas de Arwen, que Joe le regaló a Phoebe, y que ahora cuelga en la habitación de su hija.

Lo mejor es no resistirse al cambio que propone la carta del tarot de Muerte. Resistirse hará que las transiciones sean más difíciles. Y dolorosas. Más bien, uno debería dejarse llevar, abrazar ese cambio necesario, verlo como un nuevo comienzo. La carta de La Muerte nos advierte sobre la necesidad de romper con el pasado para poder avanzar. La carta dice: "lo que ya no te sirve".

—Declaración de la artista.

Muerte. 36 x 48 cm. Óleo sobre tela.

NOTA DE LA AUTORA

En el prefacio de *El secreto del paciente*, señalo que la idea de la historia surgió a partir de un crimen real. El pasado de Lily se inspira en el atroz asesinato de una familia que ocurrió en la zona de Medicine Hat el 23 de abril de 2006. Y si bien no hay una S. M. real, sí hay una J. R. real que no puede ser identificada en virtud de la legislación canadiense, aunque su nombre sí aparece en contenidos generados fuera del país.

Al igual que mi Lily, J. R. sintió en parte por un amor prohibido el impulso de matar a su familia con la ayuda de su novio, que por entonces tenía veintitrés años, y del cual sí se puede conocer el nombre: Jeremy Allan Steinke.

J. R. se convirtió en la persona más joven en la historia de Canadá en ser condenada por múltiples asesinatos. En 2016 quedó en libertad. La pena máxima posible para un menor de catorce años es de diez años.

J. R. fue considerada un caso modelo de rehabilitación. Otros, incluido el agente que fue el primero en llegar a la escena del crimen, no estuvieron tan convencidos.

Aunque muchos de los detalles del asesinato cometido por Lily en el pasado de esta ficción fueron tomados directamente de los hechos del crimen real, no existió un equivalente a Chrissie que fuera testigo de estos hechos espeluznantes, como tampoco otros aspectos, por ejemplo, la presencia del hermano pequeño de Chrissie, que son totalmente ficticios.

Pero una pregunta perturbadora quedó flotando después de los juicios. Ni J. R ni Jeremy Steinke admitieron su responsabilidad por la muerte del hermano de J. R.

Solo ellos dos saben qué sucedió en realidad dentro de esa casa, y uno de ellos no está diciendo la verdad.

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

Estamos seguros que disfrutarás de leer *No salgas de noche,* de Stacy Willingham.

El secreto del paciente y *No salgas de noche* son protagonizados por dos psicólogas atormentadas por su pasado que deben enfrentarse a la oscuridad que creían haber dejado atrás.

Mientras Lily intenta mantener las apariencias de su vida perfecta en Story Cove, Chloe Davis lucha por superar el estigma de ser la hija de un asesino en serie y reconstruir su vida. Todo marchaba bien hasta que una adolescente es asesinada, y luego otra. Alguien está matando chicas del mismo modo que lo hacía su padre, y son chicas que ella conoce.

Dos thrillers psicológicos llenos de tensión, mentiras y giros que exploran los límites entre la mente, la culpa y un pasado que nunca termina de morir.

El equipo editorial



Escanear el código QR
para ver más información de *No salgas de noche*



Loreth Anne White. Autora de *La chica de la limpieza*, es una de las más vendidas de Amazon. Con más de 15 thrillers publicados y más de 3 millones de libros vendidos en todo el mundo, fue nominada al premio International Thriller Writers (ITW) y ganó el premio Daphne du Maurier a la excelencia en el thriller.

MOTUS

Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:







MotusThriller

www.motus-thriller.com



Testigos ocultos

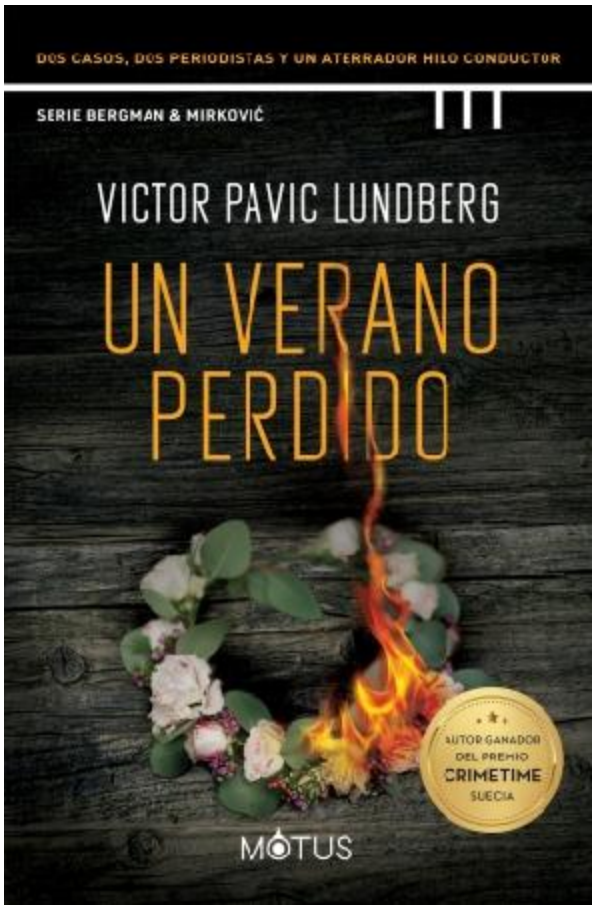
Pavic Lundberg, Victor
9788418711732
480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Galardonada con el premio *Crimetime 2022* a la mejor primera novela negra de autor del año.

El periodista Loa Bergman regresa al trabajo después de una larga ausencia. Se está recuperando de un episodio traumático que le persigue hasta el día de hoy. Debería colaborar con quien fue su mejor amiga, Daniela Mirkovic, pero ya no es posible. No puede perdonarla por lo que le hizo ese día fatal en que cambió su vida para siempre.
Loa, entonces, decide investigar un terrible caso que conmocionó al país hace veinte años, ya que se acerca el aniversario de aquel trágico accidente aéreo. En aquel momento quedaron muchas preguntas sin responder. Mientras investiga se encuentra con una pista que le lleva a su pasado, aunque él no quiera revivirlo.
A su vez, Daniela quiere acercarse a Loa. Se suma por su cuenta a la investigación y descubre extrañas ambigüedades. Pronto se verán obligados a trabajar juntos de nuevo, para quedar atrapados en una espiral de inconfesables secretos que pondrán en peligro sus propias vidas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Un verano perdido

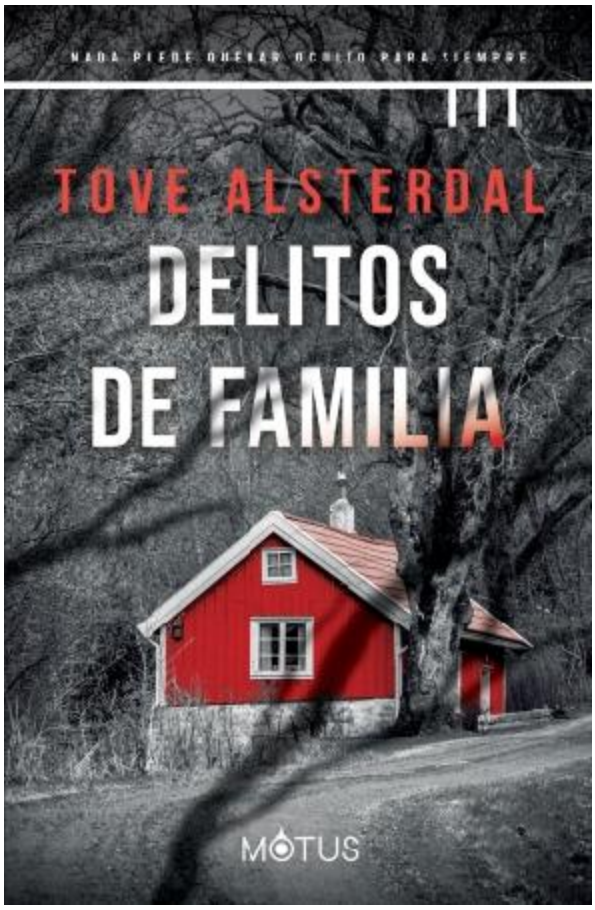
Pavic Lundberg, Victor
9788419767295
496

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Es verano en Estocolmo y hace pocas horas que el periodista Loa Bergman ha comenzado por fin sus merecidas vacaciones. En ese momento suena su móvil. Es su jefe y le pide cubrir un caso urgente. Una joven ha desaparecido en Mariestad, y Loa se ve

obligado a cancelar sus planes. Debe volver a su ciudad natal para reportar, pero el caso lo arrastra mucho más allá, mientras los límites entre su profesión y la investigación policíaca se hacen cada vez más difusos y peligrosos. Loa recorre las calles de su infancia y se siente un extranjero en su propia ciudad. Al mismo tiempo, Danijela Mirković, su amiga y colega, ha sufrido un accidente y está hospitalizada. Lo único que puede hacer es ayudarlo a investigar, y encuentra un caso similar en Mariestad, que lleva más de treinta años sin resolverse. Descubre detalles que han pasado totalmente desapercibidos para la policía y comienza a sospechar que ambas desapariciones están relacionadas de manera aterradora.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Delitos de familia (versión española)

Alsterdal, Tove
9788418711602
408

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Premio a la Mejor novela policial sueca del año
Han pasado más de veinte años desde que Olof Hagström tuvo que abandonar el pueblo. Al regresar ahora a la casa de su familia, sabe que algo anda mal. En el interior hay un perro aterrado, un hedor terrible y agua estancada en el suelo. Arriba, en la ducha, encuentra a su padre muerto. Para la detective Eira Sjödin, la investigación resucita pesadillas olvidadas hace mucho tiempo. Tenía solo nueve años cuando Olof Hagström, que entonces tenía catorce, fue declarado culpable de violar y asesinar a una niña del pueblo. Demasiado joven para ser sentenciado, Olof fue enviado a un reformatorio y separado de su familia. Nunca había vuelto al pueblo. Hasta ahora. Todos sus vecinos tienen algo que ocultar, nadie puede aceptar la cruda realidad. Aunque aquel acontecimiento tan terrible ya no se podrá seguir escondiendo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Hundido en el pasado

Alsterdal, Tove
9788419767370
352

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Llega la tercera entrega de la serie nórdica Costa Alta.

A finales de abril se rompe el hielo en el río Ångermanland, y un equipo de buzos despega del muelle en Lunde para examinar los

restos de un naufragio. Cuando encuentran un esqueleto, lo primero que sospechan es que se trata de un cuerpo no recuperado de un viejo accidente. Pero el cadáver es más reciente: el hombre fue asesinado, muy probablemente a tiros.

Eira Sjödin está embarazada y se hace cargo de la investigación, que se remonta a 1968. Cuando ve la reconstrucción del rostro del muerto, Eira lo reconoce: ese hombre está en el álbum de fotos de su madre. La búsqueda de la verdad la llevará a una antigua operación de la CIA con infiltrados en territorio sueco.

Mientras tanto, Lina Stavred está huyendo. Durante veinticinco años ha vivido escondida, pero ahora la buscan por el asesinato de un hombre en Estocolmo. Lina está decidida a encontrar a Eira para que la ayude a escapar, una vez más.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Nunca te encontrarán

Alsterdal, Tove
9788418711930
352

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Los habitantes de un pequeño pueblo minero de Malmberget, al norte de Suecia, están siendo trasladados ya que la mina que alguna vez dio vida al pueblo se derrumba lentamente. Cuando dos trabajadores están recogiendo sus pertenencias escuchan un sonido

procedente del sótano de una casa. Rompen la ventana, entran y descubren a un hombre aterrorizado y acurrucado en un rincón. Mientras tanto en Ådalen, la inspectora Eira Sjödin investiga la desaparición de un hombre cuya exmujer denuncia como perdido. El hombre no se ha llevado nada, no tenía razones para huir y su móvil no responde. Eira se encuentra angustiada no solo por el caso, sino también por sus propios dramas personales. Pero las cosas se complican aún más cuando su jefe y amigo, el inspector George Georgsson, no se presenta a trabajar durante dos días seguidos. Algo anda muy mal: GG no aparece y, aunque Eira no lo sospecha, cada minuto que ella se retrase en encontrarlo será crucial para salvar su vida.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)